

desde
américa



Americana Thebaida Tomo II

Fray Mathías
de Escobar



Fray Mathías de Escobar y Llamas

Nació en La Orotava en 1688. Emigró a México desde muy joven. Tras estudiar humanidades en el convento agustino de Yuriripúndaro, ingresó en el convento de Valladolid (actual Morelia) en 1705, donde se ordenó con 18 años de edad en 1706 y accedió al sacerdocio en 1714. Dictó clases de Artes y cátedras de Ciencia Sagrada y Santa Escritura, confiriéndosele finalmente el título de maestro. Su prestigio como orador y escritor le proporcionó numerosos puestos en el gobierno de su orden. Fue prior de varios conventos y cronista y provincial agustino de Michoacán. Falleció en Morelia en 1748. Dio a la luz un amplio número de sermones y diferentes obras, entre las que destaca principalmente *Americana Thebaida*.

Americana Thebaida

**Vitras Patrum de los religiosos ermitaños
de nuestro padre San Agustín de la
provincia de San Nicolás de Tolentino
de Michoacán**

Tomo II

Americana Thebaida

Vitras Patrum de los religiosos ermitaños
de nuestro padre San Agustín de la
provincia de San Nicolás de Tolentino
de Michoacán

Tomo II

Fray Mathías de Escobar O.S.A.



Colección dirigida por: Manuel Hernández González
Maquetación: Vanessa Rodríguez Breijo
Directora de arte: Rosa Cigala García
Control de edición: Vanessa Rodríguez Breijo

**Americana Thebaida. Vitras Patrum de los religiosos ermitaños de
nuestro padre San Agustín de la provincia de San Nicolás de Tolentino
de Michoacán. Tomo II**
Fray Mathías de Escobar O.S.A.

Primera edición en Ediciones Idea: 2009

© De la edición:

Ediciones Idea, 2009

© De la introducción:

Manuel Hernández González, 2009

Ediciones Idea

San Clemente, 24, Edificio El Pilar
38002 Santa Cruz de Tenerife.

Tel.: 922 532150

Fax: 922 286062

León y Castillo, 39 - 4º B

35003 Las Palmas de Gran Canaria.

Tel.: 928 373637 - 928 381827

Fax: 928 382196

correo@edicionesidea.com

www.edicionesidea.com

Fotomecánica e impresión: Publidisa

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN de la obra completa: 978-84-8382-957-8

ISBN del tomo II: 978-84-8382-959-2

Depósito legal: TF-1594-2009 Tomo 2

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea eléctrico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.

GOBIERNO
AUTÓNOMO DE
MÁLAGA - CÁDIZ



CEDOCAM

CENTRO DE
DOCUMENTACIÓN
DE CÁDIZ Y MÁLAGA

Con el patrocinio de:

Índice

Americana Thebaida	13
Capítulo XXXI. De la fundación de nuestro convento de Santa María de Gracia de la ciudad de Valladolid, cabeza de la provincia de Mechoacán	15
Capítulo XXXII. De la patria, padres, entrada en la religión y venida a las Indias del padre Fray Juan Bautista, anacoreta de la mechoacana Thebaida	51
Capítulo XXXIII. En que se refiere la venida a la América, estadía en México, entrada a la tierra caliente. Puestos que renunció hasta que vino a Mechoacán Fray Bautista Moya.....	63
Capítulo XXXIV. De la venida y estadía de nuestro Bautista en la provincia de Mechoacán y retirada a la tierra caliente.....	79
Capítulo XXXV. Entra por Mechoacán en la tierra caliente nuestro venerable padre en donde planta iglesias, edifica conventos y obra maravillas de que se admira el mundo todo	89
Capítulo XXXVI. De las espantosas penitencias de nuestro venerable padre Fr. Juan, en particular de las que hizo en tierra caliente	107

Capítulo XXXVII. De la continua oración y otras varias virtudes de nuestro venerable padre.....	125
Capítulo XXXVIII. De lo excelente que fue nuestro venerable Bautista en las virtudes que componen el estado religioso	133
Capítulo XXXIX. Del feliz tránsito de nuestro venerable Bautista, de su entierro y translaciones	151
Capítulo XL. De la fundación del cuarto convento de esta provincia llamado San Pablo Yuririapúndaro.....	167
Capítulo XLI. De la patria y nacimiento del venerable mártir Fray Bartolomé Gutiérrez, entrada en nuestra religión y tránsito a las Filipinas.....	197
Capítulo XLII. Danse noticias de las idas al Japón de nuestro venerable mártir, de los riesgos y por fin de su prisión y otros sucesos.....	207
Capítulo XLIII. Salen de la cárcel de Nangansaki para la de Omura nuestros mártires. Son atormentados con varios martirios, hasta restituirlos a la cárcel de Nangansaki	225
Capítulo XLIV. Vuelven a Nangansaki los mártires, en donde se les notifica la sentencia de muerte y martirio de nuestro venerable padre.....	247
Capítulo XLV. De la fundación del quinto convento de esta provincia, llamado Santa María Magdalena de Cuitzeo	267
Capítulo XLVI. De la vida y virtudes del venerable padre Fr. Francisco de Villafuerte, apóstol de la tierra caliente y primer prior de Cuitzeo	291
Capítulo XLVII. De la entrada del venerable apóstol Fray Francisco de Villafuerte a la costa del sur y de su dichoso tránsito.....	303

Capítulo XLVIII. De la fundación del sexto convento de esta mechoacana Thebaida, llamado de San Nicolás Tolentino de Guango	319
Capítulo XLIX. En que se da principio a la admirable vida de nuestro ilustrísimo fundador, el maestro don Fray Diego de Chávez y Alvarado, dignísimo obispo de Mechoacán	333
Capítulo L. De la venida de nuestro venerable Chávez a Mechoacán. Fundación del primer convento de Tiripitío, y entrada a la tierra caliente.....	345
Capítulo LI. Eligen a nuestro venerable Chávez en prior de Tiripitío y de Yuririapúndaro y se da noticia de las grandes fábricas que hizo y de las virtudes que ejercitó de prelado	357
Capítulo LII. Vuelve a Tiripitío de prior nuestro venerable padre, en donde recibe la noticia del obispado, causa de su muerte	377
Capítulo LIII. Del séptimo convento de esta provincia, fundado en la villa de San Miguel de Charo, en el estado del Valle.....	393
Capítulo LIV. Prosigue el capítulo pasado, de la fundación de la villa y convento de Charo	411
Capítulo LV. Refiérense maravillas y ejemplares acaecidos en este convento y villa de San Miguel de Charo.....	435
Capítulo LVI. De la vida, virtudes y muerte del apóstol charense, nuestro venerable padre fundador Fray Pedro de San Jerónimo	453
Capítulo LVII. De la fundación del octavo convento de esta mechoacana Thebaida, denominado San Agustín de Ucareo.....	467

Capítulo LVIII. De la prodigiosa vida de nuestro venerable padre Fray Diego de Vertavillo, fundador del convento de nuestro padre San Agustín de Ucareo	483
Capítulo LIX. De la segunda elección que hizo la provincia de nuestro venerable padre Vertavillo, de sus virtudes y de su dichosa muerte	499
Capítulo LX. De la fundación del nono convento de esta provincia, llamado de nuestro padre San Agustín de Xacona	513
Capítulo LXI. De la invención maravillosa de María Santísima Nuestra Señora de la raíz, que se venera en el pueblo de nuestro padre San Agustín de Xacona.....	527

Americana Thebaida

Capítulo XXXI

**De la fundación de nuestro
convento de Santa María de Gracia
de la ciudad de Valladolid, cabeza
de la provincia de Mechoacán**

Habiendo tan por extenso hecho relación así de lo temporal como de lo espiritual que compone a la ciudad de Valladolid, juzgo por precisa obligación dilatarme en la fundación de nuestro insigne convento, cuya majestuosa fábrica, junto con las letras y virtud que allí profesan, es de los principales adornos que hacen ilustre a la ciudad, cuenta gustoso nuestro convento, pues si ella numera por principio de su origen el año de mil quinientos cuarenta y seis en que tuvo perfecto y completo asiento, nuestro monasterio cuenta por primer año de su oriente, el de mil quinientos cuarenta y ocho; llévale la ciudad como dos años de primacía, y estos mismos le tiene de antelación el convento del gloriosísimo serafín San Francisco.

El año de mil quinientos cuarenta y ocho celebró en México capítulo la provincia de la Nueva España del orden de Nro. gran padre San Agustín, y porque el mundo todo confesase en su elección los aciertos, eligieron los venerables vocales, todos varones primitivos, en su prelado superior, al venerable maestro y doctor Fray Alonso de la Veracruz, quien en cumplimiento de su oficio, en breves días vino a visitar la tierra caliente de la costa del sur, y asimismo los conventos de Tacámbaro don Vasco de Quiroga y ambos prelados unidos en vínculos de caridad determinaron dilatar por todo el obispado la religión de Agustín mi gran padre, para que con los rayos de este místico sol

se vivificase la tierra toda. La ciudad en que primero rayó la luz del planeta agustino fue Valladolid, como primer lugar de todo el obispado. En esta ciudad se dio asiento y solar en la misma plaza principal, lugar de su fundación, a que añadieron liberales los regidores, algunas tierras en los ejidos, en que fundó el convento dos pueblos de indios oficiales para la obra, llamado el inmediato Santa Catarina, y el retirado San Miguel, que aún hoy perseveran. La primera mansión fue en la cuadra a espaldas de donde hoy está la catedral, de aquí en breve se trasladó al lugar que hoy tenemos, que a buena cuenta fue por los años de mil quinientos cincuenta. Pusiéronle por nombre nuestros primitivos padres Santa María de Gracia, antigua costumbre de nuestra sagrada religión, denominar a sus conventos con el referido título. Motivo por el que en Portugal y en la Italia en algunas provincias, somos llamados los gracianos. En el tiempo en que se fundó esta casa gobernaba la universal iglesia el máximo pontífice Paulo Tercero, y la corona de España desde Alemania, el español marqués don Carlos Quinto y con sus poderes la española monarquía el prudente don Felipe Segundo. Era actual virrey don Antonio de Mendoza; obispo de Mechoacán el doctor don Vasco de Quiroga; gobernaba la religión aureliana el eminentísimo señor Fray Jerónimo Siripando, y era provincial actual, la segunda vez el doctor y maestro Fr. Alonso de la Veracruz.

Quien como vigilante prelado, luego dispuso quién fuese superior de esta casa, sujeto tal que a un tiempo mismo fuese contemplativa María y oficiosa Marta, pues de ambas cosas necesitaba la nueva fundación. Llevo luego la atención toda un venerable religioso recién venido de la Europa, en quien vivían muy hermanadas las dos referidas vidas, activa y contemplativa. Este fue el venerable padre Fr. Diego de Salamanca, hijo de la gran corte de Burgos. Su dichoso padre en tener

tal hijo se llamó Francisco de Salamanca, y su madre doña Leonor de Orense. Recibió el hábito de nuestra sagrada religión en el mismo convento de Burgos, uno de los más observantes de Castilla, a quien debemos después de Salamanca los primeros padres que nos fundaron. Profesó el venerable Fray Diego en manos del venerable prior singular varón, Fray Alonso de Ávila, año de mil quinientos cuarenta y uno, a diez y seis de junio. Obtuvo aún siendo mozo muchos oficios en la provincia de Castilla, llegando a ser en pocos años definidor. En cuyo empleo solicitó el pasar a las Indias, que conseguido, luego que llegó y que conoció el sujeto al maestro Veracruz, actual provincial, lo puso por prior primero de la casa de Valladolid.

Muchos años gobernó, con grandes aciertos, efectos de su prudencia el convento, plantando en él las virtudes que había acumulado en el santo y recoleto convento de Burgos. En este ejercicio se hallaba nuestro venerable prelado Fr. Diego de Salamanca, cuando la provincia toda determinó que pasase a España a precisos negocios, que sólo a su celo y actividad podían fiarse; con patentes de procurador general de las Indias lo remitió la provincia, y luego se conoció lo acertado de la elección, pues el buen éxito en los arduos negocios, dieron prueba del gran caudal del venerable Salamanca. Entre las muchas reliquias de la Europa que trajo, la principal entre todas fue un crecido *Lignum Crucis*, que hoy se venera en nuestro convento de México la mayor parte y otra menor en la santa iglesia archiepiscopal de esta corte.

Visto y reconocido el acierto con que obraba este varón, volvió a repetir la provincia el enviarlo a España segunda vez, con no menos negocios que los primeros; con la facilidad misma con que había remitido los primeros, envió los segundos. No vino a la provincia por haberlo detenido la provincia de Castilla, su antigua madre, nombrándolo por prior del convento real de

San Felipe de Madrid, en cuya acción creo que obraron celosos los padres de Castilla, queriendo tener también la gloria de que fuese prelado de aquella provincia el venerable Fray Diego. Actual prior era de la corte de Madrid, cuando lo nombró por visitador y vicario general de las Indias nuestro reverendísimo maestro prior general Fr. Cristóbal Patavino, cuyo oficio admitió gustoso, por lograr la ocasión de volver a su amada provincia de las Indias.

Cuando disponía su partida, lo nombró el rey don Felipe Segundo por obispo de San Juan de Puerto Rico, año de mil quinientos setenta y seis; la obediencia le hizo admitir la mitra, y saliendo para tomar posesión de su obispado, informado de la necesidad de su iglesia, llevó consigo canteros y carpinteros, para edificar su catedral. Así lo hizo, que luego que tomó posesión, dio principio a la obra y hoy se veneran las gradas que hizo en la iglesia catedral, como memorias del ilustrísimo don Fray Diego. Reconoció algunas opresiones que padecían sus ovejas, y por remediarlas, el año de mil quinientos ochenta y siete pidió licencia a Gregorio Octavo para pasar a Roma, la cual obtenida, se fue a la Europa, y visto que no podía remediar los excesos, hubo como prudente de renunciar la mitra, año de mil quinientos ochenta y nueve. Murió en Madrid este ilustrísimo prelado, tercer obispo de Puerto Rico, y primer prior de Valladolid de Mechoacán, con opinión de santidad. Nuestro Alphabeto hace una breve memoria de este príncipe, que puede servir de Epitafio a su sepulcro: *Didacus de Salamanca, Burgis in Hispania nobili genere natus in Regis Brugensi Conventu, in tenera aetate nomen dedit. Agustini institutos. Post novatam studiis Scholasticis operam, impiger extremos currit ad Indos, non ut sibi expiscaetur aurum, sed ut Christo homines piscaretur. A Rege prudentissimo Philippo Secundo Episcopus Portus Divitis in India Occidentali designatus fuit ano 1576 (Alph. Litec D. Lib. 1. p. 197).*

Este referido príncipe, digno de inmortal memoria, fue cabeza fundamental sobre la que se han ido colocando las grandes piedras racionales que han compuesto este edificio. Sin duda que vio nuestro venerable padre Veracruz, los futuros progresos de esta casa, y quiso acertado, como maestro que era, fuese el fundamento tal, que sobre él pudiesen levantarse los grandes sujetos que la han gobernado, que si han quedado sin memoria, ha sido padecer la común fatalidad de los hombres grandes de este Nuevo Mundo, que como retirados del conocimiento de los reyes, viven olvidados y quedan sepultados sus hechos en el Mar Muerto de este retirado occidente, sólo de un Dios los cuenta David por maravilla.

Mientras fue una esta provincia con la de México, dice nuestro venerable Basalencque, era asentado ya el tránsito de esta casa de Valladolid, al convento principal de México; juzgando por acreedor al primer empleo, el que había con su virtud y letras granjeándose en Valladolid las atenciones. Mucho tiempo se observó este ascenso, hasta que aspirando a más esta gran casa, comenzó a darle provinciales a la mexicana provincia. Hijos de esta casa fueron los muy reverendos padres provinciales y maestros *Zayas y Rangel*. De aquí salieron los dignos de inmortal memoria, los maestros Soria, Marín, Zúñiga y Cárdenas, los cuales lucieron en el mexicano blandón, y pudieron haber alumbrado en Salamanca o París, como pudo a haber querido el maestro Fray Juan de Grijalva, gloria de su patria la villa de Colima, e hijo de este convento de Valladolid, cronista de la provincia de México, confesor y consejero del virrey marqués de Cadereyta, quien quiso llevarlo a España, para que admirasen como cosa de Indias, este monstruo de sabiduría.

Estos y muchos más sujetos dio esta casa de Valladolid a la de México, mientras perseveró unida y si fue fecunda en su principio, más lo fue separada y hoy, lo es en sumo grado.

Veintitrés provinciales ha dado, hasta el prelado dignísimo que hoy gobierna, maestro Fray Juan González, *lustre de mi patria Tenerife*. Cuya relación puede ser motivo a que se sospeche en mi pasión de compatriota, razón que me acobarda para que no se exprese lo que sé, y porque no ignoro más lo he de agradar con el silencio que gratificarlo con la exclamación, aire que siempre lastima a las grandes cabezas.

A los muchos prelados que ha dado a la provincia añado diez y seis escritores, autores todos hijos de este convento. De los cuales algunas obras se han immortalizado en los moldes, y otras grandes y crecidas perseveran pidiendo de justicia desde los estantes la impresión: que fueran oídas sus voces, a no ser tan costosas en este reino las impresiones. De los cuales autores, que hecha tengo en compendio en esta crónica relación, motivo por el que callo sus nombres y sólo advierto el que si le parece a algún curioso que le doy nombre de escritor a alguno que dejó poco escrito, no es esto causa para privarlo del elogio de autor, que en los sagrados libros, es nombrado por eclesiástico escritor San Judas Tadeo, y no hay noticia escribiese más que una epístola de un capítulo con veinticinco números.

Mantiene de ordinario esta casa de cincuenta y sesenta religiosos, dos Cursos de Artes, con dos vigilantes lectores, y dos exactos maestros de estudiantes, tres catedráticos de Sagrada Teología, y un maestro de estudiantes que suple las enfermedades y ausencias de los lectores, y pasa a los estudiantes y les preside las continuas conferencias. A estas superiores cátedras se añade una de Gramática y Retórica, con la de lengua tarasca, que de ordinario es lector el ministro. El prior es de ordinario regente de los estudios, y asimismo sinodal del obispado. Y desde *este año de mil setecientos veintinueve*, es juez conservador de la real y militar orden de nuestra Señora de la Merced. El primero en quien hizo acertado nombramiento el reverendísimo vicario

general de la referida religión sagrada, maestro Fr. José Cubero, año de mil setecientos veintinueve, obispo que fue de Chiapa, fue en nuestro lector jubilado y prior Fr. Pedro de Aldrete, acreedor de justicia a más superiores puestos.

Si quisiera reducir a número los sapientísimos maestros y doctores que de esta academia ateniense han salido para lustre de este reino, fuera querer contarle al cielo las estrellas; tantos han sido los lucidos astros que han alumbrado en el cielo de este Nuevo Mundo, hijos de este insigne convento. Omítolos por innumerables, y doy principio a la material fábrica de iglesia y convento para que venga a noticia de todos la grandeza de esta casa, como asimismo sirva la memoria de los operarios, de recuerdo a los presentes, y puede ser que de estímulo a los tibios.

Al dilatado cañón de la iglesia dio feliz principio el ilustrísimo señor don Fray Diego de Salamanca, primer prior de este convento, y lo perfeccionó el venerable y proficuo padre Fray Rodrigo de Mendoza, cuya vida en esta historia manifestará las realizadas virtudes de este varón. La capilla mayor que le sirve de cabeza al gran cuerpo de la iglesia, es una de las mayores y más desahogadas de la provincia, con una media naranja que tira gajes de cimborrio, obra fue de nuestro venerable padre maestro Fr. Diego de Basalenque, que sólo en tan grande ánimo cupo emprender y perfeccionar tan gran obra, siendo él mismo el maestro mayor de la arquitectura. La sacristía fue obra de este maestro, y sobre su puerta se venera hoy un retrato de María Santísima nuestra Señora de Guadalupe, tocado al original de México. Su suelo oculta con sus losas venerables cenizas de nuestros venerables primitivos padres, las cuales tapa religiosa obediencia, por no contravenir a decretos de la Iglesia; pero referiré en este capítulo de algunos de los muchos que yacen sepultados su memoria, para que ya que sus reliquias se ocultan, al menos se manifiesten, para ejemplo a los vivos

sus excelentes virtudes. En la pared de la sacristía referida están las exubias, dignas de más alto lugar, de nuestro venerable padre precursor del mar y costa del sur, Fray Juan Bautista.

Los claustros bajos fueron acabados a esmero de este gran maestro, y en el primero, que es el de la iglesia, se sepultaron algunos de nuestros venerables padres. La portería fue también obra del dicho venerable padre, y en una de sus testeras está en un nicho una cruz de piedra, cuya tradición de ocupar aquel lugar, es haber temblado por tres continuos días sobre la pieza de la portería, edificó el pequeño dormitorio del coro, que por aquel tiempo sirvió de noviciado y hoy es tránsito para los religiosos a las continuas tareas de rezo. Camino para el coro dejó hecho nuestro venerable maestro Basalenque, y no fue mucho quien mientras vivió no supo otro. Otras piezas comenzó del resto del convento, que con el tiempo y los muchos fundamentos que dejó levantados se perfeccionaron, como fue el refectorio y noviciado, y algunas celdas altas, obras del maestro Fray Juan de Liébana, sucesor de nuestro venerable padre maestro Basalenque. Los claustros altos y fin de los dormitorios con algunas celdas, fueron obras del padre Fray Marcos de la Fuente; como la barda que hace al monasterio clausura, se le debe al maestro Fray Alonso de la Fuente, y a los padres Vergaras las últimas manos, o casi todo lo que es hoy convento de Valladolid. De todas las obras de iglesia y convento, es superior en todo la magnífica torre, a toda la ciudad superior; debióle sus fundamentos al doctísimo maestro Fr. Antonio Flores, y sus perfectos fines al maestro Fr. Simón Salguero. Es una de las mayores y más primorosas de este Nuevo Mundo, es tan delicada su arquitectura, que a labrarse filigrana de los *cantos*, *creyera que era tal nuestra torre*, y a no enseñarnos la experiencia que no se funden o derriten en moldes las piedras, pudiera persuadirme que se había vaciado en algún molde o troquel la

torre de nuestro convento. No la han celebrado los autores de esta América, y así no tiene los aplausos de la sevillana Giralda, común desgracia de esta tierra, ponderar lo extraño y olvidar lo propio. En el ápice de su elevado capitel, le puso la devoción multitud de reliquias, que le sirviesen de contraojo a la envidia y de laurel sagrado que la defendiese de los rayos, pensión de todo lo grande vivir expuesto a experimentar estos o mayores daños.

En lo primitivo fue singular el adorno de nuestra iglesia, pues en ella primero en otra alguna, se vio retablo de cinco dilatadas calles, el cual hoy persevera, aunque sin la estimación que se ha granjeado la nueva moda de retablos. Nuestros padres Vergaras y don Antonio de Elexalde su sobrino, hicieron esta gran obra. A los referidos padres se les debe a su solicitud la mucha plata y alhajas que tiene la iglesia, como asimismo los ricos y costosos ornamentos, que hoy duran muchos de ellos. La sacristía está adornada la mayor parte de lienzos, fábrica del insigne Becerra. El venerable maestro Fr. Cristóbal Plancarte, fue el autor de esta obra.

El interior adorno del convento, si no es de los primeros de nuestra orden, es de los que merecen nombre en las historias. En el claustro bajo, en las testeras de sus ángulos, están cuatro lienzos con sus medios puntos, guarnecidos de grandes marcos dorados, del mejor pincel de esta América, el Ticiano de este nuevo mundo Antonio Rodríguez. En lo restante está toda la vida de nuestro gran padre San Agustín, pintada en grandes y primorosos lienzos, obra del insigne Correa. La escalera principal tiene asimismo muchos y primorosos retratos, el tránsito de nuestro padre San Agustín, que está sobre la cornisa es de la mano del presentado Fr. Simón Salguero. En los lienzos del claustro se conservan algunas memorias, en los retratos de los religiosos. Adonde está dando nuestro padre San Agustín la regla, está retratado, recibéndola el hermano venerable Fray

Bernardo Montiel. Acompañale a la recepción el padre lector Fray Cristóbal de Medrano, y el padre lector Fray Diego Rodríguez. En el lienzo adonde está nuestro padre curando la llagada pierna de un enfermo, está retratado el venerable maestro Fray Cristóbal Plancarte, y en el entierro de nuestro padre San Agustín el prior Fray Juan Tello, en cuyo tiempo se hizo toda la referida obra. Estos lienzos los explican varios versos, los cuales fueron de los números del padre lector Fray Diego Rodríguez y el padre Fray Domingo de Ayala; y por haberlos consumido el tiempo, los renovó el padre lector Fray Juan Alonso de Castro.

El interior adorno del noviciado se le debió al venerable padre Fray Antonio de Salas, y el que hoy tiene en una hermosa capilla y parlatorio con mucho y grande aseo, lo ha perfeccionado el jubilado y prior Fray Pedro de Aldrete, a que ha cooperado el maestro de novicios Fray Miguel de Gauna. Todos los más prelados de esta casa se han esmerado en las obras así del convento como en aseo de la iglesia. De tal modo, que lo mismo es ser priores de este convento, que infundirles un espíritu operario. Yo discurro que esto proviene de haber sido obrero de este dichoso convento nuestro venerable padre Fray Juan Bautista, quien dejó en aquellas primeras piedras impreso su santo celo, el cual cada día se ha ido avivando en santa emulación. Díganlo las muchas obras que hizo el venerable maestro Fray Cristóbal Plancarte, y en el entierro de nuestro padre San Agustín competir las que obró el respetuoso padre Antonio Botello, no siendo inferiores las muchas del venerable padre, cura y prior Fray Marcelo de Lizarrarás, quien entre lo mucho que obró tiene el primer lugar un frontal de plata, y otras muchas alhajas que dejó; y yo prometo cuando refiera su vida numerarlas. Siguió el celo de los operarios el jubilado Fray José de Contreras, lustre de este convento, y pudo serlo de toda la

orden, a haber tenido por patria otro lugar inmediato a los ojos de los príncipes. Doró toda la iglesia y cimborrió, con un colateral de nuestra Madre Santa Mónica; hizo la sillería, facistol y órgano del coro, todo de nogal que es el cedro de esta América. A este prelado se siguió el maestro Fray Manuel de la Banda, cuyas obras hoy publican en las puertas su religioso cuidado. El cual continuó el jubilado Fray José Cano, fomentado el maestro y provincial, nuestro padre Fray Alejo López, haciendo monumento y vidrieras, con otras obras en la iglesia, dignas de eterna memoria; las cuales cada día publican con lenguas de metal las campanas que colocó en los puestos más elevados de la torre. Son también dignas de eterna memoria las que actualmente ha hecho el jubilado y prior Fray Pedro de Aldrete. Un curioso colateral de nuestra santa maravillosa Rita de Casia, sobre la sacristía una hermosa celda prioral, con otra inmediata menor, una tribuna a la capilla mayor, con otras muchas obras que inmortalizarán para lo futuro su memoria. Cuéntome por el último e ínfimo. En *mi tiempo* entró el agua a una pila, y otros repartimientos con otras muchas obras, año de mil setecientos treinta y cuatro. Se ha hecho cimborrio y colateral el año de mil setecientos treinta y seis. Cincuenta y nueve prelados desde el primero hasta el presente cuenta este convento, dignos de especial recuerdo en esta crónica. Porque, como siempre, la provincia, para prelados de esta casa, ha escogido entre lo mucho bueno, lo mejor; todos han sido en el ejemplo perfectísimos varones, todos han lucido como estrellas en el cielo de este convento. Pero así como unas lucen más que otras en el firmamento, así algunos prelados de este convento se han arrebatado más con sus luces las atenciones de los humanos ojos.

Maestro don Fray Diego de Salamanca, año de 1548. El primero, lucido astro de este cielo, fue el ilustrísimo señor maestro don Fray Diego de Salamanca de quien queda ya hecha breve memoria.

Murió en el Señor de nuestro real convento de San Felipe de Madrid; sepulcro digno a tan gran príncipe, mausoleo competente al primer prelado y prior del convento de Valladolid de la provincia de Mechoacán.

Padre venerable Fr. Alonso de Alvarado, año de 1563. A este venerable prelado se le siguió el nobilísimo padre Fray Alonso de Alvarado, inmediato pariente del adelantado don Pedro de Alvarado, y del marqués del Valle don Fernando Cortés. Fue varón religiosísimo, añadiendo con su virtud nombre a la casa de Alvarado, originaria del maestre mayor de la orden de Santiago. En su tiempo de este venerable padre, trocó la temporal vida por la eterna nuestro venerable padre Fray Juan Bautista, y creo que este venerable padre Alvarado, por cierta noticia que tengo, descansa su cuerpo en este convento de Valladolid.

Fr. Jerónimo Marín. Nuestro venerable padre Fr. Jerónimo Marín, hizo la escalera y claustro de Valladolid. Fue embajador al gran chino.

V.P. Fr. Francisco de Acosta, año de 1576. El celoso padre Fr. Francisco de Acosta, fue por dos veces prelado de esta casa. Este varón venerable debió de infundir en este convento el celo de su observancia, y no será mucho que quedase desde su gobierno impreso en las paredes, que de la capa de Elías refieren los rabinos esta propiedad que le dejó comunicada el profeta, tal que lo mismo era ponérsela alguno, que comenzar luego a celar la mayor honra de Dios, así acontece aquí, basta sólo vivir en este convento, para que a todos, como si se pusieran la capa de Elías, celen la mayor observancia de nuestro estado. En este santo convento está sepultado este Elías mechoacano, este fue el paraíso que eligió para inmortalizar su memoria; aquí aunque muerto, vive en todos su santo celo, renovándose cada día, como que se alimenta del árbol de su

vida, la cual prometo escribir, en el lugar en que la puso nuestro venerable padre maestro Basalenque.

V. P. Mro. Fr. Diego de Villarrubia, año de 1605. No le fue inferior en el celo santo el Eliseo que se le siguió al referido Elías. Este fue el castísimo José mechoacano, nuestro venerable padre Fray Diego de Villarrubia; fue maestro de novicios y por dos veces prior de este convento. Azucena de este jardín en lo casto, y en los frutos que dio a la provincia en tantos hijos de su espíritu, en cuantos ilustres varones contó por aquel siglo de la religión, como en su vida veremos. Fue el primer maestro graduado de la provincia luego que se dividió. Descansan los huesos de este casto José en nuestro convento de Pátzcuaro, adonde se florecerá esta muerta azucena, para ejemplar de la pureza, siendo trasplantada por los ángeles colonos de la castidad al Valle de Josafat.

V.P. Fr. Baltazar de los Reyes, año de 1603. Bien puede hacerle lado a este varón castísimo el ejemplar religiosísimo padre venerable Fray Baltazar de los Reyes, prior de este convento; en cuyo feliz tiempo floreció como en lo primitivo la más estrecha observancia de nuestro estado. Así lo testifica nuestro venerable Basalenque, cuyas virtudes se granjearon de este gran cronista la atención; su vida referiré, que puede ser pauta de observantes prelados. Murió lleno de años, y virtudes en nuestro convento de Cuitzeo, enriqueciendo con sus venerables huesos aquella santa casa.

V.P. maestro, Fr. Diego de Basalenque, año de 1617. El mayor lustre de este convento, fue haber tenido entre sus prelados, por dos veces prior, a nuestro venerable padre maestro Fray Diego de Basalenque, sólo con tal varón quedó esta casa digna de nombre, como allá quedó Roma, por haberla gobernado el grande Numa Pompilio. No me dilato en decir quién fue este héroe insigne, porque su prodigiosa vida ha de dar en lo de

adelante mucho cuerpo, y aun mucha alma a esta crónica. Murió este prelado de Valladolid en nuestro convento de Charo, de cuya dicha vive con santa emulación Valladolid.

V.P. lector Fray Juan Vicente, año de 1626. Hijo del espíritu del maestro venerable Basalenque, fue el prior de este convento el padre lector Fray Juan Vicente, varón verdaderamente de los espíritus primitivos, en quien se veía un perfecto retrato de la más estrecha observancia de nuestro antiguo Instituto, su vida publicará a su tiempo para perpetua memoria, la vida prodigiosa de este prelado dignísimo de Valladolid. Siguió en la muerte a su maestro y padre el venerable Basalenque, y así murió en nuestro convento de Charo, cuyo verdadero cadáver descansa en la sacristía de este convento, aumentando con sus reliquias las muchas que en sus sepulcros guarda este santo monasterio.

VV.PP. maestro Fr. Pedro Salguero, y presentado Fr. Simón Salguero, años de 1652 y 1664. El maestro Fray Pedro Salguero y su hermano el presentado Fray Simón Salguero, fueron asimismo hijos del espíritu del venerable Basalenque, a quien siguieron en ser ambos hermanos, priores dignísimos del convento de Valladolid, en cuyos gobiernos se vieron resplandecer los acertados dictámenes, que siempre siguieron de su sapientísimo maestro Basalenque. Escribiré sus vidas para perpetua memoria de estos dos hermanos. Cuyos cadáveres tienen por monumentos los sepulcros de la sacristía de nuestro convento de Charo, en donde quisieron agradecidos acompañar hasta en el sepulcro a su maestro.

V.P. Fr. Cristóbal Plancarte, año de 1682. Revivió el celo del venerable Fray Francisco de Acosta en el prior siguiente, nuestro venerable padre maestro Fray Cristóbal Plancarte, varón observantísimo y de inculpable vida, como se verá cuando refiera sus grandes virtudes, semejantes, y aun iguales a las que nos dejaron escritas de nuestros venerables padres fundadores. Murió en el

convento de Celaya, nido que labró su santo celo para renacer como Fénix de sus cenizas en la universal resurrección.

V.P. lector Fray Felipe de Figueroa, año de 1693. Glorioso vive y puede contar entre sus felicidades este convento de Valladolid haber tenido por su prelado al religiosísimo y sapientísimo padre lector, el venerable padre Fray Felipe de Figueroa, desmedido talento de este Nuevo Mundo, cuyas letras superiores, fueron esmaltes lucidos a sus agigantadas virtudes, las cuales agradecido referiré en esta crónica para inmortal memoria de este mechoacano escoto. Murió en el convento de San Pablo de Yuririapúndaro, monumento que le previno la Providencia para guarda de tan gran cuerpo y cabeza, que tanto ilustró a la provincia su madre.

V.P. Fr. Antonio de Salas, año de 1694. Poco tiempo gozó por prelado la casa de Valladolid, al venerable padre Fr. Antonio de Salas, quitándolo de la vista la Parca; pero si lo logró poco vivo, lo tiene en su sacristía muerto, para lustre de sus sepulcros. Cuya inculpable vida, que referiré, será prueba de la dicha de este convento en haber tenido por hijo y prelado a este venerable padre, y por fin por alhaja su cuerpo, entre sus tesoros.

V.P. maestro Fr. Juan Camargo, año de 1703. Nada inferior a los primitivos padres, fue el venerable padre maestro Fray Juan Camargo, prior dignísimo e hijo de este convento de Valladolid. Rectísimo y observantísimo prelado, sus virtudes excelentes referiré en su vida, manifestadas estas a toda la provincia. Murió en opinión de santo en nuestro convento de Zacatecas, y allí es venerada su memoria, encomendándose a su alma los vecinos de aquella gran ciudad. Fueron y son pregoneros de su santidad los venerables y religiosísimos padres de la recolección de nuestra Señora de Guadalupe, quienes con los nuestros se hallaron a su dichoso tránsito.

V.P. cura Fr. Marcelo de Lizarrarás, año de 1706. Siguió la misma observancia de sus antepasados el venerable padre cura

Fray Marcelo de Lizarrarás. Varón castísimo, y de vida inculpable, de que puede ser testimonio la incorrupción de su cuerpo, que descansa en la sacristía de nuestro convento de Charo. Fue hijo del convento de Valladolid, y su dignísimo prelado, escribiré su vida para ejemplar a los futuros, y que vean que en todos tiempos hay y ha habido ilustres y venerables varones en esta provincia.

V.P. Fr. Diego Lobo, año de 1610. En el año de mil seiscientos diez, había de haber puesto al venerable padre Fray Diego Lobo, religioso de los primitivos padres de esta provincia, dejélo para el último de los prelados de Valladolid, no por olvido, sí por señalarlo con este lugar, para que todos los prelados que fuesen de esta casa lean la vida que escribiré de este venerable padre, que puede ser dechado de toda perfección a los futuros. Descansa su venerable cuerpo en la sacristía de este convento, con cuyo cuerpo puede vivir gustoso, pues en él tiene un prelado, difunto que cada día está desde el sepulcro enseñando a todos observancia. Estos son algunos de los muchos venerables priores que han ilustrado con sus virtudes el convento nuestro de Valladolid, bien pudiera ponerlos a todos en esta crónica, pues todos son dignos de ella, pero quise de todos sacar solos los quince referidos, para que sirviesen de gradas a este magnífico templo de Salomón de la nueva ley, mi grande padre Agustín, y juntamente para que teniéndolos a la vista los prelados venideros, contemplasen en estas quince gradas las vidas de sus antecesores. Quince gradas puso en su templo Salomón, y a cada escalón correspondía un salmo, y en cada grada según los rabinos, se veía una imagen de un rey o juez del pueblo de Israel, para que no se diese paso a la elevación y grandeza del puesto que no fuese mirando un ejemplar que seguir. Bien pueden servir de espejos de vestir virtudes los quince priores que quedan referidos de Valladolid, y más si se

leen sus dilatadas vidas, para poner en sí las ajenas perfecciones que tuvieron los primeros padres y prelados venerables.

N.V.P. Fr. Juan Bautista, sepultado en Valladolid. Ya he tratado en breve de algunos de los grandes prelados de este magnífico convento, me ha parecido poner una relación compendiosa de los hijos ilustres y varones venerables, que ha tenido esta casa, porque aunque en lo de adelante he de escribir sus vidas, quiero que sepan todos en este capítulo los hijos que ha tenido dignos de nombre Valladolid, haciéndose con sus virtudes nichos en el templo de la fama. Es el primero en todo, digno por sus grandes virtudes, el venerable padre Fray Juan Bautista, cuyo venerable cuerpo, digno por su santidad, de más superiores cultos, es de él arca la sacristía de este convento, adonde como preciosa alhaja, joya del mayor precio, lo cuenta por vínculo de su mayorazgo.

N.V.P. Fr. Francisco de Acosta, sepultado en Valladolid. También guarda, aunque sin saber adónde, el cuerpo de su prelado, el venerable padre Fray Francisco de Acosta, quizá logrando en muerte lo que tanto anheló en vida, que fue ocultarse de los ojos de los hombres. No ha podido hallarlo el deseo, sin duda que aquellos primitivos padres lo ocultaron porque se solicitó a petición de los indios, llevarlo al convento de Charo. Ignorándose como digo el lugar de su sepulcro, y hay quien sospecha que está en el primer claustro inmediato a la iglesia.

N.V.P. Fr. Agustín Hurtado, sepultado en Valladolid. Tiene el cuerpo este convento, y con noticias de incorrupción del venerable padre maestro Fray Agustín Hurtado, provincial que fue de esta provincia, sucesor de nuestro venerable maestro Basalenque, a quien entregó la provincia luego que acabó de ser provincial, prueba de su gran santidad, puesto que lo eligió nuestro venerable Basalenque. Fue criollo de esta ciudad, hijo de los fundadores de ella. Su padre se llamó Diego de Hurtado, y su

madre doña Catarina de Pareja. Tomó el hábito de nuestra sagrada orden en este convento, año de mil quinientos noventa y dos, profesó en las manos del padre Fray Diego de Salazar. Murió en el Señor a siete de mayo del año de mil seiscientos treinta y cinco, y en el libro antiguo de las profesiones tiene el margen estas palabras: *Murió en este convento de Valladolid, santamente*. Este venerable padre, fue la primicia que esta ciudad de Valladolid le dio a Dios en nuestro convento.

V.P. Fr. Pedro de Meneses, sepultado en Valladolid. Guarda también como rico tesoro el cadáver del venerable padre Fray Pedro de Meneses, Dorcas de esta provincia, cuya ocupación fue siempre vestir las pobres sacristías de esta provincia, que a todas, y principalmente la de Valladolid, puede como llorosa viuda mostrar las albas y sagrados ornamentos que le dio hechos y bordados por sus propias manos. Descansa este venerable padre en la sacristía de este convento, y discurro no se le pudo dar más gustoso sepulcro a varón que tanto amó a las sacristías. Esto con otras muchas virtudes referiré, cuando haga memoria de este venerable padre.

V. Herm. Fr. Alonso de la Magdalena, sepultado en Valladolid. Grande era el esmero del venerable Meneses, en hacer como otro Beselel ornamentos para el divino culto; pues no fue menos el cuidado del hermano Fray Alonso de la Magdalena en cuidarlos como diligente recabita del templo del Señor. Fue hijo de la villa de Utrera en la Andalucía, su padre se llamó Juan Muñoz, y su madre Catarina Jiménez, dióle la profesión el padre Superior Fray Simón Tostado, año de mil seiscientos diez. En el libro de las profesiones tiene el margen este elogio: *Murió tan santamente como vivió, en Valladolid, a siete de abril de mil seiscientos treinta y tres, Dominica in Albis*. Su vida, que escribiré, dará claro testimonio de las virtudes de este hermano sacristán. Su venerable cuerpo está sepultado en la iglesia ante el altar de

nuestra Señora del Socorro, por especial afecto que siempre tuvo a este soberano bulto de la emperatriz del cielo.

V. Herm. Fr. *Francisco León, sepultado en Valladolid.* Siguió en todo y por todo las rectas huellas del referido hermano Fray Alonso, el hermano Fray Francisco de León. Fue montañés de nación. Tomó el sagrado hábito de nuestra religión en la ciudad de Zacatecas, año de mil seiscientos treinta, fue sacristán de nuestro convento de Valladolid, y era admiración al convento, el cúmulo de virtudes de este dichoso hermano, algunas referiré cuando escriba su vida. Murió, año de mil seiscientos treinta y seis. Diósele sepultura en la iglesia de nuestro convento de Valladolid, ante el altar de María Santísima nuestra Señora del Socorro, de quien como su antecesor, fue muy devoto.

V.P. Fr. *Diego de San Agustín, sepultado en Valladolid.* Poca memoria he hallado en las crónicas de un hijo de este convento, llamado Fray Diego de San Agustín, afectísimo a nuestro santo padre, pues quiso en la profesión por amor al santo, y para ocultarse a los ojos del mundo, quitarse el apellido de su casa, por el de nuestro gran padre. Fue hijo de la ciudad de Querétaro. Su padre se llamó Francisco Pérez Vicente, y su madre doña Catarina de Escobedo. Profesó en manos del padre Fray Juan de Liébana, año de mil seiscientos veintiuno. En el margen de su profesión tiene estas compendiosas palabras: *Murió en Valladolid, y tuvo muy buena muerte.* Claro está, que había sido una vida inculpable. En la sacristía está su venerable cadáver.

V. Herm. Fr. *Ignacio Román, sepultado en Valladolid.* Antes de que naciese dio para el cielo, el fecundo vientre de esta casa, un hijo recién engendrado, este fue el venerable hermano Fray Ignacio Román. Profesó antes del año en el lecho, año de mil seiscientos sesenta y uno, y luego que echó la firma, expiró. Fue criollo de la ciudad de Pátzcuaro. Su padre se llamó Andrés Román, y su madre doña Isabel de Alba. Fue su profesión

y muerte en manos del maestro Fray Bernardo de Alarcón. En el libro de las profesiones tiene este breve renglón, que no dijo más el que lo puso por el poco blanco: *No era para acá, sino para el cielo*. Mucho esperaba la provincia de este hijo. Vive consolada con tener su cadáver en la sacristía de este convento.

V.P. Fr. Antonio Ramírez, sepultado en Valladolid. Al referido hermano, le hace lado otro insigne paisano y compatriota de la ciudad de Pátzcuaro, criollo. Este fue el venerable padre Fr. Antonio Ramírez, hijo de Antonio Ramírez, y de doña Leonor de Toledo, profesó, año de mil seiscientos cuarenta y tres, en manos del padre lector y prior Fray Juan de Castro. Al margen en el libro de las profesiones tiene estos renglones, que pueden servir de breve epitafio: *Fue Antonio insigne varón; murió en Valladolid como siervo del Señor a seis de octubre de mil seiscientos setenta y nueve*. Está el cuerpo de este venerable padre sepultado en la sacristía.

V. P. Fr. Diego Lobo, sepultado en Valladolid. Guarda este convento el cadáver venerable y digno de mayores respetos, del padre y prior que fue de este convento, Fray Diego Lobo, continuo en la oración, varón verdaderamente primitivo; su vida manifestará en parte sus virtudes, que fueron muchas y excelentes. Murió, año de mil seiscientos treinta y dos, a diez de junio, de más de ochenta años. En la sacristía está este Néstor mechoacano.

V. Herm. Fr. Juan de Zavala, sepultado en Valladolid. Digno de la memoria de esta historia, hallo al venerable hermano Fray Juan de Zavala, criollo de la ciudad de Pátzcuaro, hijo de Juan de Zavala y de doña Luisa Álvarez. Poco lo logró vivo la provincia; porque acabando de firmar la profesión en manos del padre superior Fray Juan Palacios, dio al Señor su alma, año de mil seiscientos cincuenta y cuatro. El margen de su profesión dice lo siguiente: *Murió luego que acabó de profesar; no era para acá,*

sino para el cielo. Descansa el cuerpo de este varón en la sacristía. Mucho esperaba de sus virtudes la provincia.

V. P. Fr. *Juan de Baena, sepultado en Valladolid.* Entre sus grandes tesoros cuenta casi por primero este convento el cadáver del pacífico padre Fray Juan de Baena, renombre que le granjeó la Sma. paz que siempre gozó. Fue hijo del convento nuestro de México, adonde se vistió la estameña de nuestra provincia, año de mil quinientos ochenta y nueve. Murió en el Señor de más de setenta años en nuestro convento de Valladolid, a catorce de julio de mil seiscientos cuarenta y tres. Yace sepultado en la sacristía de este convento. En su propio lugar referiré sus hechos, y por ellos se conocerá la gran presea que ocultan los losas de nuestro convento.

V.P. *maestro Fr. Juan de Liébana, sepultado en Valladolid.* Al referido Juan se le allega otro del mismo nombre, que fue el V.P. maestro Fray Juan de Liébana, del pueblo de Chucándiro, criollo, y educado en Valladolid. Fue hijo de Alonso Magdalena y de doña Ana Gutiérrez de Liébana. Murió en Valladolid, año de mil seiscientos treinta y siete, de edad de setenta años, en el mes de enero. Está enterrado en la sacristía de este convento. Referiré su vida en prueba de sus virtudes, en el trienio en que fue provincial.

V.P. Fr. *Antonio de Salas, sepultado en Valladolid.* Descansa el cadáver en la sacristía de este convento del venerable padre y prior Fray Antonio de Salas, criollo de la ciudad de Zacatecas; su padre se llamó Diego Sánchez de Salas, y su madre doña Agueda de Ayala; profesó en manos del maestro y prior Fray Pedro Salguero. En los fines de esta crónica escribiré su vida, por digna de perpetua memoria.

V. Herm. Fr. *Bernardo Montiel, sepultado en Valladolid.* El último de que tengo noticia, que yace sepultado en este insigne convento, es el hermano Fray Bernardo Montiel, natural de la

imperial villa de Madrid. Su padre se llamó José Montiel, y su madre doña María de Morán. Profesó en las manos del presentado Fr. Diego de Campos, año de mil seiscientos setenta y cinco. No me dilato en referir sus virtudes, porque adelante he de escribir su muy religiosa y santa vida. La sacristía es la guarda del cadáver de este venerable hermano.

V.P. Fr. Gaspar de Mancilla, murió en la Puebla. Uno de los primeros venerables hijos de este convento, fue el venerable padre Fray Gaspar de Mancilla; fue natural de Cañamero en Castilla; su padre se llamó Juan de Mancilla, y su madre doña Catarina Vázquez. Profesó en las devotas manos del venerable padre Fr. Juan de Salazar, año de mil quinientos noventa y tres. Tiene en el libro antiguo, en el margen de su profesión el siguiente elogio: *Murió en la Puebla como un santo.* Fue de angelical vida, y así le previno el cielo el lugar de los ángeles para su tránsito, y también para que transportasen esa dichosa alma en sus puros hombros al paraíso celestial. Nuestro convento de la Puebla nos guarda hasta hoy entre sus propios tesoros, este de Mechoacán.

V. Herm. Fr. Cristóbal de Estrada, murió en México. Ya que había dado a la referida casa de la Puebla este convento un hijo, dio otro a la casa de México, este fue el venerable y carísimo hermano Fray Cristóbal de Estrada, fue criollo de la ciudad de Celaya, hijo de los fundadores de aquella República. Su padre afortunado en haber tenido tal hijo; se llamó Pedro de Estrada, y su madre doña María de Aguilar. Profesó en Valladolid, año de mil seiscientos cinco, en las puras y castísimas manos del venerable padre maestro Fray Diego de Villarrubia. Escribiré su vida para que el convento de México aprecie lo que le dio esta provincia y convento de Valladolid en el venerable Estrada, varón verdadero y perfecto digno de más memoria que la que tiene.

V.P. Fr. Diego Magdaleno. *Murió en Charo*. Ya que dio esta casa de Valladolid, entre otros muchos, los dos referidos hijos a los principales conventos de México y Puebla de la provincia mexicana, prosiguió beneficiando a esta provincia de que era madre y cabeza y así al inmediato convento de Charo le dio al venerable padre Fr. Diego Magdaleno, criollo de nuestra doctrina de Chucándiro, y educado en Valladolid. Su padre se llamó Diego Magdaleno, y su madre doña Ana Gutiérrez de Liébana. Profesó, año de mil quinientos noventa y cinco, en las manos del padre prior Fray Juan Morillo. En el margen del libro antiguo de las profesiones, tiene este breve elogio: *Murió en Charo santamente, año de mil seiscientos treinta y ocho*. Su vida, que saldrá a luz con esta crónica, manifestará sus virtudes excelentes.

V.P. Mro. Fr. Francisco Cantillana. *Murió en Cuitzeo*. Hijo de este convento fue el venerable y respetuoso padre el maestro Fray Francisco Cantillana, provincial dignísimo de esta provincia, criollo de la Puebla de los Ángeles, la cual nos dio este ángel para lustre de este convento. Su padre se llamó Juan de Cantillana, y su madre doña María González. Vistió la sagrada estameña de agustino en este convento, y profesó año de mil seiscientos veinticinco, en manos del maestro Fray Martín Delgado; fue varón primitivo en la observancia, bastante materia dará y cuerpo a esta crónica, cuando escriba su prodigiosa vida. Gustoso se halla el convento de Cuitzeo con su venerable cadáver.

V.P. Fr. Baltazar de San Agustín. *Murió en San Luis*. Al convento de San Luis Potosí dio este monasterio de Valladolid, un singular hijo suyo. Este fue el venerable padre Fray Baltazar de San Agustín, fue criollo de Celaya, y de lo más ilustre que compone la ciudad. Su padre se llamó el capitán Sebastián de Mejía, y su madre doña Isabel Cano. Profesó en Valladolid, año de mil seiscientos veintiséis, en las santas manos del venerable lector y prior Fray Juan Vicente, cuya santidad creo que infundía con la

imposición de sus manos. Al margen en el libro de las profesiones, lo honra esta breve memoria: *Murió en San Luis en opinión de santo*. Dichoso convento, que tiene en su casa las cenizas de este varón.

V.P. Fr. Cosme Rangel. Murió en Yuririapúndaro. La corte de México nos dio al venerable padre Fray Cosme Rangel; tomó nuestro sagrado hábito en el convento de Valladolid. Su padre, que fue de lo primero de aquella ciudad, se llamó Alonso de la Huerta, y su madre doña Juana Rangel. Profesó, año de mil seiscientos veintiséis, en manos del maestro Fr. Martín Delgado. Fue penitente religioso, por manos de los indios, recibía varias disciplinas su cuerpo y gozó y aún dicen posee la incorrupción. Algo diré de este venerable padre. Yuririapúndaro guarda de la bóveda de la iglesia su venerable cadáver, deudor le es de esta dicha Yuririapúndaro al convento de Valladolid.

V.P. Fr. Diego de Mendoza. Murió en Ucareo. La villa de Salarnea, en los reinos de la Europa, nos dio liberal al venerable padre Fr. Diego de Mendoza. Recibió el sagrado hábito de nuestra religión en la ciudad de Valladolid. Su padre se llamó Francisco de Mendoza, y su madre doña Catarina de Villanueva. Profesó en las manos del maestro Fray Martín Delgado, año de mil seiscientos treinta. Vivió siempre prevenido y así no fue repentina la muerte de un rayo que lo hirió. Fue perfectísimo varón, como se verá en su vida; descansa el cuerpo de este Estilita en nuestro convento de Ucareo, gustoso y agradecido, de que le hubiese dado Valladolid este hijo venerable.

V. maestro Fr. Alonso de la Fuente. Murió en Taretan. Hijo de este convento fue el venerable padre maestro y provincial Fr. Alonso de la Fuente, criollo de la ciudad de San Luis Potosí. Su padre se llamó Juan Fernández de la Fuente, y su madre doña María de Espinosa. Profesó en Valladolid en manos del venerable y sapientísimo prelado Fr. Juan Vicente, año de mil seiscientos cuarenta y

ocho. Murió en nuestro convento de San Ildefonso de Taretan, año de mil seiscientos sesenta y ocho. Las actas que expidió, pueden ser prueba de su gran observancia. Fue cosa que deseó mucho volver a la provincia al prístino ser en que la fundaron nuestros venerables padres. Escribiré la vida de este hijo de Valladolid, tan amante de esta casa, al fin como madre suya, que a su solicitud debe los mayores aumentos.

V. presentado Fr. Matías de Guía. Murió en Pátzcuaro. El presentado y provincial, nuestro venerable padre Fray Matías de Guía (Eguía), fue hijo de este convento, criollo de la ciudad de San Luis Potosí. Su padre se llamó Juan de Guía, y su madre doña Catarina de Leiva. Profesó, año de mil seiscientos cuarenta y ocho, en manos del padre Fr. Jerónimo de Morales. Dídimos de esta provincia, pues privado de la vista, predicaba y seguía el coro como un novicio, tesón que con la continua oración llevó hasta el fin de su vida. Falleció en Pátzcuaro, adonde todos lo veneraban como a varón perfecto, descansa en la iglesia el venerable cuerpo de este hijo de Valladolid.

V.P. Fr. Pedro de Ontiveros. Murió en Charo. El apóstol zacatecano, Fr. Pedro de Ontiveros, renombre que le granjeó el celo de su predicación, fue hijo de este convento de Valladolid. Nacido en la ciudad de San Luis Potosí. Su padre se llamó Pedro de Ontiveros, y su madre doña Francisca Jiménez. Profesó año de mil seiscientos cincuenta y cuatro, en manos del padre prior Fray Diego de Belmonte, fue varón muy perfecto, a su tiempo escribiré su vida. Murió en Charo, adonde yace su venerable cuerpo, con respetos de varón siempre perfecto.

V.P. Fr. Francisco de Villaseñor. Murió en Yuririapúndaro. La suma inocencia que gozó el padre Fray Francisco de Villaseñor, no ha de ser fundamento para excluirlo de esta memoria. Nació este inocente padre en la ciudad de Querétaro, fueron sus padres los más nobles, ricos y principales de aquella ciudad,

llamáronse don García del Castillo y Villaseñor y doña Francisca Pérez Caballero. Profesó el año de mil seiscientos cincuenta y cinco en las doctas y venerables manos del maestro Fray Pedro Salguero. Yace su inocente y puro cuerpo en nuestro convento de Yuririapúndaro, y su retrato está en el altar de San Cristóbal, de la iglesia de dicho convento, que recuerda su memoria, digno es de esta este hijo del convento de Valladolid, pues la inocencia y sencillez de que gozó, lo hizo parecer ángel en lo humano. El excelente Cornejo llenó muchos pliegos de su historia con las inocencias y sencilleces del venerable varón Fray Junípero. Yo diré en lo de adelante algunas de este Fray Junípero agustiniano.

V. P. Fr. José de los Ángeles. Murió en San Luis. Fue hijo de ese convento de Valladolid, el venerable padre, casi perpetuo maestro de novicios, Fray José de los Ángeles. Justo apellido de un varón tan angelical. Tomó el hábito en nuestro convento de Valladolid. Era de la ciudad de Guadalajara, en la Nueva Galicia. Profesó, año de mil seiscientos cincuenta y cuatro, en las venerables manos del maestro Fray Pedro Salguero. Descansa este ángel en el convento de San Luis Potosí, guardó perpetua clausura y casi increíble abstinencia, en prueba de que era ángel, pues apenas veían que comiese y aun a lo poco de que se mantenía, le mezclaba con cuidado algunas yerbas amargas.

V. P. Fr. José de Molina. Murió en Charo. Bien puede contarse entre los ilustres hijos de este convento de Valladolid, a el venerable padre cura Fray José de Molina. Nació en la ciudad de Pátzcuaro. Su padre se llamó José de Molina, y su madre doña Inés de Vargas. Profesó, año de mil seiscientos setenta, en manos del maestro Fr. Juan Ramírez. Fue castísimo y muy observante, como se verá en esta crónica. Murió, y está sepultado en la sacristía de nuestro convento de Charo.

V. P. Fray Cristóbal Medrano. Murió en San Nicolás. De la ciudad de Salvatierra, fue hijo el venerable padre lector Fray Cristóbal Medrano, de lo principal de aquel lugar. Su padre se llamó don Pedro Medrano, y su madre doña María de Sotomayor. Profesó en nuestro convento de Valladolid, año de mil seiscientos ochenta en las venerables manos del maestro Fray Cristóbal Plancarte. Fue este padre fundador de la recolección de nuestro convento de Tziritzícuaró; cuyo anhelo continuo fue la mayor observancia de nuestro estado. Murió en nuestro convento de San Nicolás, adonde yace su cadáver, algo diré de lo que supe de sus virtudes.

V. hermano Fr. Bartolomé de San Miguel. Murió en Tacámbaro. El reino de la Galicia dio a este convento al hermano Fray Bartolomé de San Miguel; fue de nación gallego, de un lugar llamado San Miguel de las Negradas. Profesó en nuestro convento de Valladolid, año de mil seiscientos noventa y uno, en manos del padre prior Fray José Hurtado. Fue observantísimo de nuestro instituto. Pobre, virgen y obediente, cuyas virtudes a no haberse ocultado tanto, pudieran haberlo hecho famoso, entre los grandes varones que ha tenido este feliz convento.

Dichosa y feliz has sido, casa de Valladolid, y espero que en lo futuro han de ser aún muy mayores tus glorias, pues tantos venerables hijos como has engendrado para el Señor son perpetuos patronos y suplicantes continuos en el trono del Altísimo. Cada uno es un Jeremías, que suplica por sus hermanos religiosos de este convento, y por la observancia de esta santa casa.

De otros muchos quedan olvidados en esta historia sus nombres, pero están escritos en los eternos diamantes de la gloria, libros de Dios. Cuando se hagan patentes en el Valle de Josafat las historias de este mundo, aparecerán sus nombres con sus maravillosos hechos.

Por remuneración, juzgo el haberle dado Dios a este convento de Valladolid tantos y tan esclarecidos hijos. Muchos y justos fueron los que logró la casa del mancebo Tobías, porque en ella, como en la de Abraham, se ejercita la santa limosna con los necesitados. Casa de Abraham, habitación del Santo Tobías, parece este monasterio, según las limosnas que liberal franquea a los necesitados, y con especialidad, que es el convento más pobre de la provincia, pues necesita para mantenerse del fomento de los venerables padres provinciales los cuales todos se han esmerado con su madre a socorrerla. Y siendo como es casa pobre y necesitada, da cada semana una res de limosna, muchos panes a varios pobres y limosna de reales a otros, aconteciendo muchas veces pedir prestado el dinero, porque no haya falla en la caridad, a todo lo cual se añade los muchos chiquillos que vienen al medio día en solicitud de los fragmentos de los religiosos. Y el día del padre de los pobres, Santo Tomás de Villanueva, provincial que fue de esta provincia, se da a todos los pobres de la ciudad de comer y son los religiosos los que devotos sirven a los pobres las viandas. Un día cada mes da de comer a los pobres de la cárcel nuestro convento.

No quiero omitir en este capítulo de Valladolid hacer relación de las sagradas reliquias y santos bultos que tiene esta iglesia y convento, antes lo dejé para el fin, para que fuese corona de este capítulo. Es la primera reliquia una partícula auténtica del sagrado leño de nuestra Redención; guárdale en costosos cristales guarnecidos de costosos y curiosos metales de plata y oro; sale en procesión devota el viernes de San Nicolás en la Cuaresma.

Tiene este convento dos insignes reliquias de dos santos mártires, las cuales trajo el padre lector Fray Diego Rodríguez cuando fue procurador general en la corte de Madrid, hijo de este convento de Valladolid, y quiso enriquecer a su madre con

estas dos preseas. De una de ellas reza por diciembre el convento, y otras tiene, que por ignorarse los santos de que son, y carecer de bulas, se conservan ocultas.

Puede después de las auténticas reliquias contar las que tiene en la sacristía del venerable padre Fray Juan Bautista, llamado beato por muchos autores, como consta de nuestro Alfabeto que dice estas formales palabras: *Beatus Joannes de Moia, alias Joanes Baptista, a Pamphilo in indice Beatorum recensitus* (Alph. Lit. 1. Lib. 1. p. 400). Y en otra parte, en el libro segundo, dice el mismo autor: *Agitur modo de eius canonizatione*. Están todas las exubias de este apostólico varón, no falta más que un hueso que llevó a España el ilustrísimo señor maestro don Fray Francisco Sarmiento de Luna, para que gozara nuestro convento de Salamanca una parte del cuerpo de su santo hijo. En el depósito del convento se guarda el pobre hábito, sombrero y cinto de este anacoreta de la mechoacana Thebaida.

Tiene asimismo entre cristales guarnecidos de fina plata, una hoja de un sermón del glorioso padre Santo Tomás de Villanueva, provincial que fue de esta provincia, toda de su propio puño. Diola el ilustrísimo señor maestro don Fray Francisco Sarmiento de Luna, obispo que fue de Valladolid. Otras muchas venerables reliquias, cenizas de sus venerables hijos, guarda esta Raquel en sus sepulcros, que no los manifiesta en pronta obediencia, a los pontíficos decretos de nuestra santa madre la católica Iglesia, que a poder, sólo con apartar las losas de los sepulcros se hiciera patente un crecido relicario de venerables cenizas.

En su iglesia tiene un devoto bulto de María Santísima nuestra madre y señora, denominada del Socorro, quizá porque todos los que devotos impetran su patrocinio, sienten el socorro en el pronto favor. Es tradición que este divino bulto le habló al venerable hermano Fray Alonso de la Magdalena,

quien yace sepultado ante las aras de esta Soberana Señora, y fue para anunciarle el día feliz de su muerte. Los mismos coloquios tuvo con esta Soberana Señora el venerable hermano Fray Francisco de León, que asimismo quiso acompañar en muerte el altar de esta Señora, como lo había servido y acompañado vivo. Ignora nuestro común descuido el origen de este divino prototipo; sólo sí fue el primer sagrado bulto que colocaron en este convento nuestros venerables padres primitivos. Es antigua su planta, pero tan hermosa, como si acabaran de ponerle el barniz a la mayor perfección del arte. El retablo de esta Señora, es obra antigua y el santo Cristo en que está un crucifijo devoto de la expiración. Ambos retablos se hicieron a solicitud de nuestros padres Vergaras.

Especial fue el afecto que a esta soberana emperatriz tuvo siempre la venerable hermana Josefa de la Piedra. En el exterior beata de la sacratísima religión del Carmen, pero en el interior toda agustina, hermana de nuestra provincia, y de la cinta de nuestra sagrada religión. A nosotros fue deudora de los primeros pasos que dio en el camino del cielo. Nació y se crió en nuestra doctrina de Tacámbaro, fue hija del espíritu de nuestro venerable padre apóstol zacatecano Fray Pedro de Ontiveros. Este padre fue el primer maestro del espíritu de esta venerable sierva de Dios, y por su dictamen vistió el hábito del Carmen, queriendo sin duda que tuviese parte en esta sierva de Dios la sacratísima religión del Carmelo. Continua era esta venerable mujer en este altar de María Santísima del Socorro, de quien recibía especiales favores, y en agradecimiento a esta Señora, quiso que la sepultasen inmediata al altar, y así está en la puerta que mira a la sacristía, inmediata a las aras de María Santísima. Aquí descansa su venerable cadáver con ciertas noticias de incorrupción.

A los dos años de sepultada quiso la curiosidad de tres afectos valiéndose de las sombras y silencios de la noche, registrar

el tesoro que ocultaban las losas, y habiendo descubierto el cuerpo, lo hallaron sin corrupción alguna, tan fresco como el día en que expiró. Taparon el sepulcro y después comunicaron el hecho y el prodigio, y desde entonces no se ha inquirido más. Creo que quien lo guardó dos años, en un lugar tan húmedo, sin corrupción, lo habrá conservado hasta la presente, indemne.

Fue agradecidísima hija a esta provincia, tanto, que se refiere llegó a cegar de llorar, por pedir a Dios con afectos de su corazón, por sus amados padres y hermanos los religiosos agustinos, porque en ciertos disturbios, la discordia arrojó la manzana de oro en el Ida de esta mechoacana Thebaida. Esta sierva de Dios lloraba como propia, como otra afecta Casandra, los fuegos con que veía se abrasaba la patria de sus hermanos, y acontecía lo que a David con los continuos clamores y llantos que llegaron a faltarle los ojos, pidiéndole a Dios por su pueblo.

En el referido lugar descansa de las fatigas de este desierto nuestra piedra, inmediata al altar de María Santísima. Cuando viva, no se apartaba del altar de esta Señora, y era su común dicho, decir que le parecía la aprisionaban dulces cadenas en este altar soberano, aquí le aconteció un prodigioso caso, sacramentaron a cierto lector que yacía en la cama de una horrosa fiebre, de que murió. Estaba como siempre en oración la hermana Josefa de la Piedra, y acabado de recibir el Viático el religioso enfermo, le dijo con sencillez al sacristán: *Padre: qué sonora y bien concertada ha estado la música con que han llevado al Señor Sacramentado, para dárselo al padre lector;* a que le respondió el sacristán: *¿Qué música dice hermana?* Y ella respondió: *Bueno está, ¿pues qué piensa que no la oí? Pues fue tan suave, que en todos los días de mi vida no he sentido mayor suavidad.* Quedó admirado el sacristán del caso. De otro religioso y aun de otros, reveló a su confesor las breves horas que habían estado en el purgatorio sus almas, y todos estos eran hijos de este convento de Valladolid.

Toda esta memoria he traído de esta venerable beata, lo uno para que crezca la devoción al bulto de María Santísima nuestra Señora del Socorro; lo otro por haber sido tan nuestra, como queda visto, y porque todos sepan los favores que el Señor hace a los religiosos de este santo convento. Breve ha sido la memoria que he hecho de esta hermana, porque no quede sepultada en el olvido; no porque sucediera, pues todos se acuerdan de las célebres honras que en este convento de Valladolid, a los cuatro años de sepultada, le mandó celebrar nuestro padre provincial Fray Antonio Fairia, cantando su reverencia la misa, la cual acabada predicó el maestro Fr. Manuel de la Banda, hijo de este convento de Valladolid; que con decir fue el orador este Demóstenes mechoacano, digno de que se le erigiesen como al gran Taralero, tantas estatuas como días tiene el año; se dice lo más y mejor de toda la ostentosa función funeral. Este sermón bastaba para immortalizar y embalsamar la memoria de esta venerable hermana Josefa de la Piedra. Quizá el tiempo me dará lugar y escribiré su vida, y en ella pondré por corona la oración de nuestro maestro Banda. Enfrente del altar referido del Socorro, está el de nuestra Señora de Consolación, de obra antigua, hecho a solicitud del venerable padre Fray Cristóbal Plancarte, todas las más molduras y huecos de las labores, guardan preciosas reliquias de multitud de mártires y confesores, y lo que es banco del retablo, tiene entre cristales muchas y grandes reliquias, con crecidos agnus. Todas las cuales sagradas exubias solicitó el venerable maestro Plancarte en Roma, y muchas que adquirió de personas devotas en el reino: débesele a este venerable padre este gran tesoro.

Como asimismo fue obra de la solicitud del dicho venerable maestro al altar de nuestro patrón de rayos el santísimo José, esposo de María Santísima nuestra Señora, Eneas sagrado, piadoso padre, que ha defendido desde que fue electo en patrón a

este convento de las centellas, que el infernal Turno arrojaba a la nave de esta iglesia. Tiene de la mano a un hermosísimo Niño, divino Ascanio en cuya sombra hallan los necesitados consuelo. Así lo afirmaba la dicha sierva de Dios Josefa de la Piedra, siendo su común dicho: *Ay, padres, no saben lo que gozan en tener a este Niño en esta iglesia.* En cierta ocasión me afirmó el sacristán, llamado Fray Antonio Bravo, que halló en el regazo de esta venerable beata unos rosquetitos, que la devoción había puesto en una cestita que tiene en las manos el Niño, diciéndole: *Tome, padre Fray Antonio, este regalo del Niño de San José.* Los cuales por estar en altura y ser ciega la dicha sierva de Dios, era imposible que menos que por manos del Señor pudieran haber venido a poder de Josefa de la Piedra, por haber sucedido estando cerrada la iglesia, sin persona alguna más de la dicha beata postrada en oración ante el altar del Socorro de nuestra Señora.

A este altar inmediato está el retablo de nuestro padre y hermano San Nicolás de Tolentino y el colateral se hizo a solicitud de nuestros padres Vergaras. En el lugar del sagrario está un pequeño nicho, y en él un San Nicolás, que sudó públicamente, a vista de casi toda la ciudad, siendo prior el jubilado Fr. José Cano, por los años de mil setecientos veinticinco. Guardolo la devoción como reliquia, entre cristales. En el mismo retablo, a un lado, está un lienzo de poco más o menos de vara, de la abogada de los imposibles, la gloriosísima Santa Rita de Casia, de cuyo marco han pendido siempre muchos votos de cera y plata, que han colgado agradecidos los favorecidos de la santa. Y viendo el jubilado Fray Pedro de Aldrete, prior de este convento, la devoción a la santa, a propio anhelo y solicitud ha hecho un retablo, que hoy es el más lucido de la iglesia, y en él ha colocado un maravilloso bulto de esta prodigiosa santa, para consuelo y alivio de los necesitados de esta ciudad.

Por fin y término de este capítulo, quiero contar cierta tradición que hay en este convento, y es un *limar* que hay en el jardín del noviciado, que se dice haberlo plantado nuestro venerable padre Fray Juan Bautista. Así como en Tacámbaro puso una parota y un zapote y en Coyuca en el beneficio de Pungarabato plantó con su báculo otra parota, que hasta hoy persevera. Así quiso dejar en Valladolid en un limar su memoria, y es cosa notable que no conoce este árbol agosto ni diciembre en sus frutos y flores, porque siempre conserva flores, frutos y verdores, viviendo vestido, cuando el diciembre los desnuda a todos; y con frutos todos los doce meses del año, como aquel árbol que nos refiere San Juan: *Alferens fructus duodecim, per menses cingulos redens fructum suum* (Apocalyp. Cap. 22. N° 2.) Con el árbol de nuestro venerable Bautista acabé el capítulo de nuestro convento de Valladolid; insigne monasterio e ilustrísimo convento, no sólo de nuestra provincia, pero puede serlo de toda nuestra sagrada religión. Y por continuar de este convento las grandezas, referiré en los capítulos siguientes la vida de este santísimo varón, blasón de esta casa de Santa María de Gracia de Valladolid.

Capítulo XXXII

**De la patria, padres, entrada en la
religión y venida a las Indias del
padre Fray Juan Bautista, anacoreta
de la mechoacana Thebaida**

Una de las más antiguas ciudades del coronado fértil reino de la española Granada, es la ilustrísima Jaén, digna de este renombre por los muchos y nobles hijos que a las dos majestades ha dado, muchos de letras y virtud al cielo, y no pocos de armas, y de valor al mundo. Aún conserva la gloria de haber sido ella el todo, para la conquista de Granada. En tiempo de los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, granjeándose desde entonces, el título que hoy conserva de la muy noble y muy leal ciudad de Jaén, dignos apellidos a su presente lealtad y merecidos a su antigua hidalguía, pues rara será la ciudad de nuestra España, que se le iguale en antigua a Jaén, pues su nombre publica, ser fundación de Jano, así llamado porque Janim en hebreo significa el vino; y este Jano fue nuestro padre Noé, a quien denominaron Jano sus dos hijos mayores para manifestar como malos el defecto de su padre. Es Jaén ciudad venerable por el sudario en que se adora estampado el rostro de Cristo en la toalla que le dio la Verónica, la cual le dio a San Eufrasio, que la trajo a España.

Entre las muchas familias claras, ilustres y nobles que adornan a la gran ciudad de Jaén, tienen el lugar primero las dos de los Valenzuelas y Moyas, como lo testifican los españoles nobiliarios de Simancas. Rara será la familia ilustre de nuestra España, que picada alguna vena, no salga sangre de Moya. De esta

pues noble prosapia nació don Jorge de Moya, en tiempo del católico Fernando, siguió en sus primeros años del rey católico la corte, hasta que expugnada Granada, volvió la espada a la vaina, llena de sangre pagana, y trató luego de dar a su casa sucesión: buscó competente consorte a su nobleza, que luego lo halló igual, y fue doña Teresa de Valenzuela; los cuales unidos en sagrados himeneos, dieron al mundo y al cielo un niño tan parecido al Bautista, que a no enseñarnos la evidencia lo contrario, creyéramos como Herodes que había resucitado.

Conforme a su clara e ilustre sangre y gran cristiandad, dieron principio a la educación de nuestro Juan, en quien veían ya algunas centellas o pequeñas luces, anunciadoras como la aurora de las futuras luces del sol, mirándose en la niñez lo que del Bautista afirmó San Ambrosio: *Neque ullam infantiae sensit aetatem* (Amb. Lib. 2. in Lucam). Tan grande fue el oriente de su vida, que las obras de sus primeros años, el más rígido las sentenciara, por fin y corona de varón consumado. El silencio, retiro y oración, eran sus ordinarios ejercicios, buscando lo más escondido de su casa para hacer desierto de aquella soledad, como el Bautista: *Antra deserti teneris sub annis. Civium tummas fugiens petisti* (Hym. Ad Matut.).

En todo estaban sus cristianos padres, y como buenos procuraron fomentarle las virtuosas especies que aquel niño había concebido; para esto le pusieron maestro, que le enseñase no virtud, que de esto podía leer cátedra ya, sí latinidad con las menores facultades, para que estas sirviesen, si no de luces a aquel entendimiento, al menos de sombras, para que resaltasen más los fondos de las virtudes. Así aconteció, pues con el gran aprovechamiento del niño Juan, en las humanas letras, comenzaron a verse las celestiales prendas que hasta allí había ocultado en el desierto de la casa de sus padres.

Permitió pródigo el cielo que a la nobleza y virtud de los padres de nuestro Juan, acompañasen también abundantes bienes

de fortuna, para que no fuese la pobreza motivo quizá a que no saliese del patrio suelo, nuestro virtuoso estudiante, y así luego procuraron poner esta luz en el blandón de Salamanca para que alumbrase con el tiempo dos mundos. Como lo pensaron, fue breve la ejecución, y en uno de sus ilustres colegios (desgraciado, pues se ignora cuál fue el feliz seminario) comenzó ya nuestro Juan superiores facultades. La lengua griega, fue en la que más se esmeró, tanto, que creo igualó a los Dídimos y Eusebios; y en la hebrea no fue inferior a los Cornelios y Oleastros, pues alcanzó de esta lengua las más ocultas cábalas. Tiempo vendrá que se sirva de ellas para reprehender las tres oscuras lenguas, mexicana, otomí y tarasca, de este Nuevo Mundo.

Tanto aprovechó en las tres primeras lenguas, que pudo ser luego maestro de sus mismos condiscípulos. Los ratos que habían de ser del ocio aplicaba a estas facultades, que lo principal del tiempo era todo de la oración, y comunicación con hombres espirituales; motivo por el que continuaba nuestro insigne convento de la española Atenas Salamanca, a la cual regía nuestro santo padre el maestro Fray Tomás de Villanueva; luego que lo comunicó le arrebató el alma toda la santidad del prelado, sintiéndose aprisionado de las cadenas de oro de aquel Hércules español, y quiso seguir con otros muchos áquella dulce elocuencia; para la cual pidió la agustiniana divisa, y se alistó luego debajo de la bandera de las quinas, del crucificado Jesús. Era el maestro del campo, o maestro de novicios el santísimo varón Fray Luis de Montoya, el cual como diestro Vitrubio de aquella cristiana milicia, recibió sumamente alegre a nuestro Juan, y asimismo al venerable Alonso de Borja, ilustre rama de los duques de Gandía, Alonso de Orozco, noble vascongado, y a Agustín de La Coruña, no menos ilustre que los referidos: *In Salmanticensi Cenobio in Agustinianam militiam adscriptus est, solemne professione emissa, cum Beatissimis Viris Alphonso de*

terreno, y se puso el de Bautista, que le recordara lo eterno, para así imitar en todo al precursor.

En el antiguo libro de las profesiones del salamantino convento, le pusieron aquellos doctos y venerables padres al margen el siguiente elogio, que pudiera servirle de honroso y epitafio a su sepulcro: *Sanctissimus Vir qui obiit in India, ad cuius sepulchrum omnes concurrunt; et inveniunt sanitatem per eius miracula.* Párrafo honorífico que publica la virtud y santidad de nuestro Juan; no sé si lo hay mayor en todo el referido libro; he leído muchos, pero ninguno tan honorífico, prueba de la virtud de nuestro venerable padre, y testimonio que puede servir en la causa de su canonización, pues estas cláusulas del libro de las profesiones, se ha presentado para otros en la romana curia. Prueba puede ser la realzada santidad de nuestro Juan llamarlo aquel convento tan lleno de santos, con el renombre de santísimo. Y es que su realzada santidad se hizo acreedora a tan superior elogio. Desde el noviciado, refiere su cronista el ilustrísimo don Fray Agustín de La Coruña, conoció de nuestro Juan venerable que era en aquel cielo salamantino, de ángeles en carne, espejo y dechado de la mayor perfección. Desde que lo comunicó en Salamanca, refiere la ilustrísima pluma de Coruña, que no vio en nuestro venerable Fray Juan, acción que no fuese de consumado varón en el camino de la perfección. Esta consumada virtud le granjeó el primer aprecio del santo prelado Villanueva, y robó los cariños todos a su celoso maestro Fray Luis de Montoya, tanto que por verbi gratia de la observancia, lo ponían a cada paso los santos prelados; confundándose estos de ser prelados de varón tan santo.

Sólo a que profesara esperaron los superiores para darle los estudios mayores, creyendo sin duda que había de ser el lustre de aquella Universidad, como lo pensaron, así hubiera acontecido, a no ser nuestro venerable Fray Juan retirado en sumo

aplicaran a aquello y con esto lo olvidaran para los superiores puestos. Su cátedra era el fogón, su general la enfermería, aquí lo habían de hallar las horas que no ocupaba en la oración.

Era notable el gusto que tenía en ayudar al cocinero; aquellos humos eran los que apetecía, por huir de los de la vanidad; de aquí se trasladaba al refectorio, y casi a fuerza de súplicas le quitaba la escoba al refitolero para barrer la oficina, lo cual acabado, iba a la enfermería a asear las más inmundas vasijas, de cuyo nombre se ofende hasta el papel; hacía las camas, besaba las llagas, y acabadas las obras de Marta, entraban las de María, en consolar a los afligidos; en estos ejercicios llenó el tiempo de corista, hasta que llegó el tiempo oportuno de recibir las órdenes sagradas, para cuya recepción se preparó, sin repugnancia; quizá le reveló Dios a su alma lo mucho que había de aprovechar al prójimo en la dignidad suprema del sacerdocio.

Ya era tiempo de que viese el mundo este grande elefante que tenía el ejército de Cristo. Diez años contaba ya de haber estado en el salamantino vientre, tiempo en que se tarda toda la naturaleza para dar a luz un elefante. Lo mismo fue cumplir diez años de aquel convento, que concederle Dios a nuestro Juan, lo que tanto había anhelado, que era retirarse de la vista de los hombres. Oyó la voz sonora del cristiano clarín que sonaba en nuestra santa provincia de Castilla, animados sus ecos del fervoroso espíritu del venerable padre doctor Fray Jerónimo de San Esteban, en que alistaba soldados para la conquista del Nuevo Mundo; en ningún corazón hicieron más eco las voces del Evangelio, que en nuestro venerable Fray Juan; saltos daría allá de regocijo en su interior, pues por aquel medio veía ya conseguidos sus deseos.

Tardose en consultar con Dios la partida, y como otros se apresuraron a asentar plaza en la sagrada leva, cuando quiso nuestro venerable Fray Juan matricularse en la bandera de Cristo,

mi hermano, para que muriendo los dos, únicos hermanos que somos, se derrame toda la noble púrpura de los Moyas y Valenzuelas, por Cristo crucificado. Este fue único el fin por el que se apartó de sus compañeros nuestro venerable padre, que sólo a buscar dulces panales se retiran de los caminos los Sanzones del cielo.

Mientras nuestro venerable padre luchaba con el león de su hermano, para que muerto al mundo, diese con sus palabras dulces almíbares en este Nuevo Mundo; pues a esto sólo se habían apartado. Se aprestó la nave en Sevilla, y cuando vino nuestro venerable Juan, halló ya embarcados a sus amados compañeros. Fue excesivo el sentimiento de este apóstol, y no menor el de los venerables padres de considerar su desgracia, pues quizá juzgaban, como allá los griegos, que el que se destruyese la Troya de la idolatría, pendía de que se embarcase el Aquiles de nuestro venerable Fray Juan. Grande fue la pesadumbre para nuestros primitivos apóstoles, y no es menor mi sentimiento, porque como lo he asentado en todo, viva imagen del Bautista, quisiera que amaneciese con el día, y que como lucero previniese con su venida, vida penitente y grande ejemplo de santidad al sol del Evangelio.

Pero mi desgracia quiso se quedase en España. Empero, no importa que vayan primero al mundo nuevo otros apóstoles, que yo sé, podrá firmar lo que Pablo, último de los Sagrados apóstoles: *Abundantius illis ómnibus laboravi* (v. Ad. Corint. Cap. 15. N° 10). Pues ninguno de los primeros trabajó más en la viña del Señor: *In conversione indorum in vinea Domini, portavit pondos Dei, et estus, et felicissime, et sanctissime laborans, a celeste Patre familias recepit denarium inmortale* (*Alph.* Lib. 2. Liter X. p. 166). Temieron en Sevilla que lo fuerte del dolor le privara de la vida, atribuyendo a propios deméritos la quedada, persuadido a que quizá el Señor no quería acompañase a aquellos apostólicos varones, porque su

Capítulo XXXIII

**En que se refiere la venida a la América,
estadía en México, entrada a la tierra
caliente. Puestos que renunció hasta que
vino a Mechoacán Fray Bautista Moya**

Con la esperanza de la segunda barcada, convaleció de la pesadumbre nuestro venerable padre Fray Juan Bautista, y para esperarla se retiró a su antiguo convento, patria muy amada de nuestro venerable padre, la casa de Salamanca. Antes del año ya estaba de vuelta en la Europa el venerable padre vicario provincial, Fray Francisco de la Cruz en busca de nuevos soldados, para la conquista del Nuevo Mundo. Breve fue su vuelta, pues sólo por llevar a nuestro Bautista, hubiera sólo venido, pues en él llevaba un centimano, entonces le diría: si te dejé, sábete que mayores batallas se te esperan, no fue acaso, sí providencia la quedada.

En breve hizo la reelista el venerable Cruz, y contento con los nuevos soldados que llevaba, esperando de todos obras polifemas, se embarcó en Sevilla, de que, contento el océano por ver sobre sus cristalinos hombros a nuestro Bautista, olvidó sus antiguos regalos y con felicidad notable los transportó a las doradas playas de la América, cuya tierra se alegró luego que se vio hollada de los descalzos pies de nuestro venerable padre Fray Juan. Y no fue menor la alegría que manifestó la gran corte de México, nueva Venecia de esta América, cuando oyó resonar sobre su Tritonia laguna la voz de nuestro Juan. Pánico, terror, fue para los perversos gigantes su voz, y sonoros ecos para los justos. Estos engrandecían al nuevo orador, hasta

Conociendo que era promesa de Cristo, que no habían de poder prevalecer las infernales puertas contra los ministros de su iglesia. Imperó como ministro de Dios a los espíritus infernales; con cuyo precepto se serenó la tierra, y prosiguió nuestro Juan la predicación.

Viendo los prelados que era nuestro Juan un Elías en el cielo, pues a su brazo debía ya la Iglesia aquellas provincias, habiendo destruido los simulacros y falsos sacerdotes, decretaron hacerlo primer prior de la gran doctrina de Guachinango, para que acabase de sepultar como Jacob bajo el terebinto de la Cruz, los ídolos del Labán américo. Y que juntamente hiciese templo, como Jacob a Dios, en aquel Betel de este Nuevo Mundo. Obedeció el precepto, pero en breve renunció lo honorífico del puesto, y se quedó de súbdito, a cuidar de sola la doctrina de los indios.

Luego que le admitieron la renuncia, con mayor valor que Eneas, acometió la entrada del infierno de esta tierra, cual es la costa del sur. Tales son los incendios que allí se experimentan; pues a no ser temporales sus ardores, pudieran servir sus penalidades de lugares, adonde experimentasen los malos el rigor de la divina justicia. Tierra sin duda puesta a la vista de los hombres para que por ella infieran los vivos los tormentos y aflicciones de los condenados, como allá lo dijo, hablando de los montes de fuego de Cecilia un discreto.

Fue uno de los muchos prodigios que hizo en aquella tierra, el que le aconteció el año de mil quinientos cuarenta y cuatro. Iba a confesar a un indio a una visita que se llama Cempuallan, y caminando por un paso muy estrecho, como siempre andaba en contemplación y con los ojos en el cielo contemplando en Dios y en sus perfecciones: divirtiose tanto en esta celestial dulzura, que sin advertir a dónde fijaba las plantas, se despeñó desde una alta cuesta cuya altura, hasta el profundo, dicen pasar de

cuerpo con lo destemplado y encendido del país. Superflua fue la diligencia, porque como se llenó la tierra toda de la fama de la piedra, llegó la fama de los prodigios de nuestro Bautista a la gran corte de México, porque las hazañas y predicaciones de un Juan, aunque se obren en los desiertos del Jordán, llega la fama siempre, aunque no se solicite, a la corte de Jerusalén.

Así le aconteció a nuestro Juan, que por más que quiso ocultarse en las fragosidades de aquella tierra, no faltaron Ulises que descubrieran a este Aquiles, para que viniese a conquistar con el valor de la voz la mexicana Troya. Lo principal de la corte se lo suplicaba al provincial, y lo primero de la provincia lo pedía, temerosos quizá no quedasen los huesos de este José castísimo olvidados, en aquel infernal Egipto. Hubo de asentir, movido de las virtudes y eficaces representaciones el superior prelado, y envió luego mandato para que viniese a la corte nuestro venerable Fray Juan.

En breve llegó el Postillón a la presencia de nuestro venerable padre, y fue menester todo su valor para no perder la vida con la noticia: porque luego se le representó para qué lo podía llamar el provincial. Obedeció pronto sin representar impedimentos para la dilación. Encomendó a su fiel amigo Acates, el venerable padre Fray Francisco de Villafuerte la doctrina, y luego dispuso en su ánimo, como otro prudente Ulises, atarse al árbol mayor de la mortificación de la Cruz, y taparse los oídos con la cera del propio conocimiento, para no oír las voces y aclamaciones de las mexicanas sirenas, que en aquella gran laguna le esperaban. Pedíale a Dios no le aconteciese lo que a Pedro le aconteció en el palacio del pontífice, lo que a David en la corte. Los cuales si habían sido justos en las soleadas, en las ciudades eran ejemplares para los escarmientos.

Lo mismo fue traslucírsele a los indios que se ausentaba de aquel infierno la voz de su amado Orfeo nuestro venerable

Casi llegó de rodillas a la presencia del prelado superior, el cual enternecido como verdadero padre de familias, levantó a nuestro Juan pródigo a lo divino del suelo; y a permitirlo la humildad de nuestro Juan, hubiera hecho corona a su cabeza de este grande hijo, como allá el otro padre espartano. Violo que venía de una región lejana, adonde había perdido la sustancia y salud del cuerpo y al verlo tan flaco y desfigurado, perdido aquel antiguo color, mandó al momento le pusiesen la mejor gala de su casa. Así le aconteció a nuestro venerable padre, que luego que llegó a México, para aprisionarlo con grillos de oro, lo eligieron en prior del gran convento de nuestro padre San Agustín de México. Esta fue la estola prima, que le puso a su hijo el discreto provincial.

No se trabajó poco en que admitiese la prelación, ya veía cumplidos sus temores. Gemía, como gigante, debajo del peso de las aguas. Y quería como otro Atlante sacudir en los hombros de otro Hércules el peso del cielo de la prelación. Cada instante suplicaba al superior le admitiese la renuncia, diciendo quizá como Juan, que no era él para prelado, ni Mesías, y que así le diesen oficio competente a su nombre. Eligiéronlo predicador de México, admitiéndole la renuncia del priorato. Quedó súbdito el que podía mandar, grandemente consolado, porque veía que faltaban ya los grillos con que se le impedía el volver otra vez a los retiros y desiertos de la tierra caliente, adonde lo esperaban sus amados hijos, sintiendo en el alma su tan dilatada ausencia.

En este tiempo le aconteció un caso maravilloso. Había una india prisionera en la cárcel de corte de aquella ciudad, porque como por aquel tiempo cada instante había sublevaciones, eran muchos los prisioneros que se traían de las conquistas. Esta, pues, india dichosa, enfermó de muerte en la cárcel; tuvo de lo dicho revelación nuestro venerable padre Fray Juan, y luego

veces le aconteció que el mismo día que los bautizaba, ese mismo día los ajusticiaban; por donde creía que se salvaban todos aquellos pobres indios. Pues ya que perdían la vida corporal, adquirirían la de la alma. La misma caridad ejercitaba con los negros bozales, así que llegaba a su noticia que habían subido a la ciudad piezas de negros luego iba a rescatarles las almas, ya que por su pobreza no podía los cuerpos. En fin, este amor paternal ejercitaba con todos aquellos que él tenía por humildes, destituidos y solos, él era todo dulzuras y almíbares para los desechados y pequeños, y de rostro de pedernal, como allá Ezequiel, para los que hacen gala de altivos y soberbios.

Siempre se excusó de confesar a españoles, en especial a los preciados bachilleres y estadistas. Y es que como su conciencia era aún más que el cristal, pura y limpia, temía oír como prudente serpiente, las voces y encantos de estos mundanos Adonides. Decía ser en estos mucho mayor la malicia originada del mayor discurso, para lo cual era preciso penetrar y discurrir sobre materias de Venus. Arriesgados silogismos, pues concluyen a Davides sabios y sapientísimos Salomones. Cerraba los oídos para no oír a estos pisaverdes, prudente consejo de Ulises, taparse los oídos para no oír, ni escuchar los amatorios cánticos de las sirenas, y peligrar en el amargo mar de este mundo. Por esto confesaba a los indios, y a los negros, porque como de menos malicia, hallaba ocasión para reprenderlos en los vicios, sin detenerse en materias menos puras.

A todos admiraba la ocupación de nuestro venerable padre con los indios y negros, conociéndolo sumamente escrupuloso. Y más se confundía porque aconsejaba a sus hijos espirituales oyesen de confesión a estos rústicos y bozales. Retirado estaba en los últimos fines de la costa del sur, y hasta allá le fue nuestro sapientísimo maestro indiano Salomón, Fray Melchor de los Reyes, sonoro cisne que en la mexicana laguna hizo del

los solicitaban, para recetas de sus enfermedades, y así descuadernados se consumieron todos con el tiempo, aquellos benditos papeles. Consultó, como digo, a nuestro venerable Bautista el referido maestro, y respondiolo desde su retiro una carta llena de erudición y espíritu, que en aquellos tiempos fue tan estimada como las de Pablo, que se leían en las iglesias de los fieles, y hoy fuera muy apreciada, a no haberse perdido con las demás obras de nuestro apóstol mechoacano.

Fue de gran consuelo para los evangélicos ministros, probaba en ella con muchas autoridades, ejemplos y fuertes razones, era para gente tan rústica y neófita, bastaba una imperfecta contrición, diciendo qué les pesaba de sus pecados, y que no los cometerían más. Y en cuanto a la materia sólo se debía tomar lo que dijese, pues no tenía juicio para más; y en lo que miraba a la variedad e inconstancia, que no se debía topar en seso, pues no metían en ello, sino que decían lo que por entonces entendían; de modo que se había de juzgar aquella variedad por inadvertencia, y no por mentira. Verbigracia, pongamos un ejemplo para consuelo de los curas. Pregúntanle a un indio si ha hurtado, y dice: sí. Inquiére el confesor las veces, y responde que él no ha hurtado nada; una vez dice que cuatro, y si le instan, dice que ciento. La verdad es que cuando dice cualquier cosa de las referidas, no siente lo contrario, y así ni miente ni niega la verdad.

Esta carta, como digo, fue muy estimada, porque además de sus grandes letras y santidad, era, como veremos, sumamente escrupuloso.

Y siéndolo en grado inexplicable, sólo se aplicaba a confesar indios chichimecos, nación la más estólida de esta América, tan bárbara, que aún hoy los más retirados tienen por común pasto, como los trogloditas, la humana carne. Manteniéndose como caballos de Diomedes, o como Minotauros, de humanos

De su cuenta corría el mullirles los colchones, hacerles y ponerles como mil flores las camas. Y también se aplicaba a lavar todo lo que recata la limpieza y que aun escrito podía manchar el papel.

Estos eran en México los continuos empleos de este cristiano Eneas. En este humilde oficio se ejercitaba, cuando lo eligió todo el capítulo en definidor de la provincia, cuya elección fue un fuerte estoque, con que casi de muerte le hirieron. Porque conoció que aquel oficio, era para graduarlo aquellos venerables padres, y que era ponerlo en el penúltimo escalón de la región, para colocarlo al capítulo futuro en la última grada de una provincia, que es en el provincialato. Con estas consideraciones, llegó a enfermar de muerte nuestro venerable padre, tanto que fue necesario llamar al médico para que le curarse aquel achaque repentino.

Pulsolo prudente, y recetole discreto, porque se informó de la causa del accidente de nuestro venerable Juan. Vió que la enfermedad provenía del temor a las prelacías, y así mismo de dolor de ver que se perdían tantas almas en la retirada costa del sur, principalmente en la tierra caliente de Mechoacán. Reconocido el accidente, dijo el médico al prelado que sólo sanaría yéndose a la tierra caliente nuestro venerable Juan; porque aquel suelo era el Jordán de este Bautista. Aquellas llamas eran la tina ardiente, en que bañado este amante Juan, saldría, como otro Eson, remojado.

Oyó el prelado del médico la receta, y notable dolor hubo de concederle a nuestro Juan, el que volviese a su amado desierto. Todo el convento sentía su partida, la ciudad toda sentía su desgracia, con lloros lamentaban la pérdida de tan gran varón. Y mayor hubiera sido para todos el dolor si hubieran sabido que ya no habían de volver a ver su amable rostro. Pero consolábanse en aquella cuita, con la esperanza de que mejorado que

Capítulo XXXIV

**De la venida y estadía de nuestro
Bautista en la provincia de Mechoacán
y retirada a la tierra caliente**

Luego que el prelado le manifestó su voluntad de que se retirase de la corte mexicana, fue la noticia última y cordial eficacísima, para que en breve convaleciera del mortal accidente nuestro definidor. Celebró con júbilos la libertad y cautiverio que padecía en la corte, contaba esta por una de sus mayores dichas, digna de ser señalada con piedra blanca. Porque libre ya de los ojos de los hombres; no se acordarían de su persona para los puestos, y él lograría el mortificar a su gusto a su inocente cuerpo y asimismo convertiría a Cristo todos aquellos gentiles que vivían retirados en aquellos terrestres infiernos del maldito Plutón, cruel enemigo del humano género. Ya disponía su descenso a aquel averno con ánimo de liberar las almas todas que estaban presas en aquellas mazmorras. Breve veremos su entrada, y cómo salió vencedor este Hércules cristiano, digno de ser coronado con las guirnaldas del álamo.

Como no tenía que prevenir para el Viático, luego que se levantó fue a pedir la bendición al prelado, y a solicitar alivios para su alma, que para el cuerpo no pretendía cosa. Entró a la presencia del prelado, y luego este padre de provincia, como si fuera el más ínfimo novicio, se postró en tierra para tomar la bendición, y juntamente para pedirle lo siguiente, que fue solicitarle dispensase algunos puntos de constitución, y de actas de la provincia, por cuanto iba a vivir solo, y en tan distantes regiones

Nº 6.) Y comenta Cayetano: *Inducit minima peccata, inducentia magnum timorem* (Cayet. hic.)

Las cosas que tenemos en menos, decimos que las traemos entre los pies: son los escrúpulos, unas cosas mínimas dignas de despreciarse y de dárselas de pie, pero aunque tan pequeñas, son lazos que aprisionan y mortifican. Aquí miraba nuestro venerable padre hasta el pensamiento más leve, la más ligera acción y la palabra menos pesada, era para él, materia para el temor, el cual le tenía aprisionado, en una mortificación cruel de por vida y continuo ahogo de escrúpulos, aplicando lo sutil de su viveza y de su precisión lo ingenioso a mirar sus acciones, a cuantas luces se ofrecían. Por lo cual, creo goza del martirio de los escrúpulos la laureola, ¿y cuál será esta? Yo discurro que es la que se le dio a la escrupulosa esposa en los cantares.

Vivía esta alma santa muy cuidadosa de no mancharse, ni con lo mínimo del polvo de sus pies. Era según esto, de una muy escrupulosa conciencia, padecía de esto mucho, y dióle Dios el premio y laureola competente a su martirio. Un collar de oro fue en la gloria el premio a esta alma escrupulosa, en la cual iban grabados los escrúpulos, pues aquellos gusanitos de plata que estaban sobre el oro eran unos puntitos muy sutiles, como son los escrúpulos. Unos clavos penetrantes que hacían fuertes llagas. Así me doy a persuadir, será la laureola de nuestro escrupuloso padre. Un collar de oro, lleno de los puntos, clavos, y llagas que acá padeció constante en su martirio de por vida. Pues los mártires, como sienten muchos doctores, conservan en la gloria, así como Cristo, las llagas de su pasión, ellos las señales de sus martirios, para evidente testimonio de su constancia. Por lo cual nuestro Bautista, tendrá el collar de oro en prueba de su martirio de escrúpulos.

Dispensole al fin el provincial, que lo era el venerable y santo padre el doctor Fray Jerónimo de San Esteban, en todo

los peones el idioma tarasco, lo segundo también por enseñarse a alarife, para edificar, como veremos después, muchas iglesias y conventos. Lo tercero para mortificar su cuerpo trabajando en la obra, como un asalariado, haciendo mezclas y levantando piedras, y con este ínfimo ejercicio el desprecio de su persona, que era lo que solicitaba ese insigne varón.

Viendo que era poco el trabajo que tenía en la obra, solicitó el oficio también de refitolero. Esto es después de prior de Guachinango, de prelado de nuestro convento grande de México, de predicador de él y de definidor de la provincia. Contentísimo vivía en estos ínfimos empleos, porque veía en sí cumplido lo del Bautista. En esta ocupación se hallaba, cuando un día vio venir una gran muchedumbre de mendigos, y con liberalidad de un Felipe, repartió todo el pan de los peones a los necesitados. Llegó la hora de que comiesen los albañiles y domésticos, y visto el prior que faltaba el pan por haberlo repartido nuestro caritativo refitolero, hubo, con alguna aspereza, de reprenderlo el prior, juzgando por imprudente liberal limosna lo que había hecho nuestro Fray Juan, con dispendio de la propia necesidad.

Oyó la agria represión, y entrando adentro, recurrió al cielo por el socorro, y fue al momento oída su petición. Salió con los cestos llenos de pan, como unas flores, tiernos y sabrosísimos, persuadidos todos a que era de los cielos, por lo exquisito de su fábrica, y admirable de su vista. Admiróse el prior del prodigio, y pudo haber dicho de las reliquias que quedaron, lo que Cristo de los panes y fragmentos del Desierto: *Colligitie quae superaverunt fragmenta, ne pereant* (Joan Cap. 6. N° 14).

Extendiose la fama del prodigio, y quiso nuestro Juan, ya que había imitado a Cristo en las multiplicaciones de los panes, seguirlo también en retirarse de los humanos aplausos. Luego comenzó a disponer su retirada, temiendo las voces que ya llegaban a sus oídos, de padre santo. Muchas fueron las maravillas que

robador que le robe el vestido de sus hojas. Siempre ostenta verdores, frutos y flores, que a verlo los gentiles, dijeran era alguna planta de los Elíseos Campos, o que era de los árboles alciones, que cuenta Plinio. Pero yo digo, que es árbol de la Thebaida mechoacana; y que así como los de la Thebaida de Egipto, no pierden sus hojas, como refiere el Naturalista: *Nam locorum tanta est vis, ut Memphim Egipti, et in Elephantine Thebaidis nulli Arbori decidant* (Plin. Lib. Cap. 21). Así acá los árboles que pone nuestro Juan en la mechoacana Thebaida, perseveran siempre constantes con frutos, flores y hojas.

Gloríese este insigne convento de Valladolid, con haber tenido por su obrero a nuestro venerable Juan. Muchas de sus piedras deben a sus manos, o el fundamento o altura en que hoy se ven colocadas. Las mezclas, ripios, argamasas, descansaron sobre sus espaldas, dignas de alabanza, como allá las de Constantino en Roma, por el mismo hecho. Rara losa se hallará que no nivelase para el asiento la regla de este sobrestante. No será fácil ver dormitorio, celda u oficina, que no esté santificada con el tacto de sus descalzos pies, y casi ningún oculto lugar se hallará que él no purpurizara con su noble sangre. Por lo cual podemos decir, aquí vivía, aquí oraba, aquí se disciplinaba, aquí luchó con los demonios, aquí recibió especiales cariños del cielo en los éxtasis, y por fin, aquí murió.

Mortificado por las aclamaciones, pero alegre por los humildes oficios que ejercía, se hallaba nuestro venerable padre en Valladolid, a tiempo y ocasión que le mandaron los preladados, pasase a leer al convento inmediato a Valladolid, llamado Tiripitío. Bajo el celemín del desprecio tenía nuestro Juan la gran sabiduría de que el cielo le dotó, pero la obediencia la sacó para colocarla sobre el blandón de la cátedra de la Universidad de Tiripitío. Dicha grande para este referido convento, haber logrado por su catedrático y maestro, al padre lector Fray Juan

Capítulo XXXV

**Entra por Mechoacán en la tierra caliente
nuestro venerable padre en donde planta
iglesias, edifica conventos y obra maravillas
de que se admira el mundo todo**

En la ocupación de la cátedra dejamos a nuestro lector en el antecedente capítulo; sumamente mortificado porque se veía colocado en el candelero; y lo que apetecía su profunda humildad era anonadarse, para lo cual renunció breve la cátedra por ir a gozar breve la dicha de ir a convertir gentiles a la tierra caliente.

Viendo los preladados que salía ya para la tierra caliente, le dieron el nombramiento de prior de Tacámbaro, convento fundado en las puertas de aquella abrasada Libia; admitió el oficio, porque era a él anexa toda la tierra caliente, y el prior de este convento tenía por oficio, que admitió y no renunció, como dice nuestro venerable maestro Basalenque. Y es que en el empleo hallaba ocasiones para ejercitar la predicación en todas aquellas naciones. En el tiempo que gobernó el priorato, reconoció todo el país, y dispuso para luego que acabase el oficio, entrarse a aquellos hornos y fabricar iglesias y conventos en toda aquella tierra.

Cuando llegó a Tacámbaro, halló en forma ya la doctrina edificando el convento y ya para dedicarse la iglesia. A esta función se halló nuestro venerable prior. Y entonces como queda referido en la fundación de este convento, puso en el atrio del templo su báculo seco, que al modo de la vara de Aarón, luego se dilató en ramos, y en breve se pobló de flores y

algo de lo mucho que obró en este convento nuestro venerable Bautista.

Acabado que fue el tiempo de su gobierno, salió de este convento, como acostumbraba, a pie y descalzo, con un devoto crucifijo en las manos, en quien fiaba, como cristiano Eneas, la feliz entrada en el abrasado reino de Plutón. Sabía cierto, que en aquella tierra era Pungarabato el fuerte castillo en que retirado de toda la tierra, el demonio vivía adorado de todos aquellos miserables indios. El nombre del pueblo decía el dios que era allí reverenciado. El tarasco lo denomina *Phunguato*, que es lo mismo que monte de plumas o monte a donde está la pluma y este nombre tenía, porque allí estaba el ídolo Guitziloputli, dios de plumas, a quien sacrificaban como a principal deidad, conformes sólo en esto tarascos y mexicanos.

Luego que le preparó a Dios este nuestro Juan un perfecto y cristiano pueblo, trató de erigir iglesia para cuya fábrica, que fue de cal y canto y hoy persevera, se aprovechó de lo que había deprendido cuando fue obrero de nuestro convento de Valladolid. En cuya obra para mover a los indios y mortificar su cuerpo, era a un mismo tiempo peón y alarife. Pasó luego a dar principio al convento cuyos cimientos hasta hoy se miran y aquellos fundamentos dicen los estrechísimos albergues que edificó este Hilarión de la Thebaida mechoacana, en cuyas ruinas se ve que edificaba no según lo grande de su ánimo, sí al modelo de su escrupulosa conciencia, pues parecen las celdas crisoles estrechos en aquellos fuegos.

Entendiendo estaba en la fábrica de la cabecera y al mismo tiempo estaba sacando indios de las montañas, Etnas y Vesubios de aquella tierra, para formarle visitas a Pungarabato. Hoy sólo perseveran dos, que son Tlapeguala y Coyuca; y en esta última hasta nuestros tiempos dura de padres a hijos la común tradición de un frondoso árbol de parota que está a la puerta y

gran ministro. Llegó a la orilla del río de Pungarabato, y al querer como Pedro pisar las aguas de aquel Tiberíades, le preparó Dios un cocodrilo, que acá llaman caimán, viviente bajel, de cuya escamosa espalda hizo combes y de su cuerpo vela, que a soplos del divino amor, a todo trapo (tal era su pobre hábito) llegó al puerto deseado de Coyuca.

Llegó pues, nuestro Bautista al tope de Coyuca, confesó a su feligrés y dispuso volver a Pungarabato, para lo cual hubo de repetir el prodigio. Halló a la orilla el cocodrilo y puesto otra vez sobre su espalda, comenzó a navegar aquel espíritu del Señor. Viéronlo venir los indios y quedaron admirados del prodigio; que si fue para ellos espanto ver sobre los caballos a los europeos, no les fue menor admiración ver a nuestro Bautista sobre el arisco pez navegar; que a ser de Chipre estos indios, hubieran tenido al caimán por concha en cuyo hueco creyeran ser el amor acompañado de Venus, el que sobre el elemento cerúlico navegaba.

Y pudieran, como Apeles, hacer una pintura de este famoso hecho para perpetua memoria a las futuras edades.

Postrados a sus pies recibieron los indios, luego que salió del río, a su venerable padre. No fue poco lo que había, para que no hiciesen con él a vista del prodigio, lo que obraron los indios del Perú con su dios Viracocha, tributarle adoraciones a la vista del suceso. Persuadiolos que aquellos y aun mayores prodigios era Dios quien los obraba, a quien se debían tributar por tales beneficios las gracias. Mandoles callar el caso, acción que siempre observaba, luego que obraba algún prodigio.

Adoraban estos indios, al modo de los egipcios, a los caimanes y quiso nuestro Bautista, para prueba de la verdad que predicaba, que viesen a su Dios, de sus descalzos pies hollando, y el que servía para sus ministros de nave. Así como el Señor

necesario repetir como Moisés los golpes, brotó el agua, que parece que allí estaba sólo esperando a que tocase a las puertas de la tierra nuestro Bautista para salir a su llamado. De sus pies vieron los indios que nacía el agua.

Hasta hoy persevera en aquella tierra la memoria de este hecho, y muchos aplican el agua a sus enfermedades por medicina. El cura de aquel partido de Pungarabato certifica haberle acontecido (llámase don Domingo Calvillo), llegar al ojo de agua de nuestro venerable padre, con grande calentura, dolor de cabeza y mucho molimiento del camino, y viéndose herido en aquel camino de la fiebre, sin humano remedio, apeló al del agua de nuestro venerable padre, y con sólo lavarse la cabeza con aquella agua milagrosa en nombre de nuestro Bautista, cobró perfecta salud. De lo cual promete, en cualquier tiempo, dar suficiente probanza y juramento. Sólo este caso del agua acontecido en este cura refiero, por ser persona de toda excepción que de otros que han acontecido con varios sujetos de aquella tierra, pudiera llenar muchos pliegos, si hubiera de escribir todos los que me han referido.

No fue sola esta vez ni sólo en este lugar adonde hizo este mechoacano Moisés agua a las piedras, para común beneficio. Otros muchos ojos de agua hay en la tierra caliente, causados de este venerable padre, Neptuno verdadero, que si allá fingían que sólo con herir esta deidad falsa la tierra, subían de los abismos al momento las aguas; acá con verdad lo veremos en nuestro Bautista, que sólo con tocar la tierra con el tridente de su báculo, salen a su llamado las aguas, por muy profundas que caminen bajo los senos de la tierra.

En tiempo de que nuestro venerable padre Bautista estaba ordenando al pueblo de Zirándaro, aconteció el caso, que me refirió el anciano cura de Indaparapeo don Juan de Molina, quien siendo cura de Zirándaro, dice que lo supo de los indios

desconsuelo, cuando vio que el mar le impedía ya su curso. Y a haberle revelado el cielo, las gentes que después de este mar se descubrieron por nuestros venerables padres, creo que se hubiera valido de los caimanes y cocodrilos, para transitar a nuevas conquistas. Pero ya que paró allí con su curso, elevó aquella torre en Ajuchitlán, que sirviese a los futuros de columna en que se leyese el non plus ultra de este Cristiano Hércules.

Desde Ajuchitlán dio vuelta a fundar iglesia y convento, y juntamente a disponer pueblo, al partido de Purungueo. A la cabecera puso el nombre de su muy devota la alejandrina flor Santa Catarina. Casi no se hallan memorias de este pueblo, pues hoy, así la cabecera como las visitas se ven destruidas; y en aquel tiempo contaba por miles los tributarios en más de veinticinco leguas, que tiene aquel partido de jurisdicción.

Puesto en orden el referido curato con iglesia y convento, que dejó fabricados en Purungueo, quiso poner en orden en el dilatado partido de Turicato, adonde luego que llegó fundó iglesia y monasterio, y en una de sus visitas, llamada Carácuaro, les dejó a los indios de este pueblo el bienhechor que les dio el sagrado bulto, y así lo denominan el santo Cristo del santo padre Fray Juan Bautista.

A este curato inmediato, adonde llaman hoy los montes de Acaten, que pertececen a nuestro curato de Etúcuaro, le sucedió el caso que refiere nuestro venerable Basalénque. Caminaba nuestro venerable padre Fray Juan por los elevados montes de Acaten; elevados Talantes de esta abrasada África, cuyos verdes copetes abrasados se persuade la vista a que la inmediateción a la ardiente esfera, son causadas aquellas sequedades. Por estas alturas caminaba sin más senda ni vereda que la que acaso había hecho la enroscada víbora, o la tortuosa serpiente. Y como siempre era su caminar con los ojos en el cielo, como

medir su altura, y respondió: *Que le había parecido que iba volando, sin encontrar con piedra ni embarazo.*

A poca distancia del referido lugar, está un elevado peñasco, al cual todas aquellas gentes denominan el púlpito, nombre que se granjeó su altura, y al respaldo de este se ve una bien delineada Cruz que pintó en la peña viva el soberano autor de la naturaleza, quizá para señalar con este soberano signo de nuestra redención, el lugar del referido prodigio. Es común tradición en toda aquella tierra, que fue señal de nuestro venerable padre aquella cruz. En otra alta y elevada peña en el curato de Turicato, me han certificado los que han andado aquellos montes, que en un elevado despeñadero se ve una mano del demonio impresa en una peña, desde la cual se dice que quiso arrojar a nuestro venerable padre, pues aplicó el demonio toda la fortaleza de su infernal brazo, para despeñarlo; pero fue sin duda mayor la constancia de nuestro Bautista, puesto que pudo resistir a todo el poder diabólico.

En el referido curato de Turicato, adonde es hoy la hacienda de San Antonio, antes de llegar o cerca de este puesto, se ve un grande ojo de agua en la peña viva, el cual jamás merma, aunque sea muy crecida la seca. Es común tradición de aquella tierra, que fue dádiva liberal de nuestro venerable padre, y así es llamado de todos el ojo de agua. Otros muchos manantiales celebran y reverencian los naturales, por el venerable Bautista. Que parece eran sus benditas manos como las de Elías, que sólo con tocar la tierra, como afirman los rabinos, producían arroyos de agua y, a su báculo, debía de haberle comunicado Dios la virtud misma que a la vara de Moisés, que sólo a sus tactos daban en abundantes raudales, aguas las peñas.

Notables prodigios se refieren que hacía en este curato, los cuales se notaban y observaban más, porque era el más inmediato a Tacámbaro, adonde había sujetos que podían reparar en

no perdiesen la ocasión de ver un ángel en la tierra, y recibir su santa bendición. Como el convento tenía casi ninguna clausura por ser en el principio, llegaron hasta la estrecha celda de nuestro venerable padre, y entrando apenas adonde estaba, lo hallaron en éxtasis elevado algunos codos de la tierra. De que admirados, todos esperaron largo rato a que volviese del rapto para lograr oír al que habían visto elevado.

El autor que escribió el tratado de *Los nueve de la fama* (Parte 2. Traer. 2. De *Los nueve de la fama*. p. 426), en el cual pone en el primer lugar a nuestro venerable padre, cuenta otro éxtasis maravilloso, que a mi parecer le aconteció cerca de Pinzándaro, por lo inmediato al convento de San Francisco. Dice pues que caminado nuestro venerable padre con tres seculares por aquellos países, se retiró a un lugar fragoso, donde se embrenó, y detuvo notable tiempo. Y pareciéndoles que se tardaba mucho, le entraron a buscar, y vieron que estaba como un estado elevado de la tierra; y fue tanto el espanto y horror que tuvieron, que siendo hombres preciados de valor, dieron a huir cobardes con la visión. Salió nuestro venerable padre con un rostro como de un serafín, con grande alegría a ellos. No osaron a preguntarle cosa alguna, pero ellos luego lo revelaron en un convento de San Francisco inmediato, para lo cual llamaron de propósito al guardián, dándole del prodigio noticia, para que a todos diese noticia de un hombre tan del cielo.

En otra ocasión caminaba de Tácambaro a Pungarabato, y en el camino, de industria, por devoción que la tenía se le hizo contradizo un noble y cristiano caballero de Valladolid, corregidor de la tierra caliente, llamado don Diego Hurtado; suplicole a nuestro venerable padre la oferta, de que quedó sumamente gustoso el devoto corregidor. Comenzaron a caminar, el caballero, como allá Acab en su carro, este en su caballo bruto, nada inferior a los que cría nuestra Andalucía, hijos del Céfiro,

la tapa de la copa, como hoy se ve y venera en la caja del depósito de nuestro convento de Valladolid.

Llegó a estar tan débil de corporales fuerzas, que como naturaleza, dio a los pies fuerza, para que sustente en ellos la pesadumbre del cuerpo sobre la tierra; puso la gracia en nuestro venerable padre, toda la fuerza en la cabeza de este Sansón celestial, y para esto trae siempre sin tapa el sombrero, para recibir y crecer para el cielo, elevándolo sus raíces y llamándolo a su centro.

Capítulo XXXVI

**De las espantosas penitencias de nuestro
venerable padre Fr. Juan, en particular
de las que hizo en tierra caliente**

Fue mayor aquí el rigor de su penitencia, porque como no había aquí prelado alguno que le fuese a la mano en los ayunos, ni superior precepto que le quitase del puño la disciplina, se hizo admirable, y no imitable, por espantosa su mortificación: *Admira bilis abstinentia Joannis, qui plures dies ieiunus ageret Baptiste post novum ad Indos transitum, similis nomine, similis moribus* (Alph. Lit. I. Lib. 1. p. 401). En esta tierra fue adonde se dio a la abstinencia y oración, porque sabía que era esta tierra caliente, el lugar adonde se habían retirado para hacerse fuertes los demonios, y como estos sólo con la oración y ayuno se vencen, todo el tiempo que en esta tierra estuvo, como fue una batalla de por vida con los demonios de esta retirada región, fue su oración, de ayunos y penitencia perpetua.

En la penitencia de los ayunos, no sólo imitó al Bautista, pero a mi ver lo excedió. Del precursor se cuenta que su alimento era miel y langostas. Y de nuestro Bautista, no se lee en toda su vida, que gustase cosa dulce, siendo así que moraba en una tierra, que cada tronco es una colmena y de cada rama pende un panal, y los valles son todos dilatados cañaverales, adonde es tanto el dulce, que no se estima, y, en medio de tanta abundancia, jamás lo gustó; antes sí buscaba las comidas más desabridas de la tierra, y reconociendo que estas eran los tamales cenicientos, estos escogió por alimento, y no contentándose

ha ofrecido otra ocasión. Algunos quisieron decir que el fruto loto que causa olvido, es o son las guindas; pero nuestro Bautista, con su recuerdo, publica que no es árbol desmemoriado, puesto que se acuerda haber comido unas guindas en toda su vida.

Decir que al medio día suplía con la abundancia la falta restante y antecedente, y así se prevenía para la futura, no tiene lugar este malicioso discurso; porque hasta para no comer al medio día discurría trazas su grande abstinencia, para lo cual se aplicaba siempre a leer a la mesa, dándole sustento a su alma, mientras los otros al cuerpo; y es que era todo espíritu nuestro venerable padre y así sólo solicitaba mantenimiento proporcionado para su naturaleza.

Solía comer a la segunda mesa, y para esta ocasión ya tenía prevenidos uno o dos tamales, los cuales fuera del natural mal sabor, junto con el mal olor que les comunica la ceniza, procuraba fueran de los mohosos, aquellos que ni aun los perros apetecen, o por sumamente duros o por demasiado corruptos. Esto sólo tomaba por alimento, y la comida del convento la cogía para darla de limosna a los pobres. Pero ¡oh maravillas de Dios!, que con sustento tan vil y corto mantenía rogazantes los colores y el cuerpo robusto, tanto, que testifica Coruña, ilustrísimo obispo de Popayán, que lo vio caminar a pie diez y doce leguas en ayunas, y que iba tan suelto y tan ligero, que fuera imposible se le emparejase en el veloz curso, que tenía el más veloz bruto de nuestra Andalucía. Esta ligereza era sin duda nacida de la grande abstinencia de este gran anacoreta.

No anduvo menos liberal en esta gracia, con la naturaleza de nuestro venerable padre, no sólo cuarenta días que es una cuaresma, pero por muchas mantuvo sin sustento el cuerpo de este varón prodigioso. De dos cuaresmas se halla cabal noticia, porque las pasó en conventos; pero de las muchas de tierra caliente, no se sabe cómo se alimentó este venerable padre.

buscándole y preparándole a Cristo viandas de almas; tal fue la solicitud que aplicó que se olvidó en todo aquel tiempo de lo que era alimento para el cuerpo. Prueba de esto fue que habiendo sacado para aquellos cuarenta días tres tamales, mantenimiento tan corto que apenas satisfacen un almuerzo; al cabo de la cuaresma y Semana Santa, que son más de cincuenta días se hallaron dos, que sobraron de los tres, y no se halló hubiese tomado otro alimento, porque aunque se lo ofrecían liberales, conociendo su suma necesidad lo admitía. Quien leyere este prodigio de abstinencia, pensará que es mayor que el primero que referí, pero asentado que así el uno como el otro no tienen apoyo en lo natural, sino en sólo Dios que lo sustentaba como a las aves del paraíso o pájaros llamados del cielo, no con sólo pan, como le dijo a Satanás; todo viene a ser un mismo prodigio, con menos materia para el sustento de este segundo.

Muchos años antes de morir, refiere nuestro venerable Basalenque, que dejó de comer pescado; huevos y leche, a la imitación de nuestro San Nicolás de Tolentino. En todo el cual tiempo, era su único sustento un tamal duro y frío. Otras veces un poco de maíz tostado, que los indios denominaban en su idioma *cacalote*, menos las Pascuas, que añadía alguna frutilla silvestre con unas yerbas campestres mal guisadas, y a este alimento se habituó tanto, que ya a los últimos días de su penitente vida, el prelado de Valladolid, conociendo lo habituado que tenía a las yerbas su cuerpo, no quiso, prudente mandarle comer carne; antes sí dispuso le diesen un poco de atole, indiana bebida, en que el maíz suple la carestía de las almendras, y quiso le mezclasen unas pechugas de ave, para que aunque lo tomase el penitente esqueleto, no conociese el cuerpo la nueva bebida, y nuestro venerable padre sin sentir, tomase aquel alimento substancial.

Gustole este insigne varón y aconteciole lo que a Cristo en la Cruz, ya que se le acercaba el fin de su vida, que gustó, pero

alimento que le mandaban recibir, el cual plato fue como el que le pusieron a la vista al Bautista para poner en él la cabeza de su vida. Tomolo como digo en las manos, y dijo estas palabras: *Bueno, Fray Juan; ¿vigilia teméporas, Adviento y sábado y comer carne? Bueno, pues lo manda la obediencia.* Tomo algo lo que bastó para obedecer, y bebió un poquito de vino, y esta fue la tercera vez que lo tomó en su dilatada vida. Luego que obedeció al precepto, luego murió; su obediencia fue su muerte, y así dijo el venerable Basalenque, que fue mártir de la obediencia. Consiguiendo al fin de sus días, lo que tanto había anhelado, que era morir por Cristo. No derramó la sangre del cuerpo, pero virtió la púrpura de la voluntad, que es el coral del alma.

Admirable, como visto queda, fue nuestro venerable padre en la abstinencia de la comida, pues como visto queda, igualó y aun excedió a muchos padres de la antigua Thebaida, pues no fue menos prodigioso, antes a mi entender, excedió a los más penitentes anacoretas en la abstinencia de la bebida, con la circunstancia de habitar nuestro venerable padre en una tierra adonde para tolerar los sumos calores, es necesario a cada paso tomar agua, para así refrigerar las llamas de aquel infierno, adonde cada uno de por sí clama por el agua para poderse refrigerar, como allá el rico en el infierno. Los habitantes de esta tierra están clamando a cada paso por el agua, menos nuestro venerable padre que viviendo en los más abrasados climas de esta América, jamás se le vio pedir gota de agua para templar la sed, causada de los bochornos del sol y grandes fatigas de los dilatados caminos. En este punto fue una Cruz de por vida, la que pasó nuestro venerable padre, aún al parecer más pesada que la de Cristo, porque su majestad divina expresó desde la Cruz la gran sequedad que padecía, cuando dijo: *Sitio* (Joan Cap. 19. N° 28). Pero nuestro venerable padre desde la Cruz de su mortificación jamás expreso la sequía que padecía.

Para que las rosas crezcan encarnadas dicen los naturalistas que regarlas con sangre de corderos es acertado. Ciertas gotas de sangre, que al principio salpicaron en su candidez las rosas dice Ovidio, fue el motivo de que aparecieran después todas encarnadas. No sé si esta era la causa de que nuestro venerable padre, cuanto más mortificaba su cuerpo, más y más, dice el ilustrísimo Coruña, aparecía más rozagante. Creo que así como las rosas se visten de corales con la sangre de cordero, nuestro venerable padre, como no tomaba otra agua, como no regaba la planta humana con otro humor que con la púrpura del inmaculado cordero, llegó a verse en él con verdad lo que se creyó de las rosas. Continuamente estaba salpicando con la disciplina el cándido cuerpo y así, a fuerza del azote, llegó esta rosa de Castilla a verse con verdad más encarnada que la que allá soñó Ovidio.

Sirva de prueba evidente, de que no tomaba otro aqueo humor que la sangre de su amado, lo que en cierto día le acontecía en México. Avisáronle al prelado de la extraña mortificación de nuestro Bautista, diciéndole que parecía ya paja seca. Y que así le mandase con obediencia tomase agua porque sus ruegos no habían podido conseguirlo y sólo la obediencia había de poder alcanzarlo. Oyó la relación el superior, y luego le puso precepto a aquella seca paja, para que tomase agua: a que pudo nuestro venerable padre decir lo que allá Job en otra semejante sequedad: *Contra folium, quo d vento rapirtur estiendis potentiam tuam, et stipulam siccam persequeris* (Job. Cap. 13. N° 25). Mandole pues el prior a un religioso, le llevase el agua junta con el precepto. Y luego que lo vio, dijo: *Beberlo he de buena gana; mas déjeme V. caridad rezar un poco*. Poco fue este que al que llevaba el agua le pareció mucho, y así le dijo: *Cumpla V. caridad la obediencia*. Y dijo entonces: *Sí haré que ya acabo*, y prosiguió rezando. Visto esto por el religioso, le dijo: *¿Cómo V. caridad, padre Fray Juan es inobediente?* A que satisfizo respondiendo: *No le he sido, porque*

mismos indios (siendo de naturales poco compasivos) muchas veces le quitaran de las manos el azote, porque juzgaban que había de ser víctima de sí mismo según la crueldad con que este Séneca cristiano derramaba su sangre siendo el mismo de sí mismo el Nerón; no temía derramar nuestro Juan esta natural sangre antes sin procurar a fuerza de la lanceta de la disciplina verter toda la noble púrpura de los Moyas y Valenzuelas, para que se introdujera en sus venas la nobilísima de Cristo Crucificado.

El hábito religioso, que podía serle algún alivio, fuera de haberlo convertido todo en cilicio vivo, como queda dicho, discurrió modo de hacerlo casi intolerable, y para esto, conociendo lo ardiente de la costa del sur, procuró estrecharlo tanto, que a fuerza casi introducía en el mortificado cuerpo, a que añadió hacerlo de la más gruesa estameña o jerguetilla, materia intolerable en la tierra caliente, pues allí los que viven, usan anchos y dilatados los vestidos y procuran que sean de las más delgadas materias los vestuarios, para que pueda el aire tempear con sus soplos frescos los continuos bochornos del país. Procurando con lo opreso del saco imposibilitarse para recibir el fresco ambiente.

De su cama no hablo, porque sólo se le conoció por propio lecho el duro suelo. Pero este alivio era tan corto, que sólo rendido del valiente sueño, tomaba en la tierra, o por mejor decir, pagaba con grandes regateos a la naturaleza este débito indispensable a todos los hijos de Adán.

Pero acontecíale a este penitente Anteon, levantarse del suelo con mayores fuerzas para la lucha.

Por esto, y carecer de cama nuestro venerable padre, los que llamaban a los maitines, lo hallaban de ordinario arrodillado en los rincones de los dormitorios, ante las cruces o sagradas imágenes del convento. No lo solicitaban en la que llamaban su

allí siente humanos pasos, luego se cala pronto el capuz para ocultar la luz que da la piedra maravillosa que le engastó en la frente la naturaleza.

Al sumo calor que en aquellos quiméricos abrasados montes dio el Supremo Hacedor del universo, quiso añadirle para hacer más inhabitable aquel infierno, una innumerable multitud de mosquitos, tantos y tan varios, que sólo los que han transitado por este país darán alguna noticia de su crecida muchedumbre, pues hay tiempos aglomerados estos, impiden con su muchedumbre al sol los rayos, y hay años que no se puede cultivar la tierra para las siembras por ser tantos, que parece se oponen a los gañanes para impedirles las escardas, pues cada mata que bullen, es como tocarles un clarín para que acometan en ejércitos formidables. Algunos tienen nombre en estos y la causa que les ha hecho tener nombre, son los grandes daños que han causado y causan a los miserables habitantes.

Hay una especie que llaman *jején*, dañosísima con sus picadas. Y si yo hubiera buscado a esta especie la etimología, dijera que eran estos pequeños animalitos unos formidables gigantes, que en indivisibles cuerpos hacen una cruda guerra de hombres. Y es la razón porque el gigante, viene de esta palabra griega, *Get*, que significa tierra, porque decían los gentiles, eran estos hijos de la tierra. Así son estos *genes* hijos de la tierra, de su polvo y lodo se crían en tanta abundancia, que ellos solos son suficientes a nublar el sol y acobardar al hombre, teniéndolo retirado a los últimos cuartos de su casa, para con el retiro librarse de sus crueles picadas.

Otra especie llaman los indios *rodadores*, tan infernal es su picada, que es indefectible la llaga adonde clava el aguijón. Por lo cual los habitantes de aquel país usan para defenderse de estos rodadores, de pieles de venados, y así pueden con estos antes resistir sus puntas. A otra especie llama el castellano *zancudo*, aún

De suerte que así como otros y aun todos solicitan en la tierra caliente librarse con varias precauciones de estos perjudiciales animales, nuestro venerable padre solicitaba y discurría modos de entregarles su cuerpo, para que lo arpasen con sus crueles agujones. Este era el motivo por el que de ordinario llevaba los sagrados ornamentos. Y si estos, como todos saben, simbolizaban los crueles instrumentos con que fue mortificado el inocente Jesús, nuestro Bautista hace de todos Cruz para que lo crucifiquen los mosquitos, y también para sentir amargos pasos de la tierra caliente los de su amado Dios, en la calle de la Amargura. Con advertencia que en Jerusalén hubo un Cirineo que aplicó el hombro a la Cruz, para ayudar a Cristo con su ayuda; pero acá nuestro Juan quita la cruz y peso de los hombros de los indios, que son los Cirineos, para él solo lograr las penalidades de la cruz.

Aún solicitó más bochornos, y los consiguió en la tierra caliente esta divina Pirausta o sagrada salamandra de los altares de Dios. Los ornamentos que usaba, como que hasta hoy se veneran en la tierra caliente una casulla, eran de lana. De esta materia los solicitaba, lo uno por su suma pobreza, y lo otro por mortificarse más en aquel incruento sacrificio.

Todas estas penitencias eran para nuestro venerable padre gustosísimas, en ellas mantenían sus mayores gustos, prueba del deleite que sentía en el padecer, puede ser lo que refiere nuestro venerable Basalencque, de continuo, dice, se cortaba las uñas con los dientes con tanto extremo, que llegaba a la carne, de que le acontecía salir en abundancia sangre.

Cruel penitencia puede llamarse esta que hacía con sus dedos nuestro Juan. Manos y pies le habían quitado a su cuerpo, los dedos de los pies cortados con las navajas de la tierra caliente. Tales son los peñascos de aquel suelo para lograr este fin. Eran de continuo sus caminos descalzo, y ya que los dedos

Capítulo XXXVII

**De la continua oración y otras varias
virtudes de nuestro venerable padre**

Nuestro Juan, fue portentoso y singular en su abstinencia, como queda visto en el capítulo en que he referido sus inimitables penitencias, y como estas dan a la oración fundamento, me pareció referir los éxtasis y arrobos de este sagrado pelícano de la mechoacana Thebaida, o soledad. No es la oración otra cosa que un levantar el alma a que hable con Dios. El primer efecto que causa el ayuno, adelgazando antes el cuerpo, es dar lugar a que quitada la broma de la carne, el espíritu suba a su centro, en busca de su eterno Hacedor. Conociendo esto nuestro Bautista, con la escoda de la disciplina, desgastaba el tronco del humano cuerpo, y con el ayuno, como con asuela, de tal suerte aligeró lo basto, tanto sutilizó la carne y su cuerpo, que pudo pasar por filigrana o pudo parecer hilo suficiente a entrar por delgado, por el sutil ojo de la aguja, estrecha puerta del cielo, por donde no entran, por ser imposible, los gruesos de este mundo, y sólo penetran los delgados de cuerpo la estrecha puerta de la gloria.

Tan continuos eran en este insigne varón los raptos, que caminado como allá Habacuc, era transportado su espíritu por los ángeles. Varias veces, como queda visto, le aconteció lo dicho. Pruebas son las caídas de Acaten y Zempoalan, que por caminar en Dios divertido, hecho racional Heliotropo, fijos en el sol de justicia Cristo los ojos, se precipitó de las altas sierras

en el coro, se detenía mucho tiempo, y lo mismo hacía cuando otro alternaba.

El ilustrísimo señor don Fray Juan de Medina Rincón, refiere como testigo de experiencia, que siendo ambos conventuales en nuestro convento de México, le aconteció rezar con nuestro Bautista, en un lugar adonde se oían los golpes de un pico de un cantero, los cuales con la continua repetición le llevaban atención. Luego que los oyó, se retiró a otro lugar más remoto, y comenzando de nuevo le pareció que allí oía; quiso retirarse de aquel lugar, y comenzar de nuevo el oficio, pero no se atrevía a hacerlo, por no parecerle molesto al corista Rincón. Y entonces era definidor nuestro Bautista, que arguye su grande humildad, pues no se atrevía un actual definidor a mandar a un corista. El ilustrísimo Rincón reconoció afligido a nuestro venerable padre y trató de lisonjearle el gusto, y así le dijo: *Si a V. caridad le parece, retirémonos más, y comenzaremos de nuevo las completas.* Con estas palabras y permiso del corista, se alegró notablemente. Fuéronse a la torre, y allí por tercera vez comenzaron las completas. Caso con que se prueba lo exacto en la oración vocal de este insigne varón. Tan puntual fue en el cumplimiento de esta obligación, que ni la última enfermedad fue para él causa suficiente para excusarse, pues como veremos, discurrió modo de rezar, estando ya casi muerto en la cama.

No fue de poca monta lo mucho que padeció en este punto del oficio divino; fue continuado martirio que le dio el Señor, como allá a Pablo, sin duda para labrar con estos sutiles buriles aquella alma delicada. El más leve pensamiento que no fuese ordenado al exacto cumplimiento del oficio, lo castigaba al momento, con volver de nuevo a comenzar las divinas alabanzas. A esta puntualidad añadía (hasta en las soledades de la tierra caliente) todas las ceremonias por mínimas que fuesen, que se observan en un bien concertado coro de religiosos. De

incruento sacrificio de la misa. Era exactísimo en los ápices y jotas de la misa y de cualquiera menudencia, por mínima que fuera, se acusaba con las lágrimas, que pudiera otro de un gran sacrilegio. Era sumamente espacioso en el altar, para así dar fiel cumplimiento a aquella soberana obra; y como de la tardanza conocía se originaba molestia a los oyentes, procuraba como prudente decir la última misa para así no molestar a nadie con su demora. La devoción era notable, en cuyo tiempo sentía su espíritu crecidos celestiales regalos, en aquella soberana mesa; pero estos siempre procuró recatarlos por su grande humildad. Algunos, como eran tantos, rastreó la curiosidad, pero los mayores, como le dijo a su confesor, siempre quedaron ocultos y sólo se sabrán cuando Dios los revele o cuando llegue aquel día en que se manifiesten las obras de este insigne hombre.

Tanto era el cuidado que ponía en recatar los favores que el cielo le comunicaba, que como refieren los cronistas, evitaba las lágrimas, ahogaba en el interior los suspiros, y siempre procuraba hacer lo que Moisés, tapar los rayos con el velo de la humildad, para así tapar los resplandores del rostro. No quería llorar ni suspirar, porque no fuesen estos signos a que lo tuviesen por bueno, y así huía de ser visto, y cuando era preciso lo vieses, suspendía estos naturales desahogos de un abrasado corazón, para así mortificarse, como queda visto, más y más, pues era su común decir, que el llanto y el suspiro, es desahogo de un afligido, y el varón mortificado no ha tener ni aun este alivio.

Porque ver lo mucho que se dilataba en cada misa y ver también cómo en una mañana en distancia treinta leguas decía tres misas. Es fuerza persuadirse a que el Señor dilataba del sol el curso para que nuestro venerable Josué diese satisfacción a las tres misas, y así mismo tuviese toda la devoción que pide tan soberano sacrificio.

Capítulo XXXVIII

**De lo excelente que fue nuestro
venerable Bautista en las virtudes
que componen el estado religioso**

Así como la piedra jaspe es el fundamento de la triunfante Jerusalén, así la humildad es la piedra preciosa fundamental sobre que se eleva el militante templo del estado religioso. En esta preciosa piedra jaspe quiso que el Señor se figurase el sagrado apóstol Simón Pedro, fundamental piedra de su Iglesia, y fundamento también del monástico estado. Llamado Simón, que es lo mismo que obediente, en cuyos nombres de Simón y de Pedro se retrata en el de Simón la obediencia y en el de Pedro la humildad. Esta humildad, que es obediencia de corazón, resplandeció en grado superior en nuestro venerable Bautista.

Muchos casos pudiera referir en prueba de su rendida obediencia; pero fuera comenzar aquí su vida, pues que toda ella fue obedecer, puesta desde sus tiernos años de la cerviz bajo el yugo del superior. Ocupado como otro Bautista se hallaba en las crecidas doctrinas del sur bautizando por miles los infieles, sumamente contento de verse empleado de servir a su Señor, granjeándole por millares las almas a tiempo que recibió del provincial una carta, y siendo así que como visto queda, le impedían aquellos nuevos cristianos la salida, casi valiéndose de la fuerza para estorbarle la ida, no se valió de este tan racional pretexto para detenerse, antes sí, como obediente, puso luego al cuchillo de la obediencia el cuello, sin poner la menor demora al precepto.

inclinan la cabeza y expiran, como que la carne fue el vinagre con que murió.

Así obedeció hasta la muerte, porque así se ejercitó toda su vida, no esperaba en el monasterio a que le mandaran, pero aun antes que el prelado manifestara su voluntad, como la discurriera nuestro venerable padre la prevenía en la ejecución de arte, que no sólo era pronto a la voz del superior, como allá Samuel; también obedecía a lo que discurría le podían mandar. Por esto se aplicaba en los conventos a los más humildes oficios del monasterio. Él era refitolero, obrero, cocinero, enfermero. Y si acaso se ofrecían otros oficios más ínfimos, al punto los ejercitaba, y es que discurría era aquella la voluntad del prelado, el que sirviese en aquellos empleos.

Sólo he hallado en su vida, que en una ocasión estuviese acongojado, y fue cuando pidió licencia para ir a la cárcel a confesar a una pobre india chichimeca. La cual licencia le denegó el prelado, fundado en lo que ya queda en su vida referido. En esta denegación se vio sumamente afligido, porque de una parte sabía por revelación, que se moría aquella miserable india, a cuya muerte por neófita en la ley, le podía suceder el perder el alma por falta de confesor. Por otra parte, se veía suspendido con la negación del prelado, por tener formal precepto de no salir a la confesión. Veis aquí a nuestro venerable padre en un notable conflicto, puesto entre Sila y Caribdis, mal digo; puesto como su padre, y mío Agustín, sin saber a qué parte determinarse. De una parte lo llama el precepto del prelado, de la otra la revelación y peligro de una alma que se pierde. Dificultad es esta que al más sabio cual fue. Salomón, para determinar, hubo de mandar partir en dos al sujeto. Y este juicio tan celebrado, fue darle a ninguna madre el hijo vivo, y dejar sin hijo a entrambas. No hay ingenio, no hay arbitrio para que a entrambas madres se dé

que a mí me parece mayor en manifestar sus pecados en público teatro, para así hacerse a todo este Nuevo Mundo despreciable.

Esto que de sí afirmaba en la cátedra del Espíritu Santo, mejor lo sentía que lo decía, afirma nuestro venerable Basalencque, por ser, dice el mismo autor, muy verídico en sus palabras; y así para comprobación de que no era para oficios superiores, pretendía con porfías los inferiores empleos del convento. Huía como el Acantis de las flores; por vivir en las espinas; entre los abrojos fabricaba nidos al descanso; no tenía consuelo cuando se veía en el puesto superior, sólo siendo refitolero o enfermero; en estos oficios humildes hallaba su alma deleite, y su cuerpo mortificación.

La grande humildad de que benigno le dotó el Altísimo, se veía resplandecer en este gran varón, siempre que corregía a sus hermanos. Así lo testifica el ilustrísimo Rincón, quien firmó era tanta su humildad, que unas veces de rodillas, como hizo Cristo con Judas, otras con un semblante amorosísimo y gracioso, procuraba en las fraternas correcciones, lograr la enmienda de sus amados hermanos. Mas todo, algunos como Judas, protervos; o como Faraón endurecidos, aquellas humildes acciones, en vez de ablandarlos para la enmienda, los endurecía para recalcitrar en nuestro venerable padre aprobios y baldones; pero nada sentía, con tal que se aprovechase del consejo. Era su común acción así que veía que se exasperaba con la corrección el prójimo, ponerse de rodillas y abriendo la boca de la estrecha manga, decir: *Eche V. caridad de esas flores, con condición que se enmiende.*

Flores llamaba este gran varón a los baldones y con razón, porque aquellos oprobios recibidos por Dios, le fabricaban floridas coronas. Flores llamó David a las espinas que coronaron a Cristo vida nuestra. Así en imitación de su maestro, quiso nuestro venerable padre, darles aquellos abrojos el nombre de

vultum, eorum (Jerem. Cap. 1. N° 17). Jamás temió este cristiano Alcides hombre alguno por arrogante y soberbio que fuese; del modo mismo acometía con el esfuerzo de su represión o monición a un Atheon, a un Diomedes, que a un pequeño pigmeo. En estas continuas moniciones que hacía, tal vez hubo alguno que quiso probar con el desahogo de la respuesta, la paciencia de nuestro venerable padre: pero halla tan sobre sí aquel gran ánimo, que quedó el ofensor corregido y edificado.

Las mayores muestras de su cariño, con ningunos más las expresaba, que con aquellos que más le agraviaban; a estos aun mayores tamaños, que solían ser las ásperas palabras y villanas ausencias. Estos sujetos eran los principales objetos en sus repetidas oraciones; por ellos suplicaba al Altísimo con mayores afectos, que pudiera por sus especiales bienhechores. A estos juzgaba por sus mayores amigos, porque estos le daban y mortificaban más.

Según esto ¿cómo viviría? ¿Cuán grande sería la perfección de este varón, pues como queda visto, a todos amonestaba a la perfección; a los menos perfectos corregía? Muy derecha ha de ser la vara o la regla por donde se ha de pautar el papel: si esta no está recta, salen las líneas tortuosas. Mucha rectitud e igualdad era la de nuestro Bautista pues siempre estaba como pauta, enderezando los renglones menos derechos; para esto dicen los cronistas de su vida, que observaba las más mínimas ceremonias de nuestro sagrado instituto, pequeñas piedras que como ripios, mantenían las mayores piedras que componen el magnífico templo del religioso estado. Era un Numa cristiano en los ápices del instituto sagrado. Las actas de los prelados, en que dan algunos documentos o consejos para el mayor lustre del monarquismo eran estas nimiedades para nuestro Bautista; como pudieran ser para otro los preceptos formales de la obediencia; con tanto cuidado observaba estos ápices, como si en

en todas facultades, dice el ilustrísimo don Fray Juan de Medina Rincón, excelente; tanto, que compitió y aun excedió en la arquitectura a Meliágenes y Dernócrates; en la música pasó a Orfeo y a Anfión; en la historia, a Tucides y Livio; en la elocuencia, a Demóstenes y Tulio en la poesía, a Homero y Virgilio; en la Astrología, a Anaxágoras y Tolomeo; en la medicina, a Esculapio e Hipócrates; en las matemáticas, a Euclides y Arquímedes; en la filosofía, a Platón y Aristóteles; en la Teología, a Mercurio Trigemistro y Apolonio Tianeó; en la Ética y Moral, a los Sénecas y Diógenes; y por fin, en las noticias de lenguas, casi igualó a los Jerónimos y Dídimos. En todas estas y otras facultades podía enseñar como maestro, lo cual jamás quiso, y sólo se tiene noticia, que por poco tiempo leyó Teología en el convento de Tiripitío.

Por repetidas ocasiones lo colocó la religión en el honorífico púlpito de México, para que todos conociesen su gran talento, y a repetidas súplicas alcanzaba de los prelados le admitiesen las renunciaciones. En el último sermón que predicó en la corte mexicana, pidió con afectuosas súplicas perdones a su auditorio de lo que le habían oído predicar, pareciéndole haber sido culpa grave el no haber sido llano en sus discursos, como que estuviera en su mano el discurrir menos altos pensamientos, pues estos le eran tan naturales, como nacidos de su gran sabiduría; que el no ser así le fuera casi imposible. Este al parecer defecto, lo castigó con aplicarse a predicar a solos los negros bozales, para así humillar su natural elocuencia, y a comunicar con solos los indios más bárbaros de este Nuevo Mundo.

Muchos cuadernos dejó formados, no con la intención de que saliesen a la luz, si se hallaran, porque hubo quienes aprendiesen virtud, el robarlos; perdiéronse, porque muchos los aplicaron a reliquias, y así perecieron en las medicinas, pues siendo tan sabio como queda dicho, ninguno de aquellos que

Dice el ilustrísimo Coruña, que parecía nuestro venerable padre en sus palabras y acciones un novicio en la compostura y una muy vergonzosa doncella en sus razones; cualquiera palabra le sacaba la más fina sangre de la alma a sus mejillas y así parecían abiertas granadas en los carmines que ostentaban. Esto le acontecía cuando acaso oía alguna menos decente loquera. De suerte que si la defensa de la castidad le causó al Bautista la muerte, sacando de su cuello el tirano los carmines más puros, por la herida del cuchillo, la misma pureza le hacía brotar al rostro a nuestro venerable Juan los más finos corales, sangre del alma en testimonio de la pureza.

Una vez que pasó por el general de gramática, oyó leer al preceptor y explicar al obsceno de Terencio y fue tanto lo que sintió oír a aquel en la aula, que al momento fue a la celda del prior, a quien suplicó postrado de rodillas, que mandase retirar del estudio a aquel autor; fue oída y admitida su religiosa súplica. Y de tal modo se ha aniquilado entre nosotros Terencio desde aquella petición de nuestro venerable padre, que no hay librería en la provincia que lo conserve, desde que este casto expurgador lo reprobó. Se ha desterrado este autor al Ponto del olvido, como allá relegó Augusto a Ovidio porque escribió el *Ars amandi*. Quien en sus pensamientos, palabras y oídos eran como hemos visto, tan puro; ¿cómo lo sería en su cuerpo y obras? No hay que detenerse en probar esta evidencia, basta traer a la memoria aquellas palabras que le dijo al provincial, cuando le concedió ser absuelto de los casos reservados, entre los cuales está como principal el de la flaqueza, del cual dijo las siguientes palabras: *Plegue a Dios, que antes me confunda en los infiernos, que caiga en él*. Por lo cual se conoce evidente el horror que le tenía, pues quería más los infiernos, que caer y perder la palma cándida de las castas azucenas. Con ella en las manos puede pintarse este varón, que para mí tengo, conserva en la gloria esta laureola.

pues por no ofenderle escogía por partido ser atormentado en el infierno. Hablo de la caridad que tuvo para con el prójimo. Grande fue la que ejercitó con los cuerpos; superior la que empleó con las almas. Por cuenta del amor de las almas, se puede asentar el haber elegido el infierno terreno de la costa sur. Tierra de que huían todos los conquistadores por inhabitable; y por lograr para Dios aquellas almas entró y penetró aquellos infiernos este sagrado Orfeo. Y a no haberlo sacado en el fin de sus días de aquellas brasas la obediencia, hubiera muerto como Fénix, abrasado en aquellas llamas.

Caridad fue salir de noche y lloviendo en Pungarabato a confesar a un pobre indio, y viendo que no había por dónde transitar aquel gran río, le previno el Altísimo un caimán, cocodrilo de esta tierra, para que transitase a esta obra caritativa. Y a no haberle prevenido el Señor el referido pez, creo que se hubiera, como otro Leandro, arrojado a las aguas, sólo por lograr el alma de aquel indio. Ningunas aguas pudieron extinguir su caridad, ni las muchas que aquella noche daban en continuas avenidas las nubes, ni las inagotables del gran río pudieron detener a nuestro venerable padre; antes parece que esta agua le encendían más en fuego de caridad, como que fuese la piedra Abeston que con las aguas se enciende.

Así ejercitaba para con las almas la caridad. Y si la miramos cómo lo hacía con los cuerpos de sus próximos, hallaremos que discurrió modo de ejercitarla, como pocos. Era, como visto queda, la misma pobreza, motivo por el que vivía imposibilitado para socorrer corpóreas necesidades. Pero conociendo su gran caridad, que podía socorrer a los pobres con su cotidiano alimento, este lo dedicó para los pobres. De modo que nuestro venerable padre se mantenía con casi nada, y las viandas que como a religioso le daba el convento, se las quitaba de sí para los necesitados. Cierto cuando leí esta caritativa ac-

para alabar al Señor o predicar su santo nombre; para esto siempre tenía pronta la voz: *Apperrens os suum docebat eos* (Matth. Cap. 5. N° 2).

Lo que más admira es que esta pureza de labios también la trasladó a sus oídos, y quiso que este sentido gozase las preeminencias también de lo puro. Por lo cual en su presencia nunca permitió el que se refiriese defecto por leve que fuese, de persona alguna. En una ocasión, siendo prior de México, le fue preciso dar a una señora bienhechora del convento el preciso pésame de la muerte de su padre, fue a cumplir con esta etiqueta y la señora, entre los suspiros envolvió algunos sentimientos de su padre, en orden a las disposiciones del testamento; de lo cual se ofendió tanto nuestro venerable padre, que refieren todos que jamás lo vieron tan malquisado e indispuerto. Tanto, que con una corrección fraternal, se levantó de la silla, concluyendo con la visita. Y yo con este capítulo, advirtiendo al lector que no refiero otras muchas cosas, porque no están tan auténticas como las dichas, o porque las tradiciones no han llegado a mis manos tan puras y verdaderas, como se necesitan para una obra fidedigna.

Capítulo XXXIX

**Del feliz tránsito de nuestro
venerable Bautista, de su
entierro y translaciones**

Como en todo el círculo de su vida no le concedió instante alguno de alivio, nuestro venerable padre a su cuerpo, hubo este, cansado ya de padecer, de rendirse a la fuerza de los porfiados arietes, de los continuos golpes de la disciplina, a que se añadían los muchos años, y estos en el más incómodo temple, cual es la tierra caliente, suelo que todo lo corrompe y aniquila, sin reservar al hierro. Comenzaron a sentirse los desmoronos del frágil barro de Adán en nuestro venerable padre, y como la caída de un gran edificio hace ruido en grandes distancias, hubieron de llegar a Valladolid noticias del gran ruido que había hecho en todas las doctrinas del sur la enfermedad de nuestro venerable Bautista. Bien quería ocultar nuestro venerable padre la caída, pero los nobles encomenderos fueron los clarineros que publicaron lo extenuado y enfermo del sujeto. Por lo cual el provincial, que lo era el venerable padre Fray Juan de Medina Rincón, dio orden de que viniese a curar a Valladolid, con dos motivos: el uno, porque restaurara con el regalo las corporales fuerzas, y el otro, por ver y gozar la dulce compañía de su amado padre y compañero Fray Juan Bautista.

Permitiolo así Dios, para que así como San Juan Evangelista dio testimonio de San Juan Bautista, así nuestro Fray Juan de Medina diese en su vida clara prueba de nuestro Fray Juan Bautista.

pesadumbre; pues con la salud recuperada, conocía que se dilataban las vistas de su amado Jesús, pues todas las ansias eran como las de Pablo: desear desatarse de las prisiones del cuerpo, para volar al descanso eterno: *Desiderium habens dissovi, et esse cum Christo* (Ad. Philip. Cap. 1. N° 23).

Concediole el Señor este consuelo y así volvió a enfermar con mayor fuerza, a cuya acometida no alcanzaron ya las humanas medicinas y así pidió que le diesen el Viático para despedirse de su amado y darle los últimos ósculos en esta vida, bajo los nevados accidentes de pan para irlo a gozar cara a cara a las eternas felicidades. Concediósele su petición, y luego se reconoció en su rostro una notable alegría. Esperó de rodillas a su amado, valiéndose para esto de la cuerda que dependía de las vigas, vestido del negro hábito, de que no se desnudó ni aun en esta última enfermedad. Así recibió en su alma al pan de los ángeles, con cuya vianda quedó como endiosado, despidiendo resplandores como allá Moisés, del consorcio del Señor.

Sólo un sentimiento expresó a los religiosos, y fue que no había merecido por sus culpas el que el Señor le concediese el haber dado la vida en su servicio, pues sus continuos anhelos siempre habían sido derramar en el martirio por su amado la sangre. Este dolor, dice el autor de *Los nueve de la fama*, fue el que hirió de muerte a este venerable padre, como de nuestro gran padre Agustín dijo Santo Tomás de Villanueva: *Neque Agustinus defuit Martirio; sed magis martirium defuit Agustino* (D. Thom. Seron. 1. S. P. N. Agust.).

No logró como el Bautista el derramar la sangre de su cuerpo por su amado, pero alcanzó el verter la sangre del alma cada día. No se pareció a San Juan Bautista en el martirio, pero asemejose nuestro Juan a San Juan Evangelista en el modo de padecer. Dice Cayetano del evangelista Juan, que sólo en deseo y en espíritu bebió el cáliz de la pasión y martirio: *Calicem vero*

como diestro mayoral las mechoacanas ovejas, el ilustrísimo señor don Fray Antonio Morales Ruiz de Molina. Gobernaba como diestro Palinuro la agustiniana nave el reverendísimo prior general Fray Cristóbal Patavino. Era actual provincial el venerable y después ilustrísimo obispo, el maestro Fray Juan de Medina Rincón. Y por fin, era prior actual del convento de Valladolid, adonde falleció nuestro padre Fray Juan Bautista, el venerable padre Fray Alonso de Alvarado.

Al punto que se reconoció haber expirado nuestro venerable padre, dieron las campanas con sus lenguas la noticia fatal a toda la ciudad. Cuya primera nueva a los más suspendió por gran rato, hasta que ya confortados del primer susto, en confuso tropel corrió al convento desde el superior, al mas íntimo sujeto, a venerar como santo al que habían como tal reverenciado vivo. No pudieron contener la devoción del pueblo los prudentes religiosos, y así en sus manos, casi quedó la mayor parte del pobre hábito de nuestro venerable padre: *Divulgato Sancti Viri obitu, ingens Populi concursus funeri interfuit ut mortui exuvia vider, et osculari liceret* (Alph. Lib. 1. Liter. 1. p. 401).

Esta devoción del pueblo dio fundamento al recato religioso para abreviar todo lo posible el oficio funeral, poniendo tierra de por medio, para así sosegar indiscretos hechos del pueblo. Pues a dejarles más tiempo patente el cadáver, según el afecto y opinión que entre todos tenía nuestro venerable padre, pudiera la indiscreta devoción propasar los límites de la reverencia. Por lo cual hicieron con el cuerpo de nuestro Bautista lo que los ángeles con el de Moisés, escondérselo al pueblo, porque no hiciese algún exceso el amor al difunto.

Tapó por mucho tiempo la tierra este tesoro, y estuvo casi incógnito algunos años, y fue la causa porque temió, dice nuestro venerable Basalenque, no sucediese que los prelados superiores de la mexicana provincia quisiesen con el poder trasladar

Aquí pusiera yo el remo, símbolo del trabajo con que vivió bogando en el proceloso mar de este Nuevo Mundo nuestro Juan. Y la trompeta en testimonio de haber sido el clarinero mayor del Evangelio de este nuevo mundo: *Ego vox clamantis* (Luc. Cap. 3. N° 4). Despojando con justa razón al gentil Misenno de estas alhajas para colocarlas en su legítimo dueño, cual fue nuestro venerable padre Fray Juan Bautista.

No duró mucho tiempo el incorrupto odorífero cadáver en la pared de la iglesia, porque con ocasión de hacer la capilla mayor, en cuya pared estaba el cuerpo, fue trasladado a la sacristía, adonde se le hizo decente nicho para colocarlo: labráronlo alto porque creyeron que había de conservarlo el Señor más años; pero al apartar la piedra para esta segunda traslación, hallaron deshecho el cuerpo, pero sin menoscabo en la fragancia, antes sí exhaló más olor, como que se había deshecho esa aromática maja de Adán. Muchos años le concedió Dios la incorrupción; cesó este milagro, quizá para que otras partes lograran dichas reliquias de su siervo, pues a conservarse entero, sólo Valladolid fuera la rica, y los demás lugares se privaran de estos beneficios. Vese esto evidente, pues cuando lo intentaron trasladar, fue el fin del ilustrísimo señor maestro don Francisco Sarmiento de Luna, llevar a nuestro convento de Salamanca una insigne reliquia de nuestro venerable padre; con este fin suplicó se abriese el sepulcro, y entonces se halló el cuerpo deshecho. Con lo cual el referido señor obispo llevó a España un hueso de nuestro venerable padre, el cual según es tradición, obró allá, como acá, su cuerpo maravillas.

Y es de advertir que llevó el señor Luna, como he dicho, un hueso de nuestro Juan; y nos dejó en la provincia un pequeño hueso de nuestro santo padre San Juan de Sahagún, el cual se venera en el convento de Charo. De modo que por mano del señor obispo se nos dio el hueso y reliquia de un

costura a todos nos predica con la evidencia, a todos los religiosos de Mechoacán nos amonesta a la más estrecha observancia de nuestro sagrado instituto.

En el sombrero, quizá porque tocó aquella gran cabeza, depósito de tan grandes pensamientos y tan santos, ha querido el Señor por medio de él obrar infinitas maravillas. Tantas han sido, que si hubiera querido reducirlas a la perpetuidad del papel creo no cupieran en grandes espacios los apuntes. Lo más del tiempo está en las casas de la ciudad, que a grandes diligencias se sabe a dónde para, porque apenas ha hecho un prodigio en una parte, lo llevan a otra y a otras a que prosiga dando salud y sanando muchos. De la sombra de San Pedro, dice San Lucas que ella sola era suficiente a dar salud a los enfermos. Y de nuestro venerable padre, hallo haciendo prodigios no a su sombra, sí a su sombrero, que era el que le hacía sombras a su cabeza.

Un solo prodigio referiré del sombrero de nuestro venerable padre, porque este lo trae en la vida nuestro maestro Basalenque. El año de mil setecientos treinta y seis, llegó con la vida a tocar los umbrales de la muerte el nieto de don Antonio de Elexalde y de doña María Anna de Cabrera, único heredero de su gran casa. Despedidos de la salud del infante sus afligidos padres, recurrieron a nuestro convento por el sombrero de nuestro venerable Bautista, lleváronlo, y luego que se lo dieron al inocente niño, se lo aplicó a la cabeza, y al momento comenzó a sentir las dulzuras de aquella sombra venerable. Al momento que se entró debajo de aquella sombra, pidió alimento. *Dulcis gutturi meo.* Creció, vivió y dejó noble sucesión a su casa y a nosotros patronos para nuestro convento de Valladolid. A este modo, dice nuestro venerable Basalenque, se han visto obras maravillosas, mediante el sombrero de este insigne varón. Contento puede estar Valladolid con más razón que allá

cosa que admira, adonde todos solicitaban alguna alhaja de este insigne varón.

Varias razones se me han ofrecido, pero entre las muchas diré en breve algunas de la congruencia. Fue mucho, como queda visto en su vida, lo que padeció nuestro venerable padre, con el divino oficio; fue un tormento, un martirio toda su vida, y en testimonio de lo que padecido había, quiso el Señor se sepultase el diurno con nuestro venerable padre. Era antigua costumbre enterrar con los mártires los instrumentos de sus martirios. Motivo pudo ser para que el Señor dispusiese el que se conservase el diurno junto con el cadáver de nuestro venerable padre, en prueba de lo mucho que padeció de escrúpulos, como queda visto con el oficio divino.

Si no es que, como el antiguo modo era sepultar muchas riquezas con los difuntos, así como lo hizo Salomón con su padre el santo rey David. Quiso la Providencia en testimonio de que fue el mayor tesoro de nuestro venerable padre el divino oficio, que se sepultase con su cadáver. No pudo el acaso (si lo fue), llevarle al sepulcro alhaja más de su estima, pues a pedir para el sepulcro algún consuelo, discurro que así como el apóstol San Bernabé solicitó lo sepultasen con el Evangelio de San Mateo, nuestro apostólico padre no hubiera pedido otra cosa para la sepultura, que el diurno del divino oficio.

En la primitiva Iglesia era uso entre los cristianos, ponerles el cuerpo de Cristo vida nuestra sacramentado en la boca. Así se refiere en los concilios altisiodorense canon duodécimo, y cartaginense tercero en el canon sexto. Así se escribe en la vida del gran Basilio, dice Fidele. *Legimus Divum Basilium tertiam partem hostiae conseruasse in Missa, ut secum consepeliiretur* (Fidel. Eucharist. Theorem. 7 ex título. N° 2. p. 29).

Parece que le comunicó el diurno al cadáver, el tiempo que con él estuvo en el sepulcro, las propiedades de hacerlo incorruptible.

eigius cononizatione, et hábeas stat in decentiori loco collocatum in sacristia (Aph. Lib. 2. Liter X. p. 566).

Resta, por fin, de la vida de este venerable varón, dar noticia a los futuros, de la cabal fisonomía de que lo adornó el Altísimo, queriendo mostrarse liberal en la planta del cuerpo, así como lo había sido en los dotes del alma. Aquí quisiera mojar en la más elocuente tinta mi pluma, para que leída sus pinturas, fuera su fisonomía delineada en el lienzo del papel, y mande las voluntades, atractiva Pandora de los afectos. Por un antiguo lienzo que de inmemorial tiempo se conserva en el refectorio de Charo (vera efigie según la tradición), se puede en algún modo dibujar o sacar de aquel lienzo la planta de nuestro venerable padre. Tiene un semblante halagüeño, sobre el cual blandón parece puso la Providencia la antorcha del magisterio. La presencia en medio de tantas penitencias robusta, y al descuido severa, pero conciliando cariños sin la costa del comercio, un benévolo dulce sobrescrito, es su venerable aspecto, en que se puede leer la confianza y el miedo. El color como el del esposo blanco y encarnado. Este último parece que sobresale en prueba de su gran candidez. La estatura, como de palma, derecha, media estatura entre pequeña y alta, sobre siniestra, como un elevado púlpito, se ve un devoto Crucifijo, al cual señala como allá el Bautista al cordero, con el diestro dedo, y con estas voces que salen de sus labios: *Ecce Agnus Dei*.

En lo restante del lienzo, que es dilatado, se atienden algunos milagros de este insigne varón, que quedan ya referidos; y al fin del lienzo, en una tarja, se hace una enciclopedia de sus virtudes; en el siguiente Epitafio, que puede servir de tal a su sepulcro: *Venerabilis Pater frater Joannes Baptista in meditationibus assiduus, in obedientia exactissimus, in penitentia admirabilis, in humiliate sublimis, in paupertate aditissimus, in observantia integerrimus, in castitate purissimus, in charitate perpetus, in praedicatione, et Indorum conversione*

Capítulo XL

**De la fundación del cuarto convento
de esta provincia llamado San
Pablo Yuririapúndaro**

Así como el luminar mayor de los cielos tiene entre todos los astros casas o conventos de que se compone el estrellado reino, el cuarto lugar, así lo ha querido la Providencia obtenga Yuri-riapúndaro el cuarto puesto entre los conventos de que se compone el cielo estrellado de esta provincia de San Nicolás de Tolentino. Condecoraron nuestros venerables padres a este cuarto convento, con el nombre de San Pablo, a quien eligieron por patrón y con gran fundamento: porque si el sol ocupa el cuarto lugar en los cielos, sol es San Pablo. Gozando el cuarto lugar este convento, bien le viene el nombre del vaso de elección sol resplandeciente de los cielos, San Pablo.

Sólo visto este gran templo del sol Pablo, este convento del sol agustino, se podrá conocer cuán semejante es el templo de Yuririapúndaro, al que describió el sol Ovidio.

Esta singular fábrica fue parto del magnánimo vientre de nuestro venerable padre e ilustrísimo príncipe don Fray Diego de Chávez y Alvarado; pues sólo en el pecho dilatado de este Antenor o Filotetes, pudo caber tan gran máquina. Tan grande y magnífica obra es esta, tanto la celebran los historiadores, que afirma el cronista Rea, puede competir en su grandeza y tamaños con los más soberbios edificios de Italia.

Con esta gran fábrica les quitó la singularidad en la Asia al célebre de Diana, en el África al sepulcro de Mausoleo, y en

Así este pueblo, como los demás en que fundamos, sólo tenían en vano el santo nombre de cristianos, por estar nada doctrinados en nuestra santa fe. Sólo habían oído de paso el nombre de Cristo, cuando entró el venerable padre Fray Juan de San Miguel, hijo del serafín San Francisco, católico Colón y adelantado cristiano de toda la provincia de chichimecas. Este apóstol seráfico entró a Yuririapúndaro, pasó con la velocidad de un rayo. Algunos abrasó con sus seráficos incendios, pero muchos quedaron tan fríos, como de antes. Y aun aquellos que encendió, como les faltaron los soplos del espíritu y fomentos de la leña de la doctrina, casi se extinguieron las brasas que había encendido su caridad fervorosa. Pasó adelante con su curso y llegó a San Miguel el Grande, adonde dejó en el nombre grabada su memoria. De aquí entró a la sierra de Mechoacán, en donde fijó su pie descalzo, adonde cogió los mayores frutos con que llenó las celestiales trojes. Sin duda que el haber pasado este apóstolico padre con tanta velocidad, fue sin duda porque tendría revelación del Señor, de que en breve habíamos nosotros de fundar en aquella tierra. Todo se puede creer de su santa vida.

Con esta breve noticia de nuestra santa fe se hallaban los indios de Yuririapúndaro el año de mil quinientos cincuenta. Vivían recomendados al cura de Puruándiro, quien era de estos sólo ministro titular, pues sólo el nombre tenía, y no el ejercicio, por serle imposible asistir a treinta leguas de partido, en tiempo que eran como langostas en la multitud los indios. En este estado estaban estos miserables indios, a tiempo que nuestro venerable Chávez se hallaba entendiendo en la fábrica de Tiripitío y predicación evangélica en la tierra caliente. Todo abandonó por venirse a Yuririapúndaro. Quizá tuvo como allá San Pablo, algún indio que le suplicase fuese a predicarles y a instruirlos en la fe.

la Cruz de Jesucristo, y a su vista quedó sumergido el demonio, mediante las rojas aguas en que se bautizó toda aquella muchedumbre. Luego, como veremos levantaron un convento o baluarte que a los futuros dijese que si en el interior era un bien confortado monasterio, a la vista era un formidable castillo, como allá describió a su esposa Salomón. Así ni más ni menos fue nuestro convento de Yuririapúndaro en lo primitivo. En lo interior una pacífica Jerusalén, pero en el exterior, era todo un formidable castillo desde adonde se defendían de los chichimecos los naturales de este pueblo. Ciertamente que aquí se veía ser una misma Palas y Minerva, pues a un mismo tiempo llamaba el bronce con el clarín a las batallas, y este mismo daba voces en las campanas a las aulas. Y es el caso, que lo mismo, como veremos, fue fundarse Yuririapúndaro, que luego hacer casa de estudios a este convento, y así vieron luego sobre los yelmos de Belona, las plumas sabias de Minerva, blandiendo la mano diestra la lanza y los dedos rigiendo con aciertos la pluma.

Muchos pensaron que el haber sido el suelo de este pueblo palestra de Marte, en que se virtió tanta sangre cuanta fue necesaria para inundar su terruño, fue lo que le granjeó el nombre de *Yuririapúndaro*, que es lo mismo que *laguna de sangre*. Pero lo cierto es que lo que le da el referido nombre, es una laguna, que tendrá un poco más de legua en su circuito, inmediata a su población. Esta tiene el color rojo o sanguíneo. Es tradición haber sido esta laguna en la que arrojaban los cuerpos sacrificados a los ídolos, y quizá por esta crueldad se tiñó de sangre el agua: que si hay sangre en la tierra que pida al cielo contra la crueldad, en las aguas ha de haber sangre también, que clame y pida venganza.

Bien pudieran llamar a las aguas sanguíneas de esta laguna Almónicas, porque así como en los cristales del río Almón lavaban los sálicos sacerdotes los cuchillos de las víctimas y con

A las orillas de esta roja laguna o Yuririapúndaro, elevó la vara, como otro Moisés, nuestro venerable Chávez, para que el mundo todo admirara los prodigios que aquí obró este mechoacano Moisés. Una de las maravillosas obras, terrible a la vista, fue la gran laguna que hizo a la vista de Yuririapúndaro, de cuya obra aún hoy vive espantada la naturaleza; que si allá en el rojo mar se admiró de la retirada de las aguas, acá se maravilla de ver cómo hizo navegable la tierra con su industria. No ha de ser sólo el gran Luis Décimocuarto el que junte los mares para facilitar los comercios, y ni ha de ser sólo Xerxes el que junte el Helesponto con el Mediterráneo. Que nuestro venerable Chávez hizo contiguos el Río Grande con la gran laguna de Cuitzeo, por el derramadero en cuyo medio hizo una profunda laguna apta a sostener sus cristalinos hombros crecidas embarcaciones. Obra de un Hércules, pues así como de este héroe se escribe que junto por el estrecho de Gibraltar el océano y Mediterráneo, nuestro Chávez hizo casi la misma obra.

El modo que nos cuentan tuvo para hacer este gran beneficio, no fue cavando, dice nuestro Basalenque, como algunos han discurrido, sino que en unos sitios que el convento tenía (cuyos títulos aún hoy se guardan en sus bajíos sembrada para su sustento algún trigo el monasterio). A estos referidos sitios corrían otras aguas de cuyas corrientes se formaban algunas ciénegas; pero pasadas las aguas, estas se secaban, y viendo y reconociendo el suelo nuestro venerable Chávez, trató de hacer en aquellos suelos una gran laguna, para lo cual le dio al Río Grande una sangría casi mortal, y con el agua de este río y con la de la laguna de Cuitzeo que le entra por derramadero, formó la laguna que hoy espanta y admira a los que la ven. Con circunstancia que tiene flujos y reflujos como el mar, pero estos causados de la más o menos agua que trae el Río Grande. Al

mar Jordán en sus bajíos, o porque edificó a sus márgenes una gran ciudad. Todo esto hizo nuestro venerable padre aquí: introdujo el Río Grande para ampliar la laguna y a sus márgenes edificó un convento, como una gran ciudad.

El sitio de este pueblo, es sumamente seco, y por esto muy estéril, sin más agua que la que le comunica por lo bajo del pueblo la referida laguna. No tiene otra agua, ni proporción de adquirirla, y sólo pudiera, si una fuente que tiene el convento en lo bajo de su huerta, fuera como la del paraíso, que subiera de la tierra, que entonces pudiera con sus ascensos beneficiar la población. Pero está sumamente baja, y así sólo tributa agua para la sed corporal, y no puede aprovecharse para beneficiar las calles y casas. Es buena esta agua, muy parecida a la de la fuente celebrada de Itura, por ser agua que nacía de las casas sacerdotales. Así es esta agua: tiene en el convento su origen, casa de los sacerdotes de Cristo, y de aquí sale para común beneficio.

Las aguas de esta fuente las reprime un tanque, que antiguamente fue cubo de un molino, cuyos vestigios aún perseveran. Parte de sus aguas sale al pueblo, y otra parte queda en el convento, con que se riega el jardín. En el estanque que sujeta las aguas, se crían muchos y crecidos bagres, y estos peces tienen la propiedad de los del lago Estabiano, que nos refiere Ravicio, que sólo abren las bocas para recibir el pan, con que a veces se entretienen los religiosos, pero huyen astutos de los anzuelos. No es fácil cogerlos con anzuelos, porque, como digo, salen a recibir algunas reliquias de pan que les echan por diversión los religiosos. Estanque es este digno de ser celebrado aun mucho más que los que aplaudió Roma de Polión; pues aquellos sólo criaban morenas y algunos peces del mar, pero este de Yuririapúndaro, él solo los cría y produce, sin que sea necesario traerlos de afuera. Prodigio, que por ordinario no se

equipaje o víveres sus escuadrones, pues como los hunos, que con llevarse a sí, llevan todo su ajuar. Aliméntanse como los ofidiófagos, de víboras y culebras. Apagan con sangre la sed, como los sitas, y como los árabes, no mantienen ciudad ni domicilio fijo.

Sus armas son muy ligeras, pues sólo usan el arco y flechas; y en defecto de estas, la tierra les provee de piedras, que en la fuerza con que las despiden sus robustos brazos, pueden estos ser cañones de aquellas naturales balas, de cuyo golpe no se libra el más acerado yelmo, aunque sea el de un Goliat. Cuando están en lo más encendido de la guerra, les ayudan con varonil esfuerzo las mujeres, al modo de las Amazonas, sin estorbarles el pecho para el impulso de las flechas, disparándolas aun con más pulso que los indios. Que no ha de ser sólo el otro mundo, quien tenga Patesileas, Harpalices e Hipólitas; que cada india chichimeca es en el valor una invencible Amazona de la América.

Cuando nuestro invencible capitán don Alonso se medía con los indios en campo cubierto, siempre salió airoso de los ataques. Jamás volvió con las manos vacías, al modo que el capitán general Abner, sola su persona, como allá la del Cid en Valencia, era suficiente a reprimir el orgullo de los bárbaros. Por esta razón vivía, como dicho tengo, en la frontera de Yuririapúndaro, y mientras este insigne héroe vivió, no se osaron los mecos a lo que ahora contaré, en prueba de lo que he dicho.

Muerto este caballero comenzaron a atreverse al pueblo los chichimecos, teniéndolo cada día cercado y acometido, hechos sus moradores soldados de esta Ceuta u Orán americano. Asedio tan continuo era este, que hasta el tiempo de nuestro venerable padre Basalenque, aún duraba. En uno de los muchos rebatos que dieron al pueblo, se atrevieron a tanto, que llegaron a penetrar a las calles del lugar; los moradores, que pudieron, hicieron como siempre, castillo del convento para la defensa, y aconteció

poblaciones del gran Caltzontzi, como que era frontera y necesitaba tener para guarda de su reino en aquel puesto el nervio más fuerte y robusto de su corona.

Seis mil tributarios se empadronaban, sin las visitas, que se dilataban por más de veinticinco leguas en circuito. En medio de esta multitud, se puso la primera piedra para el edificio material el año de mil quinientos cincuenta, a principios de noviembre. Era a la sazón pontífice sumo Julio II; emperador, don Carlos V; rey de España don Felipe II, virrey don Luis de Velasco el primero; obispo de Mechoacán el ilustrísimo señor don Vasco de Quiroga, general de nuestra agustiniana familia el maestro y después eminentísimo cardenal Fray Jerónimo Siripando, provincial de esta América el maestro Fray Alonso de la Veracruz y prior de este convento, el primero, sin segundo, el venerable padre Fray Diego de Chávez; después el ilustrísimo señor maestro don Fray Diego de Chávez y Alvarado.

Luego que a nuestro provincial Veracruz se le dio permiso para la fundación de Yuririapúndaro, luego se le ofreció el enviar por prior al venerable Chávez. Y es el caso, que había sido nuestro venerable Chávez, discípulo de nuestro venerable Veracruz en Tiripitío, y desde entonces reconoció en el discípulo un corazón grande, nacido para obras grandes, y como el intento de nuestro Veracruz era que se hiciese una obra magnífica, determinó acertado que fuese por fundador un hombre a quien el cielo había dotado de un dilatado pecho, apto a emprender y perfeccionar obras, que admirase a la naturaleza.

Con la elección hecha en varón tan grande, luego de la provincia toda dio por hecha una obra, hija que fuese el desempeño de un Chávez. Todos le pronosticaron grandes auges al convento, sólo con ver que era el fundador nuestro Chávez. No fue necesario levantar figura ni reconocer más horóscopo para dar por hecho lo que hoy admira a todo este Nuevo Mundo. Los

Para toda esta máquina que he referido, y mucho más que diré, hizo mucho el fomento del capitán general don Alonso de Sosa, robusto Nembrot cristiano de esta tierra. Toda esta gran máquina, es y sirve de panteón a sus cenizas; en el centro de la gran capilla mayor, descansa su memoria, pequeña urna, aunque tan grande, para tan desmedido héroe. Pero como la tierra no sepulta ánimos, sino cuerpos, por eso cupo en el sepulcro del templo de Yuririapúndaro, nuestro general don Alonso. Aún vive y vivirá en nuestra memoria, embalsamado su recuerdo, siendo cada religioso agustino de esta provincia una viva Artemisa en la perpétua memoria del mayor benefactor que hemos tenido: pequeño elogio es lo dicho para lo mucho de que somos deudores.

Luego que llegó nuestro venerable Chávez al lugar adonde hoy se halla el pueblo de Yuririapúndaro, trató de poner en forma de República a aquella muchedumbre, para lo cual abrió calles, dilató plaza, señaló los ejidos, y todo lo demás de que necesita una bien ordenada comunidad. De todo lo cual vivían ajenos, pues con la intermediación y trato con los chichimecos, casi observaban la vida arábica que estos profesan. El monte, que hoy llaman de El Capulín, a cuyas faldas está fundado el pueblo fue antiguamente la principal población. La misma altura del monte, les servía de torreón y defensa contra los chichimecos, y juntamente de atalaya para desde su cumbre, vigilar y descubrir las invasiones de sus enemigos. Quitóles este temor nuestro venerable padre con su llegada, descendiéndolos del monte a lo llano, adonde les prometió fundarles en el convento e iglesia, un común refugio a los moradores. Así lo hizo, tan alto y elevado, que se puede decir: *Altissimum posuisti refugium tuum* (Salen. 90 N° 6. et N° 9), adonde no pueden llegar las saetas del enemigo: *A sagitta volante in die*. Pero antes de hacer este refugio para la buena administración, fabricó un gran jacal

bultos crecidos de los príncipes apostólicos San Pedro y San Pablo, y en lo más elevado nuestro glorioso padre Agustino; quizá diciéndonos, son los jardineros de las racionales flores; y esto significa estar entre aquellas rosas.

La iglesia tiene un dilatado crucero, tan grande, que dentro de él cabe el mayor templo de nuestra provincia. Y me acuerdo haberle oído decir a nuestro padre lector y provincial Fray Diego de la Cruz, que sólo en Roma había obra semejante. A este paso, ¿cuál será el cuerpo de esta cabeza? Toda la cubierta del crucero, es de clavería, y esta obra tiene el coro bajo y baustiterio, menos el gran cañón de la iglesia, o porque no hubo maestro (quizá no se hizo) que la acabara, o por darle fin breve a la iglesia. O quizá porque se pareciera este templo al celebrado de Diana en Efeso, una de las maravillas del mundo, a cuyas bóvedas no hubo quien les diera la última mano. Como ni quién acabara los versos que dejó imperfectos Virgilio.

La sacristía corresponde en la clavería a la obra del crucero, y esta misma fábrica sigue la escalera y claustros bajos del monasterio, y en el principio la obra misma tenía la portería en donde como en primera vista sobre la puerta, quiso retratarse el maestro mayor, llamado Pedro del Toro. Cuya cabeza, con la de su esposa, aun yo la alcancé. En este lugar quiso dejar su memoria, porque aquí fue donde echó el resto del primor, fue la filigrana del arte, y así no tuvo la perpetuidad que traen consigo las obras sólidas. Hizo lo que Fidias: embebió su retrato este en la estatua de Diana, para perpetuar su memoria en la mayor obra de sus manos. Y el maestro Toro embutió su bulto en la obra de la portería, para perpetuarse en el primor inmortal. Faltó la portería, y siguió la misma fortuna al retrato. Claro está, que no siendo ni aun remedo de la primera obra, la segunda no pareciera allí bien, tan gran maestro, aunque tuviera una cara de piedra.

en el pueblo, para alivio de los enfermos y pobres pasajeros. Hoy tiene una buena iglesia con crucero, toda de bóveda. Otras capillas hizo en los barrios del pueblo, adonde a horas competentes concurriesen a rezar y alabar al Señor. En las visitas, que eran muchas, del modo mismo fabricó iglesias proporcionadas a sus tamaños, y conventículos aptos a hospedar a los religiosos en los días de sus fiestas. Y en todas estas iglesias, puso ministriles. Dio para ellas suficientes ornamentos y vasos de plata, para el incruento sacrificio de la misa.

No se ceñía su magnánimo corazón a solas las fábricas materiales que a veces prueban tener más de material carne, que de formal espíritu. No así nuestro generoso obrero, que si se dilató, como hemos visto, en lo material del templo, fue porque cupiera lo mucho y precioso, que tenía ideado, para introducir en aquella grande joya. El colateral mayor, fue la primera alhaja, como propiciatorio de aquel grande templo del indiano Salomón. De aquel tiempo, fue lo más primoroso. En una de sus calles pusieron después de sus días, su retrato para perpetuar con su continua vista su memoria, dulce, digno nicho a tan grande héroe.

Otros dos retablos, aunque pequeños, en que obró contra su natural propensión hizo de María Santísima nuestra Señora, y de Cristo vida nuestra pendiente del sacrosanto madero de la Cruz, y en la basa o banco del retablo colocó una reliquia del soberano leño, en que pendió el peso de toda nuestra redención; tiene bula, y la ha menester, que es grande. Muchas gracias, jubileos e indulgencias impetró de la apostólica silla, para las cofradías que erigió del Santísimo Sacramento y de María Santísima nuestra Señora, con el título de Purificación. Asimismo acumuló en este templo, muchas y grandes presea de pura plata, en particular una custodia toda de este precioso metal, la mayor y más curiosa de toda la Nueva España. Nuestro

excelentes ministriles. En lo que más se señalaron, fue en las chirimías, flautas y cornetas, en que salieron tan excelentes y perfectos, que después fueron a ser maestros a otros conventos. Para tres fiestas anuales prevenía con regalos a sus músicos, los cuales eran Navidad, Pascua de Resurrección y sobre todas el día de Corpus Christi. En estos días parecía nuestro venerable Chávez, que toda aquella gran capacidad que se veía extendida por tanta variedad de cosas, que pendían de su gobierno; en estos días se recogía toda a sólo entender en la mayor celebridad, para esto se aplicaba a sacristán, con cuyo empleo él por su mano componía y adornaba los altares con el primor de más aseado recavita del templo del Señor.

De este grande esmero en las cosas del altar, le resultaban copiosas bendiciones en los bienes temporales, como allá a Obededon por el respeto con que trataba a la arca. En todo lo que ponía mano, parece bajaba luego el celestial rocío para el beneficio. Y como veía esto el capitán don Alonso de Sosa como otro liberal Ciro, le endonó muchas tierras en el fértil Valle de Guatzindeo, feraz Efrata de esta indiana Palestina. En cuyo Valle, con el tiempo se hizo opulenta hacienda, llamada San Nicolás, la cual creció después como veremos, tanto, que es y ha sido el único refugio de la provincia para los inevitables gastos que se le ofrecen.

Viose este convento de Yuririapúndaro lleno y aun colmado de bienes de fortuna, en ganados de lana y pelo, haciendas de trigo y maíz, e hizo la mayor acción y liberalidad que hasta hoy no ha hecho otro convento, que fue dar a la provincia la referida hacienda de San Nicolás, y con tan gran dádiva, bastante a empobrecer a un Creso, quedó tan lleno como que no hubiese dado nada. Como siempre lo está, dando tantas limosnas, dentro y fuera del pueblo, que no hay otro que le iguale en la franqueza y generosidad con que obra. Raros son y han sido los vecinos del

maestro Basalenque, los que hoy son algo, que lo hayan alcanzado sin relación a este colegio, el cual ha engendrado sujetos grandes en virtud y letras. Referidos todos, fuera contarle a Atenas los discípulos. Sólo de uno, que vale por muchos, haré relación en los capítulos siguientes, que fue *nuestro venerable padre protomártir de esta provincia, el santo Fray Bartolomé Gutiérrez*, hijo de este convento de Yuririapúndaro. Cuyo nombre de Laguna de sangre, parece que fue pronóstico de la mucha que derramó en el Japón, en testimonio de nuestra fe. Su vida omitió nuestro venerable Basalenque, por el motivo que da no haber llegado a sus manos la relación de su martirio. Esta la he conseguido tan auténtica, que es la misma que se presentó en Roma para la canonización, punto que se trata con notable exacción.

Justo será ya que hemos dado alguna noticia en la fundación de este colegio de nuestro venerable padre Chávez, no dejar sepultados en el leteo otros religiosos que han proseguido fervorosos como Eliseos, el espíritu que les dejó el Elías fundador. A nuestro venerable padre Chávez se le siguió nuestro venerable padre Fray Jerónimo de la Magdalena, varón insigne, como dirá su vida en todas virtudes. Este perfecto padre dio fin a algunas casas que dejó empezadas el fundador, y que no las finalizó, por haberlo vuelto a Tiripitío de prior. Púsole a todo la última mano, prueba de quien era, pues supo acabar lo que sólo un Chávez pudo comenzar. Siempre ha ido en aumento este convento, y en particular en el tiempo que fue muchos años en que lo rigió de prior nuestro venerable padre maestro Fray Francisco Cantillana, varón verdaderamente primitivo. Este padre reconoció la grande altura de la iglesia y convento, y trató de afianzar esta gran máquina, para lo cual levantó unos estribos; obra la mayor que se ve en las Indias. Atlantes son que mantienen con sus cuerpos gigantescos el gran cielo de Yuririapúndaro. Doró toda la iglesia, vistiéndola como allá

su ida, así nuestro Yuririapúndaro revivió con la entrada del venerable padre lector Medrano, Zorobabel mechoacano.

Después se ha proseguido en el fomento de sus obras para lo cual ha sido el eje principal haberse retirado a este convento nuestro padre maestro Fray Nicolás de Igartua, provincial dignísimo dos veces de nuestra provincia. Poco tiempo de gobierno nos ha parecido. Ojalá aunque sea compelido del precepto, otra y otras veces vuelva a sentir esta provincia su dulce y octaviano gobierno. A nadie le estará mejor esta repetición que al convento de Yuririapúndaro, pues esta casa siempre ha experimentado notables beneficios de este padre. Dígalo en colateral de la ínclita virgen ceciliana, rosa o azucena panormitana Santa Rosalía. Y hable todo el definitorio de esta provincia del año de mil setecientos veintisiete. En el cual dando sus cuentas del tiempo de su gobierno ante todos los venerables padres, puso el reconocimiento de tres mil pesos de sobra, los cuales pidió se aplicasen para reedificación de los claustros de Yuririapúndaro. Así se decretó, y hoy se está entendiendo en la obra, y esperamos verla por su mano finalizada. Como ya se ve a solicitud del padre prior Fray José Zepeda, breve memoria a su eficacia. No quiero pedir al cielo ascensos para este prelado, que temo el ser oído, y entonces perderemos todos sus hijos un padre verdadero, y Yuririapúndaro un perpetuo benefactor. Como le aconteció en la promoción a la mitra de nuestro venerable padre don Fray Diego de Chávez y Alvarado.

Entre a la parte, entre los religiosos que se han dedicado a los mayores auges de este convento, el padre cura Fray Domingo Ezqueda, quien de pobre fraile particular dedicó un colateral a María Santísima nuestra Señora de los Dolores, tan suntuoso, que con decir que todo el hueco que dejó nuestro venerable Chávez, se dice lo más. De cinco mil pesos pasó su monto y no contento con tan grande obra, pasó a donar el

bautisterio. Y de aquí a aliñar celda para los curas; y entendiendo en esto, en la ciudad de Querétaro nos lo arrebató la muerte. Quizá fue providencia según había empezado, pudiera tener nuestro venerable Chávez segundo, y porque no lo hubiera lo apagó la Parca en lo mejor de su edad.

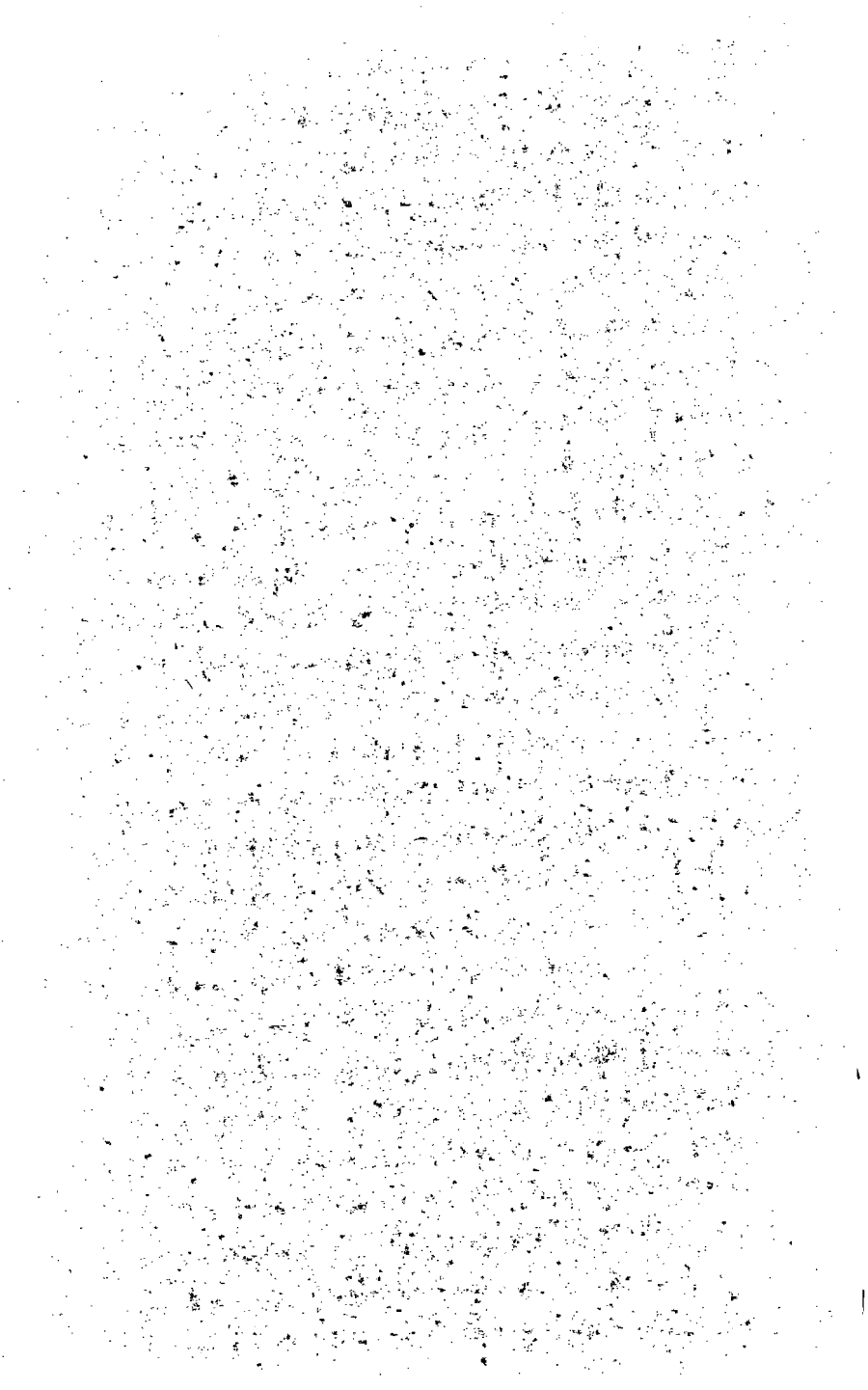
Nuestro padre maestro provincial, Fray Nicolás de Guijas, aplicó su hombro a este convento. Vese su afecto, y da su memoria en un curioso retablo de la horadada perla Margarita o amarga Rita nuestra obradora de imposibles. Al lado del referido provincial, puede ponerse el maestro y provincial Fray Alejo López, quien como otro cristiano Esdras, sacerdote del Señor y maestro de la ley, sacó los eclesiásticos vasos de la Babilonia del siglo y lo restituyó con su solicitud, al templo del Salomón de la nueva ley, agustino. Hasta en esto parece que ha querido ostentar su grandeza el templo de Yuririrapúndaro, en padecer los mismos despojos en sus vasos, que aquel de Jerusalén. Agradecido se ha mostrado este templo a estos dos provinciales, sus benefactores. Pues a ambos les dio en sus bóvedas acogida a sus cadáveres honrándolos en vida, en prueba de su agradecimiento. Aquí descansan las cenizas de estos provinciales, padres de este convento verdaderos.

Y por fin, para memoria y recuerdo, doy noticia de los venerables religiosos que yacen en sus bóvedas. El venerable padre Fray Pedro García, es el primero, como fundamental piedra sobre que han descansado otros insignes varones; en su vida manifestará sus virtudes. El venerable padre Fray Cosme Rangel, primitivo padre en la observancia, es otro de los muchos que tapa la tierra, junto con el hermano venerable Fray Juan de Cantillana, padre de nuestro venerable padre maestro Fray Francisco Cantillana. Entre estos se hace lugar honorífico nuestro venerable padre lector y provincial Fray Felipe de Figueroa, cuyas letras y virtudes darán bastantes muestras de su

gran sabiduría y literatura cuando escriba su vida. Y porque no falte un Fray Junípero en esta crónica, como no faltó en la del serafín San Francisco; ni un Pablo el simple, como en la historia que de la Thebaida escribió San Jerónimo, en esta otra Thebaida mechoacana doy noticia, que está sepultado en esta iglesia el inocentísimo y candidísimo padre Fray Francisco de Villaseñor. Su retrato está en la pared de la iglesia de este convento, en el altar de San Cristóbal, y sus cenizas descansan en la bóveda de este templo, merecido panteón a su profunda humildad.

Capítulo XLI

**De la patria y nacimiento del
venerable mártir Fray Bartolomé
Gutiérrez, entrada en nuestra
religión y tránsito a las Filipinas**



Todo un reino se honra con dar en muchos siglos un héroe al mundo. Gloria grande es de una ciudad, tener por hijo a un varón que con sus hazañas se haga padre de la patria. Aún vive ufana Macedonia, porque dio a un Alejandro al mundo todo. Y aun no acaba de celebrar Roma el haber sido madre de su elo-cuente Tulio. Conociendo esto y la gran fama que se granjea cualquier República que engendra un varón magnánimo, acontece haber entre las ciudades, riñas por apropiarse cada una esta dicha. Todavía no se ha decidido la porfía entre Roma y Guesca sobre alegar cada una ser patria del insigne mártir San Lorenzo, cálculo encendido del altar del Señor.

Así ni más ni menos en este Nuevo Mundo han reñido con las plumas, las dos mayores ciudades de esta Nueva España. México la imperial, y la regia Puebla de los Ángeles, sobre deslindar y apropiarse cada una la felicidad de haber sido la patria del venerable mártir Fray Bartolomé Gutiérrez, abrasado Lorenzo de esta América. México lo desea tener por hijo, para colocar esta águila agustina, abrasada en vivas llamas sobre su nopal, armas de su hidalguía. La Puebla de los Ángeles se lo apropia, para el blasón de los ángeles de su escudo, poner este abrasado serafín primero en el amor del Señor y después en las voraces llamas del Japón. Bien quisiera no agraviar a alguna de las ciudades referidas, pero la fuerza de la verdad me obliga a

que a pesar de la Puebla, y a gusto de México, diga la patria cierta de este ínclito mártir mechoacano. Nació nuestro venerable mártir en la imperial siempre augusta ciudad de México. La laguna sobre que descansa su gran pesadumbre, nueva Venecia de esta América, fue la cristalina cuna en que se crió este sonoro Tritón del evangelio, cuyas voces hicieron ecos en los últimos fines de la tierra. Su dichoso padre en tener tal hijo, se llamó Alonso Gutiérrez Afanador, y su feliz consorte doña Anna Rodríguez de Espinosa. Ambos cristianos viejos de conocidos solares, originarios de lo bueno de Castilla. Bautizose nuestro infante en cuatro de septiembre, día de la octava de nuestro gran padre Agustín, que a buena cuenta nació el día de nuestro santo padre. Y si el afecto a San Bartolomé, que sus padres tendrían al santo apóstol, fue motivo a que no se llamase Agustín el infante; el santo doctor con darle y ponerle su hábito, lo hizo agustino. Parece que la Providencia lo venía dando a nuestra religión sagrada, que nace día de nuestro grande padre, y se bautiza el día de su octava. En que también hallo otro misterio, y es que estos días en que se bautizó nuestro venerable mártir, celebran las Indias todas la infraoctava de la gloriosa indiana santa Rosa de Lima, y bautizarse en estos días a nuestro venerable mártir Bartolomé, fue un pronóstico de la futura dignidad de este indiano varón.

Fue su padrino el ejemplar presbítero el padre Francisco de Loza, varón conocido por su gran santidad, fidelísimo Acatés del estático y venerable Gregorio López. Era entonces el referido padre Loza cura de la catedral de México, el cual empleo renunció por darse más a la contemplación y comunicación con Dios. Todo lo cual consta del libro cuarto de bautismos, a fojas noventa. Pusiéronle como queda visto por nombre Bartolomé, a devoción del santo apóstol, el cual nombre conservó siempre, con el noble apellido de Gutiérrez. Así lo testifica, no

menos que el ilustrísimo y reverendísimo señor maestro y doctor don Fray José de Sicardo, dignísimo arzobispo de Sacer, e hijo de nuestra provincia de Castilla, y después de la del santísimo Nombre de Jesús de México, en seis de diciembre de mil seiscientos ochenta y tres, se hiciese información de donde era nuestro venerable padre criollo, y en conformidad de dicho decreto se probó que este invicto mártir, había nacido y criado en dicha ciudad de México, y haber sido sus padres vecinos de ella, con casas propias, sitas en la calle que va de la iglesia catedral y casas del marqués del Valle al convento del gran padre de los predicadores santo Domingo, en la esquina de la primera cuadra que da la vuelta a la calle de los Donceles. Como también se reconoció por la razón tomada en los libros de cabildo, de censos, impuestos sobre dichas casas y en especial por el registro del año de mil seiscientos quince. En cuyo sitio hoy se hallan fabricadas casas de Cosme de Mendieta. Todo lo cual prueba evidente que la patria de nuestro glorioso mártir, no fue otra que la feliz imperial ciudad de México.

En la cual los padres de nuestro infante Bartolomé, como tan cristianos, pusieron todos los medios necesarios para su mejor educación. Estos se lograron, pues luego en aquellos pequeños destellos de su oriente podía ser luz y norte en la compostura a los ancianos. Jamás se vio en aquellos años, que permiten tanto a los niños, la menor puerilidad. Jamás sonaron las nueces de la infancia en sus manos, pues estas parece que como las de Alcides, desde la cuna se enseñaron a despedazar serpientes las manos de nuestro niño, luego mostró el valor contra los vicios, mostrando una natural entereza, de cuyo fondo reconocían todos los muchos quilates de aquel diamante indiano, y otros inferían grandes y futuras proezas, al ver tal cúmulo de virtudes en tan tierna edad.

Dio principio sin ser necesario los paternos preceptos, a los rudimentos de la latinidad, en que sin duda tuvo por maestra a la sagrada Compañía de Jesús. Créese ser así, por el grande afecto que le tuvo a esta sagrada religión en el Japón, pues sin duda bebió con la doctrina el cariño, el cual como en vaso nuevo, siempre conservó aquel buen olor que al principio se le comunicó en la orden jesuita. Así en la gramática como en las demás facultades que labran a un racional, salió cabal y perfecto, tanto, que ninguno de sus condiscípulos se le adelantó en lo sutil y vivo del talento, porque desocupado aquel grande entendimiento de todos los trastes mundanos, hizo huecos en que cupiesen las alhajas de la sabiduría.

En medio de las ciencias, como Apolo entre las Musas, se hallaba a este tiempo nuestro maestro estudiante: oyendo como discípulo y enseñando como doctor. A tiempo que el Señor llamó a su siervo al puerto de la religión, arriesgado estaba nuestro Bartolomé a fluctuar en las grandes olas de delicias que levanta la mexicana laguna, hijas del viento de su vanidad cristiana, y quiso la Providencia para librar del naufragio a nuestro Bartolomé, inspirarle, diese la mano a los fanáticos bienes, oropeles mundanos, y a la casa de sus padres, liga que aprisionaba los tiernos pajarillos. Y en fin a aquel cúmulo de deleites que han puesto liberales la naturaleza y arte en la imperial corte mexicana, Elíseo campo de este Nuevo Mundo o sibarita república de esta América.

Varios tafetanes le tendió la cristiana milicia, para que escogiese bandera en que alistarse. Elevole luego el afecto el negro pendón de Agustín, que elevado sobre la plaza fuerte de nuestro convento grande de México, mostraba en el negro color la más austera penitencia. Entonces, como en los principios, en que se alistaban para la celestial milicia, resplandecía con notables brillos la mayor y más perfecta observancia de nuestro

sagrado instituto. Luego le llevó al efecto todo la aureliana plaza, y trató de alistarse bajo de las alas del águila imperial augusta o agustina. Para esto vio al ilustrísimo señor maestro don Fray Diego de Contreras, arzobispo primado de Santo Domingo, y entonces prior de nuestro convento de México, en cuyas manos renunció la casaca del rey del mundo, y se vistió de la negra librea de agustino, águila de la iglesia. Ejercitose el año del noviciado bajo la disciplina del venerable padre Fray Francisco de Rivera, como consta del libro de las profesiones, a fojas doscientas quince. Era provincial a la sazón el maestro Fray Dionisio de Zárate, y general de nuestra orden el reverendísimo maestro Fray Andrés Fivisanense. Profesó el año para nosotros dichoso de mil quinientos noventa y siete, a primero de junio.

(Yo Fr. Bartolomé Gutiérrez Hijo legítimo de Alonso Gutiérrez y de Ana de Espinoza su legítima mujer vecinos de México hago profesión y prometo obediencia a dios Nro. Señor y a la gloriosa Virgen María su madre Nra. Señora y a Nro. Glorioso padre San Agustín y a avos el muy Reverendo padre maestro Fr. Andrés de Bibifanio prior general de la dha. orden de Nro. padre San Agustín y de sus canónicos sucesores y de vivir sin propio y en castidad hasta la muerte según la Regla de Nro. P. e S. Agustín fecha en México a primero de junio de mil quinientos y noventa y siete años.

Fr. Diego de Contreras.— Fr. Franco de Ribera.
—Fr. Bartolomé Gutiérrez).

Luego que dio su nombre a la agustiniana milicia, como apunta nuestro venerable maestro Basalencque, dispuso la provincia pasase a nuestro convento y colegio de Yuririapúndaro, para que a un tiempo mismo ejercitase las manos y los dedos.

Las manos con el cuchillo de la palabra de Dios, y los dedos con la pluma de la enseñanza. Era por aquel tiempo este convento, escuela de Marte y aula de Minerva.

En este convento, por felicidad de esta provincia, moró, vivió y estudió nuestro venerable mártir Fray Bartolomé. Aquí firmó para ir a las Filipinas. Negra fue la tinta en Yuririapúndaro, la cual si se hubiera visto con los ojos del alma, hubieran reconocido ser del más fino múrice de su cuerpo. Su retrato conserva este convento, desde el año de mil seiscientos ochenta y tres. Y por mucho tiempo, dice el ilustrísimo Sicardo, fue su celda librería. Lo mismo hicieron en Belén los monjes con la celda del gran Jerónimo. Hoy vive su memoria en este convento, y se conserva la tradición de su morada. Cuyas paredes les han comunicado a muchos religiosos el fervor de ir a Japón, a derramar por Cristo su sangre. De aquí salió el padre Peralta, cuyo recuerdo conserva este convento en un retablo de la ínclita mártir alejandrina rosa, Santa Catanna mártir. De quí salió el venerable mártir Fray Alonso del Castillo, hijo de nuestro convento de Guadalajara. Y otros muchos que en aquella nueva cristiandad han trabajado en la viña del Señor. Bien le conviene a este convento el renombre de Yuririapúndaro, o laguna de sangre, pues sus hijos han salido de madre, a inundar con sus púrpuras las vastas regiones del Japón.

Hallábase el venerable padre Fray Bartolomé por los años de mil seiscientos cinco, con veinticinco años de edad, y poco más de ocho de religión: en ocasión que pasaba con una misión de apostólicos varones, para nuestra provincia de Filipinas el venerable padre maestro Fray Pedro Solier, después obispo de Puerto Rico, y breve arzobispo de Santo Domingo, primado de las Indias. Tocó el clarín en esta tierra este diestro Miseno del evangelio, y a sus primeras voces correspondió con el eco el corazón de nuestro venerable padre Fray Bartolomé. Alistose bajo los encarnados

tafetanes de tan sagrada milicia, y viéndolo algunos que era para soldado muy grueso, como que la milicia del cielo necesitase de cuerpos ágiles, sino de espíritus veloces, le dieron como en cara, al modo que allá al sol de Aquino Santo Tomás con lo pesado y abultado de su cuerpo, a lo cual con gracia y donaire que después se conoció había sido profecía, respondió: *Con esto habrá más reliquias que repartir de mi cuerpo cuando muera mártir* (Sicardo. Lib. 2. De la Christiandad del Japón. Párrafo 2. p. 242).

De nuestro convento de la Puebla de los Ángeles, salió para tan soberana empresa, motivo que dio fundamento para que algunos escritores lo prohijaran a esta ciudad, y a su convento. De este angélico suelo salió este abrasado serafín en el amor de Dios, para el puerto de Acapulco, y de aquí se transitó a las Filipinas, y en la isla de Luzón, hoy Manila, en el puerto de Cavite, arribó, año de mil seiscientos seis, por el mes de mayo, habiendo salido de la Nueva España a veintidós de febrero del mismo año ya referido.

Señalole la obediencia por su morada el convento de San Pablo de Manila, que si dejó en Mechoacán el colegio de San Pablo de Yuririapúndaro, la Providencia le prepara en las Filipinas otro convento de San Pablo. De cuyo nombre quizá haría misterio, para el empleo apostólico de predicador de aquellas gentes. En este convento se empezó a experimentar luego el rico tesoro que había ido de las Indias. Luego descubrió la rica veta de la mechoacana observancia, en la exacta puntualidad al coro y demás actos de comunidad, la continua oración y casi perpetua penitencia, ejes firmes y fijos polos en que se asegura la conversión de las almas, a que ansiosos aspiraban sus encendidos deseos.

Mayores fueron sus ansias cuando vio lo ocupaba la provincia en el honorífico empleo de maestro de novicios, oficio en quien afianza la religión, para lo futuro de sus creces y aumentos. Veíanle, aunque mozo, observante y celoso. Leche de que se alimentó su espíritu en nuestra mechoacana provincia.

Por lo cual los prelados le nombraron por jardinero de las racionales plantas, del agustiniano pensil: para que con el riego de su doctrina y ejemplo, creciesen en virtudes los que plantados en el paraíso de la religión, entraban en ella llamados del Señor. Tanto se esmeró, como siervo fiel, en lo que se había entregado, que sacó varones estáticos, discípulos de su espíritu, de los cuales dos fueron después mártires de Cristo. A los cuales puede alegar derecho esta provincia de Mechoacán, como de los hijos de nuestro venerable Fray Bartolomé, alimentados con la doctrina que en esta provincia bebió su maestro Gutiérrez.

Poco le parecía a nuestro venerable padre el ocuparse en regar las tiernas plantas de la religión. A más se extendía el largo mirar de su encendido espíritu, y para conseguir sus abrasados deseos, renunció el oficio de maestro de novicios, y aun hay autores que afirman se unió a nuestra descalcez, para lograr el ansia caritativa de su espíritu. Pero sin fundamento lo han dicho, no tiene probabilidad, y sólo discurro que el haberlo afirmado el padre Fray Andrés del Espíritu Santo, fue movido porque supo suplió en algunas doctrinas de los descalzos, la escasez de ministros.

Alábole el buen gusto en haber querido prohijarse a nuestro venerable padre, que fue tal su virtud y santidad, que puede honrar con su persona a toda una religión (*Alph. Liter. F. Lib. 1. p. 236*). Conservaba nuestro Fray Bartolomé el estrecho hábito que usa esta provincia de Mechoacán, muy parecido al de los descalzos, el brazo desnudo y otras a este modo, y al verlo así lo canonizó por descalzo, pudiendo tenerlo por religioso de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Mechoacán. Pues aún hoy, en que se han dilatado algo los hábitos, se distingue entre muchos religiosos agustinos, cualquiera de esta provincia, en lo oprimido del vestuario, en lo pobre de la materia, y aun en el natural encogimiento en que los cría la grande y recoleta observancia que ha guardado, desde su fundación esta provincia mi madre.

Capítulo XLII

**Danse noticias de las idas
al Japón de nuestro venerable
mártir, de los riesgos y por fin
de su prisión y otros sucesos**



Llegó el tiempo tan deseado para nuestro venerable padre, en que le destinaron los prelados para que pasase al Japón, lo cual hicieron por satisfacer a su ardiente deseo, pues sólo así juzgaban, podía en alguna manera desahogarse aquel encendido Vesubio de caridad y amor de las almas. Notable fue la alegría que recibió su alma, con la noticia que le dieron de estar ya señalado. Cuyo regocijo se lo participó al cuerpo, de modo que por los sentidos se asomaron al rostro los interiores júbilos. A todos pedía le ayudasen a celebrar su dicha. Y más expresó estos fervorosos júbilos, cuando llegó el año de mil seiscientos doce, en el cual se embarcó para el Japón, culpando de tarda a la nave, y de omisos a los vientos, pues sus demoras eran causa de sus tardanzas.

Llegó al deseado puerto, gloria de su alma y martirio de su cuerpo. Luego se dio a deprender la lengua japonesa, y fue tan presto en adquirir su pronunciación, que pudieron persuadirse, había acontecido a nuestro venerable apóstol, lo que a los de Jerusalén allá en el cenáculo de Sión, cuando el divino espíritu les infundió el don de las lenguas en un instante. Y así como los discípulos al momento salieron a predicar, así nuestro venerable Bartolomé comenzó su predicación con el mayor fervor y celo cristiano que hasta su tiempo habían experimentado aquellas naciones. En este tiempo, fue nombrado por prior

del convento de Usuki, en el mes de mayo, año de mil seiscientos trece. Mas como el emperador Xongusama movió cruel persecución contra la Iglesia, movido de los infernales holandeses, decretó, como allá Nerón en la primitiva Iglesia, que saliesen desterrados de sus reinos todos los católicos, y en particular los religiosos. Decreto que se llevó y observó con toda fuerza y rigor en Usuki, en donde como dicho tengo, era actual prelado nuestro venerable padre.

Salió nuestro Fray Bartolomé desterrado para Nangansaki, con otros religiosos de Santo Domingo, San Francisco y Compañía de Jesús. Y habiendo padecido graves trabajos de penalidades en los caminos como allá el gran Crisóstomo cuando fue desterrado de Constantinopla. Llegó a Nangansaki, y de aquí con notables peligros de la navegación llegó a Manila, en donde se ocupó como de antes, en el ejercicio de maestro de novicios. Suspiraba incesantemente por su amada cristiandad del Japón y más fervoroso en la oración y penitencias continuas, pedía al Señor con instancias consolase a los cristianos japoneses, que como mansos corderos habían quedado en medio de los feroces lobos, expuestos a ser víctimas de sus crueles garras, pues sin pastores que los cuidasen, era casi inevitable el estrago en el cristiano redil.

Tres años vivió con el corazón oprimido nuestro venerable padre, considerándose tan remoto de sus queridas ovejas que habían conducido al aprisco del pastor divino Cristo. De día y de noche le parecía llegaban a sus oídos los tiernos balidos del ganado del crucificado Jesús, y cada voz era un penetrante estoque que le dividía el alma. Consideraba el riesgo manifiesto en que estaban sus muchos hijos espirituales que había reen-gendrado por el Bautismo. Acordábase que siendo más de catorce mil personas las que acudían a los conventos de Usuki y de Sanki a purificar mediante la penitencia sus almas, se

hallaban tan huérfanos que sólo les había quedado el venerable padre Fray Hernando de Ayala, con otros pocos ministros. Lloraba la falta de mayores y suspiraba por aquel Ponto del destierro y más cuando había cartas del Japón, en que aquellos cristianos pedían padres y ministros.

Fluctuaba en un mar de lágrimas, siendo los suspiros vientos que levantaban las olas en que se anegaba el corazón de nuestro venerable padre. Elevose más la tempestad en su alma, cuando llegó a Manila la noticia alegre para el cielo, fatal para la tierra, del martirio del dichoso padre Fray Hernando, acontecido el año de mil seiscientos diez y siete, y juntamente una carta en la vida de este mártir de los cristianos japoneses, cofrades de la Correa, en que pedían a nuestro provincial les enviase al padre Fray Bartolomé para su consuelo y remedio. Luego que se vieron estos sentidos clamores en Filipinas, como allá en Roma los que daba Raquel, determinó el provincial satisfacer a aquellos cristianos, remitiéndoles al venerable padre Fray Bartolomé, para lo cual le mandó se previniese para el viaje, si es que tenía necesidad de prevención quien siempre estaba como el ángel Rafael, prevenido para el camino.

Llevó por compañero a la jornada a nuestro venerable padre Fray Pedro de Zúñiga, Hades de este Orestes, Jonatás de este David, indefectible Acates del piadoso Eneas Fray Bartolomé. Alegre con el compañero, como allá San Pablo con San Bernabé, estaba nuestro venerable padre. Pero como no hay gusto que no traiga por salsa algún acíbar, se les dilató la empresa, por falta de embarcación. Nuevo martirio fue a sus fervorosos incendios la dilación. Envíoles el Señor el consuelo de mil seiscientos dieciocho, por el mes de agosto, en que llegaron a hacer la cosecha nuestros dos apóstoles a los dilatados reinos del Japón. No dejará de acontecerles lo que a Manases, esposo de Judith, que por andar en la cosecha tan fervoroso, le costó la vida su eficacia.

Así que llegaron a Nangansaki, hicieron lo que los gabaonitas, dejaron sus hábitos y se vistieron, para ocultarse, de los vestidos del país. Así ocultos, y como sacramentados con los hábitos de sangleyes, traje de los comerciantes como a la verdad lo eran nuestros venerables padres de las almas; comercio que trajo a Dios al mundo, y que lo disfrazó con la casaca de nuestra humana naturaleza, para así granjear las almas. En esta prueba de que se asemejaban a su Señor, vestidos de mercaderes abrieron su feria, a que concurrió luego toda la cristiana muchedumbre, para lograr el empleo que dan tan remotas tierras llevaba la nave, de la mujer fuerte, cual es la Iglesia. Al punto que se comenzó a manifestar el tesoro de la nave, que era el soberano pan de los cielos con que venían a fortalecerlos. Todos emplearon con la circunstancia que en la noche se abría la feria. Así comerciaban nuestros venerables padres el celestial pan de Nangansaki, a la media noche, ocultándose de los que solicitaban para prenderlos. Pero aunque veían a los comerciantes el vestuario de sangleyes, les deslumbra, para conocerlos.

Gustosos vivían nuestros venerables padres con este modo de comerciar en la noche con los cristianos. Notable fue el cuidado que puso en lograr su empleo, este mechoacano cananeo. El esmero que puso en el cultivo de la viña fue notable, la primera vez que, como queda referido, estuvo en el Japón. Ahora venía a coger los racimos que en breve se habían de exprimir en el lagar del martirio. En esta ocasión segunda se acrisoló más su caridad y se adelantó tanto su santo celo, que en quince años que permaneció, uno más que los que trabajó Jacob por su Raquel, padeció calamidades tan graves, que de día estaba como fiera, en las cavernas escondido, y espesuras de los montes, y de noche como sagrada Níctimene venía a atizar las lámparas de la fe, para que no se apagasen por la falta del aceite de la caridad.

Ocultábase en la casa de algún católico, para emplearse la noche toda en confesar, animar y consolar a aquellos afligidos cristianos. Catequizaba a los que habían abierto los ojos para que viesen la luz de la verdad evangélica, y en bautizar a los niños. Antes de amanecer ofrecía al Señor el incruento sacrificio de la misa, y con el divino pan fortalecía a aquellos párvulos en la fe, recibéndolo unos en la realidad y otros sólo espiritualmente en los deseos, creyendo ser cada comunión el Viático, según les amenazaba la muerte. Luego se retiraba a las montañas y en los bosques como generoso africano león de Agustín, bramaba por coger alguna presa para Dios, por haberla a las manos, no hacía caso de penalidades ni de riesgos, de caer en las manos de los cazadores, que con ansia le solicitaban. Penetraba montes y saltaba valles, como allá el esposo en los Cantares, y así acudía a la necesidad de los fieles japoneses.

Caminaba disfrazado de día y de noche. Cristiano Proteo que a cada paso se atendía de distinto traje y así pasaba a distintas partes muy remotas por visitar y consolar a sus espirituales hijos, y a los demás necesitados de consuelo, para que alentados con su presencia, no bastardeasen en la fe recibida. Por lo cual su vida fue una continua peregrinación, un viaje de por vida, porque sin sosegar en un lugar, pasaba de un pueblo a otro y no dejaba ciudad o reino que no alumbrase con su doctrina. Aunque por una sola alma, no admitía jornada por dilatada que fuese a ejemplo de su maestro Dios, que sólo por una alma anduvo las inmensas distancias del cielo a la Tierra. Todo esto lo hacía con la velocidad de un rayo; así se libraba de las manos de sus enemigos. Informábanse de este rayo los ministros del emperador, y las señas que llevaba eran de un hombre en este traje vestido, pero a una vuelta que daban, aquel hombre lo hallaban como león en los montes.

Mas entre esta gran tropelía de cuidados, suficientes a divertir grandes discursos, no se descuidaba en los empleos de otras virtudes, mezclaba con la vida activa los ejercicios de la contemplativa, y cuando se pensaba que estaba muy divertido como Marta en el ministerio, entonces era cuando más unido estaba a los pies de Cristo, como María, oyendo la divina palabra de su amado Jesús, y entregando su espíritu a los suaves deleites de la oración. Su penitencia en esta vida y modo de obrar fue tan singular, que vestía ásperos cilicios, como que estuviera en una celda muy retirado, a que añadía crueles disciplinas y continuos ayunos sin ser otro su alimento que un poco de arroz y un rábano cocido: con este mal trato que daba a su cuerpo, llegó a tanta flaqueza que parecía un animado esqueleto y su rostro tan desfigurado y amarillo, que sólo la voz desmentía las señales de inanimado que salían a su rostro, porque no le había quedado más que la piel, como allá a Job, sobre los huesos y aun esta por imitar al santo de su nombre, muchas veces con las cuchillas de las disciplinas, se la quitó de los huesos.

Quince años le contó el mundo, tres lustros fueron para el Japón los que trabajó este Jacob, por aquella su querida Raquel la cristiandad. Muchos más le contó el cielo, pues en la ampolleta del Señor, cada día de trabajo es un año dilatado. Quince años le dio de vida al santo rey Esequías Dios, para que arrancase de su pueblo la idolatría. Y tantos le da en el Japón para el mismo intento a nuestro venerable padre. Así lo hizo, este fue todo su empleo en los quince años que vivió en aquel bárbaro pueblo este apostólico varón; atendiendo cuidadoso a cultivar aquella mies evangélica, para que las malas y antiguas semillas, no sofocasen a aquellas nuevas espigas que habían sembrado y regado con el alma del bautismo.

Pero para que no pudiese lograr el fruto de lo que había ya sembrado y cultivado, procuró el enemigo del linaje humano,

por medio de los bonzos, malditos sacerdotes de aquella gentilidad, sembrar cizaña en los corazones para que el grano de la evangélica predicación, no echase raíces ni frutificase en ellos. Más habiendo tenido el bendito padre varias disputas con los bonzos, confutándoles sus errores y sectas, y concluyéndoles con eficaces argumentos, como sus voluntades estaban obstinadas, arrastraban sus entendimientos para que no diesen entrada a la luz de la verdad, que les persuadía con eficacia. Recelosos los bonzos, procuraron astutos mover los ánimos de los tiranos, para que aprisionasen al venerable Fray Bartolomé, para cuya ejecución hicieron tan repetidas diligencias, que hubiera dado en sus manos, si Dios no le librara por milagros de ellas. Y es que no era llegada la hora; tiempo determinado en que el Señor había de permitir la prisión para ponerle la corona de rubíes.

Repetidas veces sintió el venerable padre que era la soberana mano de Dios que lo libraba de las eficaces diligencias de los bonzos, para bien de aquella afligida cristiandad. En una ocasión se vio tan cercado de sus enemigos que le obligó a valerse de la casa de un pobre cristiano, a quien suplicó no le descubriese a los infames corchetes que le seguían. Retirose a un oscuro rincón de la casa, tan confiado de que si convenía su libertad, lo lograría como Jonás, aun después de sepultado en el vientre de la ballena. Vio el Señor la confianza de su siervo que puso en sus manos su suerte, y le atendió compasivo, cubriendo instantáneamente el sitio de telarañas, para burlar con las redes de tan despreciable gusanillo las solicitudes de los ministros del demonio. Apresuraron la entrada los infernales alguaciles, dando ya por preso a nuestro venerable padre; registraron toda la casa, hasta los lugares que calla la pluma y reserva la vista. Como no le hallaron, se salieron confusos y desesperados, creyendo tenía, como Giges, la piedra etíes para

hacerse invisible, por habérseles desaparecido al que ya juzgaban en sus sangrientas garras. Suceso semejante se refiere de San Félix obispo de Nola, y lo había ya mucho antes experimentado David, cuando perseguido de los ministros de Saúl y retirado a una cueva fugitivo de sus iras, cubrió Dios de telarañas su entrada, para que no diese con él quien le solicitaba furioso.

Repitíole en otra ocasión la solicitud de los salites, el justo, seguíanlo estos para aprehenderlo, apresuró el paso entrándose por una y otra calle, para así enredarles la vista en el laberinto de las cuádras y callejones. Pero viendo eran astutos Dedales los que lo seguían y que ya le daban alcance, hizo lo que el grande Atanasio en el río de Alejandría, busca él mismo a los que lo solicitaban. Así nuestro venerable padre, entró en una casa, cogió una vihuela que había en ella y así les salió al encuentro, rasgando el instrumento y con buen aire y paso concertado, pasó con gran disimulo por medio de sus enemigos.

En otra ocasión que entró a decir misa y administrar a algunos católicos el sacramento de la penitencia y eucaristía, en una casa adonde sólo vivía una mujer cristiana, tuvieron pronto aviso de su entrada los ministros. Arrojáronse con notable celeridad a la casa, y no habiéndole dado lugar de ocultarse por la prontitud de su venida, hubo de retirarse a un solo retrete de la posada. Entraron los corchetes, preguntaron a la mujer por la persona de nuestro venerable padre. Turbose algo pero en medio de la turbación, se rió, como allá Sara, y díjoles a los ministros que registrasen la casa si querían, que más adentro estaba el que buscaban. Juzgaban se burlaban de ellos, y avergonzados (porque en el Japón es muy sensible cualquier engaño) se salieron sin registrar el retrete, y así con sola una fingida risa, se libró nuestro venerable padre de los contrarios.

Y por fin en otra de las casi infinitas ocasiones que lo solicitaron, no tuvo otra parte a donde librarse, que fue ocultarse en

un armario. Entraron sus contrarios a la casa, revolviéronla toda, y no pudieron ver a nuestro venerable padre. Acababa de decir misa, y sin duda el divino Señor Sacramentado le concedió al cuerpo de nuestro Fray Bartolomé la invisibilidad que tiene en la eucaristía. Abrieron el armario o escaparate, y no vieron a nuestro venerable padre.

En todo el tiempo que con los referidos riesgos y otros mayores se conservó en el Japón este Atanasio indiano, fue todo su anhelo la conversión de las almas, sin incluirse en cosas que no condujesen a su provecho y al mayor servicio del Señor. De lo cual resultaban algunas variedades en las opiniones, y poca conformidad en los dictámenes. Siempre vivió abstraído, sin cooperar a lo que podía tener visos de discordia. En cuya conformidad refiere el libro intitulado: *Defensa de los Nuevos cristianos y Misiones de la China y Japón*, se excusó de firmar algunos informes. Y así haciendo memoria de los que permanecieron en aquel reino, se expresa de él lo siguiente: *El padre de la orden de San Agustín, ha hecho grandes frutos en Nangansaki mientras ha hallado quien haya querido ocultarlo; ahora que no tiene dónde retirarse en la ciudad, vive en las montañas vecinas, de donde viene a trabajar por el prójimo* (Cap. 8. Art. 4).

Así como el Señor permitió para ejercicio de sus siervos que saliese al gran teatro del mundo en la cabeza del universo Roma, el monstruo de un Nerón, así permitieron sus inescrutables juicios que el año de mil seiscientos veintinueve entrase en el gobierno de Nangansaki a primero de agosto, tiempo de cosechas, pronóstico de la que se prevenía de la cristiana mies en el Japón, un tirano llamado Tacanaga Unemedoro, rey de Bongo, en cuya corte de Usuki había estado ya de súbdito, ya de prelado nuestro venerable padre Fray Bartolomé, el tiempo que nuestra sagrada religión tuvo allí monasterio. Fue este segundo Nerón el más atroz perseguidor que experimentó la

cristiandad del Japón, porque por este medio procuró como Pilatos adelantar sus creces con el emperador de aquel dilatado imperio.

¿Era de natural perverso, que sin fomento ejercitaba crueldades, pues que sería atizado de la leña de los bonzos aquel fuego infernal? Veneraba con oráculo las propuestas de estos infernales ministros. Luego manifestó el rabioso encono que abrigaba en su pecho contra el cristianismo, el cual intentó no sólo borrarlo, pero a serle posible a su rabia, lo hubiera aniquilado, para lo cual parece abrió los infernales almacenes de todas las crueldades que las furias guardan en los crueles calabozos del inexorable Rodamanto. No hubo criatura que no experimentase sus rigores. La racional padeció tanto, que hombres nobles, delicadas mujeres y tiernos niños sintieron sus crueldades. En la primitiva cristiandad hubo para los hombres un Nerón que perdonaba a las mujeres. Para estas hubo un Diocleciano, que no dispensó a este sexo, y para los niños un Herodes. Pero en la persecución del Japón, bastó un Tacanaga para hombres, mujeres y niños. De suerte que parece se alambicaron los Nerones, Dioclecianos y Herodes, y de todas estas malas hierbas salió, como quintaesencia de la crueldad, Tacanaga.

Sin distinción de sexos ni calidades, se veían unos desterrados a las islas inhabitables, a que el hambre fuese el cuchillo dilatado de sus vidas. Otros servían de leña para formar crecidas luminarias de las grandes plazas de Nangansaki, alcanzándose los fuegos de un día a otro, sin más fomento que racionales cuerpos. Fuego vestal podía ser juzgado según la perpetuidad con que lo conservaban aquellos bestiales ministros. A otros dividían las sierras de cañas, agitadas estas de los impulsos de los ministros, recibiendo gusto estos de lo tardo del instrumento, pues con esto lograban deleite en el tacto y adulaban con estas demoras, para las recreaciones al tirano Tacanaga. Las

lanzas y cuchillos llegaron a embotarse de los continuos golpes, cansadas ya las cimitarras de apartar cabezas, las lanzas abolladas de dividir corazones, por lo cual recurrieron a los dedos y naturales fuerzas con los cuales ceñían las fauces y opresa la respiración, exhalaban las almas. Todo lo cual acontecía después de haber experimentado los potros, garruchas, azotes con otros muchos martirios, cuyos nombres se ignoran.

A las afligidas madres, como allá en Belén, acá en Nangansaki les quitaban los tiernos hijos de sus brazos, obligándolas a renegar y a las que tenían aún en los vientres a los hijos, les hacían protestar que las criaturas que diesen a luz, criarían en las leyes de gentilidad. Crueldad jamás vista, ordenar la saña hasta aquellos que aún no habían nacido. Y si no asentían a sus infernales propuestas las cristianas matronas, las mandaban quemar y sacar de sus vientres las criaturas, las cuales primero sentían la muerte, que hubiesen visto la vida. Y para que fuese mayor su crueldad, hizo desenterrar los cuerpos de muchos cristianos y quemados sus huesos, mandó esparcir las cenizas por los aires, vengándose hasta en los muertos su crueldad, de modo que pasó los límites la tiranía del Japón pues ejercitó en los no nacidos y en los ya difuntos. Términos a que no llegaron Diómedes, Busiris, ni Falaris.

Aún lo insensible no se libró de sus iras, pues en sus días se dieron en el Japón los incendios de Faetón, mandando dar fuego a todos los montes de aquel dilatado reino cuyas elevadas montañas eran todas Etnas, Vesubios y Mongibelos; las cuales en vez de tributar a los valles refrigerios y frescura en los arroyos que precipitados se descolgaban de sus eminencias, bajaban ya estos hechos ríos de fuego, que asolaban las verdes Lampiñas; y a no verse entre aquellas ramas tanto cristiano inocente, se juzgara por infierno tan crecido fuego. Crisol quiero llamarlo en que el Señor purificó a sus siervos; démosle este

nombre a aquella abrasada Lipara del Japón. El fundamento que tuvo este tirano para ser Nerón de aquellas sierras, fue porque no se ocultasen los cristianos entre lo frondoso de sus bosques. Con la violencia de tanto fuego crujían las peñas, perdía su verde adorno la tierra, los animales y brutos, desamparando la habitación de sus grutas, daban furiosos bramidos, y las aguas teñidas en sangre se daban por sentidas de tanto rigor.

A los bramidos de tan sangriento león, tembló la tierra, como allá a la vista de Olofernes, y haciendo eco en los reinos del Japón, todos los tonos y ministros, satélites infernales por adelantar sus conveniencias con el emperador, en imitar al bárbaro Tacanaga, se mancomunaron para perseguir la cristiandad con los mayores esmeros que pudo discurrir la crueldad. Término adonde jamás había rayado la tiranía en el Japón. Fue general el referido año la persecución en las provincias de Ximo, que son Nangansaki, Omura, Firando, Gotto, Arima, Amacusa, Fimo y Figen. Para lograr sus intentos, Tacanaga tenía con prontos salarios y grandes esperanzas futuras en su servicio más de mil ministros, lobos infernales, cuyo oficio era sólo solicitar por los montes, en forma de monteros a los cristianos, a quienes juzgaban de inferior condición que a las fieras. Muchos cristianos, unos daban en sus crueles garras, otros morían a los crueles brazos del hambre, y otros eran blanco de sus tiros. Estos eran los más dichosos, y sólo eran desgraciados aquellos que por tímidos, hacían lo que Marcelino en Roma y lo que Aarón en el desierto. Por cuenta de algunos cobardes cristianos, humearon los braseros en las aras de los ídolos. De estos algunos se reconciliaron y otros quedaron para leña del infernal brasero.

Como era tanta la crueldad y tiranía, andaba nuestro venerable padre alentándolos a todos, casi multiplicando las presencias para socorrer a los afligidos católicos, alentándolos a todos a la perseverancia y esforzándolos a que resistiesen con valor

los golpes de la persecución, para lograr la corona de celestiales granates que les daría el Señor en precio de su constancia. Llegó a noticia del perverso Tacanaga el fruto grande que hacía el siervo de Dios, y encendido en ira y furor, culpaba de omisos a sus ministros, pues siendo tantos, no eran suficientes a aprisionarle a un solo hombre. Grandes deseos manifestaba por haberle a las manos persuadido que por adularle al gusto, habría quien le entregase al apostólico ministro. Daba por asentado que, faltando los evangélicos ministros, no resistirían constantes los cristianos a sus astucias. Crecieron más sus deseos, luego que supo había nuestro venerable padre convertido a la fe de Cristo, uno de sus más estimados familiares, de lo cual, como crimen de lesa majestad, bramaba este infernal león, Cervero del averno, viendo apartado de su ley al que entendía tener más asegurado en ella, por cuya causa todo su pensar era discutir venganzas, maquinan martirios, para cuando cayese en sus garras.

Para lograr sus intentos, ofreció crecidos premios a algunos renegados que, ciegos por el interés, como allá Judas, pusieron en ejecución sus órdenes, haciendo repetidas diligencias para lograr las promesas y, como ladrones caseros, no tardaron mucho en hallar al que buscaban codiciosos, por ser muy conocido y antiguo ministro en aquel reino. Estaba en la ciudad de Isafai el siervo de Dios, ocupado en el ejercicio apostólico de predicar y alentar a los católicos, que acobardados con la persecución, necesitaban de quien los animase en sus trabajos; tuvieron noticia los ministros del lugar a donde estaba escondido, que era un espeso monte, donde buscándole con la ansia y cuidado de interesados le hallaron con su Dóxico. Fray Juan de San Agustín se llamaba este coadjutor de nuestro venerable padre (que es lo mismo que el doctrinero) el cual era religioso de nuestro sagrado instituto. Fue la prisión a diez de noviembre de

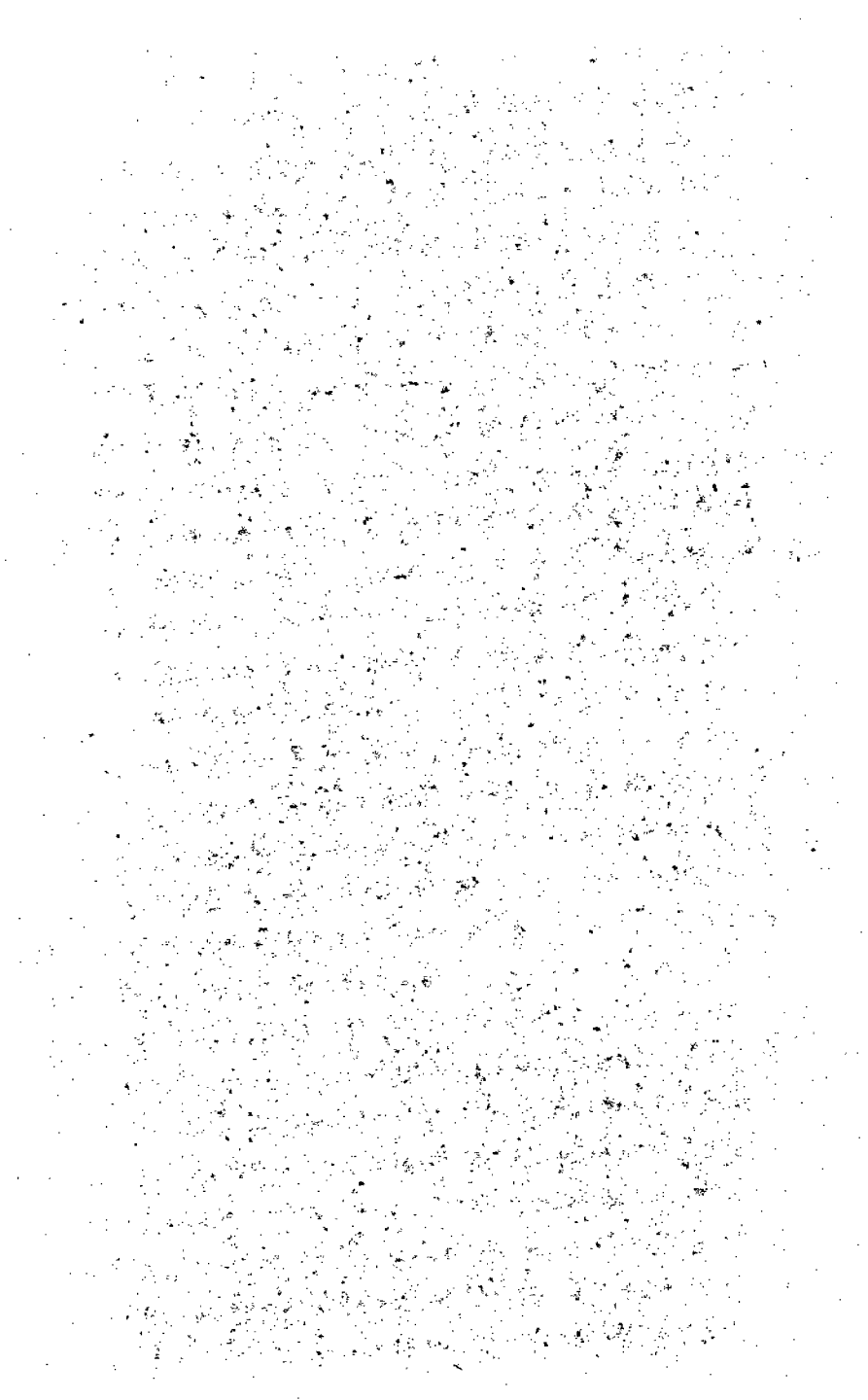
mil seiscientos veintinueve. Luego le cargaron de cadenas, grillos y esposas, y le llevaron preso a la horrorosa cárcel de Nangansaki, terrestre infierno, que la crueldad inventó en el Japón.

Alegre y gustoso vivía en la cárcel nuestro venerable padre, porque se veía ya como allá San Ignacio mártir, en estado de padecer por su amado Jesús. Cuyas ansias lo habían sacado de su provincia de Mechoacán y convento de Yuririapúndaro. Crecióle el regocijo en la prisión, dándole el Señor compañeros en los trabajos, para que también lo fuesen en el premio, pues a los quince del mismo mes, fue llevado a la misma mazmorra el padre Antonio Pinto, segundo de Javier de aquel reino, religioso de la sagrada Compañía de Jesús. A los dieciocho aprisionaron al padre Fray Francico de Jesús, y a veinticinco al padre Fray Vicente de San Antonio, ambos religiosos de nuestra orden, descalzos. Noticioso el impío Tacanaga del logro de sus deseos, mostró gran regocijo pareciéndole que con la prisión de tan apostólicos maestros triunfaría de todos los cristianos.

Luego que se vieron los cuatro esforzados campeones de nuestra fe en una misma prisión, no cesaban de dar gracias al Señor, ni de alabar noches y días su santo nombre, reconocidos como allá los cuatro mancebos que vio Nabuco cruel en el horno de Babilonia. Si el cruel Tacanaga se hubiera asomado a la cárcel de Nangansaki, hubiera visto lo mismo que Nabuco en Babilonia, a cuatro esforzados mancebos, soldados del Señor, cantando himnos y alabanzas en medio del fuego de la tribulación; gustosísimos de verse padecer por su querido Jesús, conformes con la divina voluntad, se daban repetidos parabienes de su dicha, siendo su continuo empleo la oración, en que con lágrimas, sangre del alma, imploraban la divina clemencia, para que les diese esfuerzo en los trabajos y no desamparase aquella cristiandad afligida.

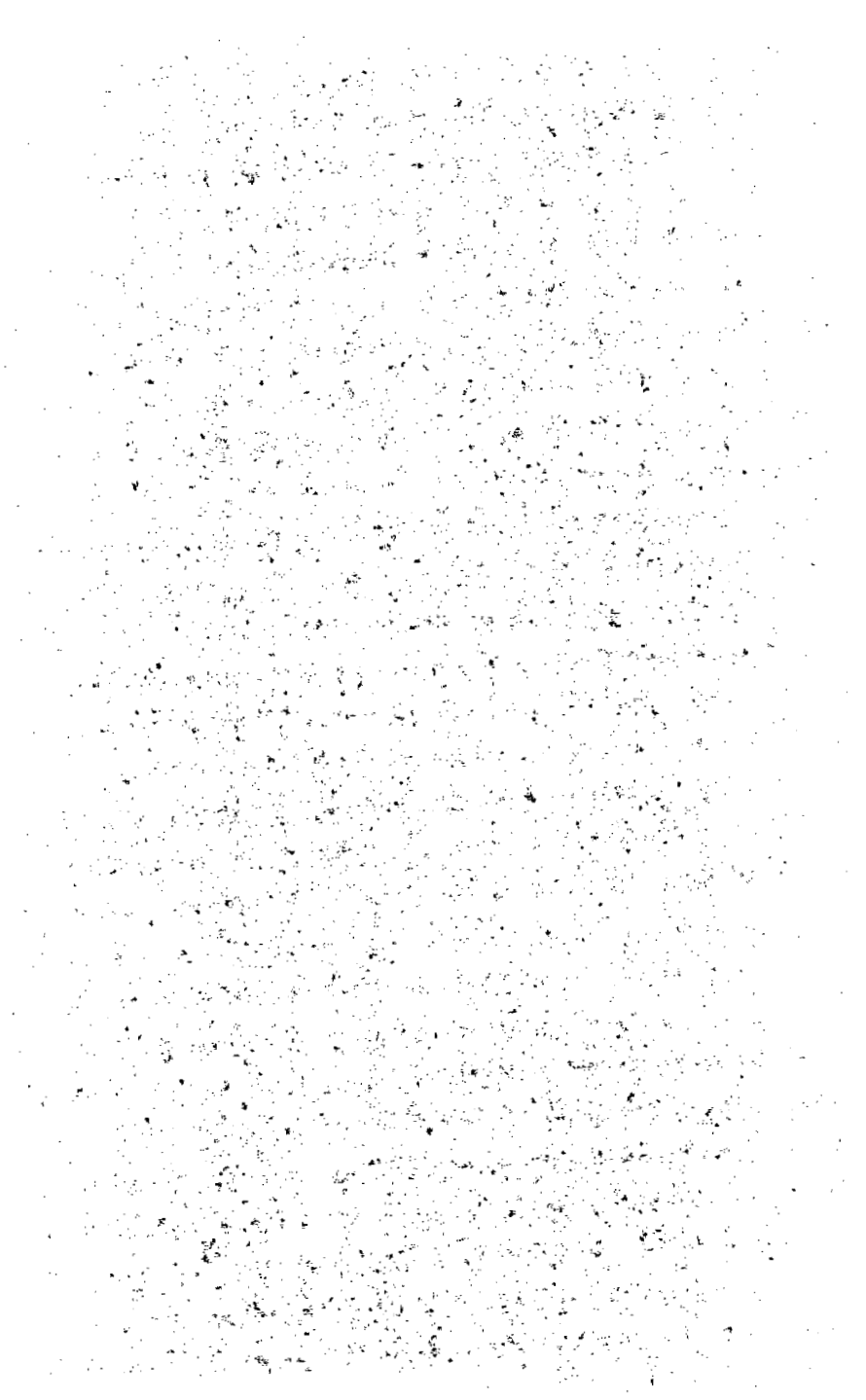
Muchos católicos se hallaban en la prisión cuando fueron llevados nuestros venerables ministros, providencia del Señor, para que esforzaran a los tímidos con los tormentos; casi flaqueaban y bastardeaban en la fe recibida. Fueles a los presos de gran consuelo la llegada de nuestros venerables padres; algunos días les duró este consuelo, de tener por compañeros a aquellos cuatro terrestres ángeles del Señor. En los días que estuvieron, sintieron la crueldad de aquellos bárbaros.

Para mayor tormento de los presos dejaban en la oscura cárcel, por algunos días los que fallecían, sólo a fin de que el mal olor de los muertos cuerpos, causase insoportable pena a los vivos.



Capítulo XLIII

**Salen de la cárcel de Nangansaki
para la de Omura nuestros mártires.
Son atormentados con varios
martirios, hasta restituirlos a
la cárcel de Nangansaki**



Gozoso y soberbio Tacanaga con la prisión de los cuatro venerables padres, dispuso pasar a la corte a dar cuenta al emperador de esta hazaña, y a recibir los parabienes de la que reputaba gloriosa victoria. Mas antes de ejecutar el viaje, mandó llevar los presos a la cárcel de Omura, calabozo sólo destinado para los religiosos, para así asegurarlos hasta su vuelta. A diez de diciembre, tiempo el más recio del año, salieron nuestros venerables padres de la cárcel de Nangansaki, cargados de cadenas de hierro para la horrorosa cárcel de Omura, la cual describe el venerable Fray Vicente de San Antonio con las siguientes palabras: (*Histo. Prov. Rosar. Decad. 5. Cap. 2. p. 7*).

Esté lugar en que estamos presos (habla de la cárcel de Omura) por amor de Dios, está debajo de un monte alto, al cual cortaron al modo de una roca viva, que tendrá de alto dos lanzas; debajo de esta roca estamos, y de una parte y otra hay muchos manantiales de agua, y como está tan hondo, con poca lluvia revienta por debajo de donde estamos; lugar tan estrecho, que el lugar común está con nosotros dentro. Ahora estamos más anchos, porque nos pasaron al lugar que dejaron nuestros santos compañeros que padecieron martirio el año pasado, aunque todo está debajo de una llave, digo esto porque vea

Ud. que con esta humedad, abiertas todas cuatro bandas que están cercadas de palos espesos, que apenas cabe una mano entre uno y otro; hombres delicados, pasando las nieves y fríos del Japón, cómo podremos tener salud ni vivir sino que nuestro Señor por su infinita misericordia nos da fuerzas para llevar estos trabajos, con cuya ayuda nos son suaves, &.

En esta cruel cárcel, infernal calabozo de Plutón, era el ordinario sustento una escudilla de arroz cocido con agua: la bebida era agua caliente (como se usa en el Japón) y por gran regalo les solían dar alguna vez una sardina. Dos años estuvieron nuestros venerables padres, sintiendo las incomodidades de esta cárcel, padeciendo controlado martirio de hambre, sed y otros excesivos trabajos. Para alivio de estos dispuso el Señor que unos piadosos portugueses les socorriesen (sin reparar el riesgo a que exponían sus vidas) con algunas cosas y con dinero, para suavizar el rigor de las guardas, y conseguir su permiso para que pudiesen llegar a la cárcel algunos que solicitaban su remedio con la comunicación de los siervos del Señor. En medio de estos conflictos, atendían, como allá San Pablo, al bien universal de aquella cristiandad, escribiendo cartas para el alivio y consuelo de los ausentes. Entre las muchas que escribió nuestro venerable padre Fray Bartolomé, fue una al comisario reverendísimo de la sagrada orden del seráfico padre San Francisco del Japón, llena de espíritu y afectos de humildad, como lo manifiesta su tenor, que es como sigue:

Jesús María moren siempre en el alma de V.R^a mi padre Comisario, y dé mucho de su divino amor para amarle y servirle. Pido a V. R^a y a los demás suyos me perdone cualquier mal ejemplo o pena que les haya dado;

y pues el Señor es servido, no mirando a mis pecados, de mirarme con ojos de misericordia en que haya sido preso por su santo nombre. Lo sea también en que merezca dar mi vida por su majestad, ayudándome, para que mediante ella, salga victorioso de todos mis enemigos. Esto pido a V.R^a y suplico en sus santos sacrificios, lo pida a nuestro señor Dios, pues me conoce cuán flaco soy y miserable; el cual nos dé su gracia y buen fin. -13 de julio de 1630. Fray Bartolomé Gutiérrez.

Otras muchas cartas escribió este Pablo del Japón desde la cárcel, cargado como el apóstol, de hierros y cadenas. En todas las que se hallan de este apostólico ministro, se reconoce su profunda humildad y mansedumbre evangélica, y la poca o ninguna confianza que de sí hacía. Algunas escribió antes de su prisión, como San Pablo también, dando razón del estado de la cristiandad del Japón. Una de ellas se guarda original en el archivo de nuestro convento de Valladolid de esta provincia de Mechoacán, como reliquia de hijo que escribió a su madre la santa provincia, y otras en que hace relación del martirio del venerable padre Fray Pedro de Zúñiga, y de los que padecieron el año de mil seiscientos veintidós. La que escribió desde la cárcel al reverendo provincial de nuestra provincia de Filipinas, pondré a la letra; advirtiendo que esta escribió desde la cárcel a Filipinas como allá San Pablo a los filipineses desde las prisiones. Y del mismo modo desde la cárcel y prisiones de Nangansaki, escribe nuestro apóstol Gutiérrez a los de Filipinas, o a los filipineses que es lo mismo. Guárdanse en el archivo de Manila, dice así:

Jesús more en el alma de V^a R^a padre nuestro, y dé mucho a su divino amor y gracia para amarle y servirle, y halle esta a V^a R^a con aquella salud que este su humilde

súbdito y cautivo desea. Por causa que tengo ya escrito a V^a R^a padre nuestro, largo, y por estar al presente por horas y momentos aguardando la muerte, brevemente; y así estos renglones no servirán sino de advertir a V^a R^a cómo una imagen de nuestra Señora, de bulto, que di a un señor portugués, llamado Duarte Correa, para que la llevase a manos de V^a R^a; es de una señora muy honrada que vive junto a la carnicería, y se llama doña Anna María Seraspe, señora viuda, mujer que fue de Juan Tello de Aguirre, que tiene una estancia junto a la Paraneque. La cual imagen me dio para que trajese a esta tierra del Japón; pero por no poder estar en ella (por la muy grande persecución que hay en ella), la tornó a remitir para que se vuelva a su dueña, y así humildemente pido y suplico a V^a R^a que se la mande tornar a la misma señora, pues es suya, también advierto a V^a R^a padre nuestro, cómo a un Dóxico de edad de diez y ocho años que prendieron conmigo en un monte (el cual está a presente preso en la cárcel de Nangansaki y juntamente aguardando que lo maten conmigo con la licencia y autoridad que tengo dada por nuestro muy reverendo padre provincial Fray Alonso de Méntrida, para dar hábitos, le di el hábito, y así por esta aviso a V^a R^a que si dicho mi Dóxico muriese y padeciese conmigo, muere religioso, hermano de nuestra orden. Llámase Fray Juan de San Agustín; es buen hijo y de muy buena casta. A su padre y madre quemaron vivos el mes pasado, porque me dieron a su hijo para que fuese mi Dóxico. Y ahora tres años quemaron vivos a tres tíos suyos, hermanos de su madre, todos tres hombres casados, y a su abuela la degollaron; de suerte que todos cuatro padecieron martirio, porque no quisieron renegar de nuestra Santa fe Católica. Él es dichoso

en que tiene en el cielo seis mártires muy insignes, que interceden por él.

Con suma humildad y encarecimiento, pido y suplico a V^a R^a padre nuestro me encomiende muy de veras a Dios nuestro Señor, y me mande decir algunas misas de limosna por amor de Dios, porque he sido muy grande pecador, y todo lo habré menester, y confiado que como verdadero padre mío, no me ha de faltar con sus santos sacrificios, y asimismo de los demás padres y hermanos míos de mi alma. Por esta me despido de V^a R^a; padre nuestro, postrado ante sus pies, pidiendo con suma reverencia su santa bendición, y asimismo pidiendo muy humildemente sea yo perdonado de los malos ejemplos que tengo dados, así a V^a R^a como a todos mis padres y hermanos míos de mi corazón, de los cuales también me despido pidiéndoles y suplicándoles me encomienden muy de veras a nuestro Señor, el cual sea servido de juntarnos a todos en su Santa Gloria, para que nos veamos y le alabemos.

Por cuanto estoy preso en esta cárcel de Omura, y con guardas de día y de noche, no puedo hacer ninguna diligencia en buscar y adquirir las cosas y alhajas que habrán quedado de nuestra orden; le pedí y rogué al señor Duarte Correa, que hiciese diligencias, en procurar cobrar y recaudar aquellas cosas que pudiese haber y entre ellas dos cálices de plata; allá ve, él dirá lo que pasa, y dará cuenta de todo. Porque tengo escrúpulo de lo que ahora diré, y advierto a V^a R^a para que allá haga lo que conviene hacer, y es que estando allá afuera antes que me prendiesen, encomendé a un hermano de San Francisco, las cosas de nuestra orden, porque si me prendiesen él las recobrase y mandase a V^a R^a. Sucedió que en el

lugar donde me prendieron, quedó una petaca, donde estaba el ornamento; la cual petaca confiscaron, de suerte que tuvo necesidad el dicho hermano de enviarme a la cárcel un cáliz y tuvo traza y modo de ir donde estaba la petaca nuestra y la abrió y sacó el cáliz de plata, y metió dentro uno de su religión, de estaño (porque no se perdiese el de plata, sino el de estaño, por ser de bajo metal y barato), este se le debe a la orden de San Francisco, porque el suyo de estaño quedó allá en lugar del que sacaron de plata, que era nuestro, el cual va a manos de V^a R^a y así será necesario decírselo y dar parte de ello al padre provincial de San Francisco.

Con esta mandó al dicho Duarte Correa, un memorial de la vida cristiana de Fray Luis de Granada, para que le lleve a manos de V^a R^a porque es de nuestra orden; allá va, él dira lo que pasa y dará cuenta de todo a V^a R^a y con tanto a Dios, Padre nuestro, a Dios, el cual nos junte en el cielo, por quien Él es, Amén. De octubre 27 de 1630. Fray Bartolomé Gutiérrez.

Por estas cartas, se conocerá, no perdía instante de tiempo en la cárcel el venerable padre, ni sus devotos compañeros, porque a todas horas servían al Señor en continuos ejercicios del bien de sus almas y de las ajenas. Los empleos de la oración y penitencias eran continuos. Rezaban el oficio divino con gran devoción, y con no menor decían misa todos los días, facilitándoles Dios este consuelo, casi por vía de milagro; porque aunque era estrecha la cárcel frecuente el cuidado de los jueces en visitarlos, tenían escondido todo lo necesario para el incruento sacrificio. Y a hora competente (poniendo delante de un lienzo del altar, como allá ante el sancta sanctorum), celebraban devotos y enternecidos. Cantaban con fervor continuamente himnos y

salmos y no agradando esta celestial música a los tonos y bonzos porque veían que aquellas sonoras canciones conmovían al pueblo, así acá los ecos de los cuatro querubines que estaban presos en la cárcel, a quienes seguían en el canto y consonancia las ruedas de los demás presos. Se seguía de estas angélicas voces, decían los bonzos, conmociones en la República. Por lo cual les mandaron suspender las melodías.

Mas no por eso cesaron de tan loable ejercicio; antes sí como los oprimían elevaban más los ecos, para que las alabanzas del Señor resonasen en los corazones de los fieles. Si alguna vez pudo creerse que se suspendieron las infernales cárceles con la música, fue en esta ocasión, que nuestros sagrados orfeos cantaron en los horrorosos calabozos de Omura, alabanzas al Señor.

Con su suave armonía retiraban las sombras del infierno de aquella cárcel, suspendían a las infernales furias de los ministros, Euménides de aquel calabozo. De modo que todo el tiempo que duraba la música, aplacaban sus sañas los ministros. Suspendíanse la rueda de los tormentos de Ixón, mientras nuestros verdaderos orfeos, con sus suaves músicas, libraban de las operaciones el tártaro infernal, a las almas, hermosísimas Eurídice de Cristo.

No les eran de embarazo estas sagradas músicas, para no ejercitarse en las obras de la caridad en que se abrasaban los corazones de los religiosos presos, para ejercitarlo con el prójimo; pues en la cárcel de continuo franqueaban consuelo espiritual a todos, bautizando a muchos como allá los apóstoles a Proceso y Martiniana, cuando estaban presos en la cárcel, al modo de la primitiva Iglesia, ganaban almas a Cristo, incesantemente franqueaban consuelos espirituales a todos, bautizando a unos, confesando a otros, convirtiendo a muchos y dando a todos, aunque gentiles, celestiales documentos. Tanta era la

eficacia de sus encendidas razones, que convencidos de ellas muchos gentiles, se convirtieron a nuestra santa fe católica.

Entre los que logró el venerable Fray Bartolomé para el gremio de la iglesia desde la cárcel, fue a un principal tono, que como su conocido, acudía con frecuencia a la cárcel, a disputar con el venerable padre, de cuyos argumentos salió tan convencido, que retractó sus antiguas abominaciones derribando de la ara de su corazón que trató de abrazar luego el yugo de nuestra ley, con la fe de una samaritana convertida. Pues así lo bautizaron, salió luego a predicar a Cristo Crucificado, al oír en su boca la predicación, muchos creyeron en Cristo. Y juntamente, viendo lo bien que estaban en nuestra fe, se les dio licencia para catequizar y bautizar a todos los que creyeran en nuestra ley verdadera.

Tan sin temor llenaban su apostólico ministerio, que el bonzo en particular, a voces enseñaba a los niños las oraciones y predicaba en las principales plazas la ley evangélica, sin apreciar las amenazas con que el tirano procuró embarazarle este apostólico ministerio. Mas no cesando de predicar, procuró derretir a los incendios de las voraces llamas, con otros muchos cristianos, aquella nueva trompeta del evangelio, que poco antes había nuestro venerable Fray Bartolomé vaciado en el crisol de su encendido espíritu. Mandolo quemar vivo el tirano. Y mostró en el fuego el valor que le había comunicado el soberano espíritu. No se le reconoció cosa alguna de bisoño a este nuevo soldado de Cristo, acciones de esforzado veterano fueron las que advirtieron todos los del Japón.

En el tiempo de esta prisión experimentaron repetidos favores del Señor, que aceptaba la resignación con que sus siervos ponían en sus manos el fin de sus fatigas. Pero viendo los tiranos que mortificar sus cuerpos era como superfluo, pues parecían calcitrados en la laguna Estigia, según parecía que no

les penetraban los trabajos. Discurrieron modo de lastimarles las almas y herirles los corazones, para lo cual dispusieron que los niños que habían entrado en la cárcel fuesen entregados a algunos vecinos de la ciudad, para que los prohijasen; y como ellos fuesen gentiles les hiciesen beber en copa de oro el cáliz de Babilonia. Otros entregaron a renegados para que con su ejemplo se destetasen de la leche dulce de nuestra santa fe.

Asimismo habían traído presas a diez o doce muchachas doncelluelas de Tiroxima, y otras recién casadas de Maye, a las cuales hicieron esclavas. Aquí fue adonde llegó el dolor y sentimiento de nuestros venerables padres a lo más íntimo del corazón; considerando a aquellas tiernas palomas, que ayer con dulces arrullos, juntas con sus padres espirituales, cantaban salmos e himnos con que recreaban el espíritu y daban por bien empleado el trabajo que padecían oyéndolas cantar a coros, y sus almas sinceras sin hiel, verlas hechas esclavas de un tirano que pretendía manchar las almas y violar los cuerpos que sacaran en los lupanares crecidos intereses, hechas infames Floras, las que poco antes eran castísimas Porcias de nuestra fe católica.

Temploles el Señor esta ingente pesadumbre en algún modo, no sólo dándoles fuerzas para padecer esta grave pena entre las demás por su amor, sino facilitándoles el rescate de algunas, por medio de limosnas de devotos fieles; con que libres algunas criaturas de la esclavitud, lo quedaron también sus almas de las astucias con que pretendía el tirano extraviarlas del verdadero camino. Con estos efectos de caridad ardiente, lograron los benditos padres tanto consuelo en sus almas, que les sirvió de eficaz lenitivo o de pítima cordial, para alivio de sus penas. Creciéronles los espirituales gustos, cuando llegó a su noticia la fortaleza de sus dóxicos o compañeros de la predicción, como asimismo el gran valor que habían mostrado sus caseros en los tormentos, y la gran constancia de los japoneses

religiosos y cofrades de la Correa; todos los cuales padecieron horribles martirios en Omura y Nangansaki. De esta feliz nueva dieron todos gracias al Altísimo, por haber adelantado la corona a sus discípulos en la regular disciplina y compañeros en los trabajos. Estos mártires hijos de su espíritu fueron las obras que enviaron por delante a la gloria. Los del Japón adelantan sus obras, remitiendo por millares obras de sus manos al divino acatamiento del Señor.

Viendo el impío Tacanaga los frutos que hacían en la cárcel de Omura nuestros venerables padres, trató de volverlos a la cárcel de Nangansaki a los religiosos, para atormentarlos en las ardientes aguas de Ungen, de las cuales para que se conozca el tormento que toleraron por Cristo nuestros mártires, será necesario hacer relación de estas infernales aguas, que parece son vómitos del infierno, los estanques u ojos diabólicos, por donde llora el Averno el más fino azufre de sus entrañas.

Hay en el reino de Arima, uno de los sesenta y seis reinos de que se compone aquel imperio vasto del Japón, un elevado monte; hipócrita puede llamarse, pues teniendo las entrañas de fuego, ostenta a la vista armiños de nieve. Al modo de Mongibelo, tan celebrado en la Europa; en la una parte de este monte que mira al sur, corre en su medida circunferencia, una llanura a modo de valle, donde por muchas obras que hace la tierra brota con notable intrepidez a borbollones el agua, y esta con tanta diversidad, que hay varias fuentes de agua templada, fría y frigidísima en tanto grado, que si alguno entrara la mano o pie por breve espacio, quedaría por el intenso frío baldado. Hay otras fuentes de agua caliente en sumo grado, tanto, que más es fuego en similitud de agua. Verdadero infierno por lo sumo frío y caliente.

Pues siendo lo dicho sumo frío y sumo cálido es aún todavía pintado, respecto de un lago que está en medio de estas

fuentes referidas, el cual, como el Pentapolin, bota fuego, lodo y azufre. Es del tamaño de una era de trigo; que sube en alto más de una vara, y con tanto estruendo, que hace ruido, como el golpe de agua que corre precipitado entre las peñas.

Es tal la actividad del fuego de esta infernal alberca, que arrojando dentro algún cuerpo (como lo han hecho con los de algunos cristianos), aparecen luego los huesos limpios, y cuando el hervor los vuelve al fondo, los deshace y consume; no se le halla fondo por más que hierva y arroje sus aguas, como el mar sus olas, no crece el agua de este estigio lago; antes sí en el invierno, que hierve con más cólera, mengua en gran parte.

Denominan los japoneses en su natural idioma a este sitio Ungen o Tingoqui, que quiere decir infierno. Diéronle este nombre con gran propiedad por su gran horribilidad, por su molesto y desabrido estruendo y por el continuo humo y hediondez penetrante de azufre que exhala y despidе. Dividen los idólatras este lugar de Ungen en distintos infiernos, para diferentes géneros de gentes. A una boca de este lago llama el infierno de los tintoreros; a otra de los herreros, y la más horrible boca reservan para los cristianos, que condenan a este género de tormento.

Viéndose aquí un prodigio, pasar de este infierno gloriosas las almas a la gloria de los que padecen por Cristo este tormento.

Es tan horroroso a la vista este tormento, causa tal espanto a los que lo ven, que en los años primeros que se descubrió por los tiranos este infernal lago, para los reinos del Japón, retrocedieron muchos cobardes, de la fe, aunque otros refinaron más su constancia, entre sus excesivos ardores. Lo que más admira, es que encerrando y manifestando tantas llamas este infernal puesto, es tan intenso el frío y tan destemplados los vientos que allí corren, que en el tiempo de treinta y un días que estuvieron en aquel sitio nuestros venerables padres y sus compañeros,

consumieron aquellos cíclopes de los japoneses tres mil seiscientas setenta y tres cargas de leña para poder tolerar el inmenso frío de aquel país. Al mismo tiempo que empezaron aquellos satélites de Plutón a atormentar a nuestros insignes atletas, empezó a nevar con tanta fuerza y rigor, que en sola la noche de San Juan Evangelista cayó tanta nieve, que cubría dos palmos a tierra.

En estos infernales baños fueron calcitrados estos esforzados Aquiles del cristianismo, por ver si con tan excesivo martirio y nunca ejecutado con religioso alguno, podían hacerlos caer de su constancia. Para removerlos de la prisión envió sus ministros Tacanaga a Omura, y habiendo llegado el día de Santa Catarina mártir, entendido sin alteración alguna de sus corazones magnánimos por los siervos de Dios, que los llevaban a Nangansaki, dieron gracias al Señor, pareciéndoles era llegada la hora tan deseada de dar por su amado Jesús las vidas.

El día siguiente los condujeron cargados de cadenas y habiendo llegado a la antigua cárcel de Nangansaki fatigados del camino, les sirvió de alivio a su cansancio hallar en ella al hermano Fray Gabriel de la Magdalena, religioso de la orden del seráfico Francisco, varón tan estático, que por diversas veces le vieron elevado del suelo. Tan pobre, humilde y caritativo, que casi treinta años se ejercitó en curar los enfermos del Japón, sin distinción de personas ni interés al más mínimo, siempre cargado de medicinas, sin permitir que persona alguna le aliviase del peso de los medicamentos, que continuamente llevaba este ángel sobre sus espaldas para curar a los necesitados japoneses, los cuales recibían salud al tacto de sus benditas manos o a la aplicación de sus apósitos. Si Roma lo hubiera alcanzado cuando gentil, hubiera derribado de la ara a Esculapio, y en ella hubiera colocado a nuestro Fray Gabriel.

También hallaron en la cárcel de Nangansaki presas dos mujeres, si es que lo fueron, pues con su esfuerzo en el martirio, dejaron atrás a los más esforzados atletas de la cristiana milicia. Estas fueron doña Beatriz de Acosta viuda de don Antonio de Silva, portugués, religiosa mantelata de nuestra orden; y su hija doña María de Silva, doncella muy hermosa de edad de dieciocho años. Dignas por su constancia de ocupar honrosos nichos en gloriosos altares, en prueba de esta nueva cristiandad. Que si la romana celebró sus Cecilias y Bibianas, el Japón puede poner enfrente a sus Beatrices y Marías, nada inferiores en la constancia.

No dilató Tacanaga la ejecución de sus dañados intentos, pues condenando a los cinco religiosos, acabaló el número septenario, con las dos varoniles hembras, para que fueran semejantes a los siete Macabeos. Sentenciolos a ser atormentados en las infernales aguas de Ungen; salieron los siete mártires de la mazmorra el día cuatro de diciembre, año mil seiscientos treinta y uno. A caballo los sacaron los ministros, señal que iban a triunfar del tirano. Al salir de Nangansaki, los esperaban muchos católicos portugueses y japoneses, para despedirse de los siervos de Dios, y recibir su última bendición, porque juzgaban morirían en el tormento.

Siguióles esta devota muchedumbre compadecida de ellos, por lo que miraba a la carne y sangre, y levantando los ojos y la voz al cielo, imploraban los divinos auxilios para su socorro, al tiempo que los siete esforzados soldados de Cristo no cesaban de alabar sus misericordias, por cuyo amor sufrían aquellas afrentas, para por ellas asegurar la victoria. Llegaron cantando himnos, como celestiales cisnes, a un lugar llamado Foqui, distante una legua de Nangansaki, donde estaban ya aprestadas unas embarcaciones, llamadas funeas; para asegurarlos en ellas les ciñeron con notable crueldad los cordeles que les habían

echado a las gargantas y brazos, a que añadieron pesados grillos en los pies, y entrando a cada uno en su funea o canoa, navegaron hasta Bambania, que es un lugar situado a la falda del monte que llaman del infierno de Arima, distante de Foqui diez leguas y dos de la eminencia donde está el lago.

Desembarcaron a los siervos de Dios y pusieron a cada uno de por sí con guardas en las casas de uno de unos pobres labradores. En ellas pasaron la noche sin poder sosegar, por haberles dejado de industria muy apretadas las argollas y ligaduras de las gargantas, quizá por impedirles con este tormento el que cantasen loores al Señor. Pero no consiguieron sus intentos, pues aunque tenían casi impedida la respiración, como el espíritu da ciencia de voces, elevaron los ecos en suaves armonías con que deleitaron a los ángeles y atemorizaron a los demonios, causando nueva admiración a los tiranos ver la alegría de nuestro mártires, en ocasión que tenían a la vista los infernales baños de Ungen, bastantes a amilanar corazones que no fueran del esfuerzo de nuestros soldados.

Había diputado Tacanaga cinco comisarios para ejecutores de sus órdenes, asegurándoles crecidos premios, si con sus industrias hacían renegar a los gloriosos atletas. Para lograr su codicia los grandes premios ofrecidos, procuraron combatir a los diamantes de la fe, con los porfiados golpes de los ruegos, a que añadían la gracia del emperador recuperada sólo con renunciar al cristianismo. Mas despreciando los soldados de Cristo sus vanas promesas, manifestaron su ánimo invencible de padecer más, y más tormentos de los que había imaginado el tirano. El que más se señaló en confundir a los sayones fue nuestro venerable Fray Bartolomé, que con su antiguo ministro y muy experto en la lengua del Japón, les dijo: *Que como si era fingido el infierno* (por ser una leve sombra el que ellos llamaban con este nombre) *fuera el infierno verdadero, el que había de padecer,*

por no desamparar la fe de Cristo, le padeciera con ánimo esforzado, antes que condescender con lo que de parte de su inicuo rey le proponían. Constancia que admiró a los tiranos, perdiendo con este dicho de nuestro venerable padre, casi la esperanza de conseguir las promesas de Tacanaga.

Viernes cinco de diciembre llevaron a los siervos de Dios al lugar del tormento. Harían sin duda misterio del día cinco de diciembre, pues en él celebra la iglesia al gran Javier, primer apóstol de aquellos países. Alegre desde los celestiales balcones estaría mirando el esfuerzo y constancia de los ministros, que habían seguido sus huellas. Para ver allá a Esteban se rasgaron los cielos, cuya lucha concurrió el cielo todo, desde los miradores empíreos, para ver la constancia del primer mártir de la iglesia. Qué sé yo, si para ver la fortaleza de nuestro venerable padre Fray Bartolomé, primer mártir o protomártir mechoacano, harían teatro los ángeles y santos de la celestial Jerusalén. Claro está que así sería y si faltaron en Ungen los anfiteatros, palestras o circos que hacían plausibles las luchas, sobrarían muchos más lucidos concursos al certamen de nuestros atletas; cuanto va de la tierra al cielo.

Algunos devotos portugueses seguían por este camino a nuestros mártires como allá las hijas de Jerusalén a su maestro Cristo; y viéndolos el venerable padre Fray Vicente, al llegar a un arroyo, sacó del seno un devoto Crucifijo y levantándolo en alto, en que hizo púlpito de su brazo, dijo en voces altas: *Esta es la bandera verdadera de Cristo nuestro bien; todos la sigan.* Alférez real de la milicia de Cristo se ostentó nuestro venerable padre Fray Vicente de San Antonio. Bandera llamó a Cristo crucificado, cuando lo enseñó a los portugueses, y con gran razón. Porque así como las banderas que siguen los de la nación portuguesa llevan bordadas las quinas o cinco llagas de Cristo en sus tafetanes, mostrarles a Cristo llagado con las cinco llagas

manifiestas fue ponerles a la vista a los portugueses las quinas de su nación, para que siguiesen el aire de aquella bandera sagrada. Con el dicho del venerable Fray Vicente, se esforzaron a seguirlo los portugueses; lo cual visto por los ministros, detuvieron la cristiana tropa que intrépida seguía la bandera del crucificado Jesús.

Subieron nuestros religiosos la cuesta del monte de Arima, que por ahora puede denominarse Calvario o Gólgota de aquella cruel Jerusalén. Era muy áspera la subida; pero ¿cuándo no tiene abrojos el camino por donde se sube a la gloria de la inmortalidad? Nuestro venerable Fray Bartolomé fue el que más se afanó en la subida, y es que iba tan flaco y debilitado, que no se podía mover con el peso de los hierros, y a no ser su espíritu tan robusto, hubiera desflaquecido en el camino, lo cual sintiera su valor, pues con quedarse perdiera la ocasión de padecer por su amado Jesús.

Sus espíritus, más que sus esfuerzos, hubieron de subir a lo alto del monte a los benditos mártires. A la hora del medio día llegaron al valle del lago, y a distancia de tres tiros de arcabuz, hicieron alto para darles de comer a los mártires. No fue caridad, como no lo fue el vinagre que le dieron a Cristo antes de crucificarlo; fue por darles más vida, para que más padeciesen. Así estos crueles sayones les dan de comer a nuestros venerables padres, no por compadecidos de su flaqueza, sí porque tuviesen más vida, y así dilatarles el tormento. Un ídolo había en aquel sitio, Aqueronte de aquel infierno, contra el cual comenzaron a predicar nuestros evangélicos ministros, sin espantarlos el ruido de las infernales aguas de Ungen.

Acercáronlos más al lago, ya para atormentarlos, y desnudándolos de sus pobres hábitos y vestidos, sólo les permitieron un paño, precioso sudario de la honestidad. Para ejecutar el tormento de los baños, ataron a cada siervo de Dios con cinco

cuerdas, en pies, manos y garganta, poniéndolos así la orilla del lago sobre una piedra, la cual servía de Cruz, y las cuerdas de clavos, con que fijos los cuerpos, quedaban crucificados para recibir el cruel baño que ya prevenían los infernales ministros, crucificados así mandaron los comisarios requerirles dejasen la fe, o que serían cruelmente atormentados, con aquel fuego que a la vista tenían.

Y para que fuese mayor confusión a los mártires su diabólica astucia, les previnieron que si no permanecían inmóviles en el lugar que los habían puesto, lo tendrían por señal de flaqueza, y por demostración de que renegaban; pero protestaron lo contrario los mártires, respondiéndoles constantes, estaban como siempre, firmes a padecer más y más por la fe de Cristo, y que importarían poco o nada los movimientos del cuerpo, que como flaco y enfermo, podría naturalmente mostrar repugnancia a los tormentos, cuando la parte superior del espíritu, estaba pronta y firme a beber el cáliz del martirio.

Oída tan resuelta respuesta de los valerosos soldados, trataron de dar principio al tormento con las aguas ardientes. Para ejecutar el baño tenían un vaso capaz de dos azumbres de agua. Ánfora podía llamarse, llena de las infernales heces, como las que vio San Juan en su Apocalipsis. Este vaso estaba fijo en una vara de dos brazas de largo; esta servía para que el verdugo llevase a las aguas el vaso, y luego que se llenaba de aquel líquido plomo, levantaba en alto la ánfora para derramar por las espaldas el infernal betún, el cual bañaba todo el cuerpo del mártir, que puesto sobre la piedra, le tenían otros ministros firme tirano igualmente de las cinco cuerdas; por pausas dejaba el verdugo bajar el agua azufrada, porque no penetrase dentro y muriese luego el atormentado; mas según eran de activos los ardores, como iba cayendo el agua, así iba penetrando hasta los huesos, dejando llagado todo el cuerpo. Aquí se vio ya nuestro

venerable Fray Bartolomé, imitador del santo de su nombre, perdiendo la piel en el martirio.

Al mismo tiempo que bajaba la tempestad sulfúrea sobre los cuerpos de los siervos del Señor, elevaban las voces la muchedumbre de idólatras, diciéndoles renegasen; mas viendo la constancia de cada uno de ellos, les mandaban vestir y los volvían a las chozas a que reposasen los dolores. Allí los tuvieron muchos días, cargados de prisiones, siendo su cama una vil estera, con un poco de paja y su comida una sola sardina con una limitada porción de arroz, y esta tenue vianda era una sola vez cada día.

El primero que padeció este tormento, fue nuestro venerable Fray Francisco de Jesús, que por sus repetidas ocasiones lo toleró con la constancia que su santo sufrió las brasas en Asís. Otras tantas lo toleró el padre Antonio Pinto, con el mismo valor, nuestro venerable Fray Vicente, fue atormentado cinco veces, y las mismas nuestra hermana mantelata doña Beatriz de Acosta. Su hija doña María, como tierna y delicada doncella, al segundo golpe de agua cayó en tierra, porque tirando unos más que otros de las cuerdas, cayó en el suelo aquel virgíneo cuerpo, y juzgando los comisarios que había retrocedido, la mandaron volver a Nangansaki, divulgando había flaqueado; pero ella constante clamaba desde la cárcel, diciendo la volviesen con su madre y religiosos, para su compañía dar por su esposo la vida.

Al venerable Fray Gabriel le atormentaron sólo dos días, pero con tanta crueldad, que casi llegó a los umbrales de la muerte, y así suspendieron los tormentos para reservarlo para otros mayores que maquinaban allá en los gabinetes de la tiranía. El venerable Fray Bartolomé estaba tan debilitado y consumido de los ayunos y continuas penitencias, que no se atrevieron a repetirle los baños, temiendo que en uno había de expirar; por lo cual solos dos días fue crucificado en las aguas

de Ungen. Parecía caridad esta en los ministros, de no repetir los baños, y no era sino ostentar su mayor tiranía, por tener más deleite en ver padecer a los mártires, como hicieron con Cristo los judíos, que para que llegase al Calvario, llamaron a Cirineo, que le ayudase a llevar el peso de la Cruz.

De todo lo acaecido se dio noticia fiel a Tacanaga, refiriéndole así la constancia de los siervos del Señor, como los horrosos efectos que hacían los baños en los cuerpos de los mártires, del cual tormento no se seguía el fin que esperaba, que apostatasen de la fe. Mas, como no pretendían muriesen en este tormento (porque no triunfasen de su crueldad los mártires) sino mortificarlos de manera que renunciasen la fe, envió (no por piedad) desde Nangansaki, médicos que los curasen y quien les hiciesen de comer, para que recobradas las naturales fuerzas, se continuase el tormento, y el tirano la esperanza de rendirlos a su ley, o deleitarse con la gloria de un Nerón en verlos padecer.

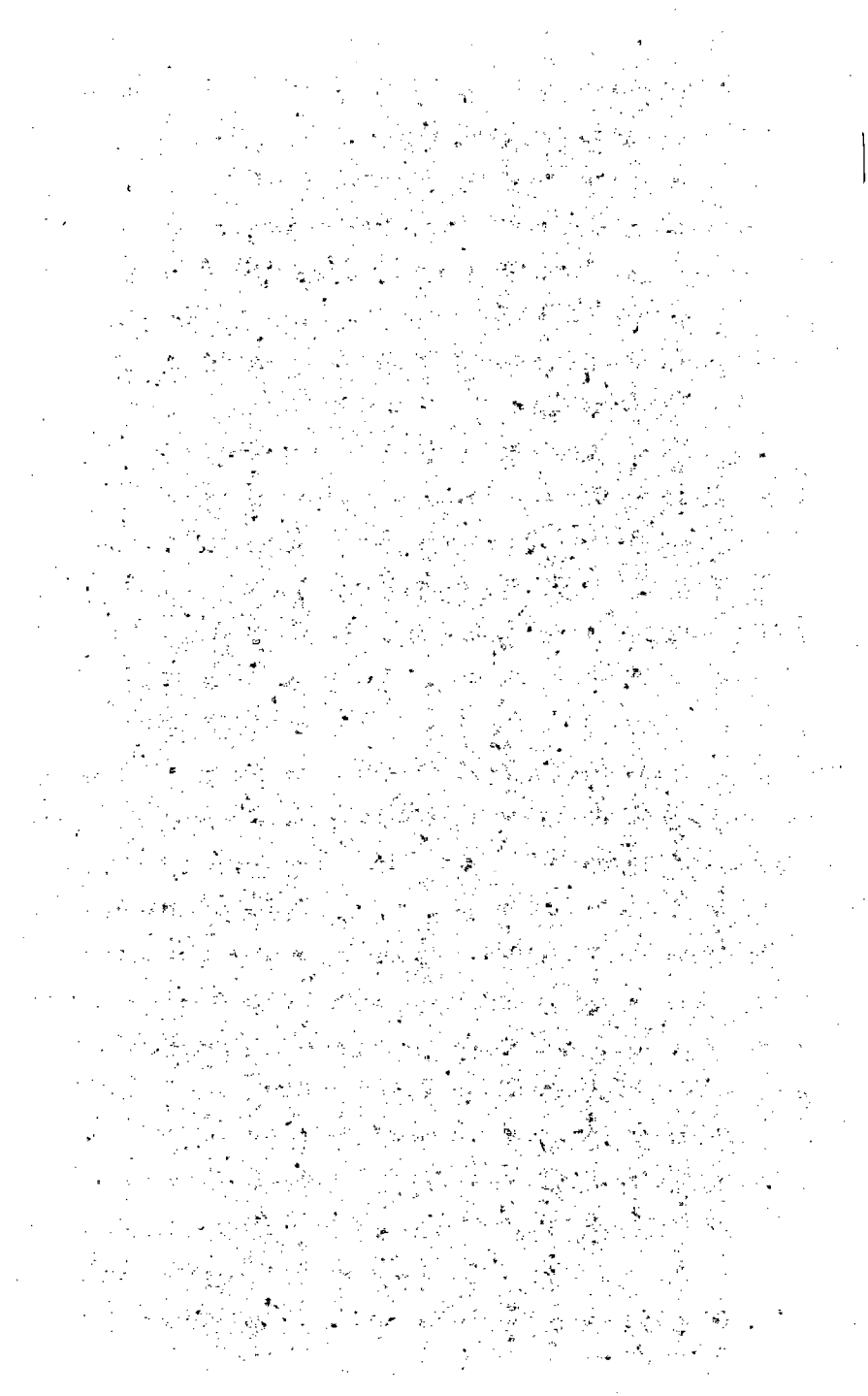
Pero todos sus intentos le salieron muy contrarios de lo que pensaba: pues habiendo atormentado al venerable padre Fray Vicente por ser el más mozo, cinco veces, en la última, al moverlo de la piedra en que tenían asido a este Prometeo del cielo, le dio tan fuerte desmayo, que lo llegaron ya a sentenciar por muerto, pero volviendo en sí con un cordial que le dieron, los ministros le daban fuertes y repetidas voces, diciéndole renegase, por parecerles que la falta de sentido ayudaría a sus designios; mas como le sobaban fuerzas a su robusto espíritu (aunque carecía de ellas el cuerpo) levantó la voz, diciéndoles tales razones, que confusos y avergonzados, le llevaron a su choza; en que estuvo tan enfermo, que se dudó volviera a Nangansaki.

No contentos los tiranos con lo obrado, pasaron aún a más sus crueldades, para lo cual sacaron de las chozas a los mártires, llagados y postrados con los intensos dolores, que estaban

ya en los umbrales de la sepultura. Levantaron dos palos en los nevados campos de Arima, y ellos desnudos en aquel inmenso frío, pusieron atados a nuestro venerable padre Fray Francisco y a nuestra hermana doña Beatriz, por reconocer no estaban tan enfermos como los demás. Toda una noche elevados sobre una áspera piedra que les servía de peña fría a los pies del palo, y en las bocas por que no cantasen himnos a Dios, les pusieron a cada uno una piedra del porte de un huevo, como si porque callaran los labios, los corazones no sonaran como suaves cítaras contra el Moab del infierno.

Capítulo XLIV

**Vuelven a Nangansaki los mártires,
en donde se les notifica la sentencia
de muerte y martirio de nuestro
venerable padre**



No se cansó la crueldad de Tacanaga con haber atormentado a los gloriosos soldados de Cristo en las infernales aguas de Ungen, antes sí mientras convalecían de aquel quebranto con que habían sido ya juzgados por muertos, discurría trazas su diabólica malicia para contrastar aquella constancia cristiana. Tenían los sayones en su poder una lámina devota de Cristo crucificado, que por acaso hallaron en los bienes de los mártires, la cual hoy se venera en nuestro convento de Santa Cruz de México. Esta, aquella infame canalla la arrojó al suelo y luego les mandaron a nuestros venerables padres la pisasen, y hollasen, porque de no hacerlo así, los arrojarían en aquel infernal lago, para que de una vez pudiesen. Oyeron los benditos padres la execrable propuesta de los malditos Iconómacos, y a una voz respondieron: *Que escogían el morir cocidos, antes que obedecer tan impío mandato.* Oída esta respuesta, fueron a la choza del venerable Fray Vicente, y haciendo el mismo requerimiento, sacó los llagados pies y les dijo: *Que antes se los cortaría, que llegar con ellos a la santísima imagen.* Pero los sayones le replicaron que le amarrarían y así se la pondrían bajo las plantas. A lo cual respondió: *Que esa sería obra suya, y no consentimiento de la voluntad, que estaba firmísima en la veneración del Señor, cuya fe confesaba.*

Ya contaban treinta y un días los cinco esforzados campeones, que estaban en el áspero monte de Arima, sintiendo los

extremos del fuego y frío, tan lastimados de los baños que sobre los intensos dolores que sentían de las llagas, se les acrecentaban los tormentos, por el que les daban los gusanos que se engendraron del humor de las llagas. Cada uno era una viva imagen de Job, sobre cuyos cuerpos habían los demonios, por manos de los japoneses, descargado sus iras.

A este tormento se añadía el sumo desabrigo, en una región tan fría como queda ya visto, pues los mismos tiranos, teniendo grandes resguardos de ropas y muchos fuegos, como queda ya visto, casi el temperamento los hizo salir de Arima, por lo recio de los aires. ¿Pues qué sentirían nuestros venerables mártires, desnudos, sin abrigo, ni la menor comodidad para resistir el temperamento de aquella destemplada Sardinia? De frío morían, como allá David, sin más Sunamite que su abrasado espíritu; y a no haber este comunicado calor al cuerpo, hubieran sin duda alguna, muerto a los intensos ábregos de aquella Noruega.

Manifestó el Señor para confusión de aquella gentilidad y consuelo de sus siervos y demás cristianos, que estando con todos aprisionado el venerable Fray Gabriel de la Magdalena, en los baños de Ungen, se desapareció como angélico espíritu diversas veces de aquel lugar, y al mismo tiempo era visto en Nangansaki (distante trece leguas de los infernales baños), en casa de los gobernadores; pero buscándolo los ministros del tirano en el lugar de los baños, con la perturbación y cuidado que les causaba su ausencia, aparecía luego y conversaba con ellos. Sin duda que las aguas de Ungen le comunicaron esta virtud, porque como le quitaron con sus ardores todo lo que era carne y sólo le dejaron lo que era espíritu, por esto ejercita acciones de espíritu, y olvida las de cuerpo. Allá fingieron que los que se bañaban en la fuente de Narciso perdían la carne, y sólo les quedaba la voz, como le aconteció a la ninfa Eco. Aquí se ve con verdad en las aguas de Ungen, que lo hace Dios con

sus mártires, permitiendo que les quiten las aguas la corpórea piel, para que queden solos los espíritus.

En una ocasión, a vista de todos los ministros, se desapareció repentinamente y buscándolo por los montes, como no lo hallasen, se apareció a poco tiempo en el mismo sitio que estaba antes, con tres panes calientes, no habiendo en aquel paraje ni en su comarca hornos para cocer pan, ni panaderos que se los pudiesen haber dado. Causó gran confusión esta maravilla a los que obstinados en sus errores no desistían de su crueldad. Quedando no menos admirados, que confusos el gobernador de Nanganisaki y sus criados, viéndolo entrar en su casa (que llaman Xoya), al mismo tiempo que lo tenían bien asegurado en los baños, por lo cual lo llamaban hechicero y encantador, renombres que también dieron a Cristo los judíos, viéndolo obrar prodigios.

Cansados los infernales ministros de atormentar inhumanos a los siervos de Dios, trataron de restituirlos a la antigua cárcel de Nangansaki, cumplido ya el término de treinta y un días que habían estado en los baños de Ungen. Para volverlos pusieron a caballo a los capitanes de Cristo, el día cinco de febrero, año de mil seiscientos treinta y dos, victoriosos ya de los tiranos, y quizá por eso dispuso la Providencia entren en Nangansaki los mártires de Cristo en estos brutos, en testimonio de que vienen coronados de triunfos.

Al pasar nuestros atletas por un baño que había en unos jardines de Venus, en el camino, intentaron los infernales ministros dar el último y más fuerte ataque a aquellos invencibles héroes. Entráronlos a aquel huerto de Chipre, adonde Venus y Cupido se recreaban, y en un baño de agua templada, en sus bordes sentaron a nuestros venerables padres, y dentro de sus aguas, peores estas que las infernales de Ungen, introdujeron treinta hermosísimas ninfas, escogidas madamas de lo más

lucido y deshonesto del Japón, para que con sus deshonestos ademanes y manifiestas torpezas, provocasen estas malditas sirenas a los religiosos Ulises, a precipicios de su castidad. Pero nuestros venerables padres, todos se ataron al mástil, árbol mayor de la Cruz de Cristo, y cerrando los ojos, como allá Ulises los oídos, pudieron salir victoriosos de aquel infernal escollo, en que se han sumergido los Davides, Sansones y Salomones.

Viendo los tiranos de nuestros mártires la constancia, casi los tuvieron en esta ocasión por más esforzados que los habían admirado en los baños de Ungen: y pudiendo creerlos divinos estos gentiles, como lo afirmaron otros de Narciso, viendo que no los rendían las desnudas ninfas de las fuentes. Un fragante Narciso se me ofrece cada uno de estos insignes varones, despreciando profanas deidades, y por esto convertidos en lirios o azucenas del celestial jardín. Breve veremos salpicadas de púrpura las hojas de estas puras y candidas flores. Pues viendo los tiranos la constancia de los mártires, burladas ya sus infernales máximas, prosiguieron su viaje y llevando de camino a nuestra mantelata doña Beatriz, que estaba en Boloama, llegaron a Nangansaki los seis soldados de Cristo, y luego los pusieron aprisionados en la estrecha y rigurosa mazmorra, que llaman los japoneses Cruamanche, para distinguirla de otras.

Luego pasaron los jueces comisarios a referir a Tacanaga lo mucho que por servirle habían obrado en su obsequio. Y uno de ellos, que quiso más que los otros adularle o adularse, le afirmó lo siguiente: *Vengo admirado de la entereza de estos padres, ni una palabra ni movimiento alguno he visto en ellos de dejar su fe; ni un punto, con los tormentos que les he dado, los he podido hacer mover a mis intentos y de V. majestad.* Oyó el cruel monarca la relación de lo sucedido, y lo llevó tan a mal su soberbia crueldad, que como león de las selvas, bramaba furioso viéndose burlado en sus

astucias; y más se encendía en cólera cuando se acordaba de que algunos le afianzaron no dejarían la fe los religiosos, por más que los atormentasen en las aguas infernales.

Había acaecido, cuando conducían a los mártires a los referidos baños, que uno de los comisarios ejecutores de los tormentos, le dijo a Simón Baz de Payva, embajador de Portugal: *Embajador: de esta vez estos padres tomaron atrás y negaron la fe de Cristo; porque los martirios que les van a dar son los mayores que hasta ahora se han visto.* A las cuales palabras respondió el embajador, llevado de lo católico, para ensalzar la eficacia de la divina asistencia, y lo que obra la fe en quien tiene caridad, dijo: *que cuando los religiosos retrocediesen, faltaría la fe de Cristo, y así que a él le cortasen la cabeza, si renegasen.* Dijéronselo al rey, y aceptó el partido, dando órdenes al ejecutor para que hiciese todo el esfuerzo posible por vencerlos a tormentos. Pero receloso el tirano del efecto que tendría su intento, estando presentes un sacerdote japonés renegado y otros que también habían apostatado de la fe, que habían llamado para consultar con ellos, les dijo: *¿Qué os parece, renegarán estos padres?* A lo cual respondieron casi unánimes: *No se canse V. Majestad, porque no han de renegar.* Lo cual oído, se enfureció de manera que blasfemando de Dios, concluyó diciéndoles: *Veréis cómo los hago renegar, con los tormentos de las ardientes aguas.* Según esto, ¿qué eficacias no pondrían los tiranos para derrocar la constancia de los mártires?

Luego que los católicos tuvieron ciertas noticias del valor de los soldados de Cristo, se daban parabienes y repetidas gracias. Celebrolo mucho más que todos el embajador portugués, que con arrojo católico y peligro de su vida, había asegurado la fortaleza de los religiosos. Todos mostraron en sus rostros la alegría, la cual fue notable en Nangansaki, y más cuando llegaron las noticias de los esforzados hechos de los soldados de Cristo. Uno de ellos, que se sospecha fue nuestro venerable

Fray Bartolomé, viendo que el ministro que le vaciaba el agua o por mejor decir el derretido alquitrán en el cuerpo, era de modo que dejaba libre una parte de él, le dio voces levantando el brazo lo que permitía el cordel, les dijo a los verdugos: *Este lado falta por remojar*. Dicho de un esforzado español San Lorenzo, en la parrilla, y repetido en Arima, por otro mártir español, para asombro a las naciones extranjeras.

No tuvieron alivio en los trabajos el venerable Fray Bartolomé y sus compañeros, aunque suspendió Tacanaga la conclusión de su causa, porque aprisionados en la cárcel de Nangansaki, desde el día seis de febrero que volvieron a ella, hasta el de su martirio, tres de septiembre, padecieron repetidas calamidades y penas. Tan flacos llegaron a verse en aquella infernal cárcel, tan debilitados, maltratados y llagados, tan llenos de gusanos, que causaban lástima y compasión al más bárbaro africano, o inhumano Sita. Pero cuanto más penados los veían los crueles japoneses, tanto más se alegraban de ver aquel cúmulo de miseria recópiladas en aquellos presos. Las incomodidades de la cárcel eran grandes, pues sobre la mucha humedad y desagravio de ella, la falta de ropa y sobra de dolores, era a los religiosos nuevo tormento.

Todo esto toleraban con ejemplar paciencia, esperando por horas el fin dichoso de sus continuas penalidades. Dilatoles el Señor este consuelo, para dar más esmaltes al oro de sus coronas, con ocasión de subir a la corte el impío Tacanaga. Este fue a noticiar en persona al emperador, de todo lo ejecutado en los baños infernales, y del ningún fruto que se había cogido de los mártires en aquella crueldad. Ponderaba el hecho del mártir que levantó el brazo para enseñarle al verdugo el lugar que faltaba en su cuerpo, para que sobre él descargase el agua aplomada. Faltáronle las palabras para ponderar la constancia del baño, adonde les habían puesto de industria, treinta lascivas

Venus. De todo se admiraba el emperador, y a no estar como Faraón endurecido, hubieran hecho mella en su corazón estos prodigios, que por medio de los mártires obraba la mano del Señor.

Mientras Tacanaga se mantenía en la corte de Macao, no perdían tiempo nuestros venerables padres en la cárcel de Nangansaki, laude perenne era la de la mazmorra adonde a los chasquidos del azote de Tesifone, se llevaban las voces hasta hacer en los cielos ecos, al compás de los tormentos, como el galeote al son de los remos, cantaban a Dios loores y alabanzas. De que admirados los gentiles, llegaron a preguntar que si no sentían aquella cruel prisión; pues así celebraban con músicas su perdida libertad a la cual casi equivalente responderían que ellos eran aves del Señor, y que la cárcel era la jaula adonde los aprisionaban, para que así cantasen a su Dios y creador. Diríanles eran cisnes, y como estos pájaros, cuando conocen ya la muerte cercana, cantan en el Caistro su fin: así nosotros viendo lo poco que tenemos ya de vida, como cisnes de la celestial campiña, cantamos nuestra felicidad, celebramos con músicas y cantos nuestro dichoso fin.

De la referida armonía de himnos y salmos, recibían notable disgusto los infernales ministros; peores en esto que los demonios, pues de los infernales espíritus hubo quienes firmaran, que con la música se aplacaban. Así ni más ni menos las guardas, en vez de templarse con la armonía, más se enfurecían con los celestiales músicos, y en vez de lanzas, les decían repetidas injurias y oprobios, que toleraban con mansedumbre y constancia.

Para consuelo en estas tribulaciones del venerable padre Fray Bartolomé, dispuso la Divina Providencia, se hallase en el Japón por este tiempo el venerable padre Fray Tomás de San Agustín, religioso nuestro y después dichoso mártir de Cristo. Notició este venerable padre de la rigurosa prisión que padecía

su padre y prelado Fray Bartolomé. La necesidad y amor de hijo le aguzó el entendimiento para que discurriese modo de socorrerle en necesidad tan urgente y extrema, y asimismo para conferir con su experimentado prelado el modo de socorrer a aquella afligida cristiandad. Para todo lo cual determinó conservar el vestuario japonés, con que había salido de Manila, y como era natural de aquel reino, le ayudó mucho para no ser descubierto, el hablar con toda propiedad la lengua y acomodarse por mozo de caballos del gobernador Tacanaga. Con tan bajo empleo entraba y salía con facilidad a todas partes, y así logró la ocasión de verse con su querido padre y prelado; que recibió gran consuelo con su vista, y mucho mayor porque le comunicó el estado de aquella cristiandad. Industriole en las materias más graves y necesarias para su conservación.

Mientras estuvo el bendito padre y prelado Fray Bartolomé en la prisión, lo socorría el dichoso súbdito Fray Tomás, empleando en el sustento de ambos medio real, que ganaba en su personal trabajo. Hecho de otro Hércules ocuparse en limpiar los establos, para sustentar a su amado padre. Hecho fue este del venerable Fray Tomás, que puede hacerlo célebre entre los grandes.

Bien podemos llamar a nuestro venerable Fray Tomás, *Insignem pietate virum*. Pues cuando ardía en crueles llamas la troyana Nangansaki, entonces este hijo sustentaba en medio de los fuegos de aquella persecución a su piadoso padre y anciano prelado Fray Bartolomé.

Consuelo fue este que le duró poco, porque se le llegó la hora de recibir el premio de sus fatigas al venerable padre Fray Bartolomé, siendo sentenciado a muerte, dolor que le llegó a lo más vivo del sentimiento al venerable padre Fray Tomás; y a no haberle impedido el prelado el que no se descubriese por ser necesario a la conversión de aquella cristiandad, hubiera

manifestándose, por seguir a su padre y prelado al martirio. Pero si por entonces no logró la palma de encarnadas rosas, después, cuando convino, el Señor le premió su celo, vertiendo la noble púrpura de sus venas en testimonio de su fe, añadiendo con su muerte otro héroe a los infinitos de la aureliana familia, los cuales ya no los cuenta por ser imposible numerarle al cielo sus astros.

Volvió Tacanaga de la corte con órdenes de crueldad, las cuales había de ejecutar; y para darles cumplimiento, determinó concluir la causa de los que había atormentado en los baños, y para amedrentar a nuestros mártires, el teatro para la ejecución de la tragedia; haciendo poner en él seis leños o columnas de madera, clavadas en el suelo, para atar a ellas a los soldados de Cristo, que habían de padecer martirio. Cómo podían faltar gloriosas columnas a los mártires de Cristo en los últimos fines del mundo, cuales son los reinos del Japón.

Y así quiso Dios que en los fines de la tierra, en lo último de la cristiandad, pusieran sus columnas los Hércules cristianos de nuestros gloriosos mártires.

Para fenecer la causa sentenció a destierro a nuestra hermana Beatriz y a su hija, que ejecutó el año de mil seiscientos treinta y cuatro, saliendo las dos para Macan, donde entraron religiosas, y acabaron sus vidas con gran ejemplo de santidad.

Por estas dos fuertes mujeres que el Señor sacó de entre los mártires, compañeras que habían sido constantísimas en los baños de Ungen, les dio el Señor un insigne campeón, que fue un clérigo sacerdote de nación japonés, llamado Jerónimo de la Cruz y Torres, del orden tercero del glorioso padre y serafín San Francisco. Llegose el día dos de septiembre, y mandó Tacanaga hacer a los presos el último requerimiento; en que les decía estar ya preparado el lugar en que habían de ser quemados el día siguiente, según la sentencia del emperador, si no

dejaban la ley que predicaban, pero con todo eso les advertía que tenían lugar de renegar y de hacerlo así, pendía el ser libres, favorecidos y honrados. Oyeron los soldados de Cristo las felices nuevas que les daba el secretario, envueltas en la perversa maldad de que habían de detestar la fe de su amado Dios, y así respondieron todos a una voz, las seis cuerdas de aquel celestial instrumento: *Que la vida que gozaban se la volvían a Dios, cuya era, y que estaban prontos a darla por la fe que profesaban.*

Con lo dicho se despidió el mensajero, dejando ya fulminada la sentencia de muerte contra nuestros venerables padres. Luego dieron principio a prepararse para el último combate temido aún de la humanidad de Cristo vida nuestra. Todo era hacer repetidos actos de amor de Dios, para cuya mayor gloria determinaron que en nombre de todos escribiese el venerable padre Fray Vicente, lo que pasaba a los devotos portugueses que estaban en Nangansaki, y escrita que fue la carta la firmaron todos como propia, cuyo tenor es el siguiente:

Laus Sanctissimo Sacramento. Para honra y gloria de Dios digo que hoy jueves dos de septiembre, llegó a esta cárcel un recado del tirano, en que decía estar preparado el lugar del martirio, en que mañana o al otro día se ejecutaría la sentencia de quemarnos vivos, como el emperador lo ordenaba. Con todo eso nos advertía que si renegásemos, seríamos libres y premiados, respondimos todos a una voz que la vida que tenemos, daríamos a Dios cuando Él nos la quisiese quitar, y que estábamos aparejados y alegres, para darla por su amor, por su ley y Evangelio. Sea el Señor loado en las maravillas que usa con nosotros; tan indigno yo de ellas, cuanto él largo y misericordioso en mí las hace. Pedimos a todos encarecidamente a VV.MM. nos encomienden a Dios.

Luego que tuvo noticia Tacanaga de la respuesta de los esforzados soldados de Cristo, se enfureció de suerte que al punto mandó sacar de la cárcel a tres de ellos, y que les entregasen a otros tantos renegados, para que con sus astucias los moviesen a retroceder, con el ejemplo de haberlo hecho ellos. Receloso de perder el tiempo, no ejecutó con todos esta diligencia, dejando en la cárcel a los tres religiosos españoles y usando sólo de esta astucia con los dos japoneses, por parecerle, confiado, que los renegados como paisanos, lo reducirían y con el venerable hermano Fray Gabriel, por el interés que se le seguiría al reino del Japón, porque como médico insigne les sería a todos muy provechoso con sus prodigiosas curas.

El padre Antonio Pinto, fue entregado a Sakeyemon Antón, era uno de los del gobierno de Nangansaki, el cual vivía en el episcopal palacio, que fue de don Luis de Serqueira, cuando aquella ciudad era católica. Sin dilación comenzó el pérfido apóstata a persuadirle, ya con ruegos y promesas, ya con amenazas y razones, dejase la fe. Pero fueron vanas y de ninguna eficacia a su constancia, pues respondió diciéndole: *Hállome en estas casas, que fueron escuela para mi enseñanza, y me avivan al reconocimiento a Dios, por haber aprendido en ellas el reconocimiento a la ley evangélica, que he predicado, y lo que debo responder a tan vanas promesas. Cuando niño logré aquí el alimento, y ahora consumado en la doctrina cristiana y envejecido en los trabajos y años, protesto en el mismo sitio dar la vida, por la fe que tú dejaste. Da de mano a tus errores, y vuelve al rebaño del divino Pastor, que como oveja perdida, te recibirá si le buscas arrepentido de tu gravísimo delito.*

El devoto sacerdote Fray Jerónimo de la Cruz y Torres, fue llevado en casa de Ninquo Catanguifeymo, que obró todas las diligencias que su malicia pudo inventar, para contrastarle; pero tan en vano, que respondió: *Quería morir firme en la fe de Cristo que profesaba.* El venerable Fray Gabriel, fue conducido en casa

de Antón Sakeyemon, el cual como ponzoñosa víbora pretendió envenenar su sencillo pecho, presentándole la gran estimación en que todos le tenían, por haberles curado sus enfermos. Mas redarguyendo la ingratitud con que los gentiles pagaban semejantes beneficios que les había hecho Dios, librándolos de las enfermedades por su mano, le desengañó diciéndole: *No gastase en vano el tiempo, y le aprovechase para su remedio.*

Viendo estos infames renegados traidores a su Dios, que perdían tiempo en querer con la porra de sus discursos, derribar estos Olimpos de la fe, hubieron a su despecho de dar cuenta a Tacanaga con la vergüenza de haber de confesar lo poco fuerte de sus razones. Oído por el tirano gobernador la relación de los renegados, hecho un Cervero en la cólera y rabia, mandó volverlos aquel día a la estrecha prisión, con los demás presos, los cuales dieron infinitas gracias al Señor, por los auxilios, con que había en aquel combate asistido a sus siervos.

Ya como dicho tengo, estaba prevenido el palenque, cercado de gruesas cañas, ordinarias maderas del Japón; en medio de las cuales cañas habían de ver evidente la fuerza del fuego, resplandecer, como centellas, estos mártires. Para estos sólo, parece que lo había dicho en la sabiduría el Espíritu Santo; pues sólo de estos consta haberlos visto abrasados, hechos holocaustos sus cuerpos, en medio de las cañas: *In arundinetis discurrent.* Cómo podían faltar las cañas en las mayores fiestas y triunfos gloriosos que hizo la fe, al soberano Dios, y más siendo fiestas de españoles en quienes se ven de ordinario semejantes regocijos.

En medio de este palenque de cañas, a distancia de poco más de diez pasos, estaban en hilera las seis columnas en que en breve se habían de elevar nuestros venerables mártires, como gloriosos trofeos del valor. Sobre las referidas columnas mandó el tirano, con malicia disponer en verde cielo de frondosas

ramas y paja, todo verde, que sirviese de ostentoso baldaquín a aquel teatro. Rodeaban las columnas gran cantidad de leña verde, que mojaron con agua salada, como también la enramada, para que tardando el fuego en consumir la materia, fuese grande el humo que atormentase a los mártires, y mayor su pena, siendo su muerte más dilatada.

Mandó Tacanaga el día tres de septiembre, ejecutar la sentencia de muerte, dada por el emperador contra los soldados de Cristo, sacáronlos de la cárcel como a las diez de la mañana para conducirlos al lugar del martirio, pusieronlos en unas literillas muy cerradas, porque no los vieses los cristianos, ni se consolasen con su vista. Muchos eran los que habían concurrido por despedirse de ellos, y lograr su santa bendición. Entre la multitud descubrió el venerable padre Fray Vicente, por un resquicio, algunos portugueses, y en alta voz dijo: *Viva la fe de Cristo*. Mas como no le respondiesen temerosos, exclamó diciendo: *¿No hay quién me responda?* Dijo uno de los que iba más cerca: *Viva*. Y prosiguió el venerable padre diciendo: *Viva, Viva*.

Seguía a los venerables padres un ministro de justicia, con una vara alta en que llevaba la sentencia escrita, en una bandera de papel que decía: *Morirán por ser sacerdotes y ministros de cristianos, porque predicaban la ley de Cristo en el Japón, contra los edictos imperiales, y porque no querían retroceder de ella*.

En concertadas voces, iban por el camino desde las literas, carros triunfales de su futura victoria, cantando los dichos mártires el salmo: *Laudate Dominum omnes gentes*, con el sosiego y armonía que pudieran en el retiro del coro. Este salmo repitieron hasta llegar a la estacada. Y pudieran haber cantado el salmo: *In exitu Israel de Egipto, Domus Jacob de populo barbaro*. El cual señala la Iglesia para que se recite cuando acontecen semejantes tiranías. Al entrar en el palenque a los atletas de Cristo, los sacaron de las literillas y se despidieron los unos de los otros,

para verse con brevedad en el cielo; y levantando a él los ojos y manos, dieron gracias a Dios por la dicha que les concedía, pidiéndole con grande humildad les asistiese con sus auxilios.

Luego dilataron la vista por aquella multitud, para despedirse de los muchos cristianos que en ella había y animándolos a vivir y morir en la fe católica, echaron a todos su última bendición. Volviéronse hacia las columnas y las saludaron, como a instrumentos de su felicidad, como hizo allá el apóstol San Andrés con la Cruz en que fue crucificado. Luego los condujeron los ministros, señalándoles a cada uno la suya y los ataron sutilmente por un solo dedo de la mano, para que se pudiese apartar el que quisiese retroceder de la fe. Luego pusieron fuego a la leña los verdugos, y al ver esta última acción, los siervos del Señor dieron gracias al Señor por este especial beneficio que se dignaba de hacerles, y volviendo a despedirse los unos de los otros, levantaron toda la voz, diciendo: *Viva la fe de Cristo*. Repetía estas voces el venerable Fray Vicente, enarbolando en su mano un crucifijo de bronce que sacó del pecho, para aquella ocasión reservado con cuidado.

El primero que comenzó a sentir el fuego, fue el venerable padre Fray Bartolomé, y dando dos vueltas a su columna para reconocer, como capitán de aquella dichosa escuadra, si cada uno de sus compañeros guardaba el puesto. Volvió a darle un estrecho abrazo a la columna, viéndolos a todos firmes y constantes. Estábanlo tanto, que absortos en Dios, más lo invocaban con afectos que con palabras, siendo más activo el fuego del divino amor que les arrebatava el espíritu, que el material fuego que les abrasaba los cuerpos. Tan propenso a su esfera, el fuego era del venerable Fray Gabriel, que a vista de todos, le vieron elevado del suelo sobre las llamas; creció el voraz elemento, despidiendo algún humo, pero no tanto como el tirano deseaba, apoderose con brevedad de la leña, elevándose tanto

sus llamas, que abrasaron la enramada, y mejoraron de vida los dichosos mártires, acabando como el Fénix, entre los incendios, la temporal que gozaban.

Mucho sintió Tacanaga la brevedad con que el fuego separó las vidas de los mártires, de sus cuerpos; pues el fundamento de haber dispuesto fuese verde la leña, y que esta se rociase con agua, fue para dilatar con la tardanza el tormento, y tener mayor deleite en ver padecer a nuestros venerables padres. Pero como no pudo con sus diabólicas astucias conseguir este cruel Perilo sus intentos, como otro Pilatos mandó poner guardas que asistiesen, hasta que fuesen reducidos a cenizas los benditos cuerpos, los sepultasen en el mar, porque los cristianos no las recogiesen, para venerar a los mártires en sus reliquias. Todo el mar fue túmulo glorioso de las cenizas de nuestros venerables padres; consiguiendo estos lo que deseaba Alciato para el gran Galeaco. Fueron en su valor y constancia los Aquiles de la fe y así como este tuvo por sepulcro el mar y a su madre Tetis por plañidera, que continuamente, como marina diosa, llora a su querido Aquiles, llenando de amaranto el lugar de sus cenizas.

Así acontece a nuestros gloriosos Aquiles, sepulta en el mar el tirano sus cenizas. Pero qué importa, que tiene madre nuestro venerable Aquiles Fray Bartolome Gutiérrez. Tiene a Tetis la mechoacana provincia, marina diosa de la América; que no significa Mechoacán otra cosa, que lugar de aguas. Y esta mechoacana Tetis revive con el inmortal amaranto: *Viridi amaranto*, a su Aquiles, a su hijo Fray Bartolomé: *Visitat alba Taetis*.

Sepulte en hora buena el tirano Tacanaga en el mar las cenizas de este insigne héroe, que todo el mar, será túmulo de cristal: *Pro tumulo pone... et mare*. Todas sus olas, serán lágrimas que lo lloran, y cuando estas no lo hagan, tiene a su madre Tetis la mechoacana provincia, que lo llora y lo procura inmortalizar en esta crónica.

Fue este glorioso martirio a tres de septiembre de mil seiscientos treinta y dos; y le padeció el venerable padre Fray Bartolomé el día antecedente al que lo fue de su bautismo, cumpliendo cincuenta y dos años de edad. En la infraoctava de la gloriosísima Santa Rosa de Lima padeció en Nangansaki nuestro venerable Fray Bartolomé. Mes santísimo para las Indias ha sido este. En él dio el Perú al cielo una cándida rosa, en la Virgen rosa de Santa María. Y la Nueva España dio este mismo mes al cielo una encarnada rosa en su hijo el mártir Fray Bartolomé. Póngase ya este mes entre los favorables en el calendario indiano. Quede señalado con las dos piedras Rosa y Bartolomé, la primera blanca y diamantina por la pureza; la segunda de rubí por el martirio.

No faltaron prodigiosas señales que ilustrasen el glorioso triunfo de los mártires, contribuyéndoles el cielo; pues cuando la tierra calla, se hace lenguas el cielo. Viose en el aire una luz grande sobre los mártires al tiempo que padecían, y porque se conociese era del todo milagrosa la señal, dispuso Dios estuviere nublado el cielo.

Vio el mundo de aquel reino una luz o una estrella, en la tirana muerte de nuestros Julios, los venerables mártires de Japón.

A la referida señal se añadió otra prodigiosa. Aparecióse sobre los cuerpos de los mártires, mientras las llamas los reducían a cenizas, un ave blanca que parecía ser paloma. Allá los romanos acostumbraban desde las piras en que abrasaban los cadáveres de sus emperadores, con maña despedir una ave, que manifestase al pueblo ser ella la que llevaba el alma del héroe a los Elíseos Campos. Aquí quiso el cielo se viese con verdad una pura y cándida paloma en la pira, en que consumía el fuego a los cuerpos de los gloriosos mártires.

Causó uno y otro prodigio tal confusión a los gentiles, que como allá el centurión en Jerusalén creyó en Cristo, mirando

los prodigios acaecidos en su muerte, acá algunos exclamaron en las siguientes palabras, diciendo: *Grande Dios es, el que así alienta a los que por él padecen*. Las cuales voces dieron mucho en qué discurrir a Tacanaga, porque pensó que aquella muchedumbre, que pasaba de veinte mil almas, ya eran todas católicas, viendo y oyendo que casi confesaban ya por Dios a Cristo vida nuestra.

Aunque por grandes diligencias que los cristianos hicieron, no pudieron recoger reliquia alguna de los gloriosos mártires, por el cuidado que pusieron los ministros en abrasarlos y echar en el mar sus cenizas. Logró nuestro convento de México un jubón blanco y negro de seda, forrado en olandilla, que había sido del venerable Fray Bartolomé, el cual usaba de esta materia, por andar en traje de secular en aquel reino. Este jubón se conserva en el oratorio del noviciado de dicho convento, juntamente con una carta que en treinta de agosto de mil seiscientos treinta escribió el dicho mártir a un sobrino suyo, dándole noticia del gran fruto que hacían los religiosos en el Japón. Otra carta está, dice nuestro venerable Basalencue, en la caja del depósito de nuestro convento de Valladolid, en esta provincia de Mechoacán.

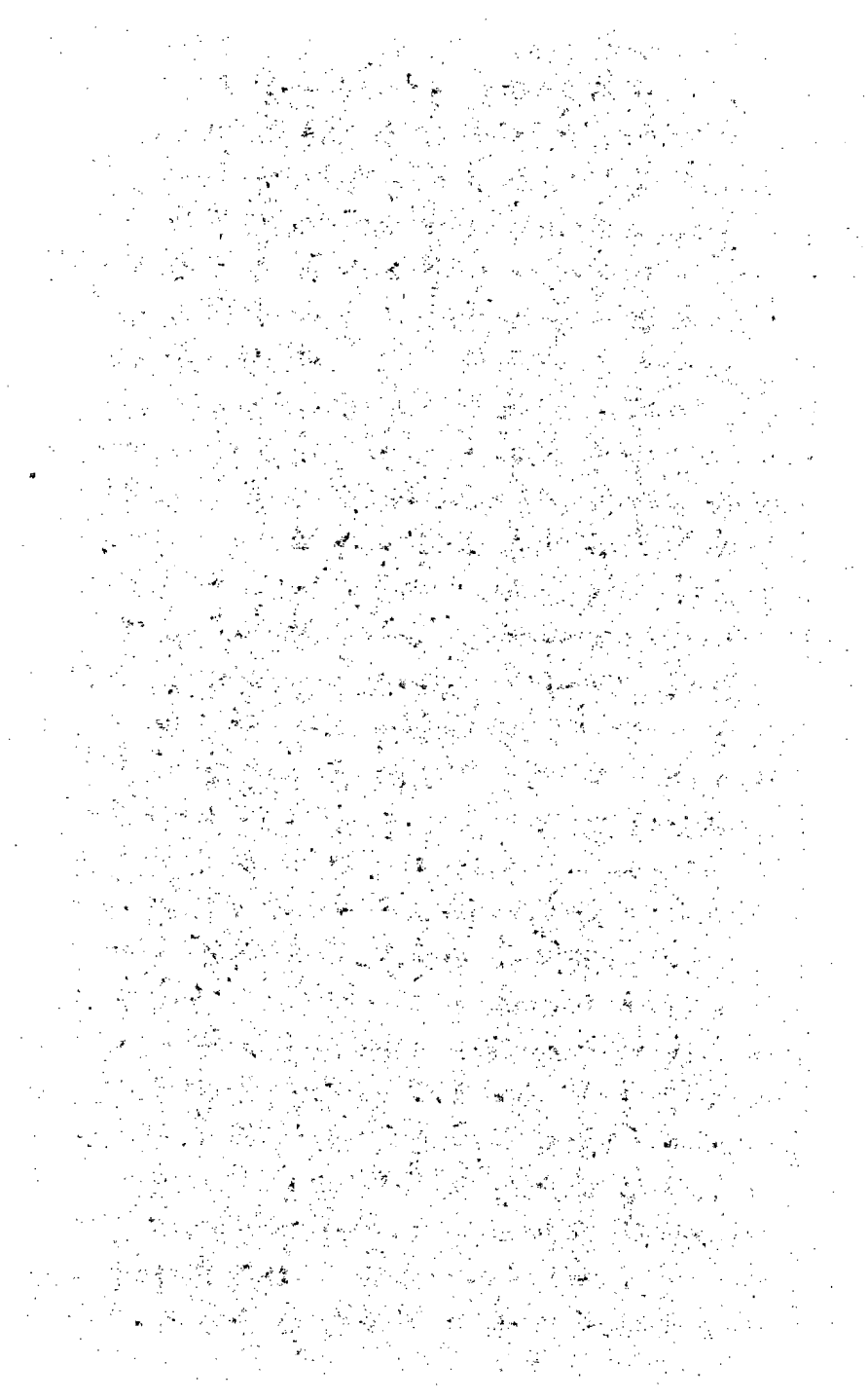
Como fue nuestro venerable mártir Fray Bartolomé, maestro y apóstol del Japón, fueron muchos miles los que convirtió a nuestra santa fe. Y estos no pocos, luego que estuvo en la triunfante Jerusalén, le siguieron en crecidos escuadrones muchos japoneses cristianos. Entre estos nos pertenecen todos aquellos que había admitido por donados y mantelatos, o hermanos terceros de nuestra religión; y otro crecido número de corregiatos, que había ceñídoslos con nuestra correa sagrada Balteo de la celestial milicia de nuestro gran padre Agustín. De todas estas clases se vieron muchos mártires, como se pueden ver en nuestro ilustrísimo Sicardo, en el tomo intitulado

Cristiandad del Japón. Allí se verán cuántas cintas, correas o balteos, se tiñeron de la sangre de los japoneses, en defensa y testimonio de la fe. A cada uno de los cuales cinturiados, decírseles puede con propiedad: *Posuit Cruorem praelii in Balteos* (3. Reg. Cap. 2. N° 5.)

Por horas espera mi mechoacana provincia, ver colocado en los altares a su protomártir Fray Bartolomé. En los últimos pasos se halla la causa de su canonización en la romana curia, cuyo feliz éxito aguarda para manifestarse en las obras madre de un tal hijo. Por tal lo reconoce, aunque quieran otras provincias adjudicárselo. México lo pretende, alegando haberle dado el hábito y haber nacido en aquel convento. Nuestra provincia de Filipinas alega propiedad por haber muerto incorporado en ella. Pero la de Mechoacán, en persona del convento de Yuririapúndaro, dice que a ella le pertenece por haberlo educado desde sus tiernos años, hasta que pasó a Filipinas. Así nuestro venerable Fray Bartolomé, aunque nació en México, aunque murió en Filipinas, debe denominarse mechoacano; porque aquí creció en las ciencias, estudiando en Yuririapúndaro; aquí fue súbdito y así aquí pertenece. Fundamentos que conserva su madre, para llamarlo suyo; como está en el mismo texto: *Et Mater eius conservabat omnia verba haec in corde suo.* Esto es la santa provincia de Mechoacán, madre del venerable protomártir Fray Bartolomé Gutiérrez, hijo del convento de San Pablo de Yuririapúndaro.

Capítulo XLV

**De la fundación del quinto convento
de esta provincia, llamado Santa
María Magdalena de Cuitzeo**



A poca distancia del Mar Rojo, está fundada la celebrada península de Tiro. Parece que hablaba aquí de la situación de Cuitzeo, inmediata a Yuririapúndaro; pues este pueblo, como visto queda, es el Mar Rojo de esta América, y junto a él está a distancia de solas cinco leguas, la península de Cuitzeo, la cual puede ser y denominarse Tiro de este Nuevo Mundo, por la gran similitud que tiene entre sí, como iremos viendo en su descripción. El suelo es muy semejante al de Tiro; seco y pedregoso, tanto que sobre una dilatada cantera, está lo más de la población fundada. Esto hace estéril el suelo del pueblo como lo era allá el de Tiro; pero el comercio de él, lo hacía fértil de frutas y de flores, dándole la industria lo que le negó la naturaleza.

Sobre este estéril y pedregoso suelo, fundaron nuestros venerables padres, primeros colonos de este Tiro, un gran convento con una crecida iglesia, que todo junto parece una grande y elevada ciudad. Tanto, que hablando de paso de esta agigantada fábrica el cronista Rea, dice ser grande, que compite en su grandeza con los muy celebrados monasterios y templos suntuosos de la Italia. Todos los que ven su fábrica, admiran su grandeza, como acontecía a los que veían allá a la celebrada Tiro, atendiendo a su grande hermosura. Que se hacen lenguas de los fundadores de esta hermosa fábrica, en que se ve excede el arte a la naturaleza.

A este gran convento y pueblo, le hace vallado y foso una dilatada laguna, Eritro mar de este Tiro. En cuyo centro y medio dividiéndose las aguas, aparece este suelo seco y estéril. Divididas, pues, las aguas, aparece una semejanza del principio del mundo en nuestro Cuitzeo, pues sólo se ve en medio de aquellas muchas aguas, la tierra más árida y seca de Mechoacán. Pero qué importa, si sobre aquellos peñascos se divisa una rica perla, que produjeron sus aguas. Allá fingieron que la madre del amor, cual fue Venus Magdalena, naciendo de las aguas de sus ojos. Madre del más casto amor, de cuya perla es la concha el gran convento de Cuitzeo.

Sola esta fina oriental perla, puede convertir en placer este puesto, por no ser nada agradable a la vista, porque aunque tiene muchas aguas que lo circunvalan, son por el poco fondo estas muy turbias. También tiene dilatados horizontes, en que pudiera a haber explayarse la vista; pero estos, con los muchos humos que se levantan de las muchas aguas cálidas que sus márgenes tienen, a los cuales acompañan muchos vapores de las grandes humedades, sucede enturbiarse la diáfana región del aire, causa porque no tiene la hermosura de los cielos, viéndose muchas veces opaco el celestial pensil, en que los astros hacen en sus azules cuadros, el papel de las flores.

Sólo por el norte tiene entrada por tierra firme, y por este estrecho se comunica Cuitzeo, como allá la isla de Tiro; a la cual hizo el magno Alejandro, una con la tierra. Aquí fue la naturaleza la que obró, dejando más alta la tierra del norte, para así hacer paso franco a la península de Cuitzeo, no alcanzando el agua a tapar las alturas de la entrada. Esta entrada está toda poblada de magueyes, plantas que si a la vista son poco o nada deleitables, son de esta tierra las parras de Engadi, que a un mismo tiempo dan en los racimos vino y en los sumos bálsamo. Es árbol este muy proficuo, muchas utilidades le han hallado,

y aun han escrito enteros libros de sus virtudes, pues en ellos se halla una completa botica para todas las enfermedades, como lo testifican los naturales Dioscórides de este Nuevo Mundo. Planta que hace olvidar al medicinal apio del oriente, tan celebrado del médico Esculapio, pues solas sus virtudes fueron suficientes a darle nombre.

Más de quince leguas cuenta en su círculo este mar; déjenmelo llamar así, que así denomina la escritura a la laguna de Tiberíades o Genezaret, a que se asemeja mucho esta de Cuitzeo, que está en medio de la cual, como dicho tengo, está Cuitzeo, hecho corazón de aquel mar, como lo era Tiro del Eritreo. Así se extiende el suelo de Cuitzeo, que está en medio de esta laguna, empieza la tierra por el norte, en forma de punta de corazón y se va dilatando hasta el oriente, de manera que a verla algún cosmógrafo, denominara a esta península corazón de estas aguas.

Alguna consideración hicieron en medio de su barbaridad los tarascos cuando le dieron a esta tierra el nombre de *Cuitzeo*, que trasladado y declarado en nuestro castellano, viene a decir *Tinaja* por tener esta forma de península, según algunos, y otros dicen fue la razón de denominarse así haber fábricas de estos vasos inmediatas a este pueblo. Si no es que así como los egipcios, que moraban en medio de las lagunas del Nilo, adoraban al dios Canopo en forma de tinaja; estos tarascos moradores de esta laguna, atribuían divinidad a algún ídolo, en forma de tinaja; pues los más pueblos de esta provincia, tomaban los nombres de los simulacros, que ciegos adoraban en las tinieblas de su gentilidad.

Aunque a la vista por turbia, es despreciable esta laguna; no es tan inútil su agua, que no dé mucho provecho a sus moradores, en un pescadillo muy pequeño que dominaba el tarasco *charari*, cuyo nombre le granjeó su pequeñez. Langostas de los

peces pueden denominarse según su multitud. Cientos son menester para llenar un plato, el cual es sabrosísimo al paladar. Él es el comercio de este pueblo, él es, aunque pequeño, el que le da nombre por el mucho pescadillo que sacan de él las re-cuas; entréganlo los indios por medidas, al modo de las semillas, único pescado que entra en el celemín de cuantos cría el elemento del agua.

Esta laguna, navegándola al oriente, tiene más fondo; motivo por el que cría en las profundidades algunos bagres, y en los manglares o tulares, es inmensa la multitud de patos que se ven, con muchos ansares, muy parecidos a los celebrados cisnes de los poetas. Los de esta laguna deben de ser mudos, pues hasta hoy no ha cantado alguno. Los alcatraces que se crían son muy grandes, casi tamaños como los avestruces de la Europa; con una notable señal, y es que en lo bajo del pico tienen una red de nerviecitos muy sùtiles, que les dio la pròvida naturaleza, de que se valen para pescar los chararis; y al modo de estas aves, tienen los indios sus redes, que sin duda aprendieron de estos pájaros el modo de fàbricar los instrumentos de la pesca. Pájaros singulares: ¿qué no hubieran escrito los antiguos autores acerca de ellos? Si hubieran visto los intérpretes las cabezas de estos alcatraces de Cuitzeo, con la red, y los pescadillos, luego dijeran que de estos prodigiosos pájaros había hablado Job.

Es muy medicinal su emplumada piel, excede a las martas y armiños en blanco y suave, y aplicada al estómago, quita con su calor el dolor de él; y si se aplica al cuello, el que tiene buche, con el tiempo lo deshace con su natural suavidad. Otros muchos pájaros, como son garzas, pardas y blancas, con una innumerable multitud de patos de varios tamaños, cuyos nombres se ignoran, alimentan esta laguna. Un año aconteció caer un crecido granizo, y fue tal el estrago, que cayeron casi infinitos.

De ellos se aprovecharon los indios, sacándolos a vender a las inmediatas poblaciones. De modo, que abunda de peces y aves esta laguna, unidos estos para alabar a su Creador.

En sus orillas cría por el tiempo de cuaresma cuando todos los campos se ven desnudos, una yerba que llaman romeritos, al gusto sabrosísima, de que se hace como un plato, en el santo tiempo. De modo, que a un tiempo da peces y yerba para el sustento, en tiempo de los ayunos. Al modo que aquellos ríos que nos refiere Calancha, allá en el Perú, que sólo por este referido tiempo, tributan peces. Esta laguna, sólo una vez en el año por la cuaresma da sus romeritos, y no en otro tiempo; como diciéndonos la muda lengua del agua, lo que ha de ser en el tiempo cuaresmal nuestro sustento, peces y yerbas. Y se quiere extender a más el apetito, hallará entre los tulares, copiosos nidos de huevos de los casi infinitos patos, que se crían en esta laguna, de los cuales podrá añadir al gusto este otro plato cuaresmal.

Engolfándose algo hacia el oriente en esta laguna, se le halla mucha más agua que hacia el norte; y como en el oriente tiene más profundidad, cría muchos y crecidos bagres, con algunas sardinas y picudos peces, que sin duda le tributan dos grandes ríos, que por esta parte le entran. El uno el Río Grande, llamado de Valladolid, y el otro nada inferior a este, denominado de Tzinzimeo, el cual se forma de los arroyos de Tzinapécuaro y ojos de agua de las grandes ciénegas del Tepare. Estos dos ríos se unen para entrarse a esta gran laguna, como allá los dos ríos Jor y Dan, para entrar en la laguna de Tiberiades. Aquí acaban su curso los dos crecidos ríos de Tzintzimeo y Valladolid, de lo cual vive soberbia esta laguna, pues se ve con propiedades de mar, entrando los ríos a pagarle, como al mar, tributo.

En nada se conoce su soberbia e hinchazón, como en las olas que con poco aire levanta: prueba de su poco fondo, y

gran soberbia. Muchos que han despreciado sus olas, han hallado sepulcros en sus arenas, porque como aspira a mar, quiere que se sientan naufragios, los que inconsiderados se arrojan a transitar sus senos: Mayor fuera la soberbia de sus olas, si pródiga la naturaleza, no le diera una copiosa sangría, por hacia el norte, con que le desagua por el derramadero, hasta incorporarla con la laguna de Yuririapúndaro; y con esta el Río Grande, que camina lleno con esta agua, a sepultarse en el célebre mar del sur.

Los dos Ríos de Valladolid y Tzintzimeo, que quedan referidos, que entran en la laguna, a poca distancia de haber entrado, se desaparecen, como allá el río Alfeo en la fuente de Aretusa. Así, ni más ni menos, acontece en nuestra laguna, lo mismo es entrar que sepultarse, quizá corridos al verse engañados, pues cuando todos los ríos tienen por túmulo el mar, estos tienen por sepulcro una laguna; pequeño monumento a su grandeza. Por lo cual como avergonzados sienten su engaño de haber juzgado por mar al que sólo es un dilatado lago, formado de muchas aguas.

Estas, algunos años son tantas las que se congregan, que apenas se le halla consuelo por el oriente, en donde no se siente la sequedad, que por el poniente se experimenta, en donde acontece andar las bestias, adonde el día antes navegaban canoas. Estas sequedades, con la mortandad de los peces y corrupción de las ciénegas, corrompen los aires, de que se cause mal olor, y a veces epidemias, las cuales casi han destruido a los indios de esta orilla. Para estas secas ha proveído la naturaleza, a trechos algunas islas hacia el oriente, y otras al sur, en las cuales se conservan pastos, adonde llevan los indios sus ganados; y sirven estas también de mansiones a los muchos pájaros de la laguna; los cuales como Alciones, por tiempos se retiran a estos islotes, que pródiga les dispuso la naturaleza.

Aunque con la sequedad les falta a sus moradores en parte el charari, este mal pudiera convertíseles en bien, porque entonces, dice nuestro venerable Basalénque, en los esteros, se cría yerba que llaman barilla, que es la materia de que se fabrican los vidrios, y aunque en otras partes de este dilatado reino se cría, no es de la bondad de esta de Cuitzeo, que a tener estos indios los maestros de la Europa, fuera de Cuitzeo otra Venecia, fundada en medio del mar, adonde se fabricaran los cristales, que tan celebrados son en el mundo. O fuera otra Sidón, colonia de Tiro, en donde se dio al vidrio principio.

Ahora esté llena, ahora seca, siempre el templo de Cuitzeo, tira a cálido, en especial los meses de verano. Su mismo suelo está diciendo lo cálido del terruño, pues a poca distancia del pueblo dentro de la misma península, hay un crecido ojo de agua caliente, terma y recreo del pueblo, y común limpieza de sus moradores. En su circuito se hallan, a poca distancia, muchos baños, todos cálidos en su origen, aunque a distancias se tiemplan. El primero, es el de Chucándiro, cuyas calientes aguas, tienen la propiedad de las Afasdicias. A poca distancia se hallan los baños de San Sebastián, piscina que ha puesto Dios para los paralíticos, en este Nuevo Mundo, aún más liberal, que la otra, pues en aquella de Jerusalén, sólo uno sanaba, pero en esta, son tantos cuantos se bañan.

A distancia de tres leguas, poco o más o menos, están los baños de San Juan Tarameo. Segunda natural botica, que el médico soberano puso en esta tierra. Luego se siguen con las mismas virtudes, los que denominan baños de San Agustín; y olvidando muchos que hay en su dilatada orilla, sólo nombro por celebrados los de Ararón, frecuentados de muchos, y con las propiedades de las aguas de la fuente Albula, medicina de las heridas. Aquí se curaban los tarascos, como refiere el doctor Rea, de las heridas que recibían cuando se horadaban las orejas,

allá en su gentilidad los indios. Aún conserva esta virtud, cerrando las llagas y curando las heridas.

Estos y otros muchos baños cálidos circunvalan a Cuitzeo, con otros sumamente ardientes, que parecen boca de Averno, en que escupe por salivas, sulfúreas espumas, de que se levantan vapores gruesos y fétidos muy parecidos a los que nos cantan los poetas de la Estigia infernal laguna. Tan cálidos son algunos, que sólo con entrar en aquellas ardientes aguas cualesquier animal, queda toda la carne y en breve tiempo sólo los huesos salen. De todos estos ojos de agua, se ven los vapores, que se levantan y de ellos se engendran, por tiempos, algunas epidemias, y a no ser los aires de este horizonte crecidos y fuertes, aptos a disipar estos vapores, casi fuera inhabilitable este suelo.

Con ser y tener estas cualidades Cuitzeo, y sus orillas, fue de estos pueblos, en lo primitivo muy crecido el gentío, tanto que, en la portería o atrio el convento, se decía misa los días festivos, para que pudiera oírla toda la muchedumbre, por no caber en la iglesia, (aunque tan crecida) la gente. Hasta hoy se ve en ella el nicho y altar que servía para este sagrado ministerio. Como asimismo en la pared y testera, está hasta hoy pintada la vida mística, la cual por aquel lienzo explicaba el ministro a la muchedumbre. Evidente prueba de que conocieron, nuestros venerables padres, capacidad en los indios para comprender los escalones de la escala, que allí representa.

En el medio de este cementerio, que es muy dilatado, todo almenado, y con cuatro capillas en sus esquinas, se eleva una alta Cruz de piedra, cuya peana es una bóveda debajo de la cual hay sus asientos para los niños de la doctrina. Los cuales todos los días concurren a este lugar con su maestro doctrinero. Adonde a la sombra del árbol de la Cruz, sentados todos, gustan los sabrosos frutos de nuestra ley. Con los cuales alimentados en sus

primeros años, se les convierte en substancia de la doctrina cristiana.

La causa de haber crecido tanto Cuitzeo y sus orillas, como veremos, en gente, fue dice nuestro venerable Basalenque, el pescadillo de esta laguna, pues engolosinados los indios, con el comercio de él, de muchas partes vinieron a poblar sus orillas; y también porque en sus esteros hay facilidad de labrar sal, como la que se fabrica en la laguna de México. Y en lo primitivo de aquí se proveía toda la provincia y reino del Caltzontzi; llevándole los indios a Tzintzuntzan en racionales recuas, la sal necesaria para el gasto de su palacio, motivo por el que este suelo gozaba el privilegio de las reales salinas. Hoy no se aprovechan de ella, por la grande abundancia que hay en la villa de Colima, de que se abastece Mechoacán.

Estos fueron los motivos de haberse poblado de tantos indios esta laguna; todas sus orillas están llenas de pueblos, menos de Cuitzeo, que como otra Tiro ocupa el centro y corazón de la laguna. Tanta era la muchedumbre que tenía, que desde Cuitzeo hasta Huandacareo, que es distancia de poco de más de dos lenguas, en tiempos pasados, todo era una calle, tan dilatada, como las que se cuentan de Nínive. Hoy se ara y siembra, adonde antes se veían y admiraban los edificios.

Empero en medio de estos quebrantos, aún conserva Cuitzeo aquel primitivo señorío de cabecera de todas las poblaciones de la laguna. Porque aunque unos pueblos se han destruido y otros se han llamado a mayores; como son Santiago, Copándaro, Chucándiro, Guandacareo y Santa Anna Maya. El cura de todas estas poblaciones, reside en Cuitzeo, y el corregidor del modo mismo tiene aquí su morada; por lo cual todas las poblaciones de la orilla de la laguna, están reconociendo, como allá las que rodeaban a Tiro, por madre, mirándole al rostro y bulto a nuestro Tiro o Cuitzeo. Este natural señorío, siempre lo conservó

esta cabecera, pues que jamás se atrevieron a Cuitzeo los osados chichimecos, siendo así que repetidas veces dieron alaridos o rebatos a sus visitas.

Reconociendo, pues nuestros venerables fundadores que era la cabeza o corazón de toda esta laguna Cuitzeo, trató la provincia de fundar en ella al mismo tiempo que en Yuriria-púndaro. Para este convento salió, como queda visto, nuestro ilustrísimo padre don Fray Diego de Chávez y Alvarado; y para fundadores de Cuitzeo remitieron por el mismo tiempo a nuestro venerable padre Fray Miguel de Alvarado, pariente de nuestro ilustrísimo Chávez. Así lo testifica una antigua primitiva tabla, que se halla escrita en la sacristía de este convento, única memoria de estos venerables fundadores.

Fijose la primera piedra, el día primero de noviembre del año de mil quinientos cincuenta, y fue este convento el quinto de esta provincia, fecunda mechoacana Lía.

Día, como dicho tengo, primero de noviembre, en que la Iglesia celebra la festividad de Todos los Santos, se dio principio a este gran convento. Del cual se puede decir, no sin gran propiedad: *In splendoribus Sanctorum: genuite* (Salm. 109. N° 4). Esto pueden decir nuestros venerables padres fundadores y el convento les puede responder: *In plenitudine Sanctorum detentio mea* (Ecclesi. Cap. 24. N° 16). En el día de todos los santos, puse los primeros fundamentos, raíces sobre que me he dilatado: *In electis meis mitte radices* (N° 13). Cerca de las aguas de esta laguna, fijé mis fundamentos, para dilatarme como plátanos: *Quasi Platanus exaltata sum iuxta aquam* (N° 19). Y así aquí he dado los fragantes olores del bálsamo, mirra y cinnamomo: *Sicut cinnamomum, et balsamum aromatizans odorem dedi* (N° 20). Es la titular Magdalena, cuyo alabastro llena de fragancias esta habitación: *María ergo accepit libram Vnguenti nardi pistici: et domus impleta est ex odore vnguenti* (Joan. Cap. 12. N° 3).

Por esto, sin duda, nuestros primeros padres fundadores de la innumerable muchedumbre de santos de este día, eligieron por patrona a la fragantísima Magdalena; si no es que fue el motivo ver que fundaban una nueva Thebaida, y para espejo y dechado de los ermitaños moradores de ella, denominaron con el nombre de una penitente anacoreta a este convento, para que siempre tuviesen a la vista la mayor penitencia. Si no es, también, que previnieron que habían de ser en esta provincia, la Casa Capitular esta; y así quisieron tuviese el nombre de esta Santa que también supo elegir. Quisieron, sin duda, según esto, nuestros venerables padres, ponerles a los capitulares a la vista, una perfecta elección, para que de Magdalena aprendieran a elegir, de lo bueno lo mejor. Así ha acontecido en veintisiete capítulos, que se han celebrado en este convento, siempre se ha electo lo mejor y esperamos en la protección de esta Santa Capitular, que ha de ser así en lo futuro.

Cierto que al fundar esta Casa Capitular nuestros venerables padres, en el día referido de los Santos y dedicarla a darle desde sus principios para este fin la provincia, parece que fue profecía, de lo que había de mandar, después de casi doscientos años que se había fundado, nuestro reverendísimo padre maestro general Fray Tomás Servion, quien decretó por los años de mil setecientos veinticuatro, que todos los capítulos de esta provincia de Mechoacán, celebrasen en el día fijo de todos los santos. Así se empezó a observar y este día se eligió nuestro padre maestro Fray Juan González; el año de mil setecientos veintisiete, a primero de noviembre, el referido día de todos los santos.

Día, como visto queda, en que se fundó este convento, por lo cual digo, que fue como un pronóstico de lo que había de acontecer en los futuros tiempos a la provincia.

Por esto sin duda, como prevenían nuestros fundadores, los futuros empleos de esta casa, que había de ser capitular, dispuso

nuestro venerable padre Villafuerte, los más dilatados cimientos de aquellos y de estos tiempos: Fundando primero en nuestra fe, a aquellas racionales piedras que habían de constituir la mística ciudad de Jerusalén. Las cuales hasta que entraron nuestros venerables apóstoles, estaban rudas e informes, y casi en la cantera sin haberlas pulido la escoda de la palabra de Dios. Apenas tenían estos indios noticias de nuestra ley, pues sólo de paso, habían sonado en aquella laguna del evangélico Tritón, el venerable padre Fray Juan de San Miguel, quien de paso llegó a sus orillas y a todos los dejó con la miel en los labios. Hasta que entraron nuestros apostólicos ministros, que al modo de Tiripitío, luego hicieron un crecido jacal, en que congregar aquella racional mies, para llenar las celestiales trojes.

Dieron principio en los días señalados al bautismo y fue tanta la muchedumbre de peces de esta laguna, que se pudo temer lo que allá en el Mar de Tiberíades. Como ciervos heridos de los rayos del venerable padre Villafuerte, venían a las aguas del bautismo con velocidad notable estos indios; tanta prisa se dieron, que en breves días se halló nuestro Cuitzeo hecho una hermosísima Sión.

Luego experimentaron nuestros venerables apóstoles la gran docilidad de estos Tirios, por lo cual, mejor en estos que en otros naturales, dice nuestro venerable Basalencque, se plantó nuestra sagrada ley; y es que es el natural de los indios muy manso y dócil, y como era la materia cera blanda, hicieron de ellos lo que gustaron, derritiéndolos al calor de sus abrasados espíritus, nuestros encendidos ministros. Son los más devotos de cuantos administra esta provincia. Evidente prueba es el verse en Cuitzeo, sólo en un mes, más celebridades que en los otros en un año. No se contentan con festejar a un Santo en un día, sino que han de repetir la celebridad a dos y tres días. Y algunos suelen celebrar hasta con octavario con misas solemnes

y sermones, que a veces se les va a las manos a estos cristianos tirios, como lo hizo Salomón con el liberal Rey de Tiro, Hirán.

Con la docilidad de la gente de este terruño, dispuso nuestro venerable Villafuerte una iglesia y convento, que desempeñase en su grandeza y fortaleza el nombre Villafuerte. La iglesia fue lo primero que fundó, hízola de un cañón tan dilatado, como el de Yuririapúndaro, aunque sin crucero; hermosísimo a la vista, en lo claro y bien proporcionado; tanto, que parece vaciado, según se atiende de perfecto. Muchas y dilatadas gradas que forman una perfecta lonja, tiene ante la puerta principal, a la cual le hacen y labran portada, las más vistosas columnas y flores que puede labrar de las piedras el arte, y en lo principal de su fachada, se venera un bulto majestuoso de piedra, de la penitente patrona Magdalena.

A este frente acompaña para su adorno una torre muy fuerte, aunque no muy elevada, obra del venerable padre Fray Jerónimo de la Magdalena. En su principio tuvo un corpulento reloj; hoy carece de él, cuya falta suplen muchas crecidas campanas, con que se adornan sus arcos, y con que se alegran y solemnizan los días más festivos. Todos los pretils de la iglesia y convento, se coronan de muchas almenas, vistosas a la vista, dan autoridad al grande y corpulento edificio. Cuya grandeza no fue muy costosa, por lo inmediato de los materiales principales de piedra, de cantería, cal y arena, que todo esto se halla casi en los mismos cimientos del edificio. A que se añade la multitud de peones en aquel tiempo.

A poco tiempo de acabada la iglesia, hizo en ella un magnífico retablo el venerable padre Fray Dionisio Robledo, operario insigne así en este como en otros conventos, como veremos en su vida. Este retablo ocupa toda la gran testera del presbiterio, con muchas calles de tableros primorosos, y de admirables estatuas. En aquel tiempo fue de maravilla; hoy con las nuevas

fábricas no parece tanto; pero los inteligentes que conocen la obra, alaban en gran manera su primor. A este añadió otros colaterales, uno de Cristo Crucificado, y otro de María Santísima, de la misma obra, aunque pequeños. Con estos tres altares perseveró la iglesia, pequeño adorno para tan gran cuerpo, hasta que después se hicieron los retablos de San Nicolás y de María Santísima nuestra Señora de Guadalupe, a que se añadió un valiente y crecido lienzo de altar de las ánimas.

Con el tiempo ha ido prosiguiendo la devoción y se han labrado los retablos de San Antonio, con otro de nuestra Señora de los Remedios, imagen milagrosa que se venera en esta iglesia. A los cuales se añade el colateral de nuestra Señora de los Dolores, dádiva de nuestro padre maestro y provincial, que fue Fray Nicolás de Quijas; en el cual nos dejó esta memoria. Y por fin en nuestros días se ha dedicado otro altar del gloriosísimo esposo de María Santísima el Señor San José, muy primoroso. Todos estos altares se adornan los días todos por personas que hay para esto señaladas, se les encienden luces, con que crece y se aumenta la devoción cada día más, viéndose frecuentado el templo del Señor por los fieles.

Muchos años se conservó en blanco la iglesia, hasta que nuestro venerable padre maestro provincial, que fue Fray Francisco Cantillana dio para dorarla y pintarla, lo que le sobró, del tiempo que gobernó la provincia. Como asimismo por su disposición se hizo una sillería en el coro con una andana, toda de nogal, que es lo mismo que cedro. En el principio había en el coro crecidos órganos; hoy sólo uno se mantiene de buen tamaño, y de primorosas voces. En su origen, eran los dos órganos necesarios, por los muchos músicos que tenía la capilla. Hoy con la falta de la gente, ha ido a menos esto, aunque se conserva lo necesario de ministriles, con cantidad de chirimías y cornetas. Hablando de esto afirma nuestro

venerable Basalenque, que fue esta capilla la mejor de la provincia en cantidad y calidad.

A toda esta grandeza de este gran cuerpo, acompañan los ricos ornamentos de la sacristía. Es una de las sacristías más ricas de la provincia en ornamentos de tela, bordados y tisúes, con mucha y buena plata, todo lo cual siempre ha ido en aumento.

Experimentó este convento el beneficio de haberlo gobernado de prior nuestro padre maestro Fray Juan González por los años de mil setecientos veinticuatro, tiempo en que llegó a verse la sacristía de Cuitzeo, como ninguno de la provincia, en los muchos ornamentos que entró, cálices que mandó hacer y otras alhajas de que la adornó, y abasteció de ropa para muchos años, así para días ordinarios como para clásicos; en lo cual obró como la mujer fuerte, que hizo para todos los sacerdotes del templo, vestidos dobles.

Ya que he dado noticia de lo tocante a la iglesia; digo que no fue nada inferior la obra del convento, pues así como las celdas de los sacerdotes, dice Villalpando, que estaban seguidas y contiguas al templo de Salomón, seguían la misma obra del templo, así acá nuestros sabios Salomones edificaron un convento igual en la grandeza al templo, que había levantado. Son los claustros altos y bajos, los mejores y más dilatados de la provincia, todos de bóveda y sillería, con las esquinas de clavería. Hoy se ven mucho más hermosos que antiguamente, por la solicitud del padre ex-definidor y presidente que fue de capítulo, Fray Matías Palacios. Varias veces lo han repetido de prior de este convento, conociendo todos la utilidad que con su gobierno granjea esta casa. A los claustros bajos les echó una hermosa reja, enlosó los bajos, enladrilló los altos, puso lienzos de primoroso pincel en las testeras de los de arriba y abajo, con otro muy crecido en la sacristía. Pintolos todos, habiéndolos con otras muchas obras, que referirlas todas fuera casi imposible.

En medio del referido claustro, hicieron pródigos nuestros venerables padres un crecido aljibe, en forma de una tinaja, apta a guardar todas las aguas de las azoteas de la iglesia y convento, toda la cual descuelga al claustro por vistosísimas canales de leones, águilas y sirenas, de primorosa piedra labradas. Necesaria providencia en este convento, por carecer su suelo de aguas dulces, pues en el pueblo se mantienen de aguas de pozos, que participan lo salitroso de la laguna. Empero los religiosos con el agua del cielo; la mejor la llamó Hipócrates con Galeno. Claro como el agua se ha de creer y asentar lo dicho, pues su celestial origen ha de ser más puro que el del agua de la tierra.

Después del claustro se dilatan tres crecidos dormitorios, llenos todos de celdas, los cuales descansan sobre grandes oficinas, todas de bóvedas primorosas, aptas a mantener aún mayores pesadumbres. Sobre las dos sacristías se eleva una gran sala capitular, toda de bóveda, que pudiera según su grandeza servir de iglesia en muchas partes. Algún tiempo fue aula capacísimas; hoy se ocupa en celda de los provinciales. Toda esta gran fábrica al principio se fabricó de tijeras de cedro y guaya-meles, ricas maderas de esta tierra. Vino por prior de este convento el venerable padre Fray Jerónimo Morante, verdadero padre de esta provincia. Les dijo a los indios estar buena la obra, pero no perpetua, por cuanto cada veinte años ser necesario el renovar las vigas. A lo cual respondieron animosos los naturales que si tendrían remedio. Respondioles el venerable Morante que sí, y era fabricándolo todo de bóveda. Oyeron el dicho, y luego se animaron, y en breve tiempo se hizo todo el convento de piedra, de manera que hasta las piezas más ínfimas del monasterio, son de bien formadas bóvedas.

Pudo decir con este hecho nuestro gran Morante, lo que allá Augusto de Roma: *Hallela de barro, y vuélvola de mármol*. No

hay según esto en la provincia convento tan bien acabado y perfecto como este de Cuitzeo. En nada se conoce su tamaño, como en las funciones capitulares, en que habiendo y concurriendo tantos religiosos, hay capaz comodidad para todos, y suficientes oficinas para los menesteres de aquellos días. No sé si era más capaz la casa o convento que refiere Josefo de Jerusalén, adonde se juntaban para las elecciones vocales del Sannedrín. Ni era más capaz que este convento el celebrado Capitolio de Roma, en donde se congregaban los senadores a la elección de los cónsules, pues en estas casas tal vez faltaron aposentos, y en nuestro Capitolio de Cuitzeo, no se ha experimentado este defecto.

En el principio, luego que se dio fin a la iglesia, nuestro venerable Villafuerte dividió por barrios el pueblo, poniendo en cada uno capilla, para que concurriesen a rezar a ciertas horas los de aquellas regiones; aún perseveran estas memorias. También fundó un hospital que por aquel tiempo fue de adobes; hoy es la iglesia de bóveda con crucero, coro y torre, a que se añade ser uno de los ricos de Mechoacán. Todo lo cual se le debe al fundador Villafuerte, que en su principio le dispuso fincas para lo futuro. En él hay mucho rezo, que parece un convento de religiosas, según lo concertado con que se vive. El tiempo que entran a servir a nuestra Señora, se privan por reverencia, como allá Moisés, de los zapatos; como asimismo de los arreos mujeriles, para estar con más decencia, ante el acatamiento de María Santísima nuestra Señora.

Y volviendo a nuestro convento, digo que en lo temporal y bienes que llamaban de fortuna, ha sido de los más prósperos de la provincia, en los muchos ganados menores y mayores, haciendas de maíz y trigo. De tal modo creció en bienes, que ha llegado a competir con Yuririapúndaro. Pues si este convento dio a la provincia la hacienda de San Nicolás, Cuitzeo le dio

una hacienda al convento nuestro de Salamanca, en el mero mixto imperio de Mechoacán. Con más al convento de Chucándiro una labor de trigo, a que se añadieron otras. Con todo lo cual se ha hecho una grande y crecida hacienda de pan llevar. Esto ha dado, fuera de las muchas y repetidas limosnas que se dan en el convento a varios pobres del pueblo. Y a los indios les presta tierras, en que puedan sembrar, y por fin todos se mantienen de este convento, así los que viven dentro del pueblo como los que moran que son muchos, en sus ejidos.

Forzoso era que siendo este convento de Cuitzeo capaz, así en lo material de él, como en lo pingüe de sus rentas, que la provincia se aprovechase de él para casa de estudios y de comunidad. Por lo cual aun antes de su división, sustentó estudios menores y mayores, con la mayor observancia de la provincia, y después que se dividió con más continuación. Motivo por el que siempre se han puesto prelados graves, respetuosos y celosos, que puedan ser de ejemplo a los perfectos y de freno a los mozos. Los más eminentes sujetos que han ilustrado a este reino, han obtenido, como premio de sus virtudes y letras, la prelación de esta casa. Esto afirma nuestro venerable Basalencque, y yo puedo testificar lo mismo, en más de *veinte años* que he estado en la provincia, viendo siempre gobernar a este monasterio a los primeros religiosos.

Digno de memoria es un curso que se leyó en este convento, antes de dividirse la provincia, del cual salieron cinco o seis maestros, de los cuales tres fueron provinciales y uno asistente general, que después fue obispo; sin los demás, que fueron muy eminentes en letras, los cuales ocuparon las cátedras y púlpitos de una y otra provincia. Fue el maestro de este florido curso nuestro venerable padre Fray Diego de Villarrubia, cuya virtud y letras aseguraban cualquier buen logro. Los maestros que del curso se graduaron, fueron el maestro Fray Melchor

Huano, el maestro Fray Alonso de Castro, asistente general y obispo de Santiago de Chile; el maestro Fray Cristóbal de Sayas, provincial de México; el maestro Fray Agustín Hurtado, provincial santísimo de esta provincia.

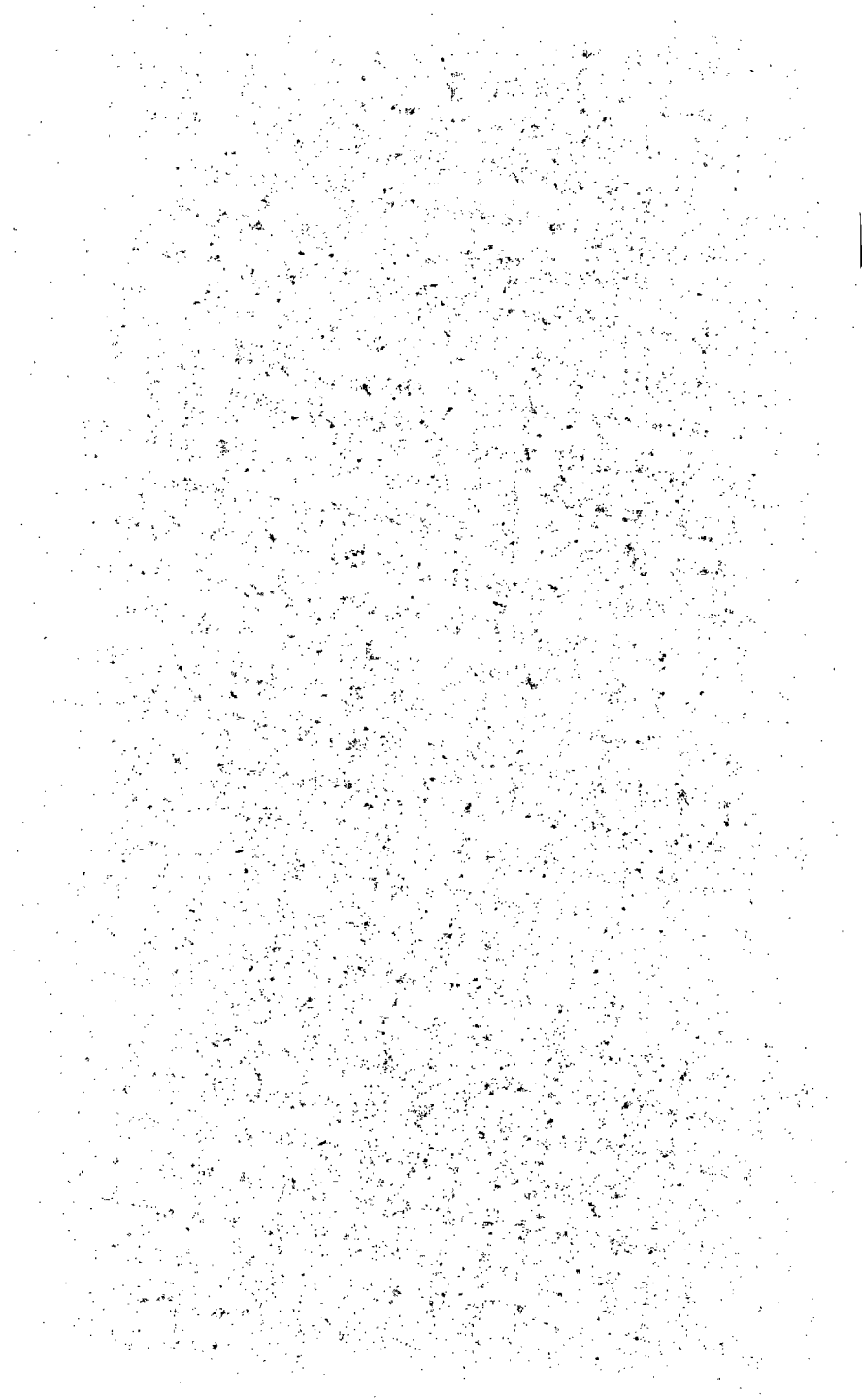
Esto refiere nuestro venerable Basalenque, y si yo no fuera tenido por apasionado en el punto que voy a referir, pudiera contar el curso que se leyó en este convento el año de mil setecientos seis por el maestro Fray Manuel de la Banda; siendo prior dignísimo el padre Fray Matías de Palacios, y provincial el lector Fray Agustín Muñiz, del cual salieron sujetos aventajados, muchos catedráticos que hoy son algunos lectores jubilados, y a no estar lleno el número de los maestros, se vieran sus doctas cabezas coronadas con los blancos laureles de Minerva. Hoy son el lustre de la provincia, y a no haber andado la Parca tan cruel con algunos, quizá envidiosa de ver tantas letras en tan pocos años, más hubiera de este curso; tres nos arrebató, que pudieran leer en las primeras universidades de la Europa. Diré las formales palabras que le oí al sapientísimo jubilado Fray José de Contreras, el día que se acabó el curso. *Todos los más de este curso, pueden desde hoy comenzar a leer.* Palabras que califican los sujetos, y dichas por un hombre muy retirado de adular. Sólo un defecto le puede poner cualquiera de este curso de Cuitzeo, que fue haber sido yo uno de los que estudiaron. Pero como no fue defecto para el colegio de Cristo el que hubiese habido un Judas desaprovechado, tampoco lo será para este, que tuvo a un Matías ignorante. A este tiempo que se daba el curso principio, nació en Cuitzeo un monstruo de dos cabezas, año de mil setecientos siete; varios pronósticos se hicieron por aquel tiempo. Nada de lo que se discurrió aconteció, y yo creo que fue un pronóstico de los monstruosos talentos que en breve habían de salir a luz de aquel estudio. Pues cuando nació el príncipe de la filosofía, Aristóteles, refiere Pausanias que

nació un monstruo en Estagira. Qué sabemos si este monstruo que nació en Cuitzeo, en este tiempo, fue pronóstico de que habían nacido ya muchos príncipes de la filosofía.

Y por fin y corona de Cuitzeo, doy noticia, cómo el presbiterio de la iglesia de este convento, descansan muchos y venerables varones, cuyas vidas adelante referiré. El primero es el venerable padre Fray Baltazar de los Reyes, varón en santidad, insigne. A este acompaña el venerable padre Fray Jerónimo de la Magdalena, religioso el más observante de esta provincia. También ocupa lugar digno en el sepulcro, el venerable padre Fray Dionisio Robledo y el humilde y venerable padre Fray Francisco López. El venerable padre Fray Diego de Soto, que dio fin al cañon de la iglesia, es uno de los muchos que llenan el presbiterio, con el maestro venerable Fray Francisco Cantillana. Varón singular en la virtud, y por fin entre tantos tiene asiento y lugar por su gran virtud el hermano Fray Simón de San José. Sobre cuyo sepulcro, por muchas noches de disciplina, vieron los indios una luz, señal que quizá decía lo que allá predicaba el soberano espíritu de la mujer fuerte; que en la noche de la muerte, no se le apagaría la luz.

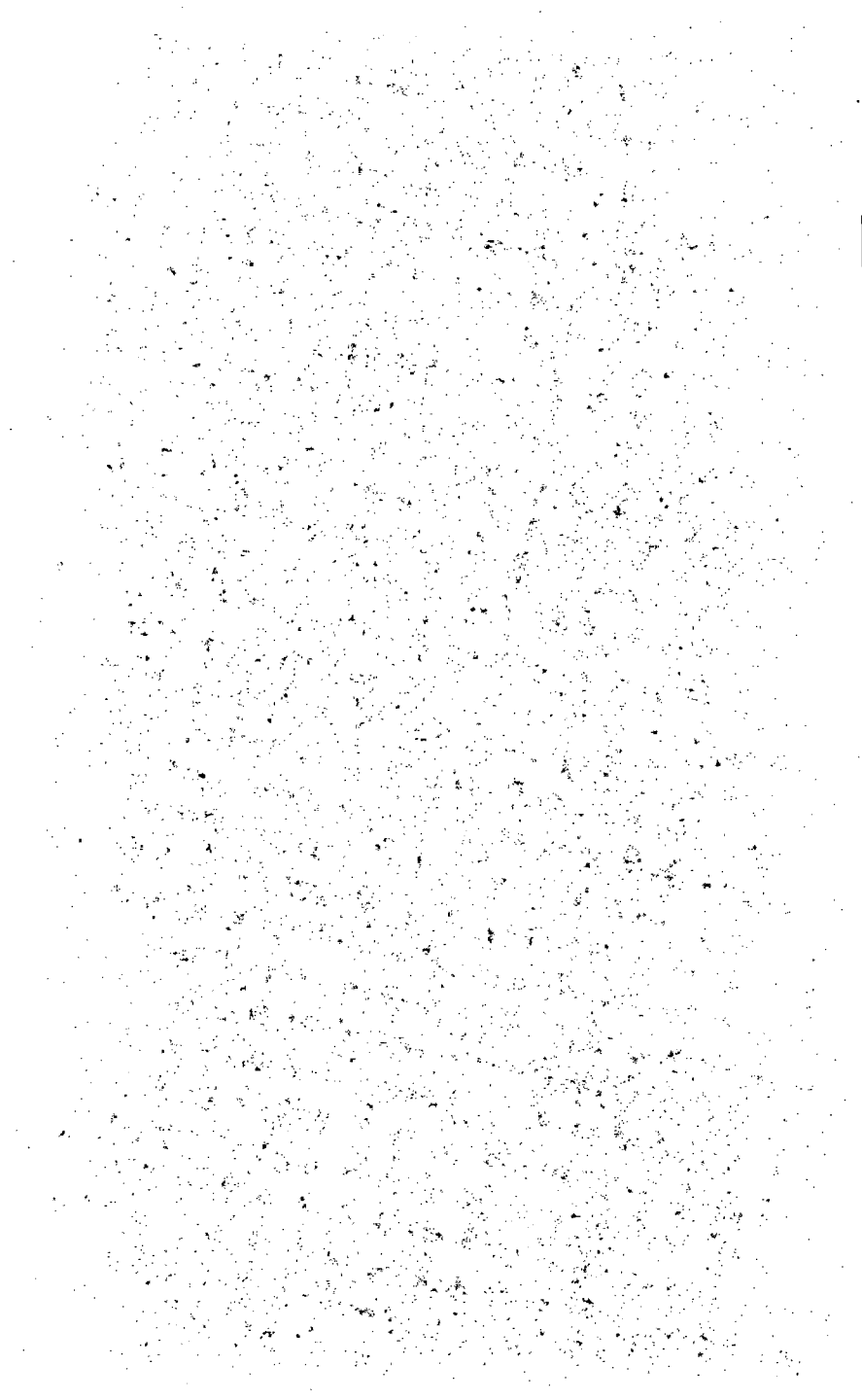
Y siguiendo el estilo de los demás conventos que llevo escritos, digo que esta gran casa de Cuitzeo, de la advocación de Santa María Magdalena, se fundó el año de mil quinientos cincuenta, el día primero de noviembre; gobernando la barca de San Pedro como sumo piloto, Julio III. El mundo todo, como emperador don Carlos V y como rey mandaba en nuestra España el señor don Felipe II. Era virrey a la sazón de esta Nueva España don Luis de Velasco y el primer y dignísimo obispo de Mechoacán el santísimo prelado don Vasco de Quiroga. General de toda nuestra aureliana familia el reverendísimo maestro Fray Jerónimo Siripando, después eminentísimo cardenal y presidente del Concilio de Trento. Provincial de toda la América de

la religión agustiniana, el doctor y maestro nuestro venerable padre Fray Alonso de la Veracruz; y su primer prior el apostólico padre, el venerable padre Fray Francisco de Villafuerte. Y primer conventual el venerable padre Fray Miguel de Alvarado; después visitador general: *Venerabilis Pater Frater Michael de Alvarado, hunc postea prior generalis, Visitatorem generalem Indiarum instituit* (*Alph.* Lib. 1. Litt. 1. p. 455). De cuyas virtudes no hallo más noticia que haber sido fiel compañero del padre Villafuerte; bastante prueba puede ser de su virtud.



Capítulo XLVI

**De la vida y virtudes del venerable
padre Fr. Francisco de Villafuerte,
apóstol de la tierra caliente y primer
prior de Cuitzeo**



Pocas son las noticias que han dejado los escritores, cronistas de esta provincia, de este gran varón. Bástale haber sido apóstol de la tierra caliente. Pues así como de los apóstoles se hallan hoy pocas o ningunas noticias, así de este apostólico padre apenas hay memorias. Tres autores refirieron por mayor sus virtudes, que fueron el maestro Fray Juan de Grijalva, el maestro Fray Diego Basalenque, y el maestro Fray Tomás de Herrera. Diré lo que estos, con otras noticias de que ellos carecieron, y yo con no poco trabajo he adquirido.

Tuvo por feliz oriente el lugar de Villafuerte en los reinos de Castilla, dice el maestro Fray José de Sicardo. Dichosa villa digna ya de mayor nombre en las historias. Ya de aquí en adelante, no será conocido por pequeño lugar, Villafuerte; antes sí habiendo dado a este Nuevo Mundo un tan singular varón, merece el renombre de grande, y que se le borre el de pequeña villa. Sea por tan gran parto en lo de adelante conocida por la excelsa Sión, ciudad de donde vino a esta América la salud.

Contando los autores la patria de nuestro Villafuerte, callan los nombres de sus padres, privándonos de esta noticia y de la gloria a sus ascendientes; acaso pudo ser, aunque yo lo llamo misterio, pues ocultarnos a sus padres fue decirnos que no necesitaba Villafuerte para ser conocido en el mundo de los timbres de sus mayores, que los suyos eran suficientes a hacerlo

célebre en el universo. Refieran, decía Cicerón, otros las nobles ascendencias de sus mayores, que yo soy hijo de mis operaciones, de ellas nazco, de mí mismo como Fénix me engendró, y así sera mi memoria inmortal. Callen según esto los historiadores, los padres de nuestro venerable Fray Francisco, para que todos sepan, fue hijo de sus virtudes, no necesitó para lucir de ajenas glorias, que las suyas fueron tan excelentes, que a su lado son pigmeas las de varones muy celebrados de la fama. Y por fin en testimonio de su nobleza, basta para mí el haberse vestido del hábito de Agustín mi padre; pues sólo con esta divisa se hizo de la más ilustre familia, cual fue, es y ha sido, la aureliana estirpe.

Así como callaron a sus padres, omitieron los primeros pasos de su infancia, pero estos por las consecuencias buenas que se vieron, son evidentes pruebas de las premisas de rectos antecedentes, salen rectas consecuencias; estas fueron tales, que como veremos admiraron a uno y otro mundo, y a muchos más que hubiera, fueron admiración sus virtudes. Luego que con el discurso reconoció las Silas y Caribdis, escollos del mar del mundo, trató de retirarse al puerto de la religión, para lo cual eligió la de mi gran padre Agustín. La observantísima provincia de Castilla, fecunda madre de santos, fue la que le llevó el afecto; y nuestro recoleto convento de Valladolid de España, fue la magnética piedra adonde puso la proa de su rumbo. A este convento, puerto seguro, fue adonde arribó nuestro don Francisco. En él se desnudó, o por mejor decir, se vistió de las plumas del águila agustiniana. El año de mil quinientos treinta y siete fue la renovación, y el de mil quinientos treinta y ocho, el día ocho de septiembre, día de la Natividad de María Santísima nuestra Señora, acabó de afianzarse con la profesión en nuestra religión sagrada, para dicha suya y lustre de nuestra orden.

Con la profesión religiosa borró la noble alcurnia de sus progenitores, y quiso sólo para distinguirse, quedarse con el renombre de su patria, costumbre antigua de nuestros primitivos padres; en lo cual quiso sin duda tener a la vista el mismo hecho del apóstol San Pablo, a quien imitó en este hecho. Pues así como el apóstol, pudiéndose denominar con la noble alcurnia de Benjamín, su ascendiente, omitió esta y se puso el nombre de su patria, que era Tarso. Así nuestro venerable Fray Francisco, como que había de ser un Pablo en la predicación, se mudó el renombre de sus padres, y se puso el de su patria Villafuerte.

Hércules sagrado de la cristiana milicia, pues así como a este esforzado héroe, por sus muchas hazañas, denominaron Alcides, que es lo mismo que fuerte o fortaleza, así quiso sin duda alguna la provincia que fuera nuestro venerable padre: borró el antiguo apellido, y se puso el de Villafuerte, en que mostró ser el Alcides, que es lo mismo que fuerte de todo este Nuevo Mundo. Esto parece que le decía el mes en que tomó el hábito y profesó; pues como visto queda, fue el de septiembre, que llaman los Hebreos: *Ethanim*, que es lo mismo que *fortitudines*; y así en este y no en otro mes, quiso la Providencia se vistiera del renombre de la fortaleza nuestro venerable Fray Francisco, junto con el hábito de agustino.

Armado con esta fuerte agustiniana loriga, armas más fuertes que las que forjó Eneas Vulcano en sus fraguas. De tal suerte se fortaleció y endureció este varón que pudo decirsele: *Accinxit fortitudine lumbos suos, et robovarit brachium suum* (Prover. Cap. 31. N° 17). Tales fueron las muestras que dio luego que se vistió de las armas de Agustín. Era admiración al convento de Valladolid, la fortaleza en las penitencias, conocido de todos por el penitente; cosa que admira en tiempos en que todos los de aquel convento observante, anhelaban a la perfección; y

lucir y darse a conocer entre tantos y tan excelentes varones; prueba evidente es de la gran santidad de nuestro venerable Fray Francisco.

Ocioso le parecía que estaba en el convento de Valladolid, y quiso que el mundo todo viese sus obras; para que en ellas fuese Dios glorificado. Era el teatro de los mayores atletas de aquel siglo, este Nuevo Mundo. Aquí concurrían a la lucha con el demonio los más esforzados príncipes del mundo. Aquí lidiaban, no por los laureles del Ida, ni por los álamos de Cádiz, coronas transitorias de esta tierra: sí por las inmortales amaran-tos, teñidas y matizadas de las rosas de los Elíseos celestiales campos, o de los encarnados rubíes, de que se fabricaban coronas inmortales, a los que combatían por la ley del Crucificado en esta América.

Ansioso se hallaba por entrar en la arena nuestro venerable atleta; veíase con el renombre de fuerte y con el de Francisco, que le recordaba a cada paso la obligación que tenía a predicar la palabra de Dios, y viéndose a su parecer ocioso, solicitaba en la oración del Señor ocasiones en que emplear en servicio el talento. A este tiempo se celebró el capítulo provincial de Castilla en nuestro convento de Dueñas, a doce de noviembre, año de mil quinientos cuarenta y uno. En el cual presidió como general que era nuestro reverendísimo maestro Fray Jerónimo Siripando. Cuya presidencia fue ensaye para lo que después tuvo en el santo Concilio de Trento. En el referido capítulo salió electo en provincial por segunda vez el santísimo varón, nuestro venerable padre Fray Francisco de Nieva.

A este insigne prelado le debió, como queda visto, su origen esta provincia de Nueva España, y así como verdadero padre, prosiguió fomentando y cultivando lo que había plantado. Por lo cual luego que salió electo, extendió por toda la dilatada provincia de Castilla los ojos, para remitir a esta tierra varones

tales, que fuesen dechados de virtudes, de quienes pudiesen deprender religión los nuevos ministros, que había ya en esta provincia (Sicard. Lib. 1. de la Cristiandad del Japón. p. 12. Cap. 2). Toda la atención, siendo tan grande la del venerable Nieva, le llevó nuestro venerable padre Fray Francisco de Villafuerte; y así fue uno de los primeros que señaló para esta barcada. En que vino por superior el venerable padre Fray Nicolás Wit, y al de inmediato nuestro venerable Villafuerte. Nueve fueron los que se alistaron para sacrificarse como Vítulos en el altar del Señor, los cuales llegaron a nuestro convento de México el año de mil quinientos cuarenta y tres.

Como el principal intento de nuestro venerable padre era emplearse todo en elogios de su amado Jesús, luego dio principio a manifestar su nombre en este Nuevo Mundo. La imperial ciudad de México, cabeza de esta América, fue la primera que sintió los estallidos de la honda de este esforzado David Villafuerte. Lo sintió el reino, lo fuerte y diestro de este nuevo soldado, por lo cual cantaban todas las lenguas los triunfos de Villafuerte. Puesto que a lo fuerte de su voz veían postrados por los suelos de la corte mexicana los más robustos gigantes, soberbios vicios que atrevidos osaban levantar cabeza contra el ejército cristiano. Pero por el valor de nuestro Villafuerte, quedaron todos por los suelos hechos ludibrio del pueblo de Dios.

Esta fue la primera hazaña de nuestro insigne héroe, por esta comienzan los escritores su vida. Callan todo el resto de ella, y es su predicación el principio y cuna de su nacimiento. Creo que fue misterio en los autores que escribieron los hechos de nuestro venerable padre; quizá hicieron de este modo la relación de su vida, para manifestar lo parecida que fue a la de Cristo; cuya vida empezó San Lucas por su predicación, omitiendo lo mucho que había obrado en treinta años de edad. Estos treinta años sepultan en el olvido, y da principio San

Lucas con estas palabras en la vida de Cristo: *Et egressus est Jesus in virtute Spiritus in Galileam et fama exiit per universam regionem de illo. Et ipse docebat in Sinagogis eorum, et manifestabatur ab ómnibus* (Luc. Cap. 4. N° 14). Así los historiadores de nuestro venerable padre, callan los treinta años de su edad, y empiezan su vida, desde el día que comenzó a predicar.

Conoció como diestro piloto las aclamaciones de la corte y así para defenderse del aire en la borrasca de la vanagloria, aferró las velas y trató de retirarse a la tierra más remota de este Nuevo Mundo. Esta fue la tierra caliente, teatro que eligió para luchar con el infierno todo. Detúvolo empero, algunos días en México, la obediencia; por no privarse tan en breve de un tan excelente varón. En este tiempo se reconoció el grande celo que tenía de la mayor observancia de nuestro instituto. Como así mismo resaltaron muchas virtudes que ocultaba su profunda humildad: *Venerabilis Franciscus de Villafuerte in provincia mexicana, celo, et observancia Religionis, allis que virtutibus floruit* (*Alph. Litter. E. Lib. 1 p. 229*). Así habla nuestro Alfabeto de este varón.

Bien se conoció su gran virtud y el grande aprecio que de ella hicieron aquellos primeros apostólicos varones; pues recién venido, lo eligieron en definidor de la provincia. Firmó de definidor en la congregación, hecha en Culucán, año de mil quinientos sesenta y cuatro, a cinco de febrero, para la ida de nuestros religiosos a Filipinas. (*Histor. de Filip. p. Lib. 1*). Para que llenase el hueco que había hecho en este oficio nuestro venerable padre Fray Juan Bautista, persuadiéronse nuestros venerables padres, que sólo Villafuerte podía dar cumplido lleno a aquel empleo. Lo acertado de la elección fue la más evidente prueba; reconoció luego la provincia las mayores y las más excelentes máximas de gobierno, nacidas de este gran Aquitofel; y aquí se persuadieron con la evidencia, que no son siempre las canas las que aciertan en las prelacías; pues suelen

ser nevados Mongibelos que ostentan nieve y ocultan fuego; lo cual no se vio en nuestro definidor mozo.

Tan satisfechos vivían aquellos santos primitivos varones de la virtud y religión de nuestro definidor Villafuerte, que en carta que escribió la provincia a nuestro reverendísimo general maestro Fray Cristóbal Patavino, lo propusieron para que su reverendísima lo eligiese en vicario general de las provincias de la América: *Venerabilis Pater Joannes de Sancto Romano inter alios Viros Sanctitate prestantes Christopharo Patavino generali proposuerit ut illi Provinciae Vicarium generalem destinaret* (Aph. Litter. E. Lib. 1. p. 229). Esta propuesta fue, a tiempo que estaba llena la provincia de santísimos varones, evidente prueba de la gran santidad de nuestro venerable definidor.

Dio fin al tiempo de su definición, y mostró lo acertado de su gobierno en haber cooperado a que fuese electo en provincial nuestro venerable padre maestro Fray Alonso de la Veracruz, quien mostró luego el celo de ampliar los conventos de la provincia y así solicitó el beneplácito del ilustrísimo Quiroga, obispo santísimo de Mechoacán. Este venerable prelado le concedió las fundaciones de Yuririapúndaro y Cuitzeo a nuestro venerable Veracruz, y habiendo nombrado para primer prelado de Yuririapúndaro a nuestro venerable padre Fray Diego de Chávez, eligió para primer prior y fundador de Cuitzeo a nuestro venerable padre Fray Francisco de Villafuerte; en quien veía relucir el primer fervor de nuestra observancia. Con el mandato del provincial, salió nuestro Villafuerte a pie y descalzo de la corte mexicana, con un crucifijo en las manos y así entró en el pueblo de Cuitzeo, año de mil quinientos cincuenta, por el mes de octubre.

Al momento sintió la península de Cuitzeo el celestial beneficio en la ida de nuestro Villafuerte; pues a sus primeras voces sepultó en las aguas de su gran laguna al infernal dragón, que

poco antes era adorado en las aras, y en medio de aquella tierra, corazón de aquella gran laguna, obró la salud. Bien se ve hoy lo mucho que obró en este pueblo y sus visitas; su santidad se conoce por los mismos indios, pues como refiere nuestro venerable Basalenque, son los de Cuitzeo los más devotos de Mechoacán. Claro está, pues fueron hijos de nuestro venerable Villafuerte, y en ellos quiso el Señor dejarnos en cada uno una imagen de nuestro venerable padre.

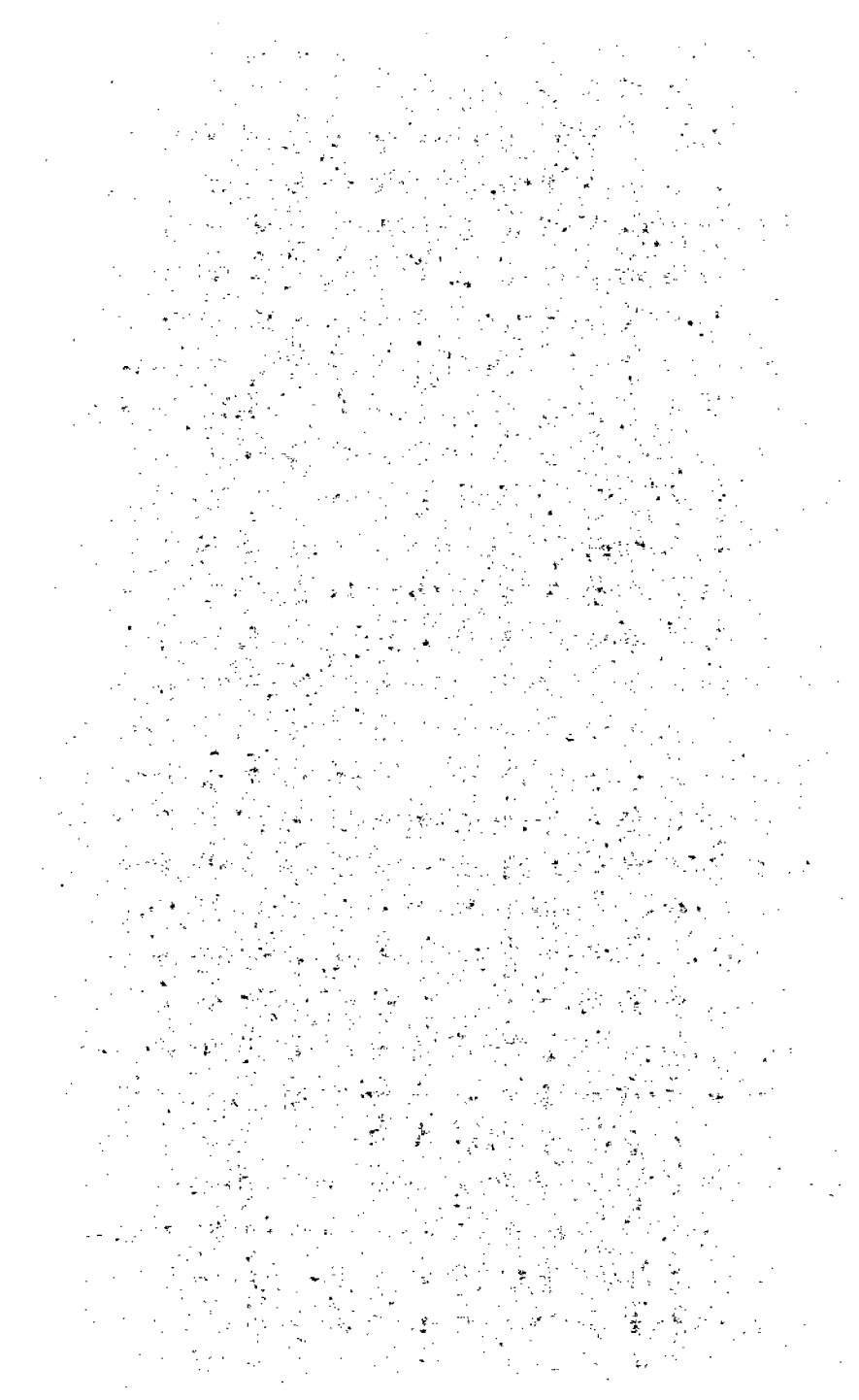
Luego que tuvo ya cristianos a todos los moradores de la gran laguna, dio principio al gran convento e iglesia de Cuitzeo, cuya grandeza queda ya referida; el día primero de noviembre día de todos los santos, año de mil quinientos cincuenta, puso la primera piedra y quiso se denominase así el pueblo, como el convento de Santa María Magdalena, dechado de penitentes, a quien tenía especial devoción, y a quien imitaba en sus penitencias y oraciones continuas. Todo el pueblo lleno de cruces, recuerdos de nuestra Redención, y en cada barrio fabricó una capilla, para que en ella se congregasen a las oraciones; e inmediato al convento fabricó un hospital, consuelo de los enfermos y alivio de los pobres pasajeros.

Ya que vio arraigada la fe en la gran laguna de Cuitzeo, le pareció vida ociosa la que allí gozaba y quiso que otros lograsen los frutos de lo que había plantado. Para esto solicitó la licencia del prelado, suplicándole lo pusiese en las misiones de la costa del sur, en donde todo era penalidad, nada de alivio, y todo tormento. Esto solicitaba ansioso; y es que deseaba acompañar a nuestro venerable padre Fray Juan Bautista, para con su trato aprovechar en la virtud y con su ejemplo emplearse todo en atraer almas al rebaño de la Iglesia.

Consiguió la porfía de nuestro Villafuerte el retirarse a aquella tierra infernal, del modo que entró en Cuitzeo, así salió a pie y descalzo, sin más ajuar que su breviario y un devoto

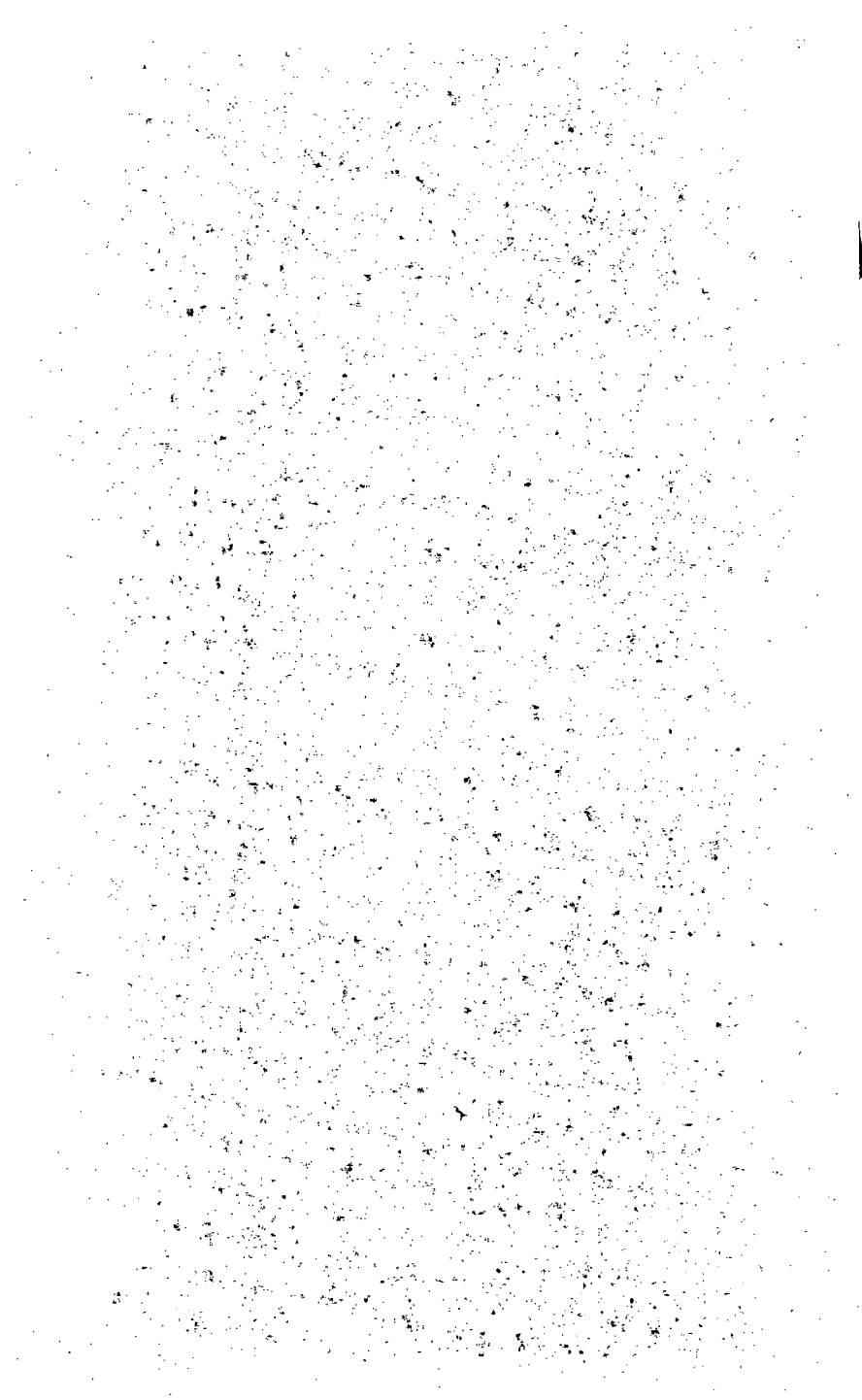
Crucifijo, en quien fiaba todos sus alivios. Llegó a nuestro convento de Valladolid, en donde estuvo algunos días edificando con su modestia aquel almácigo de nuestra religión. De aquí salió para Tacámbaro puerta de la tierra caliente, en donde se le representaron los futuros trabajos que se le esperaban en aquel abrasado reino. Desde aquí se me ofrece nuestro venerable padre, como otro Alcides cristiano; aquí empezó a mostrar su fortaleza y valor, aquí se dio a conocer por Villafuerte, o por Alcides de la gracia.

Así como del celebrado Alcides se cuenta que solicitaba las más arduas empresas en prueba de su valor, así refiere de nuestro Villafuerte. Era la tierra caliente el espanto, la que causaba por su temple y sabandijas horror a todos los de este Nuevo Mundo, menos a nuestro venerable padre, que como veremos, fue el terrenal paraíso de este insigne varón.



Capítulo XLVII

**De la entrada del venerable apóstol
Fray Francisco de Villafuerte a la
costa del sur y de su dichoso tránsito**



El último trabajo de Alcides, fue haber bajado al infierno, dijo Ausonio; el amor de Theseo, fue el que lo llevó a aquella región, sólo por libertar a su amigo, acometió esta singular hazaña. Ficción poética fue en Alcides; verdadera sí en nuestro venerable Alcides Villafuerte, quien por libertar las almas de tantos Theseos, cuantos indios moraban en el terrestre infierno del sur, abandonó su vida, penetrando los más ocultos calabozos de la tierra caliente, luchando a cada paso con el Cerbero infernal, de cuyas fauces le sacaba las almas, que ya juzgaba por propio alimento su crueldad.

A cada paso que daba por aquella tierra, le ponía a la vista el infernal Euristeo, un león Nemeo, con quien luchase su valor, a otro paso le ofrecía una infernal hidra Lerne, para que bregase en esfuerzo; y así hallaba a cada instante escollos nuestro Alcides. Empero así de estos como de otros monstruos, salió siempre victorioso; y una con la compañía del esforzado Idao, nuestro venerable padre Fray Juan Bautista, a este seguía siempre su vida maravillosa; era el ejemplar que seguía, motivo por el que quiso entrar a predicar a la tierra caliente sólo por lograr la dicha de ser discípulo de este Bautista o de este Elías, y lograr nuestro Villafuerte la gloria de ser el Eliseo de tan gran maestro, en quien se viese resplandecer un doblado espíritu.

Cuando entró a predicar a la costa del sur, en lo más retirado de aquella abrasada Libia, aún humeaban los copales de la idolatría, aún había monstruosas serpientes que despedazara nuestro Alcides Villafuerte y para ejercitarse en estas luchas, se retira a los Apuzahualcos, provincia de Zacatula, Motines y Guaba; *finis térrae* de esta América, Oeta encendido de este Nuevo Mundo; aquí se arrojó como allá Alcides. Entre aquellas llamas andaba nuestro Francisco como allá el de Asís, entre las brasas. Racional salamandra de aquellos hornos; en donde para más abrasarse omitió el sombrero y no usó zapatos, para así sentir por los pies las brasas de la tierra y por la cabeza las llamas del sol.

Todos cuantos lo veían, hasta los mismos indios, se admiraban de su rara y no pensada penitencia. Así de este modo convirtió todas las costas del sur. Raro o ninguno será el pueblo que no le sea deudor a nuestro venerable padre de la doctrina que hoy goza. Todas las iglesias de la tierra caliente, fueron obras de sus manos. Él erigió los pueblos; él los puso en la policía que hoy tienen; él los hizo cristianos, y por fin a su celo deben la fe que dichosos profesan. Y a no haber habido superiores preceptos, hubiera finado sus días en aquellas llamas, para renacer Fénix inmortal. Sólo la obediencia pudo retirarlo de aquellos fuegos; dolor tan excesivo para nuestro venerable padre, que a breves días volvió su espíritu puro al Señor, como veremos.

Vivía en aquellas soledades gustoso, por las almas que le ganaba a su Dios y también porque el retiro lograba no vieses los humanos ojos sus obras. Esto deseó mucho y su estudio lo logró, por lo cual apenas se hallan noticias de su vida. Era máxima de nuestro venerable Bautista, y como nuestro Villafuerte siempre procuró imitar a este pasmo de santidad, ocultaba cuanto le era posible las obras y prodigios que obraba. Por esto, como digo, solicitaba vivir entre los indios, cuanto más

bárbaros mejor; pues teniendo menos discurso, les haría poca o ninguna fuerza ver sus éxtasis, saber sus ayunos, oír los golpes continuos de las disciplinas. Todo lo cual lograba en los lugares de españoles, porque los ojos de estos, son lince para ver en los varones religiosos las más menudas acciones.

Supo luego que llegó a esta tierra, que este era uno de los motivos que tenía en Pungarabato escondido a nuestro Bautista; y así luego dispuso modo para poder lograr el mismo fin, y como en aquel tiempo era el principal medio saber la lengua, procuró con toda solitud deprender el idioma tarasco, para así facilitar su retirada y de tal modo la alcanzó, que mereció el título y renombre de grande entre los ministros tarascos: *Fuit Inter. tarascorum populos, Magnus Evangelii Minister* (*Alph. Lib. 1. Litter. F. p. 229*). Elogio quizá de lo futuro, pues a quien enseña y predica el Evangelio, es premio que le da el Señor de ser llamado grande en los cielos.

Por todo aquel abrasado reino resonó la voz de este sagrado Orfeo, cuyos ecos le granjearon el título y renombre de apóstol de la tierra caliente, y a tener el cielo adelantados, creo que ganara en el reino de Cristo este honorífico título nuestro Villafuerte. Adelantado llamó la iglesia a Santiago, porque plantó en España el primero la fe; y nuestro venerable padre fue también el primero que en la tierra caliente de la Nueva España predicó la ley, plantó la fe y erigió iglesias; y así merece el título de Adelantado. Y sobre este título de Adelantado, le asienta bien el de grande del reino de Cristo vida nuestra.

Aunque su intento y especial estudio, fue como queda visto, tapar con el velo de la humanidad y raboso del retiro las muchas y excelentes virtudes de que le vistió el Altísimo, como estas fueron tan superiores, colocadas como ciudad, sobre el monte; su santidad no pudo, por más que hizo, taparlas de la vista de los hombres. Es verdad, que muchas se ignoraron

y quedaron sepultadas en el olvido, para lo cual aplicó toda su ciencia.

Hablando el maestro Fray Juan de Grijalva de este insigne varón, dice lo siguiente: lo que más se encarece de este varón, es la mansedumbre para con los indios, y la tolerancia con que sufría su rudeza, virtud que se alaba de Moisés. Todos se admiraban cuando veían la paciencia de nuestro Moisés mechoacano. Con qué afabilidad llevaba las bárbaras acciones de los indios; cómo toleraba su rudeza, para lo cual se acomodaba a sus mismas propiedades, como hacía allá San Pablo, para así lograrlos y granjearles las voluntades. Qué de veces encontró los ídolos en las cuevas, y al verlos, esperaban todos un celo de un Elías, que despedazara los sacerdotes, o una resolución de Oasías, que los consumiera juntos con los idólatras. Pero al contrario se portaba, hacía lo que Jacob: quitaba los simulacros a los de su familia sin alterarse, y dábales sepulcro para que jamás apareciesen.

Con esta mansedumbre granjeó de tal modo los afectos a aquellos bárbaros, que ellos mismos le entregaban los ídolos. Ejemplo de nuestro gran padre Agustín, quien decía que los ídolos primero se habían de derribar de las aras de los corazones, que de los altares materiales. ¿Qué tenemos, decía mi preexcelso padre, con que se tire del nicho material a Júpiter, si queda en el tabernáculo del corazón erigida la imagen? Por esto nuestro Villafuerte, primero con su singular mansedumbre procuraba desarraigar los simulacros de las almas de sus indios, y conseguido esto, ellos mismos eran los que hollaban a los demonios. Con este modo y estilo plantó las doctrinas todas de la tierra caliente, con esta paz conservó aquella primitiva cristiandad; y si hoy no se experimentan virtudes semejantes en los indios de aquellos territorios, será porque quieren violentos conseguir por fuerza lo que se plantó con suavidad, o quizá

porque no se tiene el antiguo esmero que observó nuestro venerable padre Villafuerte.

A esta mansedumbre añadía, dice el maestro Grijalva, muchas penitencias y oración. Su común vestido, prosigue nuestro venerable maestro Basalenque, era un hábito de jerga muy gruesa y grosera, para así con lo grueso, sentir con más fuerza los calores de la tierra caliente, y con lo grosero lastimar las partes de cuerpo, a donde no llegaban los rayos y cilicios ocultos, con que cruel maceraba su inocente carne. Qué solicitud no ponía en tapar los interiores cilicios, jamás se le vieron, aunque se descubrieron hasta que con la muerte, se rasgó el velo que ocultaba los cilicios de que se vestía esta arca fuerte indiana, en que se guardaba la ley y maná.

Así aconteció con nuestro penitente Villafuerte, sólo el sacerdote su confesor, sabía de los cilicios mientras vivió, pero lo mismo fue morir, lo mismo fue rasgarse el velo con su muerte, que aparecer una multitud de cilicios, de que admirados los que lo vieron para amortajarlo, fueron los tiernos suspiros de sus hermanos, que al llanto concurrió el pueblo, y vieron aquel venerable cadáver, todo vestido de ásperos cilicios.

Al continuo cilicio que llevó hasta el sepulcro, añadió el perpetuo ayuno, con el aditamento de tomar las comidas más viles de esta tierra. Tamales y maíz tostado era de ordinario su corto alimento; manjar tan pobre que solos los indios por su cortedad lo acostumbra. Jamás quiso cosa especial; jamás se le vio tomar fuera de las horas de la comunidad alimento o apetito alguno. En lo cual se conoce que imitó a su compañero y maestro nuestro venerable padre Fray Juan Bautista. Con esta perenne abstinencia llegó a extenuarse el sujeto tanto, que más parecía sombra de lo que había sido, que viviente; solos los labios, como a Job, le habían quedado para predicar y enseñar a aquellos pobres indios, todos se admiraban cómo vivía, y yo

me admiro porque creo que dejó todo lo que era carne y se vistió de lo que es espíritu, que es lo que acontece a los penitentes varones.

Persuádome a esto, porque se refieren ser continuas las disciplinas con que regaba los montes, a los cuales se retiraba siempre que había de hacer esta penitencia, que era muy de continuo. Qué de veces este nuestro Francisco, como allá el de Asís, teñiría las zarzas y abrojos de la tierra caliente con su inocente púrpura; cuántas veces en aquellos encendidos guijarros hervía sangre de nuestro venerable Villafuerte. Si fuera verdad que de los carmines vestidos se engendraban rosas, ya fuera un ameno rosal toda la tierra caliente, según la sangre que en ella derramó el penitente Villafuerte. Qué de veces se vería sudar sangre todo su inocente cuerpo, hasta correr sobre la tierra, como en avenida los corales.

Así que suspendía el brazo para el castigo, comenzaba, habiendo antecedido también la oración, en que recibía soberanos consuelos de su amado Dios. En este ejercicio, era tan continua su perseverancia, que solía ser diptongo la del día de ayer, con la de hoy. Breves interrupciones se le advertían, pues aun en las precisas ocupaciones, procuraba andar en la presencia de Dios contemplando en su infinita bondad. Los éxtasis y arrobos eran ordinarios, aunque poco reparados de los indios, por sumamente rudos; estos se inferían del continuo retiro a las soledades, en la cual se eleva con el cielo el alma santa.

Con estas y otras muchas virtudes se ejercitó en la tierra caliente, de todas las cuales fueron los sólidos fundamentos sobre que se erigieron las referidas, las tres piedras que componen, como principales, el estado religioso: pobreza, obediencia y castidad; estas son las tres piedras sobre las cuales duerme, como Jacob, el varón religioso; y fijo en ellas se le abren los cielos y goza de angélicas virtudes. Sobre estas tres piedras

levantó el alto edificio este esforzado fuerte o Villafuerte Jacob: *Si contra Deum fortis fuisti* (Gem. Cap. 32. No. 28). La piedra de la pobreza despreciable a los ojos del mundo, pero de gran valor a los ojos de Dios, fue la que más estimó y de la que hizo especial aprecio; jamás tuvo propiedad a cosa de este mundo, no poseyó un real, con ser que vivía en los mayores reales de minas que por aquel tiempo se reconocían en la América. No tuvo de qué hacer memoria al fin de sus días y disciplinas, era el ajuar de su celda, apreciables sólo por haber sido alhajas de este varón penitente.

La segunda piedra sobre que descansó nuestro fuerte Jacob, fue la obediencia, piedra que siempre puso, como fino joyel, sobre su corazón, lugar de la voluntad, pues estando en aquella abrasada costa, entendiendo en la predicación y conversión de los indios, en que hallaba notable alegría a su alma; lo mismo fue llegar el mandato del superior, y llegar a sus oídos la superior voluntad, que al momento obedecer. La réplica o súplica fue salir al momento al llamado; no tenía bagaje o equipaje que disponer; del modo mismo que entró en la tierra caliente, así salió, a pie y descalzo, manifestando el hábito por sus muchas bocas la suma pobreza de su dueño, y su pronta ejecución la grande obediencia que siempre había observado.

Las muchas penitencias, crueles disciplinas, continuos ayunos, interminables oraciones y ásperos cilicios, guardas de la pureza virginal, manifiestan la candidez de este varón. No se le vio el menor desliz en la vista, jamás fijó en femenino objeto los ojos, con estos, como Job, tenía hecho pacto de no ver objeto que le pudiese ser tropezón a la conciencia. Con estos recatos guardó su integridad, con las muchas disciplinas conservó su pureza, porque la castidad es una azucena que crece y se dilata entre las espinas de la mortificación. Y como conocía esta propiedad, a cada paso ponía más y más espinas, que le sirviesen de archeros a la rosa de la castidad.

Así observó este varón perfecto los votos de la religión; pero como todas las virtudes son nada sin el otro de la caridad, procuró que se viesen en sí los mayores quilates de la caridad, así con Dios como con los prójimos. El amor para con el Señor, lo dice toda su vida. Por extender su santo nombre, y propagar su soberana ley, penetró las más ásperas tierras de esta América; a eso vino a este Nuevo Mundo, a sólo predicar a su amado crucifijo; y en prueba del amor que a su Jesús tenía, deseó verter su sangre en testimonio de su fineza; y para conseguirlo penetró hasta la provincia de Moisés, poblada de indios bárbaros y caribes, a los cuales acontecía lo que a los griegos, luego que veían a la hermosísima Elena, que luego los desarmaban de los arcos, saetas y dardos su grande hermosura. Así acontecía con nuestro venerable padre; lo mismo era verlo los indios, por brutos que fueran, que caérseles de las manos las flechas, absortos de la serenidad o deidad que resplandecía en su venerable rostro. Y es el caso que era todo amor y caridad nuestro venerable padre Villafuerte. Y quiso Dios se viese verdadero lo que del amor fingieron los poetas, cuando afirmaron que había con sus cariños desarmado a los dioses. Así acá nuestro fuerte amor Fray Francisco, a cada paso desarmaba con sus caricias a los más arriscados indios de este Nuevo Mundo.

Estos efectos provenían de la natural blandura de que el cielo le dotó; eran sus palabras dulces almíbares para aquellos bárbaros. Con propiedad león fuerte o Villafuerte de aquellos desiertos; de cuya fortaleza salían dulces panales. El grande amor de sus prójimos era el que le exprimía y destilaba por sus amorosos labios, las interiores mieles del ingenio de su corazón. Así se llevó tras sí este Alcides mechoacano a los pueblos de la tierra caliente. Viéndose evidente en nuestro venerable fuerte Alcides, lo que allá fabulando del Hércules francés, que

con elocuencia y dulzura llevaba tras sí a los hombres, presos de las cadenas de oro que de sus labios salían.

Prueba de su grande amor para con el prójimo, puede ser haber sido nuestro venerable padre el Esculapio de toda aquella tierra. Sus benditas manos eran el apio que aplicaba a aquellos pobres indios. Él mismo los curaba; él propio les hacía las camas, sin el menor asco a sus inmundicias. En estos ejercicios de caridad, lo cogió el precepto del prelado. Castigo pudo ser a aquellos indios retirarles Dios a nuestro venerable Villafuerte. Como hizo allá Judea, cuando para azote de aquella gente les privó de un varón fuerte. Primero los privó con la muerte de nuestro venerable padre Fray Juan Bautista, y habiendo quedado aquellas doctrinas sobre los hombros de nuestro venerable Villafuerte, permite Dios que el precepto del provincial, retire de aquella administración a este fuerte varón.

Querer referir el sentimiento de aquellos miserables indios viéndose ya sin aquella fuerte torre que tenían contra el común enemigo, no será fácil a la más agigantada elocuencia. Algo del sentimiento y dolor de nuestro venerable Villafuerte, viendo que quedaban aquellas miserables ovejas expuestas con su ausencia a las uñas de los infernales lobos. Fue tal el sentimiento de su caritativo corazón, que a no ser confortado del precepto de la obediencia, hubiera expirado a la fuerza del dolor. Obedeció y pronto salió como otro Abraham, padre de muchas gentes, de aquella abrasada Caldea. Dio motivo a esta retirada el haber sido electo obispo de Mechoacán nuestro venerable padre e ilustrísimo príncipe Fray Juan de Medina Rincón, el cual, luego que tomó posesión de su iglesia catedral, que por entonces estaba en Pátzcuaro, quiso tener consigo a sus amados hermanos. Vio que la doctrina toda de la ciudad corría por cuenta de sólo dos curas, que eran un clérigo, y un religioso de nuestro padre San Francisco, a cuyo cuidado estaban

más de cuarenta mil almas, imposibles a ser administradas por sólo dos ministros. Reconocido esto suplicó a nuestro venerable padre maestro Fray Alonso de la Veracruz, actual provincial, le remitiese religiosos que fundasen en aquella ciudad, para que se partiese la administración en más curas, que con menos trabajo y más puntualidad diesen el espiritual pasto a aquellas almas. Oyó la propuesta el venerable Veracruz, y al punto dio orden al señor obispo para que pidiese los religiosos que gustase para la nueva fundación. Quien con la experiencia que de la provincia tenía, como superior prelado que había sido de ella, luego impetró la persona de nuestro venerable padre Fray Francisco de Villafuerte, para primer fundador de aquel convento y primer ministro de aquellos naturales. Diosele gusto al ilustrísimo príncipe, despachando orden el provincial Veracruz a nuestro venerable padre Villafuerte, para que fuese a Pátzcuaro.

Con la orden del superior salió para aquella ciudad, a la cual luego que llegó, casi en sus brazos lo recibió nuestro ilustrísimo Rincón, recordando la antigua amistad que entre los dos había engendrado el fraternal cariño. Amigo fiel lo llamaba el ilustrísimo Rincón; y podía decirle lo que el eclesiástico: *Amicus fidelis protectio fortis* (Ecle. Cap. 6. N° 14). Luego le señaló lugar para la fundación del convento, que es el mejor de la ciudad; y le dio nueve pueblos para la administración. Dio principio al convento y juntamente trató de poner en forma la doctrina, la cual plantó a la moda de las que había dejado en la tierra caliente. En las cuales había imitado en todo el estilo de nuestro venerable padre Fray Juan Bautista.

Más fuerte pareció que fue nuestro Villafuerte, que nuestro Bautista; pues no se concentraba con administrar, dice nuestro venerable Basalencque, las doctrinas que le pertenecían, sino que se entraba por aquellas que les estaban a otros encomendadas. Al modo de San Pablo, que no contento con predicar en

su territorio se entraba en la jurisdicción de los demás apóstoles. Así Villafuerte, como ángel fuerte, penetraba las doctrinas de los clérigos y religiosos de San Francisco; y en todas evangelizaba la palabra del Señor. Esto mismo ejercitaba en Pátzcuaro, no sólo enseñaba en nuestra doctrina, sí también pasaba su enseñanza a las doctrinas de los clérigos y de mi padre San Francisco, en que hacía notables frutos.

Con estos ejercicios en parte se consolaba, pues ya que no aprovechaba en la tierra caliente, hacía mucho fruto en la tierra fría. Empero, como veía que en Pátzcuaro había ministros y en la causa del sur faltaban, se afligía su amante corazón; y era esta una espina que cada día le hacía mayor llaga: hasta que la continuación del dolor llegó casi a imposibilitar el sujeto. Pero a que herido de amor del prójimo nuestro venerable padre, en hombros de otros se hacía llevar a las doctrinas recién fundadas, como allá San Juan en Efeso, y allí predicaba y enseñaba.

A una doctrina que estaba y está hoy en medio de la laguna llamado de Xanicho, del modo mismo se hacía transitar, sin que las muchas aguas de aquella gran laguna pudiesen extinguir su caridad. Allí como cristiano Arión, lanzaba con la armonía de su voz evangélica los racionales delfines, que moraban en aquellas aguas. Qué de veces al modo que Cristo, hizo púlpitos de las barcas: *Docebat de navicula turbas* (Luc. Cap. 5. N° 3). Nuestro venerable padre fabricó de las canoas cátedras para enseñar a aquellos pobres pescadores, y hacer de aquellos Zebedeos, discípulos de Cristo. Estos eran sus continuos ejercicios en las doctrinas de Pátzcuaro, en esto se ejercitó hasta la última enfermedad, al modo de nuestro gran padre Agustín. Siempre sonaron los ecos de este mechoacano cisne, pero ahora que conocía se le llegaba de su vida el fallo, fue cuando más armonía cantó, a las orillas del Caistro de Pátzcuaro. Vivió entre los fuegos de la tierra caliente, y ahora moraba en las

aguas de la gran laguna de Tzintzuntzan. Parece que quiso el Señor, sintiese los fuegos de la tierra caliente y aguas de la tierra fría nuestro venerable, para llevarlo como piadosamente se cree, al eterno refrigerio. Todo lo puede creer de su gran virtud la cristiana piedad, y más cuando dejó firmado de nuestro venerable padre el siguiente elogio nuestro Alphabeto Agustino: *Et quod non leve magnae indicium est venerabilis fratris Joannis de Moya sectator, et aemulator fuit* (Alph. Lib. 1. Litter. F. p. 229.).

Por fuertes que sean las fábricas de Adán, al fin el tiempo las desmorona, con los porfiados arietes de los años. Estos eran ya muchos en nuestro venerable Villafuerte, a que se añadía el dolor que se le había arraigado en su cristiano corazón, de haber dejado solos y huérfanos a los indios de la tierra caliente. Esta amorosa pasión de tal modo se le fue apoderando del corazón, que a pocos meses de llegar a Pátzcuaro, comenzó a flaquear este fuerte edificio. Cuando hacía la iglesia, le acometió con la última fuerza el dolor y pasión. Aún no le ponía fin, y ya la Parca le cortaba el estambre de la vida. Cesó en la obra material en que había de ser en breve su venerable cadáver, y se retiró a su pobre celda a esperar el último combate, para el cual necesitaba de su natural valor; armose de las armas de los sacramentos, y por fin, como esforzado atleta, fue la unión el óleo que se untó para el certamen.

Abrazó luego el Crucifijo, único compañero de sus peregrinaciones, y con él en tiernos abrazos y cariñosos ósculos, le entregó su espíritu. Murió como el general Moisés nuestro venerable Villafuerte, y siguió su cuerpo la circunstancial del caudillo del pueblo de Dios. Hasta hoy no se ha hallado el cuerpo de nuestro venerable padre. Sábese estar sepultado en nuestra iglesia, y se discurre ser la peana del altar de San Nicolás la concha dichosa que nos guarda esta preciosa margarita, por cuyo hallazgo se podían dar todos los mundanos tesoros.

El año de mil quinientos setenta y cinco, fue en el que la envidiosa Parca de vernos con la dicha de su vista, lo quitó de nuestros ojos. Así lo testifica nuestro Alfabeto: *Priorem in pluribus Conventibus gessit, et cum eo munere in Conventu Pátzcarensi fungeretur circa annum Domini millesimum, quingentesimum, septuagesimum quintum, ad coeleste vocatus, humana dimisit* (Alph. Lib. 1. Litter. E. p. 229). Gobernaba la barca de San Pedro en el pacífico mar de la Iglesia como diestro Palinuro cuando falleció nuestro venerable padre, el santísimo padre Gregorio XIII. Tenía el cetro de la española monarquía el prudente rey don Felipe II. Era a la sazón virrey de este dilatado occidente, don Gastón de Peralta. Apacentaba el ganado de Cristo en Mechoacán, su pastor y obispo el ilustrísimo señor don Fray Juan de Medina Rincón. Era padre y prelado de toda la agustiniana grey nuestro reverendísimo maestro Fray Tadeo Perusino. Provincial de esta provincia, la cuarta vez nuestro venerable padre maestro Fray Alonso de la Veracruz, y prior de nuestro convento de Pátzcuaro nuestro venerable difunto Fray Francisco de Villafuerte.

Con el tesoro del cadáver de nuestro venerable padre, quedó riquísimo nuestro convento de Pátzcuaro, feliz y dichoso con esta prenda, cuanto desgraciado por haber carecido de este bien, Cuitzeo. No es menor el sentimiento de la tierra caliente, de verse privada del cuerpo de su primer apóstol; tierra en todo fatal, pues la privó de esta felicidad el Señor, Pátzcuaro logra tener en su suelo a un varón a quien adornó el cielo de los siguientes títulos, pocos para sus grandes virtudes, los cuales servirán de epitafio sepulcral y de noticia a los caminantes de este mundo. Aquí yace el apóstol y adelantado de la costa del sur, fundador de todas las doctrinas de tierra caliente. Prior primero del convento de Cuitzeo y su dignísimo fundador. Así mismo primer prelado del convento de Pátzcuaro definidor de

esta provincia, nominado vicario general de toda la América. Este es el venerable padre Fray Francisco de Villafuerte, que *requiescat in pace.*

*Francisci decorant Tumulum pia pignora sacrum
Et tantum Patrem, tan brevis urna capit.
Clauditur at Virtus nullo tumullata sepulchro:
Virtuti viuum stat sine morte decus.
Longa fames, somnusque brevis, repetita que saeva
Verbera cum lachrimis assiduaeque preces
Candida Virginibus spoliarunt carnibus ossa,
Quam magnus paruo contegitur lapide?
Visus dum visit, celebrans assugere terris.
Quid mirum! Coelum coelica cuncta petunt.*

Capítulo XLVIII

**De la fundación del sexto convento
de esta mechoacana Thebaida, llamado
de San Nicolás Tolentino de Guango**

Es muy fecunda Lía, ya ha dado cinco hijos, y en cada uno una casa a la familia de Jacob. Ahora produce otra su vientre y es el sexto parto que da a luz. Con el cual alumbramiento, quedó tan gustosa, que prorrumpió en estas agradecidas palabras: *Dotavit me Deus doto bona* (Ene Cap. 30. N° 19. et N° 20). Zabulón lo denominaba *Appellavit nomen pius uabulon*. Que es lo mismo que habitáculo o religioso convento. Así se me ofrece esta segunda Lía la mechoacana provincia. Cinco hijos había dado a luz su feliz y fecundo vientre, en cinco conventos; y ahora pare otro, que son seis. Este es el convento de Guango, cuya etimología entre otras muchas que le han acomodado, es *volver a traer*, porque viene del verbo tarasco *Huanhuani*.

Logró la dicha Guango de que luego que rayó la luz del evangelio por el oriente de Mechoacán, la cual traía el resplandeciente sol seráfico el venerable padre Fray Juan de San Miguel; luego hirió con sus rayos en los racionales escudos de Guango. Retirose el venerable apóstol y en su ausencia sustituyó en parte las luces, conservando con su doctrina el beneficiado de Puruándiro, la primera enseñanza, fomentada esta del calor del cristiano encomendero. Pero como al beneficiado le era cabecera de Puruándiro la asistencia, con sus fallas, casi llegó Guango al prístino estado de su gentilidad; y en él durara, a no haber dispuesto, como veremos, la alta providencia, el que

fuésemos a cuidar los agustinos de aquella cristiandad, casi ya agonizando por la falta de ministros.

No era muy apetecible su habitación, por ser el sitio de este pueblo en una hoya muy dilatada, toda cercada de montes altos, los cuales es menester bajarlos para entrar, y para salir subirlos, excepto por el desagüe de sus vertientes, por donde se explaya un poco el horizonte, y a no tener este desahogo de las aguas, fuera el pueblo un estanque muy crecido. Pero aunque se alivia por el referido puesto de muchas aguas, con todo le quedan otras, que no son tan pocas, que de ellas no se formen ciénagas y lagunas, con muchos ojos de agua, que se abren en las sierras y despeñados bajan al fondo de la hoya. Esta es la causa de ser húmedo el suelo, y las sierras hacen frío los aires, temperamentos que tiene Guango; y esta frialdad que goza, es la razón de que no sea la humedad dañosa.

A tener los naturales de este pueblo la curiosidad extranjera, pudiera ser Guango el Versailles de esta América, o la Florencia de este Nuevo Mundo; pues sin padecer opresión de caños las aguas, las pueden elevar a las cumbres, para que se despeñaran en vistosas fuentes; y de aquí pasaran a fertilizar los terruños. Bien vio y conoció esta felicidad el encomendero, por lo cual eligió este pueblo para su morada, omitiendo otros muchos que tenía en encomienda. Aquí labró suntuosa casa, que pudo tirar nombre de palacio, según su grandeza; apenas se ven hoy sus vestigios, que no es novedad, no parezca la gran fábrica de nuestro encomendero, cuando hoy no se halla rastro de las Babilonias, Zusas y Ebatanis.

Sólo persevera de todo lo que labró el encomendero, una capilla que levantó para panteón suyo, y de sus hijos. En ella puso muchos sepulcros, considerando su dilatada prole; hoy no hay quien ocupe de sus descendientes los sepulcros. De la mucha grandeza de este caballero, sola la memoria, y esta en el

sepulcro ha quedado. Ejemplo a los futuros, pues sola una sepultura nos queda de toda la grandeza de este mundo. Pues de todas sus fábricas que hizo en la corte de Guango, sólo el sepulcro ha quedado, para perpetua memoria de lo que fue.

Este caballero y encomendero fue don Juan de Villaseñor, el viejo, al cual por los muchos hijos que tuvo y por su gran fe, podemos llamar Abraham de este Nuevo Mundo. De este noble y antiguo tronco, salió todo lo bueno e hidalgo del reino de Mechoacán; como son los Villaseñores, Cervantes, Orozco, Ávalos, Bocanegra y Contreras; con quienes, como Jacob, repartió las mejores tierras de esta provincia, que en lo feraz pudieran tirar gajes de tierra de promisión. Los descendientes de este caballero, poblaron a Valladolid, cabeza de Mechoacán y otras ciudades, en donde hoy se ven nobles ramos de este tronco. Gloria grande de Guango, haber sido cuna de la hidalguía toda de Mechoacán. Digno por lo dicho de ser atendido este solar; de donde ha salido tanto bueno. Por lo cual a todos los nobles de esta provincia, digo: atended a Guango, que de allí nacisteis.

Todos los hijos de este caballero, aunque tenían sus casas muy ostentosas en las haciendas que su padre les había dado, las fiestas, Pascuas y otros días, que era lo más del año, moraban en Guango, y para su mayor comodidad, todos estos caballeros tenían labradas casas competentes a su grandeza. En los días festivos, había tantas carreras, que parecía Guango un romano circo, en que aquellos nobles aurigas mostraban la destreza en la carrera, dignos de ser coronados con guirnalda de palmas, como allí a los que corrían en los circenses juegos.

A esto añadían lidia de toros feroces, y por fin con dulces cañas se terminaban estos íntimos festines. Esta grandeza, fue la causa, dice nuestro venerable Basalenque, de denominar a Guango *La corte chica*. Título con que fue conocido en sus primeros

siglos este pueblo. Merecido renombre. Pues en este pueblo tuvo su corte el penúltimo rey de Mechoacán, llamado Siguan-ga Caltzontzi; y quiso que se condecorase este suelo con su nombre para que recordase en lo futuro, haber sido corte de los poderosos reyes de Mechoacán. De todo lo dicho, sólo el nombre ha quedado, y la memoria; y hoy está tal, que al verlo podrán dudar de esta narración. Pues ni aun yo lo escribiera, si no lo hubiera dejado firmado nuestro venerable padre maestro Basalenque.

Como era corte, era casi inmensa la gente que en su cabecera y visitas contaba, imposible a ser administrada del beneficiado de Puruándiro. Este de ordinario moraba en Guango, por estar este pueblo como corazón, en medio de su vasto beneficio, o por vivir allí el encomendero, quien por tener en su casa el pasto espiritual, le hacía al cura el gasto, a que añadía crecidos favores con valientes partidos. Este era el estado de la corte chica, a tiempo que nuestro venerable padre maestro provincial Fray Alonso de la Veracruz, pidió al ilustrísimo obispo don Vasco de Quiroga algunas doctrinas, en que fundar la provincia. Había reconocido, como pastor vigilante, en la visita de su obispado, la grande necesidad que tenía de ministros Guango. Por lo cual luego nos dio orden de que fundásemos. De lo cual recibió notable alegría el encomendero don Juan de Villaseñor, quien vivía con cristiana emulación, de ver que los otros encomenderos de Mechoacán, como eran don Cristóbal de Oñate de Tacámbaro y don Juan de Alvarado de Tiripitío, tenían la dicha de tener en sus encomiendas religiosos agustinos.

El año de mil quinientos cincuenta, por el mes de noviembre, entraron en la corte de Guango nuestros venerables padres. Recibiolos en sus cristianos brazos, en lo exterior, el noble Villaseñor, y en lo interior en su católico corazón. El que he hallado a costa de gran trabajo, que fue el primer prior y fundador, fue

nuestro venerable padre Fray Juan de Acosta, de cuya santidad habla así nuestro Alphabeto, al fin del libro segundo: *Guangi ditiescit exubiis Patris fratris Joannis de Acosta prioris Elaemosynari* (*Alph.* Lib. 2. Litter. X. p. 564.). Única noticia que he hallado de este venerable padre, pero suficiente para inferir de ella su grande virtud, puesto que es la caridad el fundamento único de toda la perfección, y en esta virtud fue insigne; tanto, que era conocido por el limosnero.

Quédese pues nuestro venerable padre Fray Juan de Acosta conocido en esta crónica con el nombre de *Juan Limosnero* de esta mechoacana Thebaida.

No puedo dilatarme más en su vida, porque sola esta noticia he hallado de este venerable padre. El cual luego que llegó a la corte de Guango, dispuso la doctrina en la forma que la de Tiripitío, dechado que se observó en la provincia, en las nuevas fundaciones. Más trabajaron aquí nuestros venerables padres, con estos indios, porque la falta de ministro y doctrina los tenía, ni del todo gentiles, ni del todo cristianos. No eran cristianos, porque ignoraban los misterios de nuestra santa fe. Por lo cual nuestros apostólicos padres, trabajaron en su reforma, aun más si los hubieran fundado: *Mirabilibus reformasti*. Luego se conoció el provecho en aquellos indios, y así que vieron ya la mies racional sin la yerba de la cizaña, dieron principio para encerrar la cosecha, a una gran iglesia, troje mística del supremo labrador, Cristo vida nuestra.

El año de mil quinientos cincuenta se asentó la primera piedra por las cristianas manos del noble encomendero don Juan de Villaseñor y con su calor cristiano creció la obra a los tamaños que hoy se ven con harto sentimiento de que la muerte nos hubiera quitado a este indiano Constantino. Pues a vivir hubiera puesto fin a la grande obra, que su agigantado ánimo había emprendido. Con la muerte del encomendero y menoscabo de

los indios, ejes principales para las fábricas, pausó hasta el día de hoy la obra de la iglesia. Cuyas paredes dicen lo mucho que había de ser; como asimismo un curioso caracol, manifiesta las filigranas con que se había de proseguir hoy la iglesia capaz, e inmediata a ella el panteón y capilla del encomendero.

Al mismo tiempo que se dio principio a la iglesia se comenzó la fábrica del convento, con más fortuna que el templo porque este se finalizó. El claustro es de bóveda, y es uno de los buenos de la provincia, todo de sillería; la casa se ordenó de terraplén baja, en que se fabricaron ocho celdas muy capaces, con otras precisas oficinas, necesarias a un monasterio; y aun algunas piezas, no tanto para la necesidad, cuanto para el recreo; como es un cenador vistoso, que sirve de adorno y desahogo a la tarea religiosa. A que se añade para el recreo una huerta muy poblada de árboles frutales. Paraíso de aquella soledad y recreo de aquel retiro.

Luego que se dio fin al convento, se trató de la fábrica del hospital, inmediato al convento, el cual se labró con todas las piezas necesarias, así para curar a los enfermos como para recibir a los pobres viandantes. En él erigieron iglesia, para que a los tiempos determinados concurriesen a rezar los sirvientes. Y de este modo fabricaron en el pueblo en los barrios sus capillas, plantas que observaron en todas sus funciones nuestros venerables padres. Mucho de esto se conserva, y durará aun todo, si las pestes continuas y las congregaciones, juntamente con las minas, no hubieran sido polilla con que se han consumido los indios.

De lo que más abunda este pueblo es de aguas y son tan buenas, que todos afirman ser las mejores de Mechoacán. En algunas de sus lagunas o albercas, tienen sus moradores con abundancia pescadillos, como son sardinas, suficientes a no carecer de este fresco regalo. Carnes son de las mejores de la

provincia, las que logra de muchas haciendas que rodean al pueblo. Tiene galantes y feraces tierras, así de maíz como de trigo, y pudieran ser cuantiosas haciendas, si en sus moradores se hallara la extranjera codicia. Conténtanse con poco, por ser poca la gente, pues ya los miles de tributarios se han reducido a cortos cientos, atribuyendo a las pestes este menoscabo, porque aquí, como en hoya, se han asentado más las epidemias que en otros lugares de Mechoacán.

Con los pocos indios no han ido a más las obras; bastante se hace en conservar lo que dejaron hecho nuestros venerables padres. Las fincas del convento, no son tan crecidas como las que quedan de otros conventos. Empero muy suficientes para sustentar tres religiosos que cuiden de la administración; porque aunque se han destruido las visitas que tenía el pueblo en su jurisdicción, en su lugar se han hecho haciendas, y estas administra el convento. Y a no tener el monasterio suficiente congrua, no pudiera mantener operarios para la pronta administración. Pues los indios con su natural pobreza, y con ser pocos, no pueden mantener ministros suficientes por lo cual el convento de sus fincas los sustenta. Lo cual en todos los más conventos de la provincia se observa.

El no ser el convento de Guango tan crecido y fuerte como los de Yuririapúndaro y Cuitzeo sus vecinos, fue en los primitivos tiempos daño para los indios, pues les faltaban lugares fuertes a donde retirarse cuando los chichimecos les daban asaltos, y así muchos indios perecieron en Guango, a manos de los bárbaros. Tenían más inmediato a Guango, y así era el *fortissimum prelium*. Aquí acometían cada día. Sólo un asalto referiré en testimonio de lo que digo; el cual fue el año de mil quinientos y cinco, a los treinta y cinco años que habían fundado nuestros venerables padres.

Este año referido fue tanto lo que se osaron los bárbaros chichimecos, que pasaron en formado ejército el Río Grande,

al modo que los hunos transitaron el Danubio, para destruir a Italia. La primera poblazón a donde llegó la cruel avenida, fue a Guango, en ocasión que habían salido a administrar el prior, que era el venerable padre Fray Jerónimo de Guevara y su compañero el venerable padre Fray Francisco de Saldo. Como hallaron sin pastores a aquellos pobres corderos, que pudiesen en algún modo recogerlos para librarlos de los lobos, dieron el alarido sobre la pobre grey, llevando a sangre y fuego corderos y cabañas; con la presa dispusieron luego la retirada, de modo que cuando llegaron nuestros venerables padres, apenas hubo quien les diera noticia del suceso.

A breve rato fueron informados quiénes habían sido los agresores, y sin temer el indefectible riesgo a que se ponían, pidieron los caballos, y como valerosos Belerofantes, fueron por la posta en busca de sus queridos hijos. Águilas generosas, sagradas Hipogrifos, que por libertad a sus hijos, exponen sus cuerpos a las saetas chichimecas. A pocas leguas dieron alcance a los bárbaros, y sin más armas ofensivas que sus voces, ni defensivas que sus hábitos, acometieron a los bárbaros; y fue tal el terror que les causó aquella cristiana y caritativa resolución, que dieron espantados a huir, como que viniese sobre ellos todo el ejército de Cortés.

Muchas saetas a la primera vista dispararon a nuestros dos esforzados soldados, que cada uno era blanco de aquella muchedumbre. Así podía decir cada uno de nuestros soldados, pues el amor de sus hijos los había expuesto a ser escopos de aquellos bárbaros. Pero el Señor, que los entró en aquel empeño, los libró de la multitud de las flechas, pues aunque las despedían las robustas fuerzas chichimecas, eran saetas que llegaban sin el valiente impulso a los cuerpos. Tan flojas llegaban, que decir podían nuestros venerables padres: *Sagittae Parvulorum, factae sunt* (Salm. 63. N° 8). Lo mismo era tocar a los hábitos,

que caerse al suelo sin penetrar una sola punta sus cuerpos; y que estaban calcitrados en las cálidas estigias aguas de su gran caridad. Bien podemos retratar a nuestros venerables padres en las americanas batallas, como en España entre las huestes agarenas a Fray Milián; entre las mismas a Fray Francisco Jiménez de Cisneros. Acá podemos poner a nuestros venerables padres en medio de la bárbara multitud chichimeca, espantando y venciendo infieles perseguidores del nombre de Cristo.

Retirados los enemigos a lo más fragoso de las sierras, común asilo en sus insultos, rogaron nuestros triunfantes padres, como allá Abraham, todo el robo que llevaban. Con esto volvieron triunfantes a Guango. Sólo les faltó un Melquisedec que les saliese al camino a alabarles el hecho. Aquí quisiera yo no los vítores en los profanos triunfos que espantaron a Roma; sí las sonoras voces de las hijas de Jerusalén, para que aplaudieran esta victoria de estos americanos Davidés. Coloquen en sus fachadas, graben en sus escudos los Saldos y Guevaras este triunfo, para que los cuadros y ángulos de sus armas; pero no, que esta fue cristiana victoria, en que triunfó la caridad y ha de quedar bordada en su pendón para eterna memoria.

Pero ¡oh pensión de lo humano! Cuando nuestros venerables soldados habían, como reformados capitanes, de gozar de la victoria de la gran fatiga que tuvieron en la batalla, dice nuestro venerable Basalenque que enfermaron, y en breves días murieron. Así a nuestros venerables padres la misma fatiga del triunfo los enfermó, y en breve rindió la Parca a los que no pudo toda la bárbara multitud. Guango les dio gloriosos sepulcros, y a ser mundanos sus triunfos, hubieran suspenso de sus sepulcros los trofeos que alcanzaron de las infieles huestes. Pero ya que la humildad religiosa priva a los muertos de esta vanidad, quede en esta crónica, como en lápida grabado, este triunfo.

Y sepan todos que es la urna de estos americanos Castriotos la iglesia de Guango; y que en ella también descansa su fundador, el venerable Fray Juan de Acosta. Sólo de estos tres primitivos padres tengo noticia; otros muchos habrá que el sepulcro habrá borrado la memoria. Fundose este convento el año de mil quinientos cincuenta, por el mes de noviembre, siendo pontífice máximo de toda la Iglesia, el santísimo Papa Julio III. Emperador don Carlos V, rey de las Españas el prudente don Felipe II, virrey de este Nuevo Mundo don Luis de Velasco el mayor, obispo de Mechoacán el ilustrísimo señor don Vasco de Quiroga. General de toda nuestra religión sagrada el eminentísimo señor Fray Jerónimo Siripando. Provincial de esta América nuestro venerable padre maestro Fray Alonso de la Veracruz, y prior dignísimo nuestro venerable padre Fray Juan de Acosta. Según el maestro Puente, murió en Puruándiro el venerable padre Fray Juan de Acosta, y fue trasladado a Guango. Fue el mayor limosnero que ha habido en la provincia; daba limosna a las religiones, y todas le celebraron honras. Así el maestro Puente.

Antiguas memorias de este convento e iglesia, dignas de esta crónica, son casi ninguna, pues las que he adquirido, son puramente tradiciones muy fáciles a la falibilidad. Es tradición en este pueblo de Guango, que en los tiempos primitivos, se veneraba en esta iglesia el devoto y milagroso Crucifijo que hoy tienen las madres monjas del convento de Santa Catarina de Valladolid. Este Señor Crucificado, dicen haber estado colocado en la capilla y entierro de los Villaseñores, y que en ocasión de una peste que hubo en Valladolid, con la fama de este Señor lo pidieron de aquella ciudad; lleváronlo, y con el Cristo entró la salud.

Solicitaron las monjas les llevasen a su convento a su esposo, y tan pagadas quedaron de su amante Crucificado, que

pidiéndoselo para restituirlo a su antigua morada de Guango, creo que dijeron las esposas de Cristo lo que allá la esposa de los cantares: *Inveni quem diligit anima mea; tenui, nec dimittam, donec introducám illum domum Matris Meae* (Canti. Cap. 3. N° 4). Así obraron estas esposas. Entráronlo en la casa de su madre Santa Catarina; y unidas a su amado, clamaron diciendo: *Tenui eum nec dimittam*. Concedióselos por algunos días su petición, y siempre que se les pedía respondían con el *nec dimittam* de la esposa, hasta que el tiempo olvidó este derecho; y las venerables devotas madres, se quedaron con nuestro amado crucifijo. Lo mismo nos aconteció con el Señor de Ixmiquilpa en el arzobispado de México, que las madres monjas de Santa Teresa la Vieja, se han quedado con el devoto bulto, que por tantos títulos y razones nos pertenece.

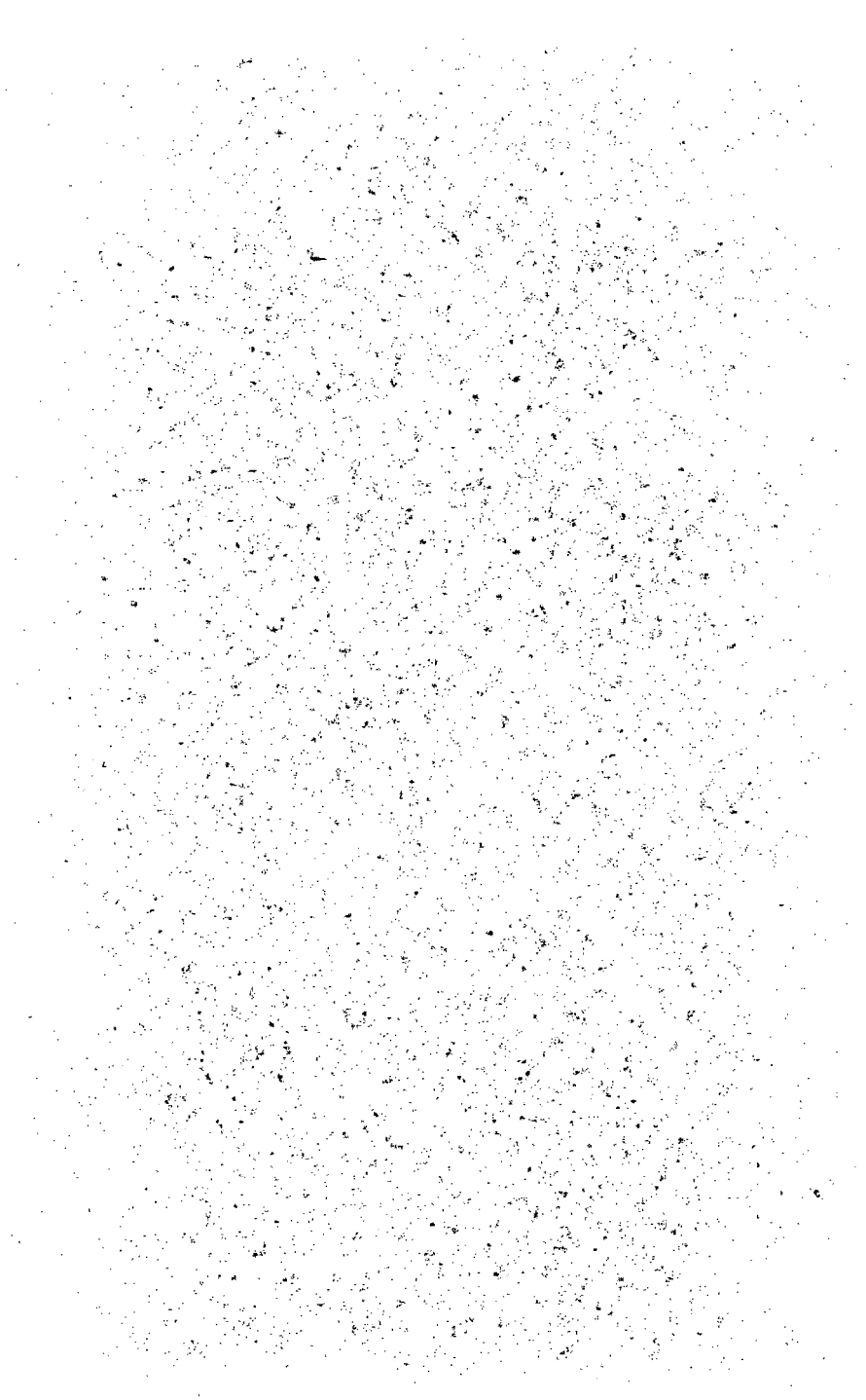
En lugar del referido Crucifijo, puso otro la devoción, que hoy persevera, y juntamente una devota hechura de María Santísima nuestra Señora de los Dolores, imposible hermosura que no puede pintar mi pluma, aunque llevara la mano el mismo Apeles; viva sin vida, y muera sin poder morir. Es el amparo y medicina de aqueste pueblo; tiene en las liberales manos un cambray, en que muestra recoger las perlas que los ojos de agua de su rostro, como celestial rocío se desprende. Este paño aplicado a los vientres de las paridas, se ha experimentado, que con sólo su tacto, al momento dan a luz criaturas. Y así se apiada con especial de las que sienten estos dolores. Fue dádiva esta devota imagen del padre prior Fray Isidro López.

Por los años de mil setecientos veintiocho, corrió la voz de que una Cruz que está en el cementerio de la iglesia, con extraño movimiento formaba círculos, estando fija en la peana. Muchos lo han afirmado, aunque no se ha hecho la exacta diligencia que semejante maravilla pide dar el asenso que pide tan gran prodigio. De modo que lo maravilloso o milagroso de

Guango, son tres cosas: Cristo Crucificado, María Santísima nuestra Señora de los Dolores, y una Cruz; y estas tres cosas componen un perfecto Calvario, que recuerda a los religiosos moradores de aquel convento que aquel suelo es otro Gólgota, digno de ser atendido y reverenciado, como tierra santa de esta América.

Capítulo XLIX

**En que se da principio a la admirable vida
de nuestro ilustrísimo fundador, el maestro
don Fray Diego de Chávez y Alvarado,
dignísimo obispo de Mechoacán**



Siete casas contaba esta fecunda mechoacana Thebaida, cuando el Señor (como lo cree la piedad) nos llevó de la tierra para el cielo a nuestro primitivo héroe el ilustrísimo don Fray Diego de Chávez y Alvarado. En la séptima generación estaba el mundo, cuando aconteció este rapto. Y en el séptimo convento estaba esta provincia. Las cuales siete casas, parece que cercaban en forma de corona a este gran varón; queriéndola cada una para sí. Todas altercando como allá las siete ciudades de Grecia por Homero. Tiripitío alegaba haber sido su fundador. Tacámbaro proponía la misma razón; Valladolid alegaba este fundamento. Yuririapúndaro probada con la evidencia su derecho. Cuitzeo alegaba para su fin sus razones. Guango defendía su partido con igual fuerza. Y Charo manifestaba su propiedad en los aumentos que mostraba. Estas eran las siete casas en todas las cuales tuvo mucha parte nuestro venerable padre. En cada una de ellas se podían poner como imagen su vida. Pero viendo casi iguales las razones de todas, hallé por cierta circunstancia que referiré, que sólo pertenece nuestro venerable padre al convento de San Nicolás de Guango, el cual motivo me llevó para que en su fundación escribiese sus virtudes.

Fue este pueblo en lo primitivo, dice nuestro venerable Basalenque, denominado de todos la corte chica de Mechoacán, cuyo nombre le granjeó el haber sido, como visto queda, en la

gentilidad, corte del penúltimo rey llamado Ziguangua, o por la mucha grandeza de que gozó en el tiempo de sus nobles encomenderos. Por una u otra razón, fue conocido por corte el pueblo de Guango. Pero reparé le falta el todo para este nombre, pues no teniendo rey, que es el alma de la corte, era apodo y no ilustre nombre denominar corte a Guango. Así lo discutiría, cuando hallé que el mismo cronista que llamó a este pueblo corte chica, este mismo denominó a nuestro venerable Chávez rey en su vida: *Tenía* (dice nuestro venerable Basalencque) *un corazón de rey, de poderoso y de rico para las obras de los conventos y sacristías*. Pues si tiene corazón regio nuestro venerable padre; ¿en qué otro lugar más a propósito que en la corte se puede colocar su imagen, para que todos sepan que si Guango gozó la dicha de tener a nuestro venerable padre, fue porque era corte; la cual es propia silla de los reyes? Y así fue y es de nuestro venerable Chávez, cuyas sienes coronadas de la eclesiástica mitra, lo manifiesta rey, y por su noble ascendencia, es acreedor a este título, como veremos.

Romana antigua colonia, fue la noble Badajoz, fundación de los romanos, y por eso denominada de ellos *Paz Julia*; con cuyo nombre, o recordaron el de Julio hijo de Eneas, o adularon al primer emperador Julio César. Durole el romano nombre mientras tuvieron el cetro los latinos; y aun en tiempo de los godos conservó el mismo renombre, hasta que el árabe, con el dominio, introdujo nuevos nombres en los lugares de España; los cuales con la restauración le suscitaron en parte los antiguos. Uno de los que recuperaron su primitivo apellido, fue Paz Julia, llamándola como antes, Badajoz. Cuyo nombre viene de las antiguas voces vascongadas, *Bada y Jo* (P. Manuel de Larranmendi. *Antig. del Bascuense*), que divididas son fórmulas de quien exhorta a tocar la campana. Voz pudo ser esta con que se congregó en este lugar lo más ilustre de toda la nación

española, siendo de las familias que a su población concurrieron, las nobilísimas de los Chávez y Alvarados.

Estas prueban su antigüedad en esta ciudad, desde el tiempo de los antiguos romanos, cuyos apellidos tuvieron por cuna a Roma. Los Alvarados, dicen que descienden de Alva longa, y los Chávez del dios Jano, primer fundador de Italia. Que el nombre Chávez, es originario del latino *Claves*, y estas en las manos del dios Jano, fue divisa de su estatua y armas de sus descendientes. Tan antiguas son estas dos nobles familias, primeras basas de Badajoz, cuando fue romana colonia, y desde aquellos Canos hasta los nuestros sin interrupción alguna, se han conservado claras estas dos nobles familias en las cuales han residido como perpetua finca los más principales empleos de toda aquella República; y por muchos años en la noble familia de Alvarado, estuvo muy de asiento la encomienda mayor de Santiago; hasta los tiempos del católico Fernando, que habiendo electo la caballería toda en gran maestre a un Alvarado, llevándole a confirmar a la reina la elección, eligió a su esposo don Fernando con aquellas palabras que hasta hoy en proverbio: *Maestre por Maestre, séalo este*, y señaló al rey don Fernando por gran maestre de Santiago.

Sírvale también de esmalte sobre el oro de su nobleza, haber producido esta ilustre prosapia a los dos mayores héroes que han conocido los siglos; estos fueron el invencible don Fernando Cortés, marqués del Valle, y el desgraciado marqués don Francisco Pizarro. El primero, conquistador de toda esta Nueva España, y el segundo de los dilatados y ricos reinos del Perú. A los cuales, como compañeros y parientes, hicieron lado en las conquistas don Pedro de Alvarado, conquistador y adelantado de este reino; a cuya noble stirpe de los Alvarados debe el rey nuestro señor ser emperador de la mayor monarquía que conoce el mundo todo. De modo, que si el rey hizo

grandes a los nobles Alvarados, estos hicieron también grande al rey de España en los dominios.

Esta tan noble familia conociendo sus aumentos de enlazarse con la antigua de los Chávez, se unieron en dulce y suave himeneo, de cuyo cristiano nudo nació para dicha de este Nuevo Mundo lustre de nuestro aureliana estirpe, don Diego de Chávez y Alvarado. Así lo testifica en dos partes nuestro Alphabeto: *Didacus de Chávez Pascensis Nobilis, Parentum genus ex Gente Chavid, maternum ex Alvarada trabens* (Alph. Lib. 2. Litter. X. p. 564). Y en otro lugar: *Didacus de Clavibus vel de Chavez in Vrbe Pascenci in Hispania Nobilissimis Parentibus ortus* (Alph. Lib. 1. Litter. D. p. 197). Por dos veces, como visto queda, pondera con superlativos el claro origen de nuestro infante don Diego. Y es porque sin duda vio de más cerca que escribió en España, los nobles progenitores de nuestro insigne Alvarado.

De los nobilísimos antiguos troncos romanos fue ilustre rama don Diego: por Chávez y Alvarado rayó en lo claro de la sangre a donde no llegaron los Arcades. Y por justo y virtuoso, fue digno de entroncarse en los nobiliarios del cielo, mucho más claro que los de la tierra, solares más conocidos por más resplandecientes. Escogiólo el rey celeste para grande de su reino, y quiso naciesse grande en la tierra, para que sobre esta grandeza saliese más la del cielo. Glorioso origen le dio liberal naturaleza, pero nuestro don Diego supo añadirse a lo noble de su sangre, lo claro de sus virtudes. No se picará vena noble de lo primero de España, que no salte luego sangre de los Chávez y Alvarados. Y si se hiciese lo mismo en las venas de las virtudes, apenas se rasgara una, en que no fuese muy singular este héroe. Añadirse puede, para total complemento de estas nobles familias haber tenido por fruto a un hijo tan singular; que estos son el total lustre de sus mayores, como lo público el gran Jerónimo en el epitafio de la nobilísima romana Paula.

Queden con el referido elogio sepultados por ahora los nobles padres de don Diego, para dar principio a sus singulares virtudes. Luego que rayó el sol de la razón en el dilatado oriente de aquella gran testa, luego se vieron las luces y con claridad se admiraron los primeros discursos del infante. Al momento, como otro Alcides, comenzó desde la cuna de sus primeros años, a destrozár las serpientes de los vicios. Luego concibieron grandes futuros del infante, creyendo no degeneraría de sus nobles ascendientes, pues daba muestras en la tierna edad del brío de sus mayores. Luego lo inclinaron al ruido de los clarines y tambores, arrullos primeros con que acallaban los ayos y las amas a don Diego. Creció con la edad el valor, y quisieron sus nobles padres siguiese su inclinación; para lo cual lo remitieron a sus dos tíos don Pedro de Alvarado y don Jorge, para que en la escuela de estos Martes, saliese un Alcides en el valor. Este fue el fin principal de haber pasado a la América, venir a imitar a sus valerosos tíos; sintiendo, como Alejandro, que se le hubiese adelantado su mismo padre Felipe.

Corto mapa le pareció todo este Nuevo Mundo, aun siendo tan dilatado; tal vez, quizá Alejandro, lloraría el que no hubiese más mundos que conquistar a su rey. Buena ocasión le dispuso la fortuna, pues cuando llegó a la corte mexicana, apenas veía a sus tíos entre el humo de la pólvora. Solos parches y timbales eran de aquel siglo las músicas, de que quedó tan gustoso, que tuvo por el hombre más feliz del mundo todo. No fue menor la alegría de sus esforzados tíos, pues con la llegada de don Diego, y muestras de valor que daba, creyeron sin duda alguna haberles el cielo enviado para aumento de sus glorias este singular mancebo.

A tiempo pues, que don Diego ejercitaba la espada en los nobles ensayos, para salir después al anchuroso teatro de todo este Nuevo Mundo; por no estar ocioso el adelantado don

Pedro de Alvarado, viendo ya postradas a sus pies las coronas todas de la América, dispuso pasar a la Asia, para avasallar a los pies de su rey las once mil islas del archipiélago de San Lázaro, y poner en el mogol, cabeza de la gran China, los leones y castillos españoles; mientras que en el puerto de la Navidad, se disponían las naves para esta grande jornada, por no tener envainado el acero, quiso hallarse en la expedición del reino de Jalisco hoy Nueva Galicia, de esta América, y entonces Flandes de este Nuevo Mundo, en donde se vieron algunas veces vencidas de las flechas.

Un día en que quiso el adelantado don Pedro hacer muestra de su valor y animar con su presencia para un ataque a los españoles, se mandó armar de sus más lucidas armas, tan bizarro se presentó al salir de su tienda o pabellón, que a haberlo visto el enemigo, se tuviera por dichoso, ser prisionero de tan gallardo capitán. Llegó la fatal hora de montar en el bruto, caballo aciago, mucho más que el de Troya, pues en breve había de dar por tierra con todo el español esfuerzo de don Pedro. Ocupó el estribo el pie, y a formar con el otro el círculo en la brida, sentida la soberbia del bruto del acicate, sacudió de su espalda al Mario español don Pedro, y por retirarlo más de sí, lo apartó con osados de suyos, fin de sus glorias, y principio de su muerte. Desgraciado héroe a cuya vida sólo un bruto pudo atreverse ignorante, cortando con este acaso el hilo de las conquistas de la Asia, como le aconteció a Alejandro, que cuando disponía las conquistas en Babilonia le asaltó la muerte oculta en un veneno.

Golpe fue este, si fatal para el Seyano don Pedro, muy favorable para su sobrino don Diego. El bruto dio el golpe en el cuerpo de don Pedro, pero hizo el eco en el alma de don Diego. Con la caída del tío, despertó el sobrino, abrió los ojos, y lo primero que vio fue el convento de Agustín mi gran padre,

inmediato palacio a nuestra casa. Corrió luego ligero sacudiendo el polvo del mundo y lodos del siglo: *Ex morte Adelantati Domini Petri de Alvarado Patruí sui fallacias mundi perspectas habens ad Portum Religionis confugit* (Alph. Lib. 2. Litter P. p. 251).

En ninguno se experimentaron más evidentes estos efectos, pues luego que la coz hirió a don Pedro, bebió de aquellas aguas del desengaño don Diego. Con ellas regó su alma; *Ani-mam irrigare*; y la misma corriente lo llevó al sabio mar de Agustín; y en sus orillas se desnudó de las antiguas galas del mundo; en donde suspendió, como trofeo las armas, colgando de las paredes del templo del desengaño la cuchilla ardiente de don Diego; para ser soldado de la ardiente antorcha en la milicia de Cristo. Borró el *don* mundano, por el humilde *Fray*, el año de mil quinientos treinta y cinco, en el cual pisó con cristiana arrogancia las guarnecidas casacas, por vestirse del negro penitente agustino saco.

Nuestro convento grande de México vio y admiró la nueva transformación de nuestro Fray Diego. Era actual prelado del convento nuestro primitivo y venerable padre Fray Juan de San Román, en tiempo que regía desde España como provincial nuestro gran padre Santo Tomás de Villanueva; y como su vicario nuestro venerable y santo padre Fray Nicolás de Agreda. Debajo de la disciplina de estos insignes varones, se crió este varón insigne; esta fue la primera leche con que se paladeó y creció nuestro Fray Diego. Néctar pudo ser su enseñanza, que bebida de nuestro novicio, ella sola fue suficiente a que le aconteciese con verdad, lo que fabularon de Alcides los poetas. Pues así como de este dijeron que sólo con tomar el pecho de Juno, en que se bebía la divinidad, quedó endiosado, nuestro venerable Fray Diego, luego que se alimentó con el néctar de nuestro venerable padre San Román se halló todo endiosado a beneficios de la leche de su doctrina.

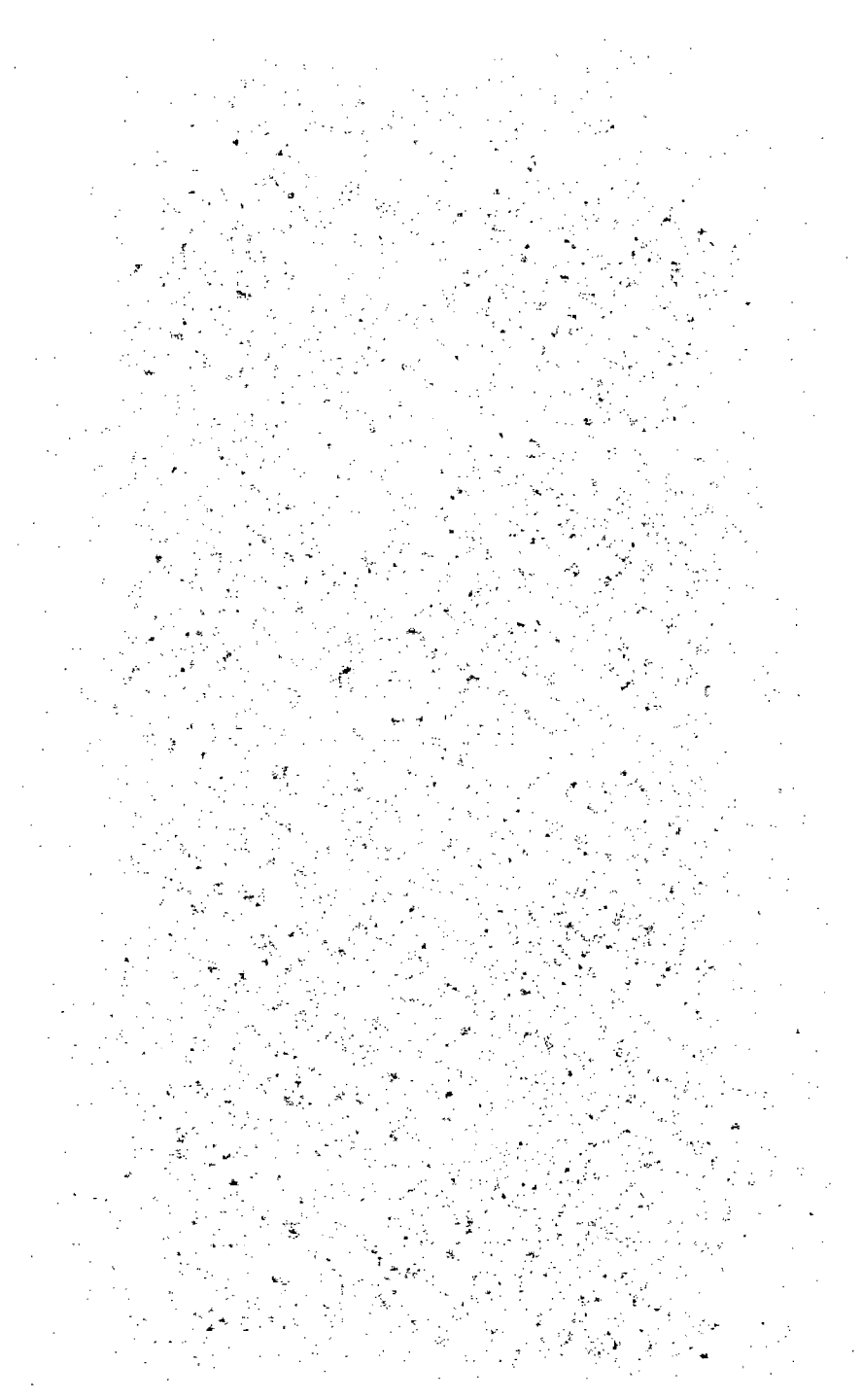
No dudo pondría notable esmero en la crianza de este hijo, por ser el primero que daba a luz el fecundo vientre de la provincia. Este fue el primer infante que se envolvió en los negros paños de Agustín, y el primero que fajó esta madre con la cinta aureliana. Grande gloria para las Indias, haber sido el primer religioso de esta América nuestro Fray Diego. El primogénito de todos los frailes agustinos de este Nuevo Mundo. Qué pronósticos tan favorables anunciaba la astrología a esta provincia, si hubiera alzado figura en el horóscopo de este primer hijo que dio a luz del planeta sol agustino, mi gran padre, astro el más benigno y favorable de los que componen el cielo religioso.

Luego que se afianzó con la profesión, comenzaron a resaltar los brillos lucientes de este primogénito. Sin dilación se vieron las grandes y agigantadas virtudes de este Polifemo agustiniano. Mostró una ejemplar vida: muchos ayunos, más disciplinas, mayores mortificaciones, continua oración y un notable y singular afecto al eucarístico pan: *Vitae eius perfecta, et exemplaris ieiuniis, mortificationibus, oratione et deuotione ad ineffabile Eucharistiae Sacramentum, digna laude, admiratione* (Alph. Lib. 1. Litter. D. p. 197). Con estas virtudes se hizo tanto lugar entre los ancianos y perfectos, que como afirma el maestro Grijalva, siendo aquel siglo de oro primitivo, en que era necesario ser muy gigante cualquier perfecto, para poder señalarse entre los varones grandes de aquella edad, nuestro venerable Fray Diego se veía tan crecido, que se le pudo decir lo que el Espíritu Santo de Saúl, en prueba de su virtud: *Ab humero, et sursum eminebat super omnem populum* (1. Reg. Cap. 9. N° 2). ¿Qué mayor testimonio podré dar en prueba de su singular santidad que haberlo electo por fundador en compañía de nuestro venerable padre San Román, de nuestra mechoacana Thebaida, siendo tan mozo que apenas contaba tres años de religión? Pues como consta, nuestro venerable Fray Diego recibió nuestro hábito sagrado el

año de mil quinientos treinta y cinco, y el año de mil quinientos treinta y siete salió de México para fundar la provincia santa de Mechoacán. Y es que sin duda en los tres años creció tanto en la virtud, que lo hallaron anciano y provecto para fundador nuestros primitivos padres. En tres días creció tanto Pablo en la santidad, que fue arrebatado hasta el tercer cielo, y de allí salió a fundar y dilatar la provincia del Nombre de Jesús. Tres días fueron los tres años para nuestro Fray Diego, Pablo de este Nuevo Mundo, en los cuales fueron tan continuos sus ayunos, que apenas comió, apenas bebió, todo era macerar la carne, destruyendo lo que era cuerpo, para vestirse de Espíritu y gozar de soberanos raptos: y por fin salir a dilatar como vaso de elección, la provincia del Santo Nombre de Jesús, en Mechoacán.

Capítulo L

**De la venida de nuestro venerable
Chávez a Mechoacán. Fundación
del primer convento de Tiripitío,
y entrada a la tierra caliente**



Admiración causó al mundo, ver llorar en crecidos raudales al gran Julio César, luego que vio la estatua de Alejandro, que estaba colocada en Cádiz. Y es que reconoció en lo que representaba al mármol, los pocos años que tenía Alejandro cuando conquistado había ya el mundo todo. Y que yo (decía César), con más años, no haya hecho acción digna de inmortalidad. Conozca el mundo con las lágrimas que manifiesto mi sentimiento, y espere de mí mayores hechos en lo futuro. Bien podemos todos como César, poblar de lágrimas nuestras mejillas, si contemplamos en esta historia la imagen de nuestro Fray Diego. No poblada de canas, no llena de arrugas, rayas que señalen en el rostro los años; antes sí en una edad febea, con poco más de cinco lustros, tiempo muy corto para obrar las hazañas que veremos; pues en esta tierna edad conquistó todas las dilatadas tierras del sur de Mechoacán. ¿Quién viendo de nosotros estos hechos en un mancebo, no exprime por los ojos pedazos del corazón, viéndose con muchos más años, y sin haber hecho cosa, que digna sea de memoria?

El año de mil quinientos treinta y siete salieron de la corte mexicana para Mechoacán los dos apóstoles, Fray Juan de San Román y Fray Diego de Chávez: Juan y Diego de nuestro agustino apostolado. Acompañados los envía la provincia del Nombre de Jesús como allá remitía Jesús a los suyos a la conservación del

mundo viejo. Segundos Zebedeos del Mundo Nuevo. En los cuales dos apóstoles, Fray Juan y Fray Diego, se vio a la letra ejecutado el modo con que Cristo remitía a sus apóstoles a convertir el mundo: *Nolite possidere aurums: Nom peram invia, neque duas tunicas, neque calceamenta* (Math. Cap. 10. N° 10). Así salieron apóstoles de la gran corte de México, a convertir la provincia y reino dilatado de Mechoacán; descalzos, desnudos, sólo remendados de unos negros sacos, cuanto tapaban los interiores cilicios; fiando su sustento, como aves del cielo, en el Señor. Así llegaron a Tiripitío, primera mansión de nuestra provincia.

Aquí como visto queda ya, asentaron las primeras piedras de la mechoacana Thebaida, y fijos ya los fundamentos, descendieron con la predicación a Tacámbaro, puerta de toda la tierra caliente. Aquí hicieron la misma planta que en Tiripitío la cual acabada penetraron con su predicación todas las dilatadas costas del sur, hasta llegar a encontrar el célebre mar del sur; el cual fue el Caspio mar de estos Alejandros, en donde pudieron elevar arcos que dijese a los futuros con lenguas de piedra, esta entrada. O pudieron erigir columnas, como en fines de la tierra; al modo que allá las levantó Hércules en Cádiz, a las orillas del Mediterráneo, con aquel célebre *Non plus ultra*: Testimonio inmortal y fin de sus conquistas. Pero nuestros Hércules sagrados, no quisieron poner columnas en el fin de esta tierra, porque aspiraban a más dilatadas conversiones, antes sí parece pusieron el *plus ultra* puesto que a breve tiempo nuestros venerables padres pasaron los inmensos piélagos, a conquistar los dilatados reinos de la China.

En dos años que se tardó la misión, en la costa del sur, se convirtieron todas aquellas dilatadas provincias, en cuyo tiempo se fundaron más de quinientas iglesias y se bautizaron muchos millones de indios; imposible a que los cuenten los libros de la tierra, sólo los volúmenes del cielo saben el número de los

bautizados, por las manos de nuestros apóstoles mechoacanos. Ya que vieron finalizada la misión, dieron vuelta a Tiripitío el año de mil quinientos treinta y nueve, a los dos años de haber salido, para remitir operarios que conservasen la cristianidad, que habían plantado en aquellas dilatadas provincias. Remitieron a los dos venerables padres (cuyas vidas quedan ya referidas), Fray Juan Bautista y Fray Francisco de Villafuerte, nada inferiores en el espíritu a los primeros apostólicos misioneros.

Quedaron aquellas vastas provincias sujetas en lo temporal al prudente rey de España don Felipe II; y en lo espiritual al supremo emperador rey de la gloria, Jesucristo. Más fama sin duda alguna debe alcanzar nuestro venerable padre Fray Diego de Chávez y Alvarado con sus conquistas, que sus tíos y parientes, con las muchas en esta América. Ganaron Cortés y Pizarro, parientes de nuestro venerable padre para su rey, los dilatados reinos de las Indias. Conquistaron don Pedro de Alvarado y don Jorge, los reinos de Guatemala y Honduras, tíos de nuestro venerable padre. Estos sólo conquistaron y ganaron súbditos al rey del mundo; pero su sobrino Fray Diego de Chávez y Alvarado, conquistó tierras y súbditos no sólo para el rey de la tierra, sí también para el Señor de los cielos. Los otros ganaron cuerpos; nuestro venerable padre cuerpos y almas. Razón por la que le doy, entre los conquistadores Alvarados, el primer lugar a nuestro venerable Alvarado.

Bien pudo, a ser templo de la fama el de Tiripitío, suspender de sus almenas y paredes las armas, arcos, saetas y adargas de todas aquellas bárbaras naciones de la costa del sur. Sola su voz los desarmó, con sola su vista postraban a sus descalzos pies los arcos y las flechas. Tantas fueron estas, que pudieron servirle de alfombra a sus plantas en crecidas distancias. No se oyó en todas las provincias del sur más clarín que el del venerable Chávez en su voz. No hubo más tiros que los que despidió el

fuego de su caridad; ni se esgrimió otra cuchilla que la de la palabra de Dios. Con estas espirituales armas rindió la bárbara arrogancia de aquella gentilidad. A los hijos de Agustín debe la corona de Castilla la conquista temporal de aquellas provincias. Estos fueron los soldados que se alistaron bajo la bandera del Crucificado, comandados por el venerable padre Fray Diego de Chávez.

Tan obediente hasta el día de hoy ha quedado aquella tierra, al yugo del católico monarca, que aunque otras naciones de esta dilatada América han querido sacudir de sus cervices el español yugo, jamás lo han pensado los de esta tierra, nunca han intentado rebelión alguna antes sí como mansos corderos, han estado siempre obedientes a los silbos de su dueño; y no es porque les falten bríos, que son de Mechoacán los más arriscados. Prueba puede ser haber defendido las costas varias veces, de las extranjeras naciones. La causa a mi ver ha sido de su grande obediencia, el haberlos conquistado nuestro venerable Chávez, quien con la fe que les predicó, les infundió juntamente a su rey obediencia; gracia especial de conquistador, dejar a los vencidos contentos, y agradecidos al nuevo Señor, y a extraño monarca.

Ya que dejaban trunco al infernal dragón que tantos siglos había sido adorado en la tierra caliente, dieron principio nuestros dos apóstoles a fabricar el convento de Tiripitío, para que sirviese este de almacén para surtir las misiones y doctrinas de la tierra caliente. Este convento eligieron por Sión de esta nueva cristiandad, para que de allí saliesen leyes y predicadores de la palabra de Dios. Pusieron la primera piedra del edificio de esta nueva Sión, piedra preciosa sobre que se elevó el mechoacano edificio. Procuraron fuese el nuevo y primer convento, mortificada, estrecha vivienda a nuestros primitivos padres, y admiración en lo futuro a los venideros, en que como en cristal

viesen la primitiva santidad de la provincia. Espejo se interpreta Sión, según Cartagena, y tal halló que es nuestro convento de Tiripitío, a donde vemos hoy con espanto aquellos huecos en lugar de celdas, a donde moraban aquellas primitivas castas palomas.

Luego voló la fama de la nueva estrecha vivienda, que se había hecho en Mechoacán, y determinó la provincia en el Capítulo, enviar comunidad de religiosos estudiantes que se amoldasen en los estrechos trojeles de aquellas celdas, para que oprimidos en los cuerpos, ensachasen los espíritus para la predicación. En esta estrecha observancia, se amoldaron nuestros primeros padres; aquí se les infundió la mayor observancia de nuestro instituto; y todo corrió por las manos de nuestro venerable Fray Juan de San Román y Fray Diego de Chávez. Pues en el capítulo en que se pusieron los estudios, salió electo en prior primero de Mechoacán nuestro venerable San Román, y en superior nuestro venerable Chávez. A los cuales acompañó de primer lector de todo este Nuevo Mundo, nuestro venerable padre maestro Fray Alonso de la Veracruz, fundador de la Universidad de Tiripitío.

Llegó el dichoso día de que apareciese el sol en Tiripitío, y que este planeta rayase con sus rayos en las cabezas de los estudiantes (que lugar de oro significa Tiripitío). Y el primero que echó matrícula en aquel estudio, fue el superior y fundador de la misma Universidad Fray Diego de Chávez. Bebió en el tiempo de los tres años, como águila castiza los rayos y luces del sol Veracruz, y quedó tan alumbrado y lucido, que a sufrir la celestial esfera dos soles, hubiera sido el segundo nuestro venerable Chávez. Fue, dice el maestro Grijalva, el más aprovechado de aquel curso, tanto, que pudo ser gran maestro y catedrático; pero esto fuera, si en aquella cabeza cupieran o tuvieran lugar las apariencias del mundo. Sacudió humilde de sus doctas sienes el

bonete magistral, negra blanca corona de Minerva, con el mismo desengaño, con que arrojó el sombrero y plumas de la milicia, diademas vanas de Marte.

Y es que reconoció su prudencia, que pudiera serle de estorbo la cátedra y de embarazo la borla, para la ocupación apostólica, a que sólo aspiraba su encendida caridad; porque ocupado en las aulas en enseñar como maestro, cesaba de predicar en la tierra caliente a sus queridos indios la doctrina del Crucificado. Este fue el motivo por el que abandonó las magistrales ínfulas; por darse todo al apostólico ministerio. Qué de veces hizo elevado púlpito de los altos picachos de la tierra caliente.

Cuántas ocasiones le sirvieron los desgajados encinos de sugestos, sin más tornavoz para sus ecos, que los cielos. De los campos dilatados hacía iglesias, para que cupiese la muchedumbre; y sin sentir los ardores del sol, insufribles en aquel país, todo lo más del día predicaba. ¿Pero cómo había de sentir materiales rayos del sol, quien vivía tan encendido en el amor del prójimo y de Dios?

Él fue el Colón de toda aquella abrasada americana Libia, no dejó vacío escollo o arrecife que no transitase con el norte del Crucificado en las manos. Este era el imán con que atraía los hierros de aquellos para convertirlos, como alquimista del cielo, en oro de gracia. En todos los referidos pueblos de la tierra caliente, hasta hoy duran dulces memorias de este varón apostólico. Es verdad que se acompañó con el venerable San Román; pero este venerable padre, como anciano ya, todo el peso de la predicación cargaba sobre nuestro apóstol Diego, Jacobo primero, que así como el otro, fue el primero que plantó la fe en España. Nuestro Diego o nuestro Jacobo del modo mismo, fue el que en la tierra caliente de la Nueva España, sembró nuestra ley sagrada.

No derramó la corporal sangre, en testimonio de su predicación; pero vertió con notable liberalidad la más noble púrpura

que es la sangre del alma. Qué de veces vio lleno de lágrimas, sangre del corazón, su venerable rostro, para ablandar con aquella sangre al divino cordero, y que derramase sus piedades sobre aquella ignorante gentilidad. Qué de veces con los carmines, que brotaron sus descalzos pies las guías y pedernales de aquella tierra, viendo todos en las piedras los nobles rubíes de los Chávez y Alvarados. Y si las piedras a veces se mostraban compasivas de ver verter tanta sangre, apelaba a su fuerte y cruel brazo y a porfiados y repetidos golpes de hierro de la acerada disciplina, salía tanta grana de aquel noble e inocente cuerpo, que pudieran creer los ojos ser verdadero el río Almón, todo sanguíneo; o que era el Mar Rojo de esta América.

Así suplía los defectos del tirano nuestro venerable Chávez, por lograr esta dicha de verter los granates de sus venas, penetró las más bárbaras naciones de esta América. Como quien dice: si mis parientes y tíos los nobles Alvarados, derramaron por su rey el más fino y noble murice de sus venas, por el supremo monarca de los cielos, he de verter en testimonio de su fe la nobilísima sangre que en mis venas late. Pero el Señor no quiso concederle estos encendidos deseos, antes sí, si lo entra-
ba en los peligros, era para sacarle airoso de los ataques. Entre los más fieros bárbaros de esta América lo conservó, como a Abraham entre los caldeos. De las garras de los leones, zarpas de los tigres y uñas de los osos de que está poblada esta África del Nuevo Mundo, lo sacó sin lesión, como a Daniel, de las víboras y serpientes, que habitaban en este desierto. Taran indiano, lo conservó libre Dios, como a Moisés, porque no quería que muriese, ni a manos de hombres, ni de fieras, y es que lo necesitaba para evangélico ministro de aquellas gentes y era más necesaria su vida que su muerte.

Para vencer a estos racionales monstruos, le dotó el cielo de una natural dulzura; tanta, que se pudo creer verdadero lo que

afirmaron de Arión y Orfeo los poetas. Rendía con su trato a los más bárbaros, porque templaba del rostro los rayos, con lo risueño del agrado; lazos amorosos con que tendían albedríos voluntades. Era de rostro hermoso, a quien añadía discreto, suavidad agradable en los labios. Estas son las mejores prendas y más valientes armas. Siempre rindió más el amor que el poder. Vencía y rendía, sin reñir, con su apacible rostro; bañado de hermosura, y labios llenos de gracia: *Difusa est gratia in labiis tuis*; postraba y rendía los más robustos monstruos. Flechas ha tirado y agudas saetas, que sin sacar sangre han atravesado cuantos corazones se le han rendido. ¿Cuál es el arco que despide con tal destreza las saetas que así rinden? La hermosura de su cara, y lo gracioso de su labio, que son armas más eficaces que la dureza del acero. La especiosidad del rostro de nuestro venerable padre Chávez y la dulzura de sus plantas, eran dulces flechas para rendir sin reñir. Ningún nublado se atrevió al sereno cielo de su rostro, todo el tiempo que administró; ni una palabra se oyó en su boca que no fuese de agrado; supo ser padre de todos aquellos indios; y con estas flechas los rindió a todos, caían a sus pies y recibíalos en sus brazos; tuvo brazo para elevarlos, no tuvo pies para pisarlos. A todos favoreció con cariño; a ninguno ofendió con ultrajes; y así quedaron las flechas de los indios a los pies de nuestro venerable padre. Ellas en vez de volar a darle muerte de ellas le fabricaban los indios trono a su grandeza.

¿Cómo en esta natural hermosura y dulzura de labios habían de poder templar los arcos para herir a nuestro venerable padre?

En ocasión que administraba en aquella tierra, le aconteció un caso prodigioso, que refiere nuestro maestro Grijalva. Sacramento nuestro venerable cura a un indio el cual al recibir al divino Señor en su pecho, con lo fuerte y agudo de la enfermedad, al querer transitar la forma la volvió envuelta en naturales

inmundicias. A todos los circunstantes les hizo cerrar las narices el mal olor y volver los rostros el vómito, menos a nuestro venerable ministro, que sin atender a lo inmundo del plato, sólo porque vio allí a su amado Jesús Sacramentado, se arrojó presuroso en la tierra, y con la ansia y gusto que pudiera tomar un delicado manjar, se bebió todas las inmundicias, hasta lamer con la lengua el suelo. Caso digno de mayor elocuencia, que la de mi pluma, jamás visto; más digno para admirarlo, que para imitarlo.

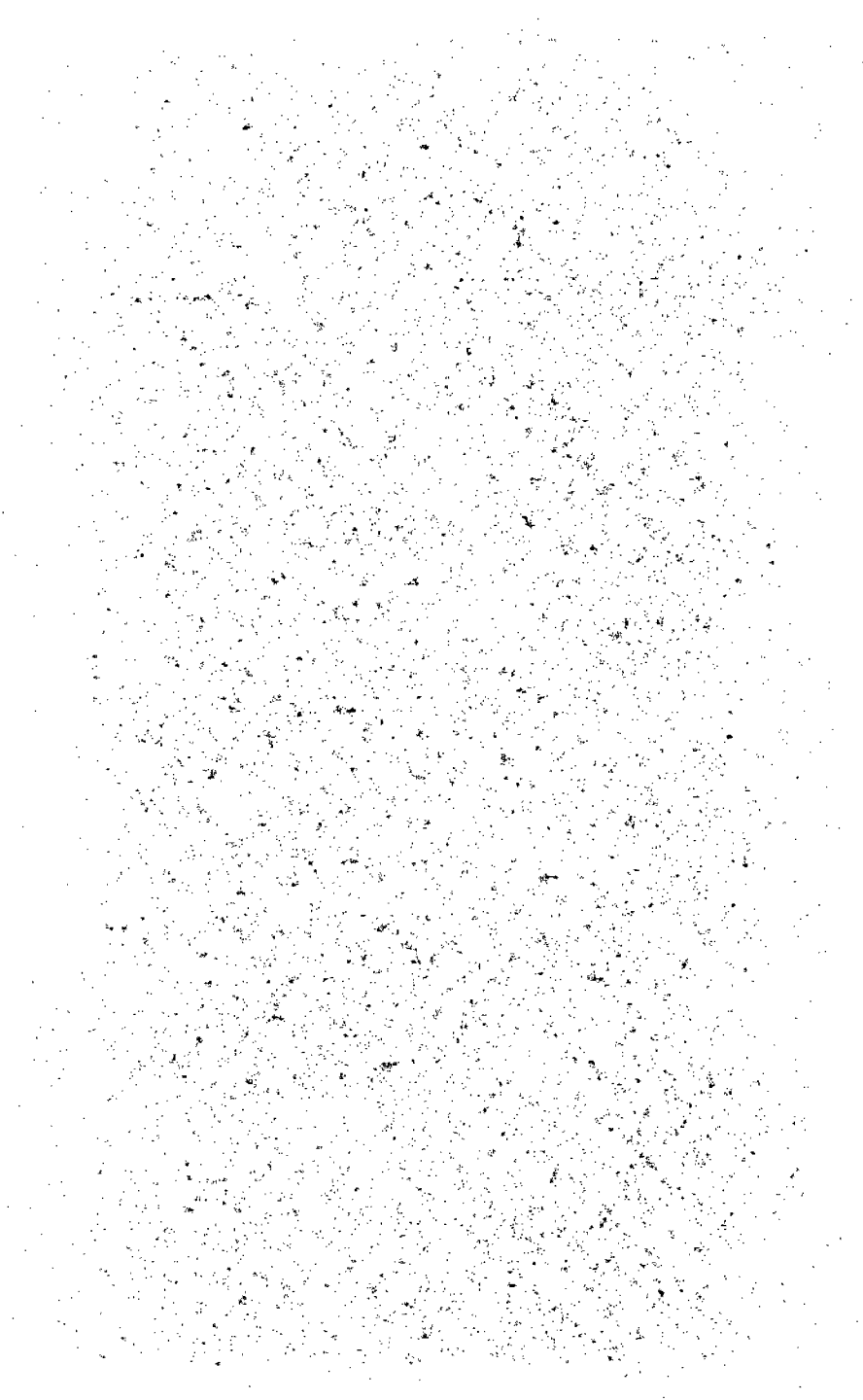
Es lo más cierto, que quiso con este hecho mostrar a todo el mundo el grande afecto que tenía al celestial eucarístico pan, y con esta acción intentó infundir a los indios la devoción a este soberano Señor sacramentado. Pondera en su vida nuestro Alfabeto, el gran respeto y amor de nuestro venerable Fray Diego al soberano maná, en estas palabras: *Vita eius perfecta, et exemplaris ieiuniis, mortificationibus, oratione et devotione ad ineffabile Eucharistiae Sacramentum; digna laude admiratione, imitatione* (Alph. Lib. 1. Litter. D. p. 197). Pues en testimonio de lo mucho que amaba a su Señor, hizo esta singular fineza por su amado. Mucho han ponderado los autores la heroica acción del ínclito e invencible don Fernando Cortés, inmediato deudo de nuestro venerable padre cuando para infundirles a los indios respeto a sus ministros y puntualidad a la doctrina, dispuso que cierto día llamase a la doctrina el cura de Santiago Tlatilulco, y fingiendo alguna demora al llamado del ministro, luego que llegó al cementerio, en donde estaba congregado el pueblo, mandó el cura religioso, con el valor de un Ambrosio, que le desnudasen a Cortés la espalda para recibir la pena que había puesto al que faltase a la doctrina. Obedeció el invencible Cortés con la humildad de un Teodosio y toleró aquel castigo, para ejemplo de los indios. Única ocasión en que vieron las espaldas de este español Marte. Acción digna de toda inmortalidad, con la cual se consiguió el que los indios acudiesen con puntualidad a oír la enseñanza

de nuestra ley; y es tal el temor desde aquella ocasión, con que llegan a la doctrina, que por arriscado que sea el indio, llega a la presencia del ministro con singular respeto y temor.

Sin duda en la acción que hizo con el divino sacramento, quiso nuestro venerable padre infundirles a aquellos neófitos el respeto y reverencia a aquel grande y supremo Señor que se oculta bajo aquellos nevados accidentes. Había don Fernando, pariente de nuestro venerable padre, hecho la singular hazaña de dejarse azotar públicamente, para infundir respeto al ministro y a la doctrina. Y quiso también nuestro venerable Chávez a su deudo, haciendo la referida acción con el sacramento celestial; para así radicar en los indios el respeto y reverencia a tan supremo Señor. Consiguiolo con su acción, pues como queda referido en el principio de esta crónica, en ninguna provincia de la América hay mayor culto que el que en Mechoacán se da al soberano celestial maná. Todo lo cual debe este reino al celo y reverencia de nuestro venerable padre Fray Diego de Chávez y Alvarado.

Capítulo LI

**Eligen a nuestro venerable
Chávez en prior de Tiripitío
y de Yuririapúndaro y se da
noticia de las grandes fábricas
que hizo y de las virtudes
que ejercitó de prelado**



Prior de Tiripitío era nuestro venerable padre San Román, ya casi se le cumplía el tiempo de la prelación; dispuso para México su partida y esta fue con la misma ostenta con que había venido. A pie y descalzo salió de su priorato nuestro venerable padre, sin llevar más que las muchas almas que había convertido en el dilatado reino de Mechoacán. Con este rico tesoro llegó a nuestro convento grande de México este indiano Abraham, a tiempo que los vocales, al modo de la primitiva Iglesia, estaban en oración, para que el Señor revelase cuál había de ser electo. Luego el Señor les puso a aquellos apostólicos padres en el corazón eligiesen en provincial al venerable padre Fray Juan de San Román; primer prior y fundador de la provincia de Mechoacán. Salió electo con todos los sufragios, el año de mil quinientos cuarenta y tres.

Procediose a las demás elecciones, y viendo ya a la provincia de Mechoacán sin su fundador por haberse quedado en México nuestro venerable San Román, eligieron para Atlante del mechoacano cielo, por prior y fundador de aquella nueva provincia, a nuestro venerable padre Fray Diego de Chávez, sobre cuyos agigantados hombros descansó todo el edificio de esta nueva Thebaida. Luego mostró la experiencia lo acertado de la elección, en la magnífica obra que emprendió su corazón giganteo. La primera fábrica de Tiripitío, como visto queda;

había sido fábrica muy recoleta y así sumamente estrecha, en que apenas cabían los cuerpos de nuestros venerables padres; pues más parecía mansión para espíritus que no llenan huecos, que para hombres de carne que necesitan de alguna comodidad a la vida.

Todo lo cual visto por nuestro venerable prior, tomó las medidas del nuevo convento, por los dilatados espacios de su grande ánimo; y como este era de la alvarada grandeza, salían de sus manos unas fábricas que hasta hoy espantan a los presentes. Como allá se admiraban al ver las pirámides de Menfis y aquí pasmados los que los atienden; dicen sólo Chávez pudo hacer estos olímpicos y efectivos templos. Sólo un Alvarado pudo fabricar estos casinos y escoriales monasterios. Tanta altura, tanta grandeza, sólo puede ser hija de un robusto Nembro, o de un Fray Diego, mucho mayor en el ánimo.

¿Quién no se admira leyendo la obra costosa y magnífica del templo que queda ya referido, que hizo en Tiripitío? Maravilla primera de este Nuevo Mundo. A la cual le aconteció lo que se refiere de la esfera, que fabricó de vidrio Arquímedes, que viendo Júpiter en aquel cristal los cielos y planetas, con todo el resto del universo, la quebró porque no hubiese segundo cielo en la tierra. Así parece le aconteció a la iglesia de Tiripitío; era un cielo en la hermosura y como era tanta esta, envidioso el hado, como allá Erostrato, le llegó una encendida tea, con que lució luminaria y acabó en lucidas llamas la que había sido viva admiración de la América; y pudiera serlo y hacerse lugar su grandeza entre panteones y lateranenses templos, que hoy celebra Roma por maravilla de su poder.

Inmediato al antiguo y estrecho convento, dio principio a otro más dilatado, dejando como perla en medio de la concha el convento que fabricó nuestro venerable San Román. Todo lo que hizo, fue sobre murallas por paredes, como hoy se ve;

para que así pudieran resistir a los arietes del tiempo. Sobre las cuales paredes hizo crecidos cañones de bóvedas; para que sobre sus hombros descansase fijo un dormitorio con muchas celdas, el mayor de la provincia. En los referidos cañones, hizo un crecido refectorio, tan grande y capaz, que por muchos años sirvió de iglesia suficiente a los concursos. En los costados de estos cañones, hizo muchas oficinas, todas de bóveda. Y a haber proseguido, según la planta que tenía, hubiera hecho la mayor obra de este Nuevo Mundo.

A toda esta gran fábrica añadió para su servicio una casa a la iglesia inmediata, toda de cal y piedra, para enseñar y doctrinar en forma de seminario a los inditos, y sacar de allí cantores y sacristanes para el servicio de la iglesia. En la sacristía, como queda visto, puso mucha riqueza; tanta, que ha habido para dar a otros conventos. A que añadió muchas haciendas que compró para el sustento de los religiosos y aliviar con esto a los indios del sustento que debían dar a sus ministros.

Y para que se viese que no era sólo útil su ánimo para propias fábricas en utilidad de su provincia fabricó de cal y canto el gran hospital (en aquel tiempo), de Tiripitío, y él fue el primer patrón nombrado de aquella casa de la caridad, cuya grandeza ya referida en la fundación de este pueblo. Hizo muchas visitas para la mejor administración de la doctrina; y en todas edificó iglesias y conventos, competentes fábricas al tamaño de la vecindades. Lea el lector todo lo que queda referido de la fábrica de Tiripitío, y conocerá lo mucho y bueno que obró en este convento, siendo prior nuestro venerable Chávez.

En esta obra y en la de Tacámbaro, con las de tierra caliente estaba entendiendo, a fin ya de darle complemento al gran dormitorio de Tiripitío, cuando lo trasladó a Yuririapúndaro, el año de mil quinientos cincuenta nuestro venerable padre maestro provincial Fray Alonso de la Veracruz. Lástima que hasta

hoy lo llora este convento, pues a haber proseguido, hubiera elevado el claustro al peso del gran dormitorio, que era la planta que seguía y juntamente para la cabal perfección del arte, hubiera fabricado los otros dormitorios; con los cuales y las celdas a proporción, fuera hoy el convento de Tiripitío el *centum coellis*, de esta América, o el gran convento que labró Ptolomeo en Rodas, para vivienda de los setenta y dos intérpretes. Pero la desgracia de Tiripitío estuvo en la dicha de Yuririapúndaro, porque allí como vimos en la fundación de este convento, parece que se desahogó este ánimo.

Conocía a nuestro venerable Chávez el provincial Veracruz desde que tuvo la dicha de lograr por discípulo a este gran varón, y quiso que engendrarse un hijo en aquel convento, muy parecido en lo gigante a nuestro venerable Chávez, y que sólo a él conociese por padre; luego se vio lo que discurrió el prelado; porque en nueve años, que fue el tiempo que se tardó en perfeccionarse este elefante, dio a la luz lo que pide otro tanto tiempo, sólo para admirarlo así en la obra, como en la plata y ornamentos de la sacristía. A que se añade por principal obra las muchas y crecidas haciendas que granjeó su solicitud para el sustento de aquel monasterio. Del cual hablando el maestro Grijalva dice lo siguiente: *Quedó como trofeo de su magnanimidad, porque es sin duda el edificio más soberbio que hay en este reino, y puede competir con los más famosos del mundo.*

Prevención acertada para refrenar indiscretos Momos; pues viendo tan gran monasterio, tanta grandeza y magnificiencia, pudieran decir, ser cosa impropia, y que desdecía a un instituto eremítico, dechado e imagen de la antigua Thebaida. Sírvales de respuesta a estos el epitafio, que grabó la discreción en un convento de cartujos, observantes los más estrechos del estado monacal, para que se sepa, no se opone a lo eremítico lo suntuoso de los monasterios, ni lo magnífico de las obras, cuando

son los reyes los que dan liberales para los edificios, como se experimentó en Yuririapúndaro, que nuestro rey, por mano de su virrey dio a nuestro venerable padre muchos miles para la obra.

No era la soberbia vanidad la que soplaba el espíritu de nuestro Chávez para las fábricas de tan grandes obras, era sí la que obraba, su profunda humildad. Esta virtud era sobre la que edificaba, por lo cual salían tan agigantadas obras. Cuando es la humildad la que edifica, fuera de elevarse como cabeza, perpetúa en duraciones lo fabricado. Por eso sin duda llevó por fundamento la humildad nuestro venerable padre, hasta hoy duran sus obras, hasta hoy viven en pie las maravillas que erigió en este Nuevo Mundo. Las siete que construyó la soberbia vanidad, sólo hay de ellas la noticia: los pensiles de Babilonia se secaron, las pirámides de Egipto se cayeron, el Coloso de Rodas se deshizo, el mausoleo de Caria se sepultó, la luz de la torre de Faro se extinguió, el templo de Diana en Efeso se quemó, y el simulacro olímpico se desvaneció. Todo esto, como visto queda, todas estas maravillas que levantó sobre la vanidad, todas se desaparecieron. Empero las que erigió en Yuririapúndaro nuestro venerable padre Chávez, aún duran y parece durarán, porque fue su humildad la que edificó.

No buscaba, como veremos, en las obras, la gloria propia, sí sola la de Dios. Y así para la mayor grandeza del Altísimo fabricaba los mayores y más suntuosos templos, y para la vivienda de sus ministros, labraba grandes monasterios, al modo y ejemplar de Salomón, que para Dios hizo el mayor templo del mundo y para sus sacerdotes erigió en forma de palacio un grande y dilatado monasterio al templo inmediato. En estas obras eclesiásticas, desde luego se cree obraba este gran varón, sin mirar más que a Dios, en todo lo que hacía. A donde parece que en alguna manera se puede sospechar alguna gloria propia, fue en lo que hizo fuera de los monasterios: como fueron

las calzadas de Tiripitío y gran laguna, que formó en Yuririapúndaro. Obras de un Gerges y fábricas de un Alejandro; los cuales para ostento de su poder, hacían andabes los mares y navegables las tierras. Y nuestro Chávez formó calzadas en las ciénegas de Tiripitío, y así hizo andable a pie aquel mar; y formó una grande y crecida laguna en Yuririapúndaro, en donde se ve navegar, lo que antes era tierra. Parecerán obras vanas las referidas, pues no lo fueron; antes sí muestras de su gran caridad.

Formó puentes en Tiripitío, dilatados sobre aquella gran ciénega, para que con comodidad pudieran venir de las visitas a misa los feligreses, sin peligro de la vida; así como hizo San Gonzalo en Amarante y Santo Domingo en la Calzada en España. Obras que los hicieron inmortales y fueron prueba en sus canonizaciones de su caridad. Hizo la gran laguna de Yuririapúndaro para que sirviese aquel suelo de sustento y alivio a toda la provincia de chichimecas; porque veía que carecía de pescado, y para esto fabricó aquella, con dispendio de algunos sitios que en aquel suelo tenía el convento, sólo por socorrer a sus prójimos. Vean según esto cómo todas las obras de este insigne varón, eran ordenadas a la mayor gloria del Señor, o al provecho del prójimo, digno por ellas de inmortal memoria en todos los siglos.

Bien sé que en aquellos primitivos tiempos, edad de oro de nuestra provincia, a muchos primitivos padres de este mechoacana Thebaida, les parecía que aquellas magníficas obras de templos y suntuosos conventos, eran opuestas a la más estrecha pobreza de nuestro instituto, y es que sentenciaban, aunque santos, según su estrecho parecer, sin más asesor que su ánimo recoleto. Contrario sentir, afianzado en fuertes razones vivía para el contrario dictamen nuestro venerable Chávez, en medio de ser tan estrecho y recoleto como todos. Decía que Dios había sido el primer motor en la fábrica del Tabernáculo,

en que se desprendieron crecidos millones de oro y plata y piedras preciosas. Salomón, el más sabio de los hombres, por inspiración del mismo Dios, labró aquel magnífico templo, en que se gastaron tantos talentos. Y todo esto, así el Tabernáculo como el templo, sólo era para guardar el arca del testamento, en que estaba el maná. Pues si para la custodia del maná, figura y sombra del sacramento, decía Chávez, hace Dios tantos gastos, dispone tan suntuosos edificios, ¿cuánto mayores han de ser los que se hicieren para guarda del verdadero maná Cristo Sacramentado?

Aún más reparaban aquellos primitivos Hilaciones de esta mechoacana Thebaida en las muchas riquezas y costosos ornamentos que ponía en las sacristías nuestro venerable padre. Veían hacerle lo que a Salomón, pues así como este despachaba a oficiales de navíos para traer oro, plata y piedras preciosas para el templo, nuestro venerable Chávez del modo mismo enviaba a la Europa (primer Colón de esta máxima), por ornamentos. Ni Milán con sus telas ni Roma con sus bordados, ni Venecia con sus brocados, por remotas tierras, se libraron de la solicitud de nuestro Chávez; hasta allá penetraba en solicitud de sus tejidos; y más lejos que fuera, excusara la diligencia para el mayor adorno de los templos de su Dios. Para los más curiosos vasos, remitía a España la plata y allá le fabricaban las mayores y más costosas eclesiásticas vajillas de Mechoacán. Decía: si para recibir la sangre de las reses fabricó Salomón tantos y tan costosos vasos de oro y plata, para recibir la púrpura del soberano Cristo, cuánto más excelente y ricos deben ser los vasos del ministerio en la ley de gracia.

Toda esta grandeza era para el templo, sin otra mucha más que omito por estar referido ya en la fundación de Yuririapúndaro. Pero para sí, para la decencia de su persona, era sumamente escaso. Siempre andaba remendado, jamás tuvo dos

hábitos; uno único, y ese tan estrecho, que como dice nuestro Basalenque, parecía costal, al fin, como de la mechoacana Thebaida. Mas cuando había de subir y entrar al sancta sanctorum del altar, a ejercer ministerios del Señor, vestíase recatadamente él y todos los religiosos de su convento, que así lo quiere Dios, decía; puesto que así se lo mandó a Moisés, que le hiciese a su hermano Aarón, los vestidos del altar, sumamente ricos y costosos. Vestidos eran estos tan ricos y costosos, que dice la sabiduría que en ellos estaba todo el orbe. Todos los haberes del orbe, todo quisiera tener nuestro venerable padre para vestir así a los templos, como a los ministros del altar; decía siempre que se ofrecía tratar de los ornamentos sagrados: si para sacrificar víctimas de corderos y reses usaban los sacerdotes los más finos holanes y cambrayes, ¿por qué para ofrecer al mismo Dios en sacrificio incruento no se han de solicitar los géneros más ricos y costosos?

Bien sabía este indiano Salomón, que lo primero que se busca en el sacerdote, son las vestiduras de las virtudes; pero este vestuario corre por cuenta de cada sacerdote; y por la del prelado la disposición, riqueza y limpieza, que han de tener los vestuarios sagrados. Y aunque sabía nuestro venerable padre que la más recoleta, crítica observancia, sentía esta magnificencia de plata y ornamentos, él fundado en lo dicho, corría con su espíritu y devoción, y dejaba a los de la opinión contraria seguir su dictamen; en lo cual, ni unos ni otros erraron el camino, pues a todos los llevaba un mismo fin.

Qué importaba que nuestro venerable padre cuando subía al altar fuese vestido de sutiles holanes, finalizados de los más ricos aguayanices de Flandes, que tenemos, se pusiese los más ricos tisúes y más realzados bordados de la Europa, si toda aquella riqueza era para el Señor y para sí nada. O si no, corra el curioso las telas, aparte los cambrayes, y encontrará a la primera

vista un negro saco de áspera jerga. Pase adelante, y quizá verá lo que admirado, lo dejará pasmado, pues verá un cilicio casi indistinto del cuerpo, y si más pudiera penetrar, viera el espíritu más pobre de las Indias, rico sólo de virtudes. Al modo que manifestó Dios a un ermitaño el interior del gran Basilio.

Cuenta la vida de ese gran prelado, que se había ausentado del comercio del mundo para vivir solitario en la Thebaida un varón religioso, el cual asistido del favor del cielo, hizo anacoreta una prodigiosa vida; tanto, que le reveló el Señor, ser uno de los predestinados para su reino. Un día arrobado en un éxtasis, le habló así al Señor: Suplícoos, padre, me digáis cuál es el alma a cuyo lado tengo de estar en vuestra gloria, y si reveláis esto que os pide mi humildad, permitidme que vaya a buscarle. Respondióle aquella suma bondad, que se mide con nuestra niñería: *Basilio obispo de Cesárea*. Oída esta voz, al punto dejó el desierto y caminó a Cesárea, por ver en esta vida al que había de tener por compañero en la eterna.

Supo luego que llegó, ser día festivo, y dio por asentado que en la iglesia había de ver a Basilio. Entró en ocasión que celebraba de pontifical el santo arzobispo; acomodóse en un ínfimo y retirado lugar el ermitaño, y desde allí vio pasar una solemne procesión para el coro. Preguntó a un inmediato, cuál de aquellos era el arzobispo Basilio. Dijéronle que en llegando le avisarían; cumplieronle la promesa luego que llegó. Violo y quedó admirado el solitario. A que se le añadió un notable desconsuelo cuando reparó en un hombre, con las sandalias aun más ricas que las de Judit, llenas de perlas, que era lo que descubría una rica falda de púrpura, cuyo extremo dilatado llevaba sobre sus hombros un respetuoso presbiterio. Subió más los ojos y admiró lo fino de un roquete, sobre el cual, como sobre claro cielo, se manifestaban riquísimas piedras, que como estrellas hacían un pectoral o crucero. Llevó más

alto los ojos, y aquí más admirado por la mucha riqueza de la mina, casi dudó ser aquel el Basilio que se le había revelado. Empero, fijo en lo que el Señor le había dicho, prosiguió mirando tanta ostenta y grandeza. Vestido bordado, cadena de oro al cuello, anillos con piedras ricas en los dedos. Dos dignidades le llevaban el gremial. Con esta ostentosa riqueza pasó la crujía, con ostentosos pasos y circunspección notable. Así llegó a una elevada silla, puesta en forma de trono, bajo un rico dosel; notó que se le arrodillaban, advirtió los círculos que le hacían, y no queriendo ver más, se retiró llorando a un rincón, en donde, aunque lejos y lloroso acabó de ver la grandeza de Basilio.

Luego que se finalizó el oficio, dio principio el ermitaño a acusarse a sí mismo de flojo, de indevoto y de remiso. Doliose de lo poco que había aprovechado en la virtud y de la tibieza con que se había portado en la soledad, habiendo por culpas suyas malbaratado tan dilatado tiempo, embebiendo en nada, casi medio siglo. Señor, decía; ¿qué virtud puede haber en mí, cuando la llega a igualar un hombre, que está tan adornado de las grandezas del mundo? ¿Yo cuarenta años en una gruta hecho fiera de los bosques, este en tanta majestad y grandeza, en medio de las populares auras? ¿Yo desnudo entre la escarcha y el hielo, este abrigado de telas, y brocados? ¿Yo tengo rajados los pies y manos, derramando sangre por las grietas; y este en los pies perlas y piedras preciosas, y en las manos ricas sortijas y abrigadas con fragantes guantes de ámbar? ¿Yo por vos a todos me rindo y sujeto, y a este se le arrodillan todos?

Atajó Dios las quejas de su ermitaño, con lo que vio y fue descender como allá sobre el Tabernáculo, en forma de columna el fuego; sobre la cabeza del gran Basilio bajó otra columna lucida de llamas y creció más su admiración cuando se llegó a él un capellán del arzobispo Basilio y le dijo: el obispo mi señor, dice que seáis bienvenido, y que hoy os deis por convidado

a su mesa. Conoció luego el solitario, que había tenido revelado San Basilio de su llegada, porque menos no podía saber su venida. Obedeció, y fue pronto al episcopal palacio; recibíolo en sus brazos Basilio, y a breve tiempo lo sentó a su mesa. Admiró el ermitaño las viandas y mucho más la abstinencia del santo arzobispo. No podían comunicarse por ser de distintas lenguas; suplicó al señor San Basilio, y al punto se le infundió al anacoreta el don de leguas, con lo cual se comunicaron aquellas dos grandes almas. Y en el comercio y vista reparó y examinó el interior de Basilio. Vio que lo mismo fue desnudarse de los sagrados vestidos, que quedarse con un saco roto, por los cuales huecos se distinguían los ásperos cilicios, con que domaba su cuerpo. De que admirado el solitario, halló que era Basilio un riguroso anacoreta en medio de las ciudades.

Muy parecido caso es el referido, a lo que acontecía con nuestro venerable Chávez, obispo después como el gran Basilio. Nuestros primeros padres anacoretas de esta mechoacana Thebaida, como retirados a las grutas de las celdas, y a veces a los desiertos, como el solitario referido; les hacía fuerza ver tanta ostenta y grandeza para celebrar en nuestro venerable obispo Chávez. Apartaron los ojos de aquella exterior riqueza, rasgaron con los ojos de la consideración aquellos brocados y al momento hallaron en lo interior un riguroso y estrecho anacoreta, todo vestido de cilicios con la continua mortificación su inocente cuerpo, y quizá vieran descender, sobre su venerable cabeza, columnas de fuego de caridad, como vio el solitario sobre la corona del gran Basilio. Queden pues admirados, como el ermitaño que vio a San Basilio, nuestros anacoretas mechoacanos y retírense a sus soledades consolados de que con su dictamen acompañarán también en la gloria a nuestro venerable Chávez.

Queden con lo dicho satisfechos nuestros anacoretas, que nuestro venerable padre prosigue sus obras magníficas en

Yuririapúndaro con tanta grandeza, que fue divisado desde México este elevado faro mechoacano, para luego que vieron un convento tan bien acabado, enviar como remitieron, comunidad, estudios y noviciado, satisfechos aquellos primitivos celosos Elías, de la virtud singular del prior Fray Diego de Chávez. Rigió con notables aciertos a toda la comunidad en que se vio evidente, que no era nuestro venerable padre sólo en el espíritu oficiosa Marta, sí también era en el alma María, en continuo coro y oración. Era un diptongo de la guerrera Palas, y de la estudiosa Minerva. Con un mismo impulso guerreaba con los oficiales en las obras y argüía con los estudiantes en el aula sagrado Jano, que a un tiempo mismo miraba a los unos y a los otros, al modo de las discretas palomas, que el un ojo aplican al grano de la tierra, y el otro alzan al cielo, muy semejantes a aquellos animales llenos de ojos que refiere San Juan.

En esto mostró que era verdadero discípulo de nuestro venerable padre San Román, de quien como visto queda, se ponderó en su prodigiosa vida esta excelencia unitiva de las dos vidas, adjetivándolas en su persona. Bebió como Eliseo nuestro Chávez al Elías San Román el espíritu cuando este venerable padre se fue de la provincia para no volver a ella; de creer es le pediría en la partida el espíritu doblado, viéndose quedar solo en esta tierra de activo y contemplativo; y también podemos asentir, según los efectos que se le concedieron, según los aciertos con que obró, y más siendo la súplica para la mayor honra de Dios y servicio suyo. Hasta aquí lo hemos atendido, como incansable pía del carro material del Señor, tirando con el infatigable tesón del buey, con el ardor y furor de un león y con los discursos de un grande hombre. Ya, pues, es tiempo que lo consideremos como águila, elevándose en la oración sobre todos.

El amor de Dios es el que le da las alas al contemplativo, para que se eleve, y según es este, son más o menos remontados los

vuelos. Grande fue en nuestro venerable padre este afecto a su Señor y amado Dios. Mostraba su encendido amor en la no estima de las cosas de este mundo, siempre las atendió como nada, y como las conocía, las pisaba, por los espirituales bienes, a que sólo anhelaba su seráfico espíritu. Sabía que del culto exterior que acá en la tierra se le da al Altísimo, le resultan a Dios las accidentales glorias; causa porque era tan exacto en estos ejercicios; tanto esmero ponía en esto; que pudo ser el cristiano Numa, o el devoto Deucalión del cristianismo. En lo cual era tan extremado, como si no tuviera otra cosa a que atender; tan por propio empleo miraba estos cultos, que exoneraba a sus compañeros, por él, en que sus delicias y no quería que aquel trabajo que él tenía por gloria le sirviese a otro de molestia.

Exoneraba a sus súbditos de estas ocupaciones, para que libres de todo, pudiesen darse al coro, oración y estudio. En cumplimiento de lo dicho, era nimio; motivo que obligó a nuestros padres primitivos, para luego que hubo alguna comodidad en la nueva fundación de Yuririapúndaro, remitirle comunidad, fiando de su celo y religión, la mocedad, que es lo más de que hacer confianza una religión; pues en la crianza y cultivo de las nuevas plantas, está vinculada la futura observancia. Parece que lo seguían nuestros primitivos, puesto que lo mismo era hacerlo prelado, que al punto encargarle la juventud; y es que sin duda conocían su grande religiosidad, y vivían satisfechos de su disciplina monástica. Bien veían que los conventos de Tiripitío y de Yuririapúndaro distaban de México más de cincuenta leguas, a donde la observancia, como en perenne fuente la virtud. Empero conocían también que las distancias no extinguían el celo de nuestro Chávez, y así le encomendaban las comunidades y estudios de toda la provincia, para lograr mediante su cuidado, varones observantes y doctos maestros, que ilustraban la religión.

El estilo que observaba para la enseñanza y ejemplo, era ser el primero a la voz de la campana para entrar en el coro, y el último para la salida. Veíase un bien formado ejército en el convento, formidable al infierno y a los vicios. Y de este concierto, resultaba un bien concertado coro. Él era el capitán en este ejército, el primero que vivía prevenido para el primer golpe de la campana o clarín. Todo lo omitía luego que sonaba en sus oídos atentos la voz. Las mayores ocupaciones retardaba por la puntualidad al coro; y como la comunidad conocía esta observancia en el prelado, el más tibio se encendía a la vista de tan fervoroso prelado.

Así crió a sus novicios y coristas, por lo cual salieron sumamente religiosos; sobre los cuales breve descansó la observancia de la provincia.

Lo que más ponderan de este insigne varón, no es el que acudiese presencialmente con el cuerpo (que de estos puntuales hay muchos). Lo que más admira, es que de tal modo se embebía en las divinas alabanzas, que parecía que sólo para aquello había nacido. Observaba lo que mandó nuestro gran padre en su regla: *Psalms, et Hymnis cum oratio Deum, hoc versetur in corde, quod pro fertur in ore* (Regul. S.P.N. Aug. Cap. 3); lo cual no es para todos fácil, aun en aquellos que salen de su celda para el coro, hallan notable dificultad para recogerse con toda el alma a Dios, porque las cosas de acá abajo divierten y extravían la interior atención, y el que se deja llevar de estas cadenas del mundo, le acontece en el coro lo que dijo Cristo, que lo alababan con la boca, pero no con el corazón; porque este, divertido en la tierra, está muy distante del cielo.

Este recogimiento del alma, en algún modo le es fácil al contemplativo que sale del rincón de su celda para el coro, sin haber sentido en sus oídos los estrépitos del mundo. Pero nuestro venerable padre, que no era de la celda el lugar de

donde salía para el coro, sino de los talleres y fábricas; llena la imaginación de aquella variedad y sonando en sus oídos los picos y voces de los oficiales; ¿qué difícil le sería retirar aquellas especies de su alma? Considérelo un ocupado, y verá el trabajo y repugnancia que siente para recogerse. Pero nuestro venerable Chávez en las mismas obras se prevenía para el coro. De aquello mismo que veía, hacía previa oración, para no distraerse. Consideraba que así como se iban colocando aquellas materiales piedras en el edificio, así del modo mismo se iba fabricando la celestial Jerusalén de racionales cantos. Consideraba que la argamasa con que se unían las piedras, era la caridad con que se ataban las almas en amor de Dios, y con estas y otras consideraciones iba de las obras al coro, sin sentir la menor distracción en la oración.

Prodigio tan singular es la no distracción de pensamiento en un varón ocupado, que por milagro y portento de santidad, se refiere del melifluo padre San Bernardo. Luego que pisaba el umbral del coro, con imperio mandaba a sus pensamientos se retirasen, y que lo esperasen a la puerta del coro al salir. De modo que a la oración, no concurrían los muchos negocios exteriores que pendían de Bernardo, por el superior dominio que tenía sobre ellos. Esto mismo hacía nuestro venerable Chávez, mechoacano Bernardo; antes de entrar al coro, allí dejaba los negocios de Marta y se acompañaba con María. Obraba como Abraham, que para subir al monte, símbolo de la oración, al sacrificio con Dios dejó el jumento y los criados, que son los pensamientos, a la falda de él, y así subió libre a ofrecer al Señor la víctima.

De esta gran atención que ponía en la oración, así mental como vocal, le nacía una singular dulzura en el paladar del alma, que lo sacaba de sí, este Elevoro divino que bebía. Cuando más se manifestaban los incendios o excesos de este amor,

era en los días de Corpus Christi, Resurrección y Natividad del Señor; entonces hacía extremos de la luna, que a esta la tenía a sus pies. Sí del sol soberano Cristo, el cual, como superior planeta, le influía los mayores ardores de la devoción, en que abrasado procuraba con todas sus fuerzas desahogar de su corazón los incendios.

Procuraba para mitigar la amorosa llama, el aire de la voz. Por lo cual se salía a la huerta del convento, en donde entonaba los himnos de aquellos días, con cuyos dulces afectos atemperaba aquella llama seráfica en que su pecho ardía. Estrecha le era la dilatada región de su grande alma, y así brotaba por todos los sentidos de su cuerpo la alegría, perdiendo la natural circunspección, de que le había adornado el cielo, y como reconocía estos afectos, los días referidos se retiraba prudente, con tiempo a las soledades, en donde, como ave del cielo, hacía de los árboles fascistoles, para entornarle dulces motetes a su amado Jesús. Cualquier cosa que estos días se le pedía, al punto la concedía, alegrándose se ofreciesen ocasiones en aquellas festividades de poder mostrar su grande liberalidad.

Viendo esta singular alegría de nuestro venerable padre en los días referidos, hubo un confidente, que fiado en el grande aprecio que de su virtud hacía este varón insigne, le preguntó cómo era aquel gusto, y que si era infalible tenerle cuando quería. A lo cual respondió lo siguiente:

Las vísperas de estos días me dispongo con todo mi afecto, y hago todas las asperezas en mi cuerpo, que discurro son las mayores que puedo tolerar; y persevero en oración, lo que mis fuerzas alcanzan, y así me da Dios otro día el regocijo a medida de las penas; y es tanto el regocijo interior, que me obliga a cantar y manifestar este interior gusto con todas mis acciones.

De lo dicho podrá inferir el lector con qué exceso amaba a Dios, y cómo era este amor, sobre todas las cosas, pues de todas ellas rodeado, no eran poderosas para divertirle en un mínimo pensamiento, cuando se ponía delante del Señor con el cuerpo en el coro; sino que las olvidaba, como si no fuera en el mundo. Sólo solicitaba del mundo las riquezas para obsequiar a su Señor con ellas; pues sólo para Dios dedicado sirve el oro y plata del Egipto del mundo. En esto lo empleaba con la fidelidad de un Beselel, y con la libertad de un Salomón. Todas las grandes alhajas que había hecho su grande ánimo, estos días salían a la pública admiración. El día del Habeas, era cuando en elevado trono se atendía la mayor custodia de las Indias, de cuya obra hasta hoy vive admirado el arte y espantada la grandeza de ver tanta plata, como se juntó, para la fábrica de tan gran cuerpo.

En las procesiones de estos días, salía la Cruz de plata de tan desmedido tamaño, que eran necesarios cuatro portitores que la llevasen. Mayor que el romano lábaro, para el cual bastaban solos dos. Acompañábanla, casi en la grandeza, dos imperiales ciriales, poco inferiores al sagrado signo; rica estatera, en que se veía no sólo el precio de nuestra redención; sí el material de la materia y obra. A proporción de lo dicho, era todo lo del altar en blandones, picheles y platones, con otras muchas cosas que omito, por estar ya referidas en la fundación de Yuririapúndaro. A todo esto añadía grandes recocijos estos días, de arcos, danzas, clarines y repiques; y a no impedirle la religiosa modestia, hiciera lo que David delante de la arca del Señor. Pero ya que en lo exterior lo omitía, el corazón en su pecho, como en dilatado teatro, danzaba ante el Señor, con todos sus incendios. Y en la soledad con cantos mostraba su interior alegría.

Sólo una cosa le afligía en estos días, y era el no tener las riquezas de Crespo o Darío, para desprenderlas, más magnánimo que Cleopatra, en su amado Dios. Esto expresaba a sus confidentes,

diciéndoles: *Quisiera ser un gran señor, para tener qué distribuir estos días.* Palabras que manifestaban el interior amor que a Dios tenía, y cómo lo estimaba sobre todas las cosas de este mundo; pues todas, y más que fueran, las quería gastar en obsequios de su amado; pero ya que le faltaban los haberes de este mundo, suplía su magnánimo corazón esta falta, con sus interiores amorosos afectos, más gratos a Dios que todas las cosas de este mundo. Más estima un abrasado corazón, que las víctimas todas de Salomón.

De este grande amor que a Dios tenía, provenía el del prójimo, a quien siempre amó, como a sí mismo y de propósito, jamás ofendió. Y para llegar a alcanzar el ápice de esta perfección, procuró con mucho estudio y gran trabajo, enfrentar el natural ardiente, que le había dado naturaleza. Era tanta esta, que dice el maestro Grijalva *que tenía cólera arrebatada.* Y es que sin duda reñían en sus venas las marciales sangres de los Chávez, Alvarados, Corteses y Pizarros, como cuatro valientes humores. Y como de estos cuatro Martes, nació nuestro venerable padre, heredó con la sangre lo ardiente y colérico de sus ascendientes. Pero ¡oh prodigio de la gracia! Purificó en el crisol del amor, aquellas nobles sangres heredadas, quedose con lo generoso de ellas y apartó lo que era colérico de sus venas. Tanto, que vino a alcanzar del Señor tanta mansedumbre, que pasó desde la abrasada Ormus a la fría Estocolmo. Esto es, de un polo a otro. De un sumo ardor y cólera, a una suma helada mansedumbre. Llegó a conseguir como David, no sólo no agraviar a sus enemigos, pero hacerles bien, como hizo el santo rey con Semey y Absalón. Ápice de la perfección. Y llegó a tanto en este insigne David mechoacano, que era común dicho en la provincia: *Quien quisiere que Fray Diego de Chávez le haga bien, hágale mal.* Tan cierto y evidente era esto, que en el sermón que se predicó de sus honras, fue el tema todo del orador, esta virtud.

Capítulo LII

**Vuelve a Tiripitío de prior nuestro
venerable padre, en donde recibe la
noticia del obispado, causa de su muerte**

Ya iba a poner este gran Licipio mechoacano el *faciebat* a la gran fábrica de Yuririapúndaro, cuando el precepto del venerable padre provincial Fray Juan Adriano, le quitó el cincel de la mano, mandándole que pasase a Tiripitío otra vez de prelado, para que con el calor de su presencia, se diese fin a la obra comenzada, y se le pusiese la última mano a la portada del templo, obra tan magnífica, a que sólo su grande ánimo podía dar fin; imposible les parecía, que hubiera quien coronara lo que comenzaba nuestro venerable padre. Oyó el precepto del provincial. Entregó el priorato de Yuririapúndaro al venerable Fray Jerónimo de la Magdalena, a quien dejó como otro Elías en espíritu, y salió de aquel convento para Tiripitío, sin la menor muestra de pena; antes sí muy alegre quizá como cisne, conociendo lo cercano de su muerte, y que había de ser el cais- tro, a donde se había de sepultar su cuerpo. Permitió el Señor al parecer esta mudanza, porque se le acababa ya a este sol mechoacano su día. Y como había sido Tiripitío en esta provincia su oriente, quiere Dios que allí se ponga y cumpla su curso, para que vuelva a nacer; no para la tierra, sí para el cielo.

Luego que llegó a Tiripitío la alegre nueva de que volvía el primitivo padre Fray Diego de Chávez, dispusieron sus hijos primogénitos de su espíritu, los indios de Tiripitío y sus visitas, recibir a su padre con las mayores expresiones de su agradecimiento. Romano

triunfo pudo ser la entrada de nuestro venerable padre. Creció tanto el ruido de su venida, que llegaron las voces a tierra caliente, y sus moradores concurren a Tiripitío, a ver cerca ya de sus países a su apostólico padre, a quien debían el ser de la gracia, mediante su predicación. Sosegadas las aclamaciones y callados los vítores de la entrada, dio principio a la prosecución de sus obras; y en breves días coronó la portada y prosiguió en lo restante de la obra. Aquí dio las más claras muestras de sus virtudes religiosas; y levanta la luz y en el término son más crecidos del sol los resplandores; así aquí se vieron en los mayores auges sus hechos maravillosos. Por esto de industria, reservé para este último capítulo de su vida, dar noticia de las tres principales virtudes sobre que se funda la perfección religiosa.

Quien dio el lleno con los excesos amorosos, que quedan referidos, en los afectos al Señor y al prójimo, ¿qué esmeros no pondría para cumplimiento de lo que al mismo Dios prometió en la profesión religiosa? En la observancia de lo prometido, fue nimio, como veremos; tanto, que pudo ser en el siglo dorado de esta provincia, norma a los muy provecos monjes. En su celo y virtud afianzaba la provincia sus mayores auges de observancia. Temían nuestros venerables padres no lo sacase de los claustros algún superior precepto, a ocupar alguna silla episcopal; y así lo tenían retirado de la corte, como presea que podía robar la codicia. ¿Pero cómo es posible ocultar debajo del celemín la luz, ni sobre los montes las ciudades? Eran agigantadas las virtudes de este varón, y fueron vistas desde Madrid, por grandes y desmedidas.

Dígalo su obediencia, no servil, sí generosa, como se prueba de sus acciones. Era del genio de Salomón, sumamente operario, como queda visto; y cuando más empeñado se hallaba en una obra, entonces lo divertían a otra parte los prelados, a que obedecía con la prontitud del que no tiene prenda en donde mora.

Bien sé que el más tiempo que vivió en la provincia nuestro venerable padre, fue superior y prelado; pero lo fue del modo que refiere nuestro gran padre Agustín, han de ser los superiores: *Timore coram Deo substratus sit pedibus vestris* (Reg. S.P.N. Cap. 11). Lección que no sólo leía en la regla, pero la observaba en sí con notable humildad, procurando ganar de prelado, lo que había de conseguir de súbdito. Verdadero imitador del supremo prelado Cristo. Como sin duda lo fue en nuestro venerable padre, que supo obedecer mandando. Supo ser súbdito, siendo prelado; pues merezca su obediencia una exaltación, entre los mayores obedientes que se refieren.

Naciale esta obediencia, dice nuestro venerable Basalenque, de un conocimiento humildísimo que de sí tenía; juzgándose para todo inútil, prueba evidente ser puede de este propio conocimiento, aquellas palabras que profirió su grande humildad, hijas de su propia abyección cuando le llevaron la noticia de ser obispo de Mechoacán; para él tan nueva, como cosa no esperada de su humildad: *Eso no es posible; que no había de poner Dios por prelado de su Iglesia un hombre tan sin méritos, como yo*. Y esto lo dijo con tan grandes veras, que entonces se acabaron de persuadir del concepto que tenía hecho de sí; apreciándose por la más vil criatura de cuantas contiene el mapa del mundo. Empero en prueba de su obediencia, siendo así que renunció la mitra; luego que se le impuso el precepto, obedeció con la humildad de un novicio, sin proponer sus deméritos, ni alegar insuficiencias, de que creía estaba lleno. Habíale suplicado al Señor le quitase la vida, antes que obtuviese su mano el báculo pastoral. Y conociendo que de admitir la mitra se le había de seguir según su petición y aceptación la muerte, la admite por obedecer, con dispendio de su vida. Esto es, ser obediente, obedecer y morir, como Cristo vida nuestra.

Si fue, como hemos visto, admirable en la obediencia, fundamento primero sobre que se eleva el estado religioso, no fue

menos excelente en la religiosa pobreza, alhaja la más rica que adorna al monje. No hay que admirar que el que nació pobre, siga en la religión aquella humildad y cortedad con que se crió. De quien se pondera la pobreza, es de aquellos que en doradas cunas, y que los primeros dijes que manejaron y con que los acallaban en las fajas, eran diamantes y perlas; en la cual abundancia crecían, sin sentir ni ver la cara a la pálida necesidad. Que estos abandonen los haberes, es lo que admira, como se pondera de nuestro venerable Chávez; que se crió en la rica casa de los Alvarados, conquistadores, encomenderos y adelantados de las Indias. Oficios todos que dicen la grande abundancia que de oro y plata habría en sus casas; pues de todo era dueño nuestro venerable padre; todo lo renunció por Cristo; pero aunque dejó los temporales bienes, siempre le quedó de Alvarado el corazón magnánimo.

Esto admiraba en un hombre pobre, como era nuestro venerable padre; verle hacer acciones regias, poderosas y ricas en los conventos e iglesias, como asimismo admiraba la gran liberalidad que sentían todos los súbditos de este magnánimo varón. A tanto se extendía esta magnificencia, que no contento ni satisfecho su generoso ánimo con dar a cada súbdito lo regular y tasado de la provincia, se extendía a más su franqueza, solicitando de cada uno, cuando salían del convento para México las acémilas, qué era lo que querían de libros, papel, estampas, estuches y cuchillas; con otras alhajas religiosas. Cada cual pedía lo que deseaba de estas cosillas, y todas venían con notable puntualidad; y así el día que llegaban las cargas al convento, todos manifestaban el contento, y nuestro venerable padre mucho más, porque lograba su liberalidad aquel desahogo.

Esta franqueza, en algunos padres de los primitivos, les lastimó sus delicadas conciencias, y así con su recoleto espíritu, tal vez llegaron a pensar prodigalidad viciosa, lo que era excelente

virtud. Estos por desviar escrúpulos de sus puras conciencias, en una visita manifestaron al provincial, la grande liberalidad del prior, pidiéndole le estrechase algo aquel ánimo franco. Oyó el prelado la denuncia, y más por satisfacer que por corregir, la noche del capítulo de culpas, estando nuestro venerable padre postrado ante el superior, le dijo: No he hallado, padre prior, cosa alguna en que tropezar (a Dios las gracias) sólo me han dicho, que es demasiadamente liberal con los religiosos. A lo cual, tomando del prelado licencia, respondió: Al mismo Señor doy las gracias por eso, pues quiere que le imite; porque del Señor, es de quien se dice que da lo necesario a sus criaturas con afluencia; si fuera a otras cosas, a mí me pesara, mas no entiendo he faltado a uno, por darle a otro. Respuesta con que a todos edificó y prosiguió en su curso, como el río Fijón, nuestro venerable padre; produciendo sus liberales manos, para todos beneficios, como el referido río. Sólo con transitar este río, por cualquier tierra convierte en oro las arenas, y es una avenida de riquezas su curso.

Así era, como el río Fijón, nuestro venerable padre; sólo con entrar nuestro Chávez en cualquier convento, lo enriquecía con su liberalidad; luego se veía el oro, las perlas y piedras preciosas.

Impropiedad habrá parecido, que tratando de la pobreza de nuestro venerable padre haya manifestado tanta riqueza; cosa opuesta a esta virtud. Así parece, pero esta es la mayor prueba de su pobreza singular; pues teniendo tanto oro y tanta plata, todos eran ricos, y sólo nuestro venerable padre, era el pobre. Nunca supo ponerse un hábito razonable, sino tan estrecho, que era juzgado de todos por costal; jamás sintieron sus carnes las suavidades del lino: la aspereza de la lana fue su interior abrigo, y esta más para cubrir los cilicios, que para alivio del cuerpo. En su celda sólo se atendían unas tablas, con solas unas toscas jergas muy toscas y humildes. De las paredes sólo

pendían rалlos, cruces y disciplinas, sin más alhajas que las referidas. Un hombre que pudo ser el Midas de esta América, que cuanto tocaba, en cuanto ponía las manos, se le convertía en oro. Un hombre que remitió a España para adornar las iglesias y sacristías tantos miles, no tuvo jamás dos hábitos; no tuvo al fin de sus días de qué hacer memoria, y es que para sí no quería nada. Todo era para lo que no era él, y así con su pobreza, con su inopia, quedaban ricos y abundantes todos. Con la misma pobreza enriquecía a otros, quedándose sin nada: quedaban todos ricos. Así nuestro Chávez: su misma liberalidad, es prueba de su mayor pobreza, y de haber tocado el ápice de la perfección de esta virtud.

Cierre lo dicho un caso que refiere nuestro venerable Basalque, haber oído a un anciano religioso, que conoció a nuestro venerable padre. Fue en cierta ocasión a visitar al padre del general don Antonio de Sosa, que vivía en México, y en la casa de este caballero vivía, aún mancebo, el religioso anciano. Este oyó en cierto día gran ruido en la casa, así de criados como de amos, y como curioso salió a ver la causa de aquel alboroto, y dijo: que todo ruido provenía de haber llegado a la casa el venerable Fray Diego de Chávez; quiso conocerlo, porque él esperaba un circunspecto y autorizado religioso, cuya presencia fuese motivo a aquellos excesos; pero vio, dice, a un pobre fraile dentro de un costal de jerga, ceñido con un tosco cuero, descalzo y con un manto sumamente pobre, y todo su arreo muy despreciable, tal, que si valiera juzgar por el exterior, afirmara ser sin duda un cocinero del convento.

Véase según esto qué porte tenía el nobilísimo Alvarado, cómo se portaba en la corte mexicana, a donde antes había sido el teatro de sus galas; en ocasión que iba a visitar a tan grandes caballeros y que había ido a votar al capítulo provincial. Pues si en estas ocasiones en que de necesidad se pondría

lo mejor, lo tienen por cocinero del convento, ¿qué no haría retirado en Mechoacán? ¿Qué pobreza no manifestaría este sagrado Iro agustino? Pero, ¡oh prodigio de la virtud de la pobreza! De este modo roto y descalzo, se llevó en México nuestro venerable padre las primeras atenciones de los títulos; y el que antes a fuerza de galas se hacía lugar entre los primeros, ahora por pobre y humilde lo colocan entre los mayores: visitándolo el virrey, arzobispo y audiencia; teniéndose por desgraciado, quien no lograba la dicha de comunicarle.

Vista ya su obediencia y pobreza, resta la última virtud, que es la castidad esmalte el más precioso del religioso estado. Esta virtud fue muy aplaudida en nuestro venerable padre; pues en ella pudo ser el José o el Bernardo de esta América. No se pone en cuestión si hubo obra alguna con que quebrantase esta virtud, ni palabra en su boca que denotase liviandad, ni corazón distraído, que persuadiese interiores desbaratados; porque en su mirar era tan circunspecto y recatado, que guardaba más de lo que en ese tan delicado manda nuestro santo padre Agustín, quien dice así: *Neque enim quando proceditis, feminas videre prohibemini, sed appetere, vel ab his appeti velle, criminis est* (Reg. S.P.N. Cap. 6). No le es prohibido al religioso ver a las mujeres. Bien sabía esto nuestro castísimo Chávez, pero quiso no tomarse esta licencia; y así cuando caminaba, cuando les hablaba, era casi con los ojos cerrados de manera que no pudiera afirmar mujer alguna el color de los ojos de nuestro Chávez.

Procuraba huir todo lo que era posible de verlas y comunicarlás. Aunque como ministro tan ocupado, jamás pudo excusarse de comunicarlás administrándolas. Mas nuestro Señor le guardaba como a José, pues por su servicio andaba en medio de las llamas. Para librarse de estos encuentros, apretaba más los cilicios, multiplicaba los ayunos, procuraba siempre andar con la contemplación en la presencia de Dios; y con estos medios

conservó puro el armiño de la castidad hasta el fin, en que coronó de jazmines, y empuñó triunfante la palma de puras azucenas.

Lleno de virtudes floridas, como abundante cornucopia de gracias, se hallaba nuestro venerable padre Chávez, actual prior de Tiripitío, a tiempo que el cristiano presidente del consejo, propuso para obispo de la Puebla de los Ángeles a nuestro venerable padre maestro Fray Alonso de la Veracruz, para que aquel coro angélico tuviese por prelado un sabio querubín, que lo rigiese. Renunció nuestro Aquino español Veracruz la mitra. Y porque el presidente Ovando conociese que apreciaba sus obsequios, le suplicó promoviese a la Puebla al obispo de Mechoacán, que lo era el comendador don Fray Antonio Morales Ruiz de Molina, para que así llenase el hueco de la mechoacana silla el padre prior de Tiripitío Fray Diego de Chávez, varón apostólico de los primitivos fundadores. Oyó con gusto el presidente Ovando la propuesta de nuestro venerable Veracruz, y conforme lo propuso, subió la consulta al real gabinete de don Felipe II. Y bajó electo en obispo de Mechoacán, el año de mil quinientos setenta y dos el ilustrísimo señor maestro don Fray Diego de Chávez y Alvarado.

En breve llegó a la imperial corte de México la fausta noticia de la elección de nuestro venerable padre, que se celebró con singulares regocijos. De los cuales se hurtó un muy amigo de nuestro ilustrísimo príncipe, y por la posta, más veloz que Mercurio con sus talaras, llegó a Tiripitío a lograr el primero la dicha de ser el nuncio. Entró a lo interior del convento, y halló a nuestro venerable padre en oración; al modo que el nuncio Gabriel halló a la emperatriz de los cielos. Dio la embajada; la cual no causó poca turbación a nuestro venerable padre. Le respondió al nuncio:

No puede ser, señor; es imposible, porque yo no tengo hombre alguno que haga mis causas en la corte; de tal

suerte, que de tejas abajo, no hay quien de mí se acordara en palacio; y de tejas arriba, no ha de permitir Dios que se dé una dignidad tan grande y alta, a un hombre tan sin méritos como yo.

Humildes palabras, dignas por ellas, de mayores exaltaciones. Agasajó como a amigo al nuncio, aunque sintió hubiese sido él el portador de la nueva, pues fue pesadumbre que le lastimó lo más íntimo del corazón. Luego propuso en su ánimo, con la resolución de un Celestino, de renunciar la mitra, luego que llegasen las cédulas y bulas. Súpose esta resolución del venerable obispo, y previno la obediencia, el que no renunciase la merced que el rey le hacía; así se lo mandó con formal precepto nuestro venerable padre provincial Fray Juan Adriano. A que cooperó nuestro venerable padre maestro Veracruz, imponiéndole, como vicario general de las Indias, el mismo precepto y noticiándole que él mismo vendría por el mayo de mil quinientos setenta y tres, con los recaudos de cédulas y bulas para su consagración.

Como lo prometió el venerable padre Veracruz, así lo cumplió, luego que llegó a la provincia, le remitió los instrumentos, que recibidos con las obediencias de los superiores dispuso para irse a consagrar a México, a su partida. Salió de Tiripitío con el mismo tren que usaba de pobre fraile. Al modo de los primeros obispos apostólicos, y a las dos jornadas llegó a nuestro recoleto convento de la villa de Charo. En donde halló de prior y ministro charense a nuestro Fray Pedro de San Jerónimo. Este venerable padre le recibió en sus brazos como a hermano suyo, y postrado lo reverenció como a príncipe de la Iglesia. Ya este era el último convento en aquel tiempo, de la mechoacana Thebaida. Y considerando quizá nuestro ilustrísimo obispo que se apartaba ya de sus hermanos, que salía ya de

los claustros religiosos, a los palacios de los prelados de la Iglesia, se le afligió el corazón, de que le resultó una tenue calentura, que creciendo a soplos, en breve se apoderó del sujeto, y fue preciso devolverlo, para curarlo, a Valladolid.

No quiso para su cura que lo llevasen al episcopal palacio. Nuestro convento quiso fuese el dichoso de lograr esta felicidad. Reconocía eran superfluas las medicinas, porque creyó que le había oído Dios su petición de que le quitase la vida antes que empuñase el báculo episcopal. Así lo firma nuestro Herrera: *Sed qui ab homine episcopale obire cogeatur obedientiae, et orationis merito impetravit a Domino, oneris, et boneris, et honoris levamen; et antequam Bullarum expeditionem nosse posset Vallisoleti in Indiis die dezima quarta february anno millessimo, quingentessimo, septuagesimo tertio in circumscriptionem lumen visurus migravit ad Dominum* (*Alph. Lib. 1. Litter. D. p. 197*).

Murió, como visto queda, el día catorce de febrero, año de mil quinientos setenta y tres; en medio de sus queridos hermanos los religiosos agustinos de nuestro convento de Valladolid. Cuya vida, si les sirvió de ejemplo, su muerte en las grandes disposiciones que hizo (no de bienes, que no tuvo de qué restar) les fue norma para la imitación. Y más cuando vieron manifestos los cilicios de que estaba armado contra el infierno este atleta. Publicaron las campanas en sentidos clamores, la muerte del prelado mechoacano; a cuyas sentidas voces concurrió el pueblo todo, a venerar difunto, al que habían tenido por santo vivo.

El primero que concurrió fue el ilustrísimo obispo don Antonio Morales, que aún no había salido de Mechoacán, para la Puebla, quien quiso el día de la parentación ser el Demóstenes de nuestro ilustrísimo Chávez.

Concediósele la petición. Y el señalado día, ocupó y llenó el sugesto el comendador de Santiago, obispo de la Puebla, el

referido don Antonio de Morales. Tomó por tema y asunto, el amor grande que había tenido a sus enemigos, sermón que a un tiempo publicó el fino amor del difunto, y persuadió a los vivos, cómo debe ser el amor en los enemigos. Todo lo cual finalizó con notable pompa y grandeza se dispuso dar cumplimiento a una súplica que antes de morir había hecho este príncipe, y fue que su cadáver fuese llevado a la iglesia de Tiripitío, para esperar allí la universal resurrección.

Publicose el día en que había de ser llevado este difunto Palante, a quien la Parca, más cruel que Turno, tenía ya en el féretro muerto, pero sin saber perdido, aunque difunto, como allá Palante, su antigua hermosura.

Colocada pues esta hermosa casta flor, en las andas, salió de Valladolid, y en distancia de más de cinco leguas que hay hasta Tiripitío, se pobló el camino, todo de luces.

Todos lloraban y sentían la muerte de este mechoacano Palante, a un tiempo mismo se derretían las velas y se deshacían por los ojos los corazones de los miserables indios. Los cuales al modo de los arcades poblaban de suspiros la vaga región del aire, y regaban con su sangre del alma los caminos por donde había de pasar su difunto y amado padre.

Con el modo referido llegó el hijo del grande Evandro agustino, nuestro ilustrísimo Chávez al convento de Tiripitío; en donde de nuevo se volvió a renovar el antiguo sentimiento en la función funeral. Diole sepultura en la tierra la piedad, por haberlo así pedido. Pero el agradecimiento, al modo de Artemisa, le erigió mausoleo en el corazón inmortal.

Tiripitío fue el dichoso suelo que logró en su campo guardar este tesoro. Con razón desde ahora merece el título que desde su fundación le dieron los naturales, denominándolo Tiripitío, que es, como visto queda, lugar del oro. Porque rico con el cadáver de nuestro venerable padre, puede decir que no

tiene el nombre en vano. A pocos años de sepultado el cuerpo en la iglesia, una fatal tea, peor que el tizón de Meleagro, redujo a cenizas el gran templo de Tiripitío. Como allá el celebrado de Efeso. Cuyas llamas fueron pira en que se cree, ardió el venerable cadáver de nuestro venerable padre. Y Tiripitío la urna de oro de sus reales cenizas. Si no es que aquellas llamas encendió la providencia, para prueba que gozaba del Fénix la inmortalidad, y que vivía su alma coronada de la victoriosa palma de la inmortalidad en la gloria.

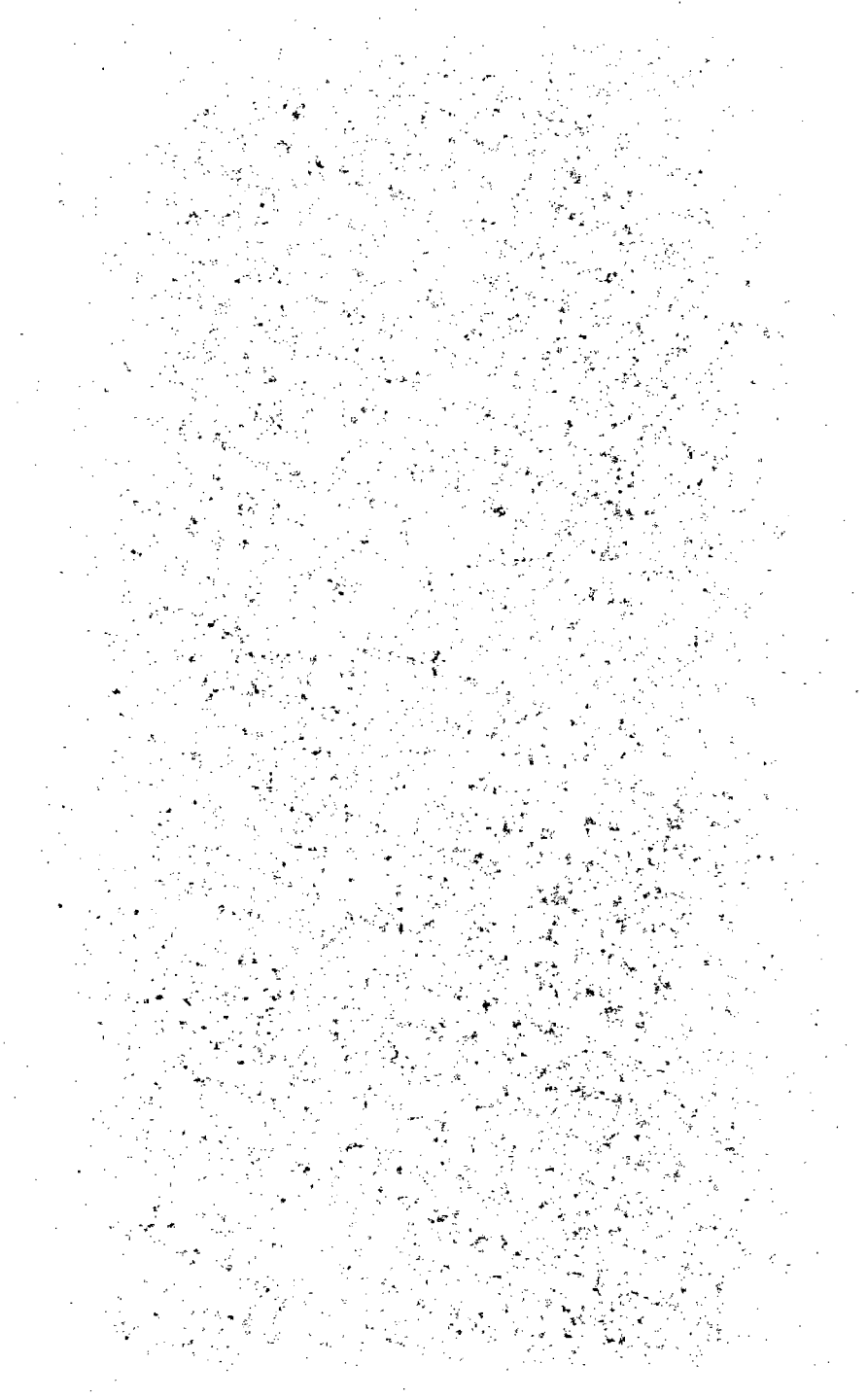
Puede creerse lo dicho de las grandes solicitudes, que ha habido por hallar el cadáver de nuestro ilustrísimo príncipe. Cuyas diligencias han sido en vano. No fueron pocas las que hizo nuestro padre provincial Fray Juan de Burgoa, el año de mil setecientos veintidós; siendo yo prior de dicho convento. No omitió este prelado celoso dádivas ni afanes, por la preciosa margarita que lamentaba perdida; pero no consiguió el hallazgo, que a haberlo logrado, se cree de su liberal magnificencia, hubiera mostrado su afecto en la funeral función, y en el panteón que hubiera levantado a sus cenizas.

Créese por tradición haber sido sepultado ante el altar de un devoto Crucifijo, imán de su voluntad, y hechizo de su corazón. Devoto sagrado bulto que se venera en la iglesia de Tiripitío, alhaja que trajo a este templo cuando lo fundó para que fuese el Paladión de aquel sagrado. Y pues se ignora la urna de las cenizas ilustrísimas, sirva de lápida en donde la pluma, como cincel, esculpa el epitafio siguiente: Aquí yacen las nobilísimas e ilustrísimas cenizas del sobrino de los nobles adelantados don Pedro y don Jorge de Alvarado, parientes inmediatos de los dos marqueses y conquistadores del Nuevo Mundo, don Fernando Cortés y don Francisco Pizarro. Descendiente por línea recta de los comendadores y grandes maestros de Santiago. A todos los cuales títulos, era acreedor de derecho; todo lo

renunció por el hábito humilde de agustino. Y si dejó de ser grande en el mundo, fue para serlo mayor en la religión, siendo el primer novicio de toda esta América, que se vistió la negra estameña. Primer estudiante de la universidad de Tiripitío. Primer apóstol de la costa del sur. Fundador de los conventos de Tiripitío, Tacámbaro y Yuririapúndaro, y amplificador de los de Valladolid, Cuitzeo, Guango y Charo. Patrón y fundador del hospital de Tiripitío. Obispo electo de Mechoacán. Todo lo dicho, fue el ilustrísimo y reverendísimo señor maestro don Fray Diego de Chávez y Alvarado, que *requiescat in pace*.

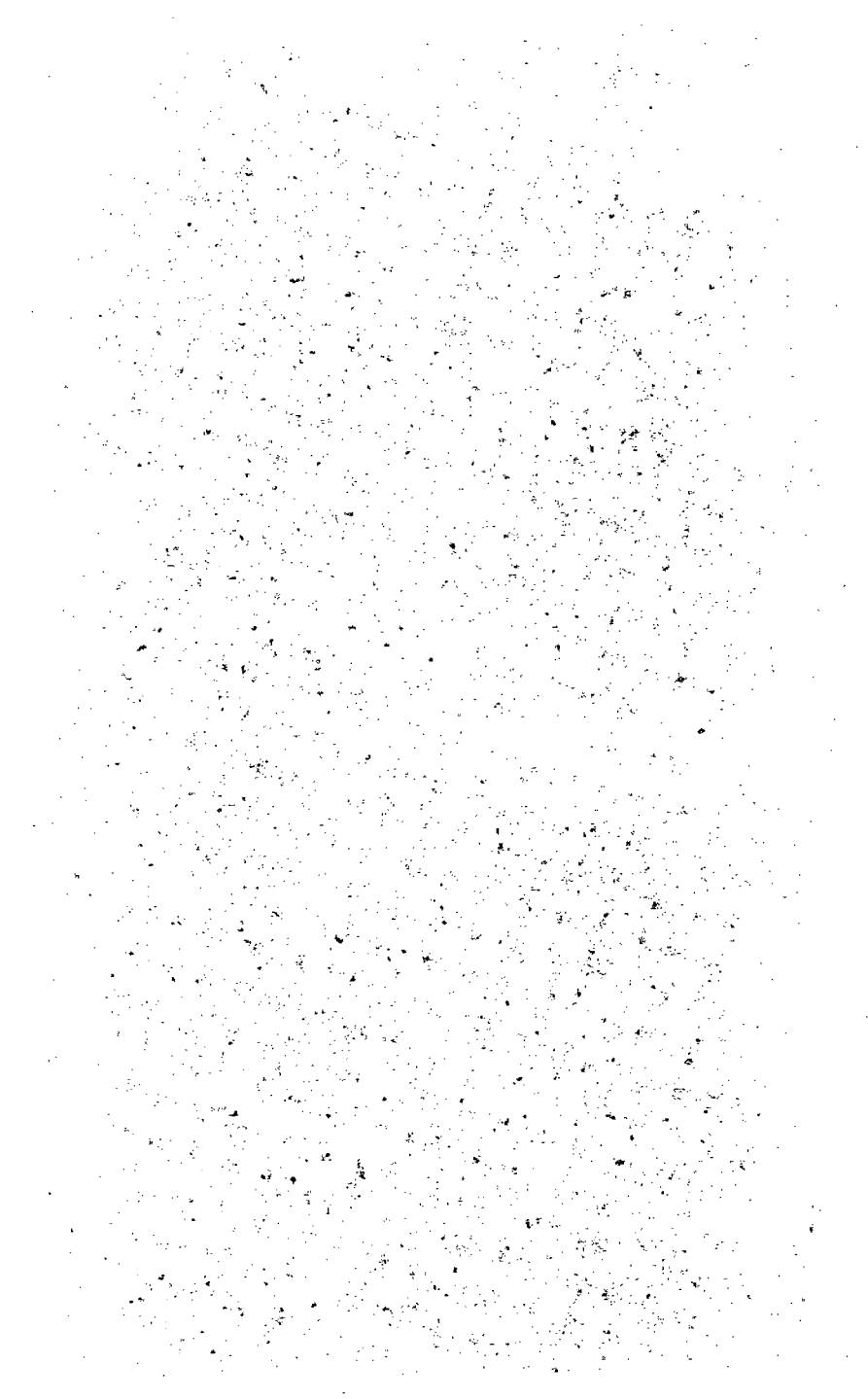
*Sanguine non tantum, titulis que insignes Avorum, Quantum virtute
hic, ingenio que claruit.*

Conserva nuestro gran convento de Yuririapúndaro el retrato de nuestro ilustrísimo príncipe, en una de las calles del retablo mayor; no tuvo el afecto más superior lugar en que colocar a su fundador. La muda pintura está con su silencio manifestando el varón de quien es, en lo devoto y humilde del semblante, sin desdeñar a lo respetuoso y serio del sujeto. Falleció en el pontificado de Gregorio XIII, siendo rey de España don Felipe II, virrey de esta Nueva España don Luis de Velasco el primero; obispo de Mechoacán don Fray Antonio de Morales; general de nuestra aureliana familia el reverendísimo maestro Fray Tadeo Perusino. Provincial de esta América nuestro padre maestro Fray Juan de Adriano. Prior de nuestro convento de Valladolid, en cuyos brazos murió, el venerable padre Fray Alonso de Alvarado.



Capítulo LIII

**Del séptimo convento de esta
provincia, fundado en la villa
de San Miguel de Charo,
en el estado del Valle**



Fue Egipto reino dichoso, por haber tenido en sus límites a la celebrada antigua Thebaida, dijo el gran padre San Jerónimo, y fue también calebrado, firmó Cartario, por haberse levantado en su arenoso suelo las soberbias pirámides, siete montes, que en oposición de la naturaleza, erigió más altos y elevados el arte. Las siete pirámides y la Thebaida, hacían plausible en el mundo viejo a Egipto. Y en este mundo nuevo, puede hacer célebre al reino de Mechoacán la agustiniana Thebaida y los siete conventos que con este de Charo, acabalan este misterioso número, que como pirámide elevaron en esta provincia nuestros primeros padres, celosos Macabeos de la ley; llenó el Macabeo de empresas y jeroglíficos los dilatados mármoles, para que inmortalizadas en aquellas piedras las hazañas de sus mayores, fuesen vistas sus proezas por todos los navegantes.

Mar es Mechoacán; así lo denomina el mexicano en su idioma, llamándolo lugar de peces. Vean pues los de este mar en esta crónica las armas y escudos de nuestros antiguos padres, y leerán en los mármoles de esta crónica en los siete conventos o siete pirámides las hazañas y maravillas de nuestros Macabeos. En cada pirámide o convento he grabado en compendiosos jeroglíficos las proezas de un héroe. En Tiripitío coloqué las de nuestro venerable padre fundador Fray Juan de San Román. En Tacámbaro grabé las de nuestro venerable

maestro Fray Alonso de la Veracruz. En Valladolid esculpí las del venerable padre Fray Juan Bautista. En Yuririapúndaro dibujé las del santo mártir Fray Bartolomé Gutiérrez. En Cuitzeo pinté las de nuestro venerable padre Fray Francisco de Villafuerte. En Guango escribí las del ilustrísimo señor don Fray Diego de Chávez. Y en esta séptima pirámide entallaré las obras maravillosas del venerable padre Fray Pedro de San Jerónimo. Y así quedarán estos siete conventos en esta historia, como las siete pirámides, que junto al mar erigió el Macabeo para eterna memoria de sus mayores.

Ya se han visto las grandezas de las otras pirámides, y resta que se atiendan las de este séptimo convento: nada inferior en la grandeza a los seis referidos, como se verá. Colocó la provincia esta séptima casa o séptima pirámide en medio del reino de Mechoacán; el cual lugar le granjeó el título que le dan a sus naturales llamándolos *pirindas*, que es lo mismo que los que están en medio. En su idioma les viene a estos pirindas la bendición de Benjamín, cuya morada era en el medio de la tierra de promisión. En el medio moraban los de Benjamín, eran los pirindas de aquella tierra, a quienes les cupo en suerte la tierra más fértil de Palestina. Como a estos naturales a quienes les cogió la dicha de tener y gozar la más fértil y amena tierra de Mechoacán. En la suerte de Benjamín estuvo el templo del Señor, y en la suerte de estos pirindas está la catedral del reino de Mechoacán, fundada en Valladolid. Pues, como veremos, sus términos cogían desde Santiago Undameo, hasta Indaparapeco; y en este medio está la ciudad de Valladolid, cabeza de Mechoacán, en donde descansa, como en medio y punto fijo el templo del Señor de Israel.

Acerca de hallarse esta nación pirinda en medio del reino tarasco de Mechoacán, he hallado dos distintas opiniones. Una trae el cronista de la provincia de los santos apóstoles San Pedro

y San Pablo de la seráfica provincia de Mechoacán; y otra, asienta nuestro venerable padre maestro Basalenque en la historia de nuestra provincia de San Nicolás. El doctísimo cronista Rea les da el siguiente origen. Sentía la natural soberbia del emperador mexicano, que tan cerca de su reino se mantuviesen, fuera del cerco de su corona los tarascos; tenía esto como lunar de su grandeza, y así quiso hacer tributario al Calzontzi y quitar a su mexicana Roma este Cartago mechoacano; para lo cual soltó de las prisiones a un valiente tlaxcalteco llamado Tlalhuitzoli, cuyo esfuerzo había sido terror al mexicano imperio; tanto, que llegó por el valor de este general casi a marchitarse el mexicano nopal. Y a no haberlo aprisionado en una emboscada, la traición, sin duda hubieran triunfado los tlaxcaltecos pendones, y se hubieran visto tremolar sobre los mexicanos alcázares.

En ocasión, pues, que tenían preso a Tlalhuitzoli, se le ofreció al emperador el conquistar el reino tarasco; y conociendo el esfuerzo del referido general, le ofreció a este la vida y libertad, con tal que le conquistase al tarasco. Obedeció Tlalhuitzoli el mandato, y luego a la vista el mayor ejército que había juntado aquel imperio, igual a los de los Jerges y Daríos, para así de un golpe quitar padrastro, que tanto lastimaba a la mexicana mano, para acabar de empuñar el cetro de todo este Nuevo Mundo. Con este ejército salió el Belisario Tlalhuizoli de los límites del imperio, y dirigió sus marchas a las fronteras de Mechoacán. Sin contradicción llegó hasta el dilatado y crecido llano del Tepare; en donde hizo alto, porque supo estaba ya inmediato el Calzontzi, con otro ejército, si no tan grande como el suyo, al menos formidable por los muchos veteranos soldados que componían sus regimientos.

Al amanecer se afrontaron los unos y los otros escuadrones en el dilatado llano del Tepaxe, sonando a un mismo tiempo

los mexicanos teponaztles y los tarascos cuiringuas, cajas y timbales de su gentilidad. Hicieron seña al romper de álba las engastadas canillas de venados, clarines de sus ejércitos, y de poder a poder se dio la más formidable batalla que vio el teatro de este Nuevo Mundo. Corrió ligero el sol su día, por no ver tan gran estrago; y al sepultarse este planeta, se declaró por el tarasco la victoria; viéndose hollados los mexicanos estandar-tes, pisadas la águilas y nopales del imperio, y elevadas las mangas tarascas con sus peces, antiguos pendones de Mechoacán. No quiso seguir el tarasco el alcance; que a haberlo hecho, pudo haber triunfado en México su valor, rindiendo a su dominio la mexicana laguna, solio de aquel imperio. Contentose con castigarle el orgullo y con hacer prisioneras algunas naciones para servirse de ellas en su reino.

Entre las que reservó el cuchillo, fue una de ellas la nación de los matlaltzingos, originarios de Toluca, tributarios del mexicano imperio. A estos, por asegurarlos, los puso en medio de su reino, entre los términos de Santiago Undameo e Indaparapeco, puso a estos matlaltzingos, y otros en San Juan Huetaamo, a donde está hoy el beneficio de Cutzio en la tierra caliente. De los tecas, nación también vencida, pobló a Pátzcuaro, Xacona y Tangamandapeo. Y de los mexicanos pobló las provincias de Zacatula. Con esto le quitó las fuerzas al mexicano, y él quedó con vasallos y esclavos en su reino; y estos, aunque dominados, conservaron sus antiguos idiomas, hasta nuestros días, sin mezclarse con los tarascos en las lenguas.

Nuestro venerable Basalencque sigue otra relación, la cual dice recibió de un antiguo libro, escrito por un indio pirinda, con caracteres castellanos. En tiempo que obtenían el mechoacano cetro los reyes tarascos, reinaba en la corte de Tzintzuntzan un rey llamado Characu, que es lo mismo que rey niño. Nombre que le granjeó lo mucho que madrugó con la temprana

edad, a recibir la corona de aquella Monarquía. Viendo los extraños la poca edad del rey chico de esta mechoacana Granada, intentando coger del cabello a la ocasión para lo cual dispusieron acometer a conquistar el reino del Caltzontzi, por el poniente de su reino, como que en él había menos armas. Dieron principio los tecas, nación bárbara y formidable a la guerra: y casi sin oposición iban marchando a Tzintzuntzan, para apoderarse del reino todo. Temió el Characu al enemigo, y en junta de guerra se determinó solicitar soldados extranjeros, que, unidos con los tarascos, impidiesen aquella avenida de los bárbaros tecas.

A toda la dieta pareció bien la máxima y al momento solicitaron a los matlaltzingos que moraban en Toluca. Ofreciéronles grandes pagas, porque les diesen ayuda, la cual concedieron gustosos; lo uno, por lograr sus intereses, y lo otro por medir sus cimitarras con los tecos, y ver si eran tan valerosos como lo publicaba la fama. Seis valientes capitanes salieron de Toluca, que a breves jornadas a la vista de la corte de Tzintzuntzan. Salió el rey chico a darles la bien llegada, y a reconocer los soldados, de quienes fiaba la defensa de su reino. Hiciéronse las muestras de los militares tercios, y agregados a estas, los soldados tarascos salieron unidos del bastón del general matlaltzingo, y a breves días se encontraron junto a Tangamandapeo con los tecas y anchachas, naciones que como los hunos y godos venían sobre Roma, estos sobre el reino de Mechoacán.

Luego que se afrontaron los ejércitos, se dio la batalla; estuvo bastante tiempo dudosa la victoria, hasta que al fin, con la industria y valor de los matlaltzingos, se declaró la victoria por el tarasco. Con tanta fortuna, que fuera de ser pocos los muertos, apenas quedaron los tecas, quienes llevasen la noticia a su tierra; porque los pocos que quedaron con vida, fueron sacrificados en las aras del dios Curicaneri, que adoraban en Tzacapu

los tarascos. Recibió alegre el rey la noticia del triunfo, quedó agradecido a los valientes matlaltzingos. Y llegando a la paga, dijeron estos que si su majestad gustaba, se quedarían en su reino, con la condición de salir siempre a las guerras que se le ofrecieran a la corona. Oyó alegre el rey la propuesta, admitió la oferta, y díjoles escogiesen las tierras que les pareciese de su reino. Eligieron ellos todas las que hay entre Santiago Undameo e Indáparapeo, y algunas otras en la tierra caliente, que es en el medio de Mechoacán, y como quedaron en este lugar, se empezaron a denominar pirindas, que es lo mismo que en medio.

Quisieron los matlaltzingos mostrar su agradecimiento, y a la cabeza de su nueva colonia, pusieron el nombre del rey que gobernaba, llamándola Charo, que es lo mismo que rey niño, en donde fundaron las más nobles familias, que pasaron de Toluca. Los menos nobles poblaron a Santiago Undameo, antes llamado *Neocotlán*. Las ínfimas familias poblaron en donde hoy llaman Jesús y Santa María, en los montes de Valladolid, y ellos en su idioma denominaron a este puesto *Panziyequi*. De las heces de la muchedumbre se pobló parte de la tierra caliente, hacia el sur; a cuya población llamaron *Huetamo* y después los apostólicos padres, cuando predicaron allí la fe, denominaron con el bautismo San Juan.

Estas son todas las noticias que hay de estos naturales, llamados *pirindas*, *matlaltzingos* y *charenses*. De las cuales dos opiniones, tengo para mí por más fidedigna la de nuestro venerable Basalenque. Lo uno, porque afirma en su crónica haberla hallado en un libro escrita, por un recién bautizado; y lo otro, porque comunicó mucho con estos naturales, y de ellos, como tan eminente en la lengua, descubrió el origen de sus antepasados. Todo lo cual le faltó al reverendo Rea, que escribió sin conocimiento de estos indios, desde Querétaro, para lo cual se valdría

de relaciones que de continuo corren viciadas las noticias, si no del todo falsas, como enseña la experiencia.

Prosiguiendo en la noticia de estos pirindas, digo que perseveraron siempre obedientes al Caltzontzi; sin que en ellos se sintiese la menor deslealtad, siendo así que en ellos residían las armas, principal nervio de la monarquía. En ellos estaba el militar bastón, al tiempo que derribó la corona del mexicano imperio el invencible español Marte don Fernando Cortés. De cuya caída formidable recibió tanto susto Zinzicha Caltzontzi, rey de Mechoacán, que quiso hacer de grado, lo que quizá obrara el rigor, escarmentado como discreto en los ajenos descalabros del imperio mexicano. Quiso ganar las gracias de ser el primer rey de este Nuevo Mundo que postrase su corona a las plantas de Cortés; en persona del emperador don Carlos V. Para lo dicho pasó a México, quiso llevar consigo al general, de sus tropas, que era el duque o capitán matlalzingo. Ambos pasaron a la corte mexicana. El Caltzontzi rindió el cetro, y el matlaltzingo el bastón. Con lo cual quedó todo el reino de Mechoacán por nuestros reyes católicos.

Luego le llevaron el afecto los pirindas a Cortés; y es que supo eran los indios más arriscados de este Nuevo Mundo; y así quiso ser el solo señor de ellos; contándolos entre los veinte y tantos mil tributarios que le señaló el rey en corta paga de sus grandes servicios. De las seis villas que le señaló su majestad, eligió entre otras a Toluca, antiguo solar de los matlaltzingos, ascendientes de los pirindas, y escogió la villa de Chalo, a la cual le dio título de villa de Matlaltzingo en Mechoacán; sobre la cual tuvo varios pleitos en el consejo, los cuales vencidos en tiempo de don Martín Cortés, marqués del Valle, se la restituyó su majestad. Todo lo cual consta de la ejecutoria que esta villa tiene en su archivo. La cual, es propiamente villa con todos los privilegios que tienen y gozan las villas de Castilla. Esta es la

causa de ser todos los pirindas tributarios de Cortés; haberlos querido este ínclito capitán, tener por suyos, para gloriarse de que era señor de los más esforzados guerreros de este Nuevo Mundo, y gloria grande de esta nación, tener por superior al hombre más esforzado que conoció aquel siglo. Cuyo molde quebró la naturaleza para no volver a vaciar otro segundo Cortés.

Con la ida a México del gran pirinda en compañía del Caltzontzi, se abrió el camino para la predicación del Evangelio. Observó que luego que dio la obediencia el rey de Mechoacán, a breves días conmutó en el bautismo el antiguo nombre de Zinzicha, en el de don Francisco primero, rey de Tzintzuntzan. Y quiso el pirinda, desde entonces, borrar el nombre gentil, por el cristiano; no lo hizo en México, pero luego que llegó a su tierra y que vino el apostólico padre, al punto se bautizó de ejemplo a todos los de su nación el hecho. Con el rey de Mechoacán don Francisco, pasó el venerable padre Fray Martín de Jesús, hijo legítimo del serafín San Francisco. Y en el general pirinda vino en breve el venerable padre Fray Juan de San Miguel. Este venerable padre fue el que bautizó al duque o general de las armas, a quien puso por nombre el mismo que tenía el santo padre, llamándolo en el bautismo don Juan de San Miguel; a quien alcanzaron nuestros venerables padres, y de quien recibieron singulares beneficios: como consta del archivo de nuestro convento, y de otros monumentos inmortales.

Cuando el venerable padre Fray Juan de San Miguel entró a predicar a esta villa, estaba su función a una legua de donde hoy se halla, a donde llaman *Zurumbeneo*, casi en la sierra de Mechoacán, paraje muy agrio y contrario a la salud. Por estos montes entró predicando el venerable Fray Juan. Poco tiempo duró entre estos gentiles, pues contento con bautizar al principal y a otros pocos, se pasó adelante, quedando tan gentiles como de antes. En esta breve noticia de nuestra santa fe, quedó

la nación pirinda, aunque sí bautizada la cabecera con el nombre del príncipe San Miguel. Memoria que recuerda al venerable padre Fray Juan de San Miguel, que quiso perpetuar su nombre y dejar a la posteridad este recuerdo de haber pasado y predicado en esta villa.

No se dio paso adelante en la doctrina de estos naturales, contentose por entonces la piedad cristiana con agregar a Indaparapeo a estos pirindas; que fue lo mismo que adjudicárselos al cura de Toledo; pues este jamás los entendió, ni ellos a él, porque se le hizo inaccesible deprender el idioma. Reconoció esto en la visita el ilustrísimo Quiroga, obispo de Mechoacán. Por lo cual, luego que nuestro venerable padre Veracruz dispuso recibir algunas doctrinas en que fundar, le señaló el cuidadoso Quiroga a toda la nación pirinda, para que entre ellos fundase conventos y doctrinas. Y así todos los de esta lengua nos pertenecen en Mechoacán; pues a nuestro cuidado están los de Undameo, Jesús y Santa María; y en la tierra caliente estuvieron los de Huetamo, y estos de Charo, que es la cabecera de todos los pirindas.

Llegó el año de mil quinientos cincuenta, felicísimo para estos indios, en el cual nuestros venerables padres pasaron a fundar a esta villa y a catequizar a sus moradores. Era a la sazón, en que se dio principio a esta fundación, pontífice sumo Julio III. Emperador don Carlos V Rey de España don Felipe II. Virrey don Luis de Velasco el primero. Obispo de Mechoacán el santísimo don Vasco de Quiroga. General de nuestra agustiniana familia el reverendísimo maestro Fray Jerónimo Siripando. Provincial de esta provincia el venerable padre maestro Fray Alonso de la Veracruz. Y prior primero de esta villa el venerable padre Fray Pedro de San Jerónimo. Estos eran los que gobernaban el año de mil quinientos cincuenta, en que se fundó la Villa de Charo Matlaltzingo en Mechoacán. Siendo

entonces señor de la villa el marqués don Martín Cortés; y cuando escribo esto, es actual señor don Diego de Aragón Piñateli y Cortés.

El referido año de mil quinientos cincuenta, remitió nuestro venerable Veracruz al apostólico padre Fray Pedro de San Jerónimo, para que fundase en la villa de Charo. Salió de aquella corte, al modo que de la de Jerusalén salieron los primeros apóstoles. Desnudo, a pie y descalzo, con sólo un saco por hábito, y un Crucifijo en las manos. Llegó a la antigua población de Charo, a donde hoy llaman Zurumbeneo, a donde aún moraban, casi a la moda de la gentilidad chichimeca, los pirindas. Dio principio a deprender el idioma más obscuro de este Nuevo Mundo, lengua que jamás habían percibido sus oídos. Y en breves días penetró los más oscuros dialectos del bárbaro lenguaje; en que parece quiso Dios hacer con nuestro venerable Fray Pedro de San Jerónimo, lo que allá con el gran padre San Jerónimo, a quien le concedió, para beneficio de la iglesia, la inteligencia del obscuro idioma caldeo. Y acá a nuestro San Jerónimo le concede el mismo beneficio, para provecho de los indios pirindas.

Luego que penetró el obscuro lenguaje, dio feliz principio a la predicación de nuestra santa fe, con tanta dicha de estos indios, que en breves días eran ya católicos todos. Ganoles a aquellos nuevos cristianos de tal modo la voluntad, después de haberles cautivado con la fe los entendimientos, que todos lo miraban como a hombre superior a ellos, en quien veían cierta señal de excelencia, con que se movían a respetarlo, con punto menos que a divino. Tal era la vida que experimentaban de este varón apostólico. Bien se conoció esta superioridad y respeto que alcanzó con sus virtudes entre los indios; pues con sus moniciones los redujo, a que renunciando las montañas de Zurundaneo, bajasen a más dilatados horizontes; quizá porque

reconoció que el lugar a donde moraban les recordaba, a cada vista que daban, los antiguos adoratorios; a donde aun todavía estaban calientes las cenizas de los holocaustos, y así quiso apartarlos de aquellos lugares, recuerdos de su gentilidad.

Propúsoles su dictamen, y sin la menor repugnancia, unos indios tan arriscados y bárbaros, como estos pirindas, se redujeron a la propuesta; dejando a la elección del venerable padre el lugar que eligiese para mudarse a él. Reconoció los puestos más inmediatos a Zurundaneo, y halló tres montes a poco más de legua de la antigua población, y pesando el agua halló que podía subir a ser corona de cristal de aquellos collados. Dio principio a la saca de agua, que hoy admira cómo se eleva sobre los montes su curso; y ya que tuvo en las alturas el agua, para beneficio de los moradores, mudó la villa al referido puesto, en donde hoy persevera.

Luego bautizó los montes, dedicándole a Dios en sus santos, aquellos collados. Al primero llamó San Miguel. Al segundo San Juan Evangelista, y al tercero San Bartolomé; y en todos dedicó iglesias a estos santos. En el Monte de San Miguel, erigió la iglesia dedicada a este arcángel, y juntamente el convento. En los de San Juan y San Bartolomé, levantó dos capillas, dedicadas a estos dos apóstoles; que sirviesen de coronas a aquellos elevados montes; y estos de peanas a los gloriosos santos; y así quedó fundada la villa de Charo sobre montes.

Pintemos primero las terrenas y reservemos para después para fin y corona las espirituales. Es el temperamento de esta villa, templado, frío y seco; en su suelo, no le excede el celebrado de Tibure, en lo benigno de sus aires. Prueba pueden ser las dilatadas edades que cuentan sus moradores. De ochenta, noventa y cien años, son los más de esta villa; y a tener en la bebida, apostarán a vivir sus habitantes, con los hiperbóreos. Pero el infernal vicio de la bebida les quita a estos naturales el

que sean los hiperbóreos inmortales por lo mucho que duraran, de este Nuevo Mundo.

Las ricas aguas de que gozan, son la principal razón para la dilatada vida, que sin enfermedades logran. Son de Mechoacán, estas de Charo las mejores; pues ellas solas pueden recetarse por medicinas. Véase su tránsito y se advertirá que no dan paso, menos que en enredándose los cristales en las yerbas más salutíferas de esta América. Todos sus márgenes y nacimientos, están llenos de zarzaparrilla, principal droga de las boticas. Los tarais son innumerables, los culantrillos, cabellos de la hermosa Venus, son infinitos, y lo principal es la celebrada colcomeca, que el español llama larga vida; porque son tantas sus virtudes, que ella sola es suficiente a dilatar la alhaja más preciosa de la naturaleza, que es la vida.

Por estas y otras muchas salutíferas yerbas y plantas transitan los dos ríos, que por el oriente y poniente amurallan con paredes de cristal a Charo. Los cuales entran en el Río Grande, que viene de Valladolid al norte, y faldas de la villa, con muchos y crecidos bagres, los mejores de Mechoacán. Muchas sardinas y pescados, sin otra multitud de pequeños peces. En cuyos márgenes se crían muchos patos, ánsares y garzas. Y en sus prados muchas liebres y conejos, con no pocos venados en sus montes, en que hallar puede la diversión las tres cazas que pone San Antonio, ferina, aucupia y piscatura.

Aunque el sitio y suelo, como queda visto, no permite, por estar sobre tres elevados montes, igualdad de calles, cuadros de plazas; esto que pierde de hermosura, lo restaura en amenidad, porque, como goza de agua en las alturas, todas las partes de la villa por donde transita este elemento, va ferlizando el terruño; y este agradecido, corresponde en fértiles huertas y en sabrosos frutos de Castilla; como son olivos, parras, membrillos, higueiras, albaricoques, duraznos, granadas. Todas las cuales frutas y

otras muchas se dan con abundancia. A las cuales se allegan los árboles criollos, como con zapotes, capulines, aguacates y otros, que por comunes se omiten. Todo lo cual desde lejos es de grande alegría, parece, dice nuestro venerable Basalenque, un curioso país de Flandes, en que la naturaleza, más sabia que el arte, pintó un primoroso lienzo para la diversión.

Las faldas de estos tres montes tienen por el oriente y poniente crecidas y dilatadas campiñas, fértiles ejidos, los cuales se riegan con los dos salutíferos ríos que quedan referidos. Bajan de la sierra en cuyas márgenes se elevan crecidos árboles, en que hacen capillas crecidas multitudes de pájaros, los celebrados de Mechoacán; hállanse los tzentzontles, cuitlacoques, pájaros mulatos, calandrias y gorrones, sin otra muchedumbre que sólo sirven de adorno en el oro de las aves con la hermosura de sus plumas; pero sin voz en aquella capilla. Toda esta multitud de ministriles se alimentan de los muchos trigos que en estas cañadas se siembran, causa porque jamás se conoce en Charo el estío, mirándose siempre el campo frondoso y verde, sin saber diciembre, por rígido que sea, que prive a esta villa de las flores; pues todo el año las hay muchas y varias, como lo pueden publicar los altares de la iglesia.

El ser tan fértil la tierra, es causa de que hayan tenido muchos codiciosos; y así han querido algunos privar a los indios de este bien, valiéndose de títulos y mercedes. Empero, como siempre han tenido el patrocinio del convento, este, como padre verdadero, ha defendido a sus menores, como aconteció el año de mil seiscientos treinta, que vencieron a Mendiola, Bravo y Diego Nieto. El año de mil seiscientos cuarenta al deán de Mechoacán don García Ávalos, el cual representaba el derecho del Caltzontzi, y como persona poderosa en México, dio más cuidado que los antecedentes; pero al fin con el de los religiosos, vencieron los indios, quedándose con sus necesidades, pagas de

los tributos; y con este beneficio que han recibido de los religiosos, son estos indios los más bien portados de Mechoacán.

Arriba del nacimiento de los dos referidos ríos, que descienden a la villa de Charo, tiene el convento dos pueblos, uno de pirindas, llamado San Guillermo Tzitzio, y otro de tarascos denominado Nuestra Señora de Patamuru. Estos están en la tierra caliente, por donde se entra a la costa del sur. Patamuru, es pueblo muy antiguo, desde el tiempo de la gentilidad. Tzitzio es visita nueva, la cual se hizo con ocasión de haber hecho nuestro venerable padre San Jerónimo una huerta para alivio del convento. Con este motivo se fueron agregando indios, y hoy es un pueblo crecido. En los inmediatos montes a este pueblo se dan muchas y sazoadas frutas, como son zapotes prietos, ates, aguacates y guayabas. Dase mucha caña de Castilla, y las más gustosas y odoríferas pitayas de esta tierra. Hay muchas anonas, y sólo aquí se hallan las ilamas, fruta muy deleitosa.

De yerbas salutíferas sólo por mayor referiré algunas. La yerba celebrada del tabardillo se halla con abundancia. La zarzaparrilla, casi son de ella los montes. Sácase mucha purga que llaman de Mechoacán; tan celebrada en la Europa. El matlalixti, el saqualtipán, purgas excelentes, y el cacalozúchil, el más activo que se conoce. De modo que son estos montes dignos de ser más celebrados que los muy aplaudidos de Tesalia. Pues a vivir hoy los Hipócrates, Galenos y Esculapios, mudaran sus residencias a estas serranías. Y el centauro Chirón dejara su monte Pelio, por el de Tzitzio. Consérvase en este pueblo, o cerca de él, una cueva; y es tradición de los indios que en ella tenía nuestro venerable padre Basalenque sus ejercicios; aunque yo creo que fue nuestro venerable padre San Jerónimo, y ellos, ignorantes del tiempo, se lo atribuyeron al que inmediatamente conocieron.

Hállanse también en estos montes muchos zarzales, y las ramas de estos son perfectísimas cruces, las cuales he tenido,

de que no poco me he admirado, ver el signo de nuestra redención, producido con tanto primor por la naturaleza. Y a descubrirse las ricas minas que tapan los charenses montes, fuera Charo otro Ofir en la riqueza. Son muchas las tradiciones que se hallan. Cerca está el real de Ozumatlán, a cinco leguas de distancia; cuyas vetas corren por las serranías de esta villa. Dios sabe para cuándo reserva las ricas minas que oculta en Charo. Firmada dejó una relación en la Europa, uno que reconoció la ley de estos metales; quien dijo que la mayor riqueza de las Indias estaba en esta villa oculta.

Mantiene para su político gobierno esta villa un corregidor, que pone siempre el marqués, a quien inmediatamente está sujeto. Los indios ponen un gobernador, con dos alcaldes ordinarios, cuatro regidores con un alguacil mayor, con otros oficios necesarios a la política de una bien regida república. Que en tanto de indios, ninguna otra conserva más respetos ni se granjeó más atenciones. Porque a la verdad, es nación de pirinda más altiva, y para más, que la tarasca; a que se añade en estos, ser más dados al trabajo y poner más solicitud en sus comercios.

Capítulo LIV

**Prosigue el capítulo pasado,
de la fundación de la villa
y convento de Charo**

Ya que he referido en el antecedente capítulo lo material de la villa de Charo, es tiempo ya que dé noticia al lector de lo espiritual que en ella se halla. Sobre tres montes, como visto queda, erigió esta poblazón nuestro venerable padre San Jerónimo. Más dignos de alabanza que los que allá alabó tanto Tinacria, llamados Peloto, Etna y Mongibelo. Los cuales sirvieron de cimientos a tres templos de tres mentidas deidades: Júpiter, Neptuno y Plutón. Agraviaron los sicilianos, en el mundo viejo, a la suprema majestad del verdadero Dios, con adornar a tres demonios en los tres referidos montes. Y en este mundo nuevo, parece que veo desagraviada a la suprema deidad, en los tres montes de Charo, con los templos erigidos a San Miguel, San Juan Bautista y San Bartolomé.

Puédense persuadir a esto, el ver resonando estos montes de continuo en alabanzas al Señor. No se dará hora del día y aun muchas de las noche, que en alguna de las muchas capillas que tiene esta villa, no se estén dando alabanzas al Altísimo. Celestial selva dodonea, parece este suelo, poblado de elocuentes encinas cristianas, que de continuo están hablando en los sagrados oráculos de los templos. Retrato verdadero de la triunfante Jerusalén, en donde de día y de noche están los angélicos espíritus alabando a la trinidad divina.

Luego que arribó a este dichoso hemisferio, luego que rayó por el oriente de estos montes el resplandeciente sol de nuestro venerable San Jerónimo, dieron de lleno sus resplandores evangélicos en los elevados montes de esta villa, a cuyas luces concurrieron todos los moradores de estas serranías de *Zurundaneo*, para la fundación del templo, que se había de consagrar al verdadero Dios. Diose principio al nuevo edificio, en donde hoy llaman Los Capulines, y a donde está la capilla de los santos reyes. Pero como no todos los lugares son a Dios gratos, fuera de haberse comenzado con tibieza la obra, en el sitio de Los Reyes, se percibieron, como dicen los indios ancianos, unas dulces armonías de varios acordes instrumentos, que movían las voluntades, a que dejado aquel lugar, pasasen al sitio de las voces con la nueva fábrica.

El mismo superior impulso sintió nuestro venerable San Jerónimo, motivo por el que dejando lo comenzado en Los Reyes, en seguimiento de la dulce armonía, pasó la obra de la nueva iglesia, cerca de donde hoy está la capilla de la penitente Magdalena, en donde se ven vestigios de la fábrica comenzada. No cesó la suave consonancia de la música, por lo cual dejando lo obrado en la Magdalena, pasó con la obra a la cima del monte de San Miguel, a donde hoy está la iglesia y convento, y a donde se reconoció con evidencia, eran las dulces músicas. Cesaron con la obra los cantos celestiales, luego se dio principio a los de la tierra. A donde acabó la angelical armonía, dio principio la humana melodía, suplió el humano coro de Charo, las ausencias de la celestial capilla. Desapareció la triunfante música, dejando por sustituta a la militante de Charo.

A esta fundamental música con que quiso el Altísimo se fundase esta sagrada y cristiana Thebas de Charo, atribuyó una especial devoción, que todos los que entran en este templo

manifiestan, y muchos a voz en cuello la publican. Efecto puer ser de la consonancia que tuvo por cimiento este edificio.

Esta suave armonía que siente el alma y que no percibe el material oído en este templo, para mí tengo que proviene de los muchos instrumentos de celestiales bultos que en esta iglesia se veneran. Estos causan la dulzura que todos sienten; estos son las sirenas que encantan y elevan a los Ulises que llegan a este suelo. Qué más sonoro instrumento, ¿qué cítara más suave que la que venera la devoción en un divino Crucifijo que suspenso, como órgano, en el sauce de la Cruz, tirante de tres clavijas de hierro, está continuamente sonando?

No sólo es instrumento músico, pero también, dice el mismo autor, es el maestro de capilla de la música. A un tiempo mismo, es Cristo crucificado, sonoro armónico instrumento en la Cruz; y juntamente, es el músico que hace resuene en armónicas consonancias.

Denominó la cristiana devoción a este Crucifijo instrumento músico; el *Señor de la Lámpara*, renombre con que de todos, es conocido.

Notables son las experiencias que tienen de la música de este instrumento divino todos los de esta villa y muchos de los extraños.

Sólo con atenderlo con devoción, causa los efectos que sentía allá en sus enfermedades Saúl, al oír y contemplar la suave armonía del arpa de David. Sólo con que suene la voz de que sale el Señor de la Lámpara, cualesquiera esfermedades al punto se retiran. Es experimentado en repetidas ocasiones este beneficio: entre muchos que han acaecido, fue singular el del año de mil setecientos veintiocho, en que todo el reino fue una sepultura, con la epidemia del sarampión. Acometió a Charo con la fuerza que a los demás lugares de esta América. Recurrieron al monte, como Saúl, a este Señor los de esta villa; sonó

luego en las calles cítara, y a su suave armonía, al momento se retiró la enfermedad. Con tanta maravilla, que apenas se sintió la enfermedad, que despobló los lugares circunvecinos.

Si pendieran del altar de este Señor los votos de los que ha sanado, creo excedieran a los que ha suspendido en los mayores santuarios de España, la devoción agradecida. No ha habido aquí esa curiosidad, porque la multitud estorbara, y lo continuo de las maravillas no da lugar a perpetuarlos.

Cuando se quiere agua, sólo con suplicárselo, al punto se abren las puertas de los cielos, y se experimentan los diluvios de Giges y Deucalión. Quiere serenidad, pues sólo con rogárselo, se experimentan las serenidades de Egipto o del Perú; que parece son los cielos de bronce. Hasta en esto con verdad muestra ser soberano músico este crucificado Señor. De Orfeo y Anfión, creyeron que suspendían las aguas de los ríos con su música, y otras veces sacaba a fuerza de la consonancia de los profundos, los arroyos. Fábula fue de los gentiles, atribuirle a la música estos efectos. Aquí sí pueden creerse, mirando lo que obra esta crucificada armonía, cómo suspende las aguas y cómo las comunica benévolo.

Ya deseará el lector saber el origen de esta crucificada cítara de este sagrado Orfeo. A lo cual digo que se ignora. Sólo he llegado a alcanzar, haber sabido, que el primer lugar a donde lo veneró la devoción fue en el coro. Aquí lo halló nuestro venerable padre Fray Simón Salguero; y de aquí experimentando los beneficios de este Señor en la sanidad del mal de piedra, lo descendió a la iglesia, a donde le fabricó un retablo, y lo puso patente a todos para que todos lograsen beneficios que en sí había sentido. No pudo menos que advertir que la cuna y origen de este Señor, fuese en el coro, como diciéndonos desde entonces, que había de ser esta iglesia el músico instrumento, pues se había visto o había sido hallado en el solar de la música. O quizá

nuestro venerable padre San Jerónimo, lo colocó en el coro, para decir con esta mudación, que era este Señor el instrumento a cuyo compás habían de cantar los religiosos en el coro de Charo.

La materia de este crucificado instrumento; es a lo que se reconoce de cañas de maíz, fábrica que discurrió el tarasco, y que no ha imitado otra nación. Es el modo, coger la caña del maíz y sacarle el corazón, que es al modo del de la cañeja de la Europa, aunque más delicado. Este lo muelen, y de él hacen una pasta, con un engrudo que denominan tazingue, y de esta materia forman los sagrados bultos. En la gentilidad hacían los escultores, por ser liviana, de esta materia sus dioses, para que no fuesen pesadas sus deidades, y poderlos con facilidad llevar. Convirtieron a estos oficiales Licipos de aquella gentilidad nuestros venerables padres, y hechos ya mediante al bautizo Nicodemus religiosos; el antiguo oro profano de Egipto lo convirtieron en el tabernáculo del Señor. Las mismas cañas que habían sido y dado la materia para la idolatría, esas mismas son hoy materia de que se hacen los devotos crucifijos, de lo cual creo se paga tanto el Señor, de ver consagradas aquellas cañas, en imágenes suyas, que quiere obrar por ellas las mayores maravillas, en prueba de lo mucho que le agradan aquellos soberanos bultos fabricados de caña.

De la referida materia, es este Señor de la Lámpara, y en ella hallo fundamento para persuadir que es en esto instrumento músico.

A los pies de este crucificado bulto, en lo que es banco del retablo, está una estatua del patrón salamantino nuestro santo padre San Juan de Sahagún; tiene en el pecho como sumo sacerdote, en lugar del racional, un hueso y reliquia del mismo santo, preciosa alhaja que endonó liberal a esta iglesia nuestro ilustrísimo obispo de Mechoacán el maestro don Fray Francisco de Luna y Sarmiento. Templo de Elide, puede ser este de Charo;

pues en él se venera este hueso del Pelope sahuntino. Verdaderos prodigios de nuestro Dios, son los que vemos en Charo, obra del Altísimo, por medio del hueso de nuestro Facundo. Sólo con echarlo en agua y darla esta a beber, se ven maravillas. Testigo puede ser de un prodigio que vi con una persona a quien picó una ponzoñosa sabandija, que sólo con tomar de esta agua, consiguió la perfecta sanidad.

Armonía hace en la música de este templo este sagrado hueso. Tibia, es lo mismo que flauta, y llámase con esta palabra, porque hacían de los huesos y canillas de muertos. La suavidad de la música libra de las picadas ponzoñosas del Falangio. Yo he visto que este sagrado hueso ha librado de picadas ponzoñosas a los que han tomado su agua; prueba puede ser de que compone la suave dulce armonía de esta capilla. Por eso lo colocaron en el banco del retablo del divino músico Cristo Crucificado, no acaso, sí con misterio.

Inmediato a este altar está el del gloriosísimo esposo de María Santísima, el divino San José, quien tiene de su diestra mano a un gracioso Adonis o un hermoso Cupido, que roba a todos con su cariñoso semblante, los más rebeldes corazones. Es singular el modo con que vino este niño a esta iglesia de Charo. Era actual prelado el venerable padre cura y prior Fray José de Molina, en ocasión que un anciano venerable se le entró a la celda con este niño, y le dijo: Tome V.R. padre prior, este milagroso niño, aquí lo tiene, para que se lo ponga al señor San José; son muchos los prodigios que ha obrado en mi lugar, y el Señor me ha tocado en el corazón, que lo trajese a esta iglesia de Charo. Recibiolo el venerable y anciano padre Molina, púsole en el altar, y conforme refirió las maravillas el hombre que lo trajo, se comenzaron luego a experimentar.

Corona le hace al devoto bulto del santo patriarca, una pequeña partícula del sagrado leño de nuestra redención, auténtica

parte del soberano instrumento, que sonó en suaves armonías en el monte del Gólgota.

En el coro, bajo de este templo, se venera también otra Cruz de Charabaca, toda de piedra. La cual perseveró muchos años, sirviendo de corona a la curiosa portada de este templo, que se discurre fue colocada en aquella altura por las venerables y penitentes manos de nuestro venerable padre Fray Francisco de Acosta. Esta Cruz perseveró en el puesto o pináculo, hasta el año de mil setecientos veinte, y el día diez y nueve de abril, quince días antes de la inversión de la Cruz, a vista de todos los padres y muchos de la villa, tembló repetidas veces. Cesó el movimiento y juntamente la admiración. Y el año de mil setecientos veintitrés, cayó un rayo en la peña de la Cruz, que casi la desunió de la basa. Como que quería el cielo quitar de aquel lugar aquel signo, para que los hombres le diesen más culto. Así se hizo; bajola del referido pináculo al padre cura Fray José Ramírez, y bajo el coro le fabricó altar, para que allí fuese adorado y reverenciado el instrumento de nuestra Redención. Aquí persevera, formando aquel canto su armonía en esta celestial capilla de Charo.

En uno de los altares de esta celestial capilla está un sagrado iris; tal se ofrece a la vista la forma y postura de su cuerpo. Arco parece, doblado con el peso de la Cruz, un Jesús Nazareno. Es de obra maravillosa, a donde no llegaron los buriles de los Fidias ni Licipos. Muchos se confiesan beneficiados de este divino Señor. Una sogá que se llevó a México, ha obrado maravillas. Cree la devoción que muda de colores, como divino Proteo. Bien puede ser por lo dicho, pacífico iris de esta villa; pero como lo veo hecho arco, y con que suena y hace en este templo y celestial capilla, la más dulce armonía que a todos los eleva y suspende.

El altar mayor de este templo, tiene en su urna, fuera de un devoto Crucifijo de marfil, alhaja de nuestro venerable padre

maestro Basalenque, una pequeña estatua de la Concepción de María Santísima nuestra señora. Esta ocupó por primer solio, el facistol del coro; como que era la principal maestra de esta capilla, como la llamó Agustín mi gran padre. Al parecer, por los años de mil seiscientos sesenta y uno, aconteció un horrendo terremoto: tan grande y formidable, que a los vaivenes con que sacudió toda la máquina de este templo, la elevada torre que tenía la postró hacia el oriente; con cuya ruina se llevó con su peso la bóveda del coro, en que estaba la referida imagen de María Santísima; y habiéndose todo deshecho con las ruinas, hasta los más duros cantos, sola esta divina Señora no recibió entre tanta multitud de piedras, la menor lesión.

En lo cual mostró la alta Providencia el misterio de la Concepción de María Santísima. Pues así como en esta ruina a todos los deshizo o los lastimó menos al bulto de la reina soberana, así en el terremoto que padeció toda la humana naturaleza, habiendo quedado todos deshechos, con la caída de la torre de Adán, sola María Santísima nuestra señora quedó libre de aquella universal ruina; quedó en pie cuando todos cayeron. Daba testimonio de su concepción, por esto estaba en pie, resonando como cítara, sin recibir lesión del terremoto, en que cayó toda la naturaleza humana.

Estos son algunos de los devotos instrumentos que forman la suave armonía en esta celestial capilla de Charo. Otros omito no sin gran sentimiento, pues la multitud de instrumentos y de sonoras voces, son la grandeza de una grande música. Ante los tronos de las referidas imágenes, arden todos los días muchas antorchas, y se pueblan de vistosas y aromáticas flores sus altares.

Aún viven en los sepulcros de este convento los venerables citaristas, primeros Anfitriones de esta Thebas o Thebaida mechoacana. Estos son nuestros músicos sepultados Davides, aun están a nuestra vista sus sepulcros sonando dulces armonías,

como allá estaba el panteón de David. Dignos de alabanza los halla el Espíritu Santo a aquellos difuntos; porque todos ellos fueron músicos de la capilla del Señor, todos ocupados en alabarlo y enseñar a ensalzarlo a otros.

N.P. Fr. Pedro de San Jerónimo. Sea el primer corifeo de esta capilla nuestro venerable padre Fray Pedro de San Jerónimo, cuyas venerables exubias descansan por dicha de este suelo, en la sacristía de este convento, en el piso de la primer ventana de la dicha sacristía, eligió para sepulcro, como veremos en su vida. Está esta ventana al oriente, de tal modo que luego que asoma el sol, hierne con sus rayos el sepulcro de nuestro venerable padre.

N.V.P. Fr. Diego de Basalenque. En la iglesia, al lado de la epístola, está en pie, sin que la muerte haya postrado el cuerpo de nuestro venerable padre maestro Fray Diego de Basalenque.

N.V.P. Fr. Juan de Baena. También yace el más suave y dulce instrumento que ha tenido este coro, en medio de la sacristía de este convento. Este es el venerable padre Fray Juan de Baena, llamado de todos el pacífico, como se denominó Salomón. Y pudo serlo de este templo; porque él fue quien le dio la última mano, y quien lo enriqueció. Y como sagrado músico de esta capilla, llenó de tiples y ministriles el templo.

N.V.P.M. Fr. Juan Caballero. En la cabecera de la sacristía descansa el cadáver del venerable maestro nuestro padre Fray Juan Caballero, provincial quinto de esta provincia, sonoro instrumento, acorde laúd de la mayor observancia, como se verá en su observante vida, tan concertada esta, que ella sola con su acorde consonancia templada, para que lo siguiesen todos los demás músicos instrumentos. En este convento enmudeció con la muerte.

N.V.P.M. Fr. Diego Magdaleno. En la misma cabecera de la referida sacristía, le hace lado y consonancia el músico instrumento

de nuestro venerable padre maestro Fray Diego Magdaleno, observantísimo de nuestro sagrado instituto; tanto, que pudo temerse faltaran las cuerdas, por lo muy tirante en la observancia. Voces de azucenas castas, quiere Dios en su capilla; tal fue nuestro venerable Magdaleno, esta azucena, siempre resonando alabanzas al Señor, inmortal instrumento por casto.

N.V.P. Fr. Juan Vicente. Inmediato al referido padre descansa gustoso el venerable padre lector Fray Juan Vicente, fiel Acates del Eneas Basalénque, Jonatás, cuya alma vivía conglutinada con la del David Basalénque, de cuya identidad se le engendró la misma dulce armonía que tenía en su corazón y alma la cítara de Basalénque. No se oyó en nuestro venerable padre lector Fray Juan, voz que no fuese nacida del principal instrumento a cuyo compás vivió siempre templado: motivo por el que no eran dos los instrumentos que se tocaban, cuando sonaba el venerable Fray Juan; sino que acontecía, lo que se refiere de las cítaras, que tocaba la una, resuena la otra, con tal que estén en un mismo punto puestas. Así se veía, de lo cual todos se admiraban y podían no maravillarse viendo que era cítara nuestro venerable lector, encordada y templada por las diestras manos de nuestro venerable Basalénque, músico el más diestro de esta capilla charense.

N.V.P.M. Fr. Pedro Salguero. Al referido venerable padre, hace amable compañía el venerable padre maestro Fray Pedro Salguero, en la misma sacristía. Varón religiosísimo, instrumento que templó el diestro músico Basalénque. Sonora cítara que cantó de su padre los maravillosos hechos. Este venerable padre escribió la vida de su padre, nuestro venerable Basalénque, hizo resonar la cítara con el plectro o pluma, para elogiar a su padre.

N.V.P. Presentado Fr. Simón Salguero. Hermano del referido maestro, fue nuestro venerable padre presentado y provincial,

que fue Fray Simón Salguero. El cual está sepultado en la misma sacristía de este convento; nada inferior en la acorde música, a los referidos citaristas de este coro. Este venerable padre, supo unir el plectro y el pincel: con este retrataba, y con aquel su armonía elevaba. Muchas obras se ven hoy de su mano, en devotos lienzos y muchas más en los hijos que retrató su espíritu, quedaron sus memorias en lienzos muertos, mediante el pincel, y en vivos lienzos por virtud del plectro de su voz.

N.V.P. Fr. Pedro de Ontiveros. Todos los referidos pueden hacerle lugar al apóstol zacatecano, evangélico clarín de este Nuevo Mundo, nuestro venerable padre Fray Pedro de Ontiveros. Este venerable padre supo juntar lo suave de su voz con lo armónico de la oratoria; cual otro Orfeo; con la dulce consonancia de la evangélica cítara redujo infinitos distraídos al aprisco de la observancia de nuestra ley. Aún perseveran dulces memorias de este citarista evangélico. En esta sacristía yace sepultado; bien podían ponerle sobre el sepulcro como a Misenno el clarín, en testimonio de su predicación.

N.V.P. Fr. José de Molina. A los referidos acompaña en la misma sacristía el venerable padre cura Fray José de Molina, cuyos concertados ecos de observancia, todos los que hoy viven oyeron. Cuarenta años rigió la capilla de esta villa. Siempre sonaron suaves armonías en sus labios. Jamás cantó de fantasía, sino con tono humilde, y bajo, al modo que el celebrado Terpandro. Así acontecía con la suavidad y blandura que tenía en la voz este venerable padre: amansaba los más arriscados ánimos, y todos ponderaban la serenidad y dulzura de este varón.

Estas son las diez cuerdas que componen el instrumento músico de esta difunta capilla. La música tuvo por origen y principio, el seco cadáver de una tortuga. Dice Luciano, que Mercurio por las riberas del Nilo, halló una tortuga o galápago muerto, y como este se había secado, tenía en las membranitas,

que habían quedado como cuerdas. Pulsolas y sonáronle bien las cuerdas de aquel difunto instrumento; y de allí tuvo principio la cítara y lira. Cada difunto cuerpo de los referidos tengo, es un armónico instrumento, que conforme se fueren tocando en esta historia, se irán oyendo sus acordes voces. Otros muchos podían tocar el plectro de mi pluma, que yacen en esta sacristía. Por ahora quedan ahogadas sus voces o sepultadas con lo alto de las que han resonado, pero el tiempo las manifestará en lo futuro.

Siervos fieles del Señor, hijos del águila agustina, son los referidos difuntos venerables. De ciervos y de águilas, esto es, de los huesos de estos se labraran los músicos instrumentos, por las manos de los thebanos. Así he procurado hacer, como thebano, o hijo de esta mechoacana Thebaida, de los huesos de los siervos del Señor, e hijos del águila agustina: he procurado se vea la armonía de la capilla de Charo. Mi pluma, quisiera fuera tan vocinglera, como la que aplaudieron del Tritón, que se oyese en todo el mundo; o que fuera como las de los egipcios, que servían para formar dulces armónicas consonancias: *Egyptis ex calamis armoniam factitabant.*

Estos son, como digo, algunos de los muchos varones ilustres que descansan de las continuas tareas de la vida, en este santo convento; dichosísimo suelo que ha sido electo de tantos venerables padres, pisado virtuosas plantas. Mucho es que cada ladrillo no produzca fecundo una vistosa flor; como acontecía en Oreb al tacto de los pies de Moisés en las peñas de aquel. A la verdad nuestros ojos no las ven, pero creemos que nacieron y las hay; pues todos sienten una fragancia luego que pisan este pensil de virtudes. Así lo testifican los que visitan este convento, y a muchos les he oído ponderar esta maravilla. Pero como hemos visto que todos los que en este convento descansan, son músicos instrumentos de la celestial capilla, hallo en esto

razón para la fragancia; pues como sabe el erudito, los músicos del cielo, son fragantes rosas y odoríferas azucenas.

Cómo no ha de respirar fragancia de santidad este suelo, pues refiere nuestro venerable Basalenque, que parece que en cada dormitorio de este convento, se está mirando al venerable padre Fray Francisco de Acosta, infundiendo respetos esta imaginada imagen a todos los que viven en este convento. Iris se me ofrece de este cielo charense. Así esta imagen, que dice nuestro venerable Basalenque que casi se ve en Charo, es la que causa los olores que se sienten de santidad. Y a ser gentiles creyéramos que este olor que se experimenta es causado de haber pasado por este suelo derramando flores Venus, y vertiendo rosas Flora. O que quizá está en este suelo sepultada Laaconte, de cuyo sepulcro nacen suaves inciensos.

Bien puede por esta natural fragancia, juzgarse y aun tenerse esta casa de Charo, por la feliz Arabia de esta América, pues su solar exhala a los incendios del sol de la Iglesia Agustín mi padre, los más suaves con que se deleita el olfato y se alegra el alma.

Cómo no se ha de sentir esta suavidad, pues hasta hoy conserva la tradición, las celdas en donde moraban los referidos venerables padres. La del venerable padre Fray Pedro de San Jerónimo es la que es hoy prioral, que la dilató un poco nuestro padre Fray Simón Salguero, en la cual vivió y murió San Jerónimo. En ella moró nuestro venerable padre Fray Francisco de Acosta, casi treinta años. Pocos menos de veinte nuestro venerable padre Fray Juan de Baena. Y casi otros veinte el venerable padre Fray Simón Salguero. Y por fin el padre y pacífico Fray José de Molina la ocupó más de treinta años. Aún está en pie la celda del venerable padre Fray Diego de Soto, en que moró también el venerable padre Fray Diego Magdaleno, y el venerable padre Fray Marcelo de Lizarrarás. *En la cual estoy actualmente*

escribiendo esta crónica, e inmediata a esta celda está la de nuestro venerable padre maestro Fray Diego de Basalencque; en la cual por su muerte entraron a vivir en ella y a imitarlo los venerables padres Fray Juan Vicente y Fray Pedro Salguero.

Todas las paredes de estas celdas, son con verdad, como las del templo de Diana en Efeso, que respiraban suavidades al olfato los mármoles. Aún trascienden e infunden cierta veneración, a los que en ellas viven. Y a no haberlas el yeso blanqueado, quizá si se corrieran las blancas cortinas aparecerían las púrpuras con que las tiñeron los penitentes padres, que en ellas moraban; pero ya que el tiempo ha borrado esta memoria, suple el recuerdo esta falta, con la misma viveza que si se viera. Tal es la santidad que imprimieron en este convento nuestros venerables padres fundadores de esta mechoacana Thebaida, pues casi se experimenta aquí lo que se refiere de la celda del venerable San Antonio, padre de la Thehaida, que sólo entrar en su celda, hacía a los moradores santos.

Especiales gracias deben darle los presentes y futuros religiosos, a nuestro venerable padre San Jerónimo, por haber fundado un convento tan maravilloso. Un monasterio tan santo; en donde se veneran tantos sagrados bultos, como quedan referidos, y tantos respetuosos varones, como yacen sepultados. Él dio los principios felices a este santuario, y de tal modo plantó en sus moradores la fe y devoción, que hasta hoy ha perseverado, con casi la misma fuerza y ardor, el primitivo fuego que se encendió. Refiere el modo nuestro venerable Basalencque, que bien visto fue mayor que el que se admira de la primitiva iglesia de Antioquía.

Tres veces cada día se juntaban a oración todos los de la villa. La primera, a las Ave Marías, salían de sus casas e iban a las cruces y capillas de los barrios a rezar varias oraciones. La segunda, cuando tañían a Maitines, y él se levantaba al coro; todos

desde sus casas le acompañaban a este maestro de capilla a cantar el *Te Deum Laudamus*, puesto en su idioma, en el mismo tono que nosotros lo articulamos. La tercera, era a la mañana, en que todo el pueblo venía a la iglesia, rezaban en común y oían la misa; la cual finalizada, los grandes se retiraban al trabajo y los niños y niñas se quedaban en el cementerio a deprender la doctrina, juntamente con los himnos y letanías, así mayores como de Loreto, con algunos salmos. Todo lo cual hasta hoy persevera lo más, sin que el tiempo haya mitigado el fervor de esta capilla, séptimo convento de esta provincia.

A la mañana se dividen en dos coros los sacristanes y cantores. Los primeros hacen coro en la sacristía, vestidos de unas opas blancas, salpicadas de encarnadas rosas; y así hincados, cantan varias oraciones, en dulces tonos, puestos en su lengua. Los cantores en su coro, entonan el *Te Deum Laudamus*, a punto de órgano; y acabado, cantan en canto llano las horas de nuestra Señora unos días, y otros las del oficio mayor. Está la capilla dividida en dos capitanes, para distribución y alivio de todos. Son excelentes músicos, y muchas veces ha ido la capilla de Charo a Valladolid; y la catedral de dicha ciudad, ha cogido de ella para músicos, y han lucido mucho los indios cantores: admirando a todos la destreza.

No hay puntualidad mayor en todo este Nuevo Mundo aunque entren nuestras doctrinas, como la que se observa en esta villa, en la enseñanza de nuestra fe a los niños y niñas. A todos admira lo que saben de oraciones, así recitadas como compuestas por orden de tonos. De las rezadas hay muchos que las saben todas; de las cantadas, tienen muchas en su idioma y algunas en el castellano; con no pocas en el latín; las cuales cantan las niñas y niños, con la perfección que pudieran nuestros ladinos europeos. Saben los himnos de las principales fiestas del año, así de Cristo vida nuestra, como de María Santísima nuestra

Señora; los de nuestro padre San Agustín y San Nicolás de Tolentino. Todos estos los cantan con los mismos tonos que usa la iglesia, y es cosa de deleite oír a las inditas, cuando elevan la hostia, cantar con notable dulzura el *Pange Lingua*.

Saben las letanías mayores y menores de memoria, con sus preces y oraciones. El Miserere lo cantan a punto de órgano. Y también cantan los responsos, con el mismo concierto que pudieran los músicos muy diestros. Todo esto admiró y ponderó el ilustrísimo señor maestro don Fray Marcos Ramírez del Prado, obispo de Mechoacán, quien lo escribió por cosa singular al rey nuestro señor y al consejo. El que hubiere con atención leído todo lo dicho de esta villa, habrá reconocido la propiedad con que la he denominado angelical capilla; pues todo es en ella cantos y melodías. Sin duda que no fue acaso denominarla con el título de San Miguel, porque como este soberano arcángel es el maestro de capilla de la celestial Jerusalén, como lo afirmó Pantaleón, quisieron también nuestros padres primitivos fuese el patrón este soberano espíritu de la villa de Charo, a donde habían de resonar tantos recionales acordes instrumentos en alabanzas del Señor.

Toda esta armonía plantó en esta villa, como visto queda, el venerable padre San Jerónimo; y la misma consonancia de voces quiso que observase el hospital de Charo, con otros muchos ejercicios que introdujeron su celo, y hoy mantiene la devoción fervorosa. Puso observantes reglas, como allá en Belén el gran Jerónimo a las monjas, de quienes era prelada Santa Paula; acá nuestro San Jerónimo a las indias de Charo, moradoras del hospital; cuya observancia religiosa, más parece una monacal cartuja que una casa de caridad y devoción. Todos y todas las que entran a servir en este Senodochio, el día que se asientan, eligen un padrino, y este los lleva al hospital, a los cuales acompaña un cantor que después de decir con ellos el Credo y

otras oraciones ante el bulto de una milagrosa imagen de la Concepción de María Santísima, les asienta su nombre, para que sean conocidos por hijos de María Santísima nuestra Señora.

Todos los viernes del año, tienen disciplina; y en la cuaresma los lunes, miércoles y viernes. De estos ejercicios, es el prelado un indio anciano y devoto; al cual llaman *prioste*. El cual tiene para suplir sus enfermedades y ausencias uno, como superior; a quien denominan los tarascos *quengue*. Tiene un procurador, que es el mayordomo, quien cuida del sustento y bienes del hospital. Eligen un fiscal, que cele las cosas y que castigue las menos perfectas acciones de aquellos sirvientes. Todos estos a distintas horas del día y de la noche, al son de la campana se juntan en el coro de la iglesia a rezar y alabar el Señor. Y son tan continuas estas devotas distribuciones, que discurro no hay semejantes Azemetas en los muy recoletos monasterios de nuestra Europa. Para cualquier obra que hagan en el hospital, el modo de congregarse e ir, es con cánticos dulces de María Santísima nuestra señora. Para llevar de comer a los peones es lo mismo. Para las siembras y cosechas observan el mismo estilo. Viéndose aquí los cánticos que refiere Ateneo Imales de los esclavos; Elinos los de las mujeres, que tejen; Litursas los de los segadores, y Bucolaismos, los de los vaqueros. Pues en todos estos oficios, cuando los ejercitan en obsequio y servicio de María Santísima, es cantando en varias tonadas, oraciones gratulatorias a la Señora y Madre de Misericordias.

Casi el mismo estilo del hospital se observa en las capillas y oratorios de la villa; que por todas cuenta nueve o diez, fuera de la iglesia principal y del hospital, con las cuales se acaba el misterio número duodenario; en que cada iglesia de estas, es una perla o es una puerta de la Jerusalén triunfante, retratada en la militante. Entre estas capillas, hay una llamada de la Santa Cruz, por estar en ella este soberano signo. La cual es de piedra,

y es asentado haber temblado por repetidas ocasiones. En todos estos oratorios a la mañana y tarde se juntan los vecinos inmediatos a rezar y cantar varias oraciones. Hase quitado el que concurren de noche, porque la malicia parece que viciaba estos ejercicios nocturnos, y así los vigilantes los han suspendido.

Por no hacer sumamente dilatado este capítulo, no refiero otras muchas devociones que tienen los naturales de esta villa; en que exceden a los tarascos y mexicanos; siendo así que naturalmente, son menos devotos que los referidos; pero como tuvieron un tan excelente cura por primer ministro, a la eficacia y santidad de este padre, se atribuye la devoción de estos pirindas. Este ministro, que como visto queda fue nuestro venerable padre San Jerónimo, los administró casi veinte años continuados. En el cual tiempo, fuera de haber plantado, como hemos visto, con tanto celo la fe, después de haber hecho la excelente saca de agua para beneficio de la villa, levantó la iglesia hasta las ventanas, hizo el claustro, y en las paredes de él, en lo que mandó pintar manifestó su ánimo; pues sólo puso los mayores martirios con que los tiranos mortificaron a los varones de nuestra religión. A lo cual añadió en todo un lienzo de un claustro, una montaña a la moda de las sierras de Tagaste. Y con grande semejanza a las Egipto en la Thebaida, como diciendo lo que pensaba y guardaba su corazón, martirios y soledades.

Fabricó de bóveda una gran sacristía, nido en que descansan sus cenizas, para renacer, como las de Fénix, el día de la universal resurrección. A esto añadió el refectorio, portería, antecoro, con más seis celdas, y un dormitorio, todo bajo, estrecho y humilde; a la moda del antiguo convento de Tiripitío. Todo lo cual aún persevera, como si se acabara de hacer, siendo así que cuenta casi doscientos años; que parece que le comunicó este venerable padre a todo lo que obró perpetuidad, o

que quizá roció sus paredes con aguas de la Estigia laguna, para que de ningún modo pudiese la polilla penetrar esta fábrica.

Por la muerte del venerable San Jerónimo, entró por segundo ministro el venerable y penitente padre Fray Francisco de Acosta, con el celo de un Elías, prosiguió las obras del venerable antecesor, dio casi fin a la iglesia y otras oficinas del convento. Echó en la sacristía el ornamento más rico que por aquellos tiempos, y aun por estos, ha visto este Nuevo Mundo. No sólo conservó los ejercicios de nuestro San Jerónimo, pero añadió su fervoroso celo otros muchos, que conserva la devoción. Falleció en nuestro convento de Valladolid el año de mil seiscientos seis, sintiendo este convento aun hasta hoy el no guardar en su erario el rico tesoro que tuvo por más de treinta años que vivió en este convento. Pero si nos quedamos sin su cuerpo, no por eso nos dejó destituidos; porque quiso quedasen en la librería de este convento sus escritos, encuadrado cuerpo de su grande espíritu; tales son las obras que escribió y que hoy no sin dulce ternura leen los presentes.

A este venerable padre Acosta siguió en el apostólico ministro por más de cuarenta años, el pacífico padre, Salomón de este templo, el venerable Fray Juan de Baena. Este humildísimo padre dio fin al hermoso cañón de la iglesia, menos a la gran capilla Mayor, que es toda de clavería, que esta finalizó el venerable padre Fray Lucas de León, el año de mil seiscientos veintinueve. En tiempo del pacífico Baena, se llenó de plata y ornamentos la iglesia y sacristía. Como así mismo compró tierras en que impuso fincas, con lo que hoy se mantiene el monasterio. Diose fin al convento alto por las manos de nuestro venerable padre Fray Diego de Soto, y con la solicitud del venerable Baena, en todo como otro Eliseo, siguió al Elías Acosta, en el punto de la doctrina, en que fue exactísimo. Falleció en el Señor, el año de mil seiscientos y tres, para él dichoso y para nosotros desgraciado,

pues perdimos un varón primitivo, en quien resplandecían los vivos de la santidad de nuestros venerables fundadores.

El cuarto ministro, que por su dicha y felicidad, alcanzaron los naturales de esta villa, fue nuestro venerable padre maestro Fray Diego de Basalenque. El cuarto lugar le dio la provincia, en prueba de que fue el sol que alumbró desde la cuarta esfera a esta multitud de charenses estrellas, que aún estaban casi como estrellas en medio de las oscuras nubes de la ignorancia y con sus rayos retiró los nublados, haciendo arte, vocabulario y manual para administrar a estos indios en su idioma matlaltzingo. Quedando con su doctrina claro, como el día, sin el confuso caos.

El quinto ministro que entró a administrar en esta lengua fue un discípulo de nuestro venerable Basalenque, hijo verdadero de su espíritu. Este fue nuestro venerable padre presentado y provincial, que fue Fray Simón de Salguero. A este virtuoso religioso le entregó el ministerio nuestro venerable maestro, en los fines de su vida, como allá Hércules en el Monte Ceta a su querido Filotetes, las saetas con que había de ser vencida Troya. Recibió nuestro venerable Filotetes Salguero las saetas, esto es, los consejos y palabras de nuestro venerable Hércules Basalenque, las cuales guardó y con ellas acabó de destruir, como veremos en su vida, la gentil Troya charense.

Fue este venerable padre un verdadero Simón, hijo del Onías Basalenque. Mostrolo en que amplificó y engrandeció el templo de Charo. Hizo el retablo mayor, doró la iglesia, fabricó otros retablos, como fueron el de nuestro Señor Crucificado de la Misericordia, el de la Concepción de María Santísima nuestra Señora, el de San Nicolás de Tolentino, y el del Santo Cristo de la Lámpara. En el convento puso muchos y devotos lienzos. Dejonos retratados en el refectorio a nuestros siete primitivos padres y a nuestro venerable Fray Juan Bautista, con otros venerables varones. Llenó de ornamentos y plata la sacristía, y

por fin dejó el convento e iglesia; tal, que se le puede decir con verdad lo que de otro templo se cantó:

*Est nihil in templo paene, sed sola voluptas;
Nil nissi deliciae, nil nisi divitae.*

Hasta hoy se experimenta este aseo, sin que el tiempo haya envejecido lo mucho que en este templo puso de adornos.

Fue el primer cura sobre cuyas sienes puso la obediencia el bonete, digno por su virtud y letras de mayores ínfulas.

Sintió este convento la eficacia de este Simón, y este templo de Charo, vio lo mucho que tenía en este hijo de Onías. Pues habiéndole acontecido en su tiempo el fatal terremoto que le derribó las bóvedas del coro y torres y juntamente le lastimó la iglesia, en breves días reedificó, con más primor, lo que había destruido el terremoto. Procuró dorar la iglesia toda, para cuyo efecto sembró en una hacienda del convento una tabla de trigo; y fue tan abundante, que con lo que produjo, hubo suficiente para dorar todo el templo. Motivo por el que se le puso a la tabla el nombre de tabla de oro, que hasta hoy conserva. Dichosa tierra, que el haberle tributado al Señor sus frutos, fue la razón de tener tan ilustre nombre.

Finó sus días en este cielo de oro de Charo el referido venerable padre Fray Simón. Y años antes que muriera, quiso como otro sumo sacerdote Aarón, desnudarse de la dignidad de cura, y que a su vista se vistiése, como allá Eleázaro, el venerable padre Fray José de Molina, segundo cura colado de esta villa. Luego se experimentó lo acertado de la elección en el venerable Molina; pues al momento se experimentó su virtud. Gobernó la doctrina en gran paz cuarenta años. Y lleno de años y virtudes, después de haber hecho muchas obras en la iglesia y convento, acabó en el Señor. En el tiempo que fue cura el referido Molina

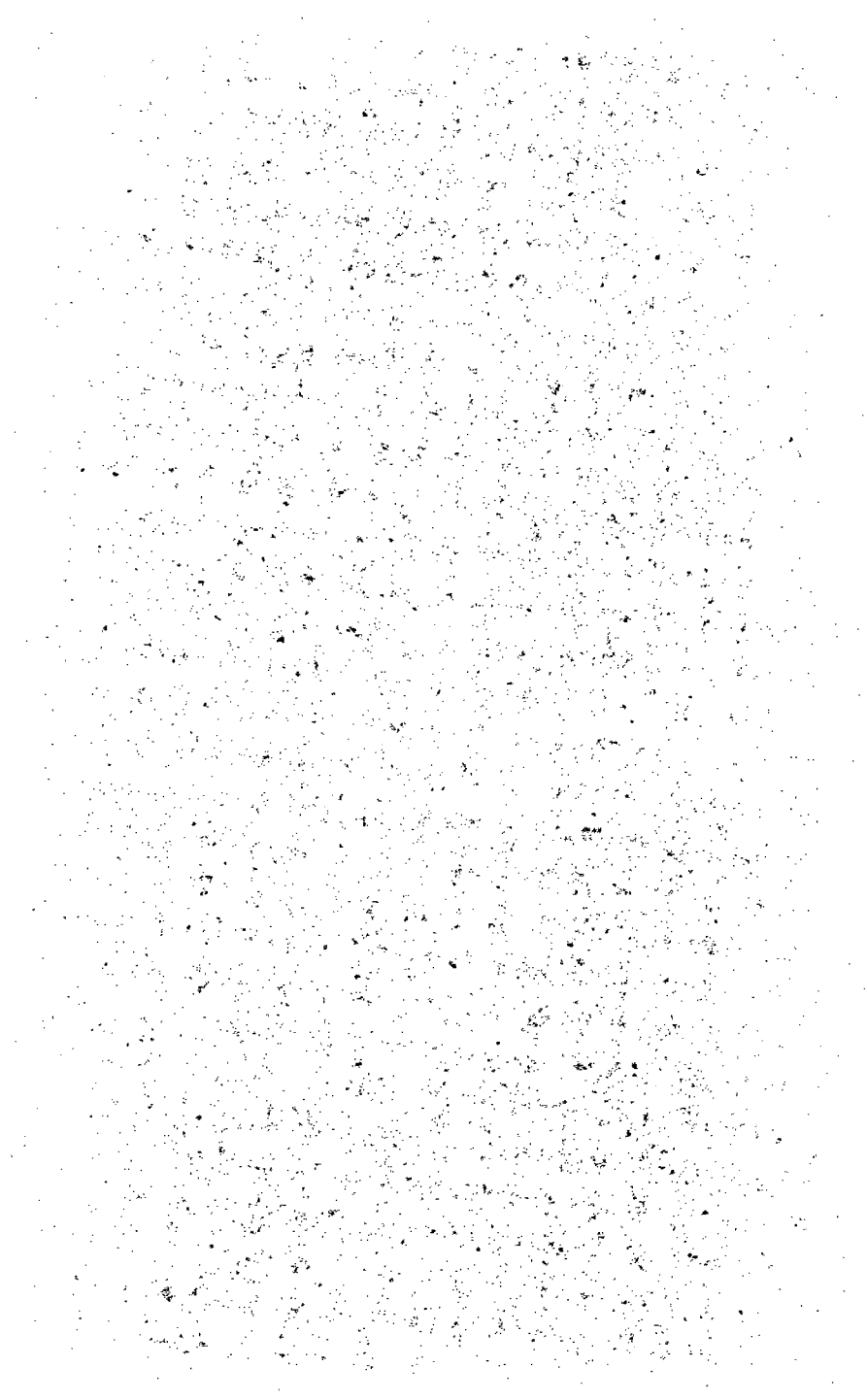
fue repetidas veces prior el padre Fray Matías de Palacios. De cuyo afecto vive agradecido este convento, a las muchas y grandes obras que en él ha hecho. A su eficacia se debe el primer cuerpo de la torre que derribó el temblor referido, el día de los apóstoles San Felipe y Santiago. Obra que había erigido nuestro venerable padre Fray Juan de Baena. Muchos años estuvieron en el suelo las campanas, hasta que el referido levantó de sillería el primer cuerpo, para que las campanas, con lenguas de metal perdurable, publiquen de su bienhechor Palacios el beneficio. Aún vive este padre, por esto no me exployo más en sus merecidos elogios.

A breves días de la muerte del venerable Molina, entró por tercer cura colado de esta villa, el venerable padre Fray Marcelo de Lizarrarás, verdadero Elías en el celo de la ley. Toleró, constante como Elías, algunas persecuciones de los malos, como Acab. Y no le faltaron como a Elías, Gezabeles. Tales fueron las indias, que lo persiguieron. Pero el Señor, como obraba por la mayor observancia de la ley, lo sacó y defendió como a Elías, quizá para llevárselo a descansar al paraíso. Bien se puede creer de su virtud, que fue muy notoria en la provincia; y quiso el Señor dar prueba de ella en el sepulcro; pues abriendo la sepultura, se halló entero e incorrupto su puro y casto cuerpo. En lo de adelante, diré más de este venerable ministro de la villa de Charo.

Por muerte del referido padre, entró de cura colado, cuarto ministro de esta villa, el padre Fray José Ramírez, que hoy vive. De quien se espera imite a los antecedentes párrocos venerables, que feliz y dichosa ha tenido esta doctrina; digna por lo dicho, de ser de todos atendida y venerada; pues como queda visto, en ella se ven los más prodigiosos y milagrosos santos. En ella se hallan sepultados tantos y tan esclarecidos varones, motivos todos para que se veneren tan santas paredes, y se pise con respeto y miedo tan venerable suelo.

Capítulo LV

**Refiérense maravillas y ejemplares
acaecidos en este convento y villa
de San Miguel de Charo**



Siendo tan dilatado el antecedente capítulo, me pareció acertado hacer la presente división, en que referir algunos casos ejemplares, que han acontecido en esta villa de Charo. Los cuales de manera alguna minoran del lugar la grandeza referida. Pues, porque haya habido en los cielos un Luzbel y en el paraíso una serpiente, ni el cielo deja de ser supremo asiento del Señor, ni el paraíso pierde la estimación que le dio el Supremo Hacedor. Es casi preciso haya escándalos, dice Cristo vida nuestra. Los cuales sirven, considerados, de escarmiento a los presentes y de ejemplares a los futuros. Motivo que movió a nuestro doctísimo cronista el maestro Fray Antonio de la Calancha, para ingerir en su inimitable historia de nuestra provincia del Perú, varios sucesos ejemplares, con el fin, como él dice, que sirviesen de temor a los presentes, leyendo los eventos acaecidos en aquel siglo. Lo mismo prometió nuestro venerable padre maestro Basalencue, en el último capítulo de la crónica manuscrita de la provincia. Es verdad que se quedó sólo comenzado en el título, y no la perfeccionó porque aún vivían algunos sujetos a quienes podía seguirles descrédito. Hoy cesa este inconveniente, y más cuando sólo referiré de modo los casos, que sólo leerán lo que puede aprovecharse para el escarmiento; quedando sepultado en el olvido y río del Leteo todo lo que puede ser denigración de las famas, para lo cual

nos dio Cristo excelente ejemplo, es no haber querido revelar a el plaguario, que dentro de breves horas había de entregarlo.

Supuesto lo dicho, hallo haber sido más que acaso, el que siempre que esta provincia ha dispuesto escribir crónicas, haya sido el faro de los mechoacanos escritores el convento de Charo. La primera que se dio a la estampa fue la que escribió el maestro Fray Juan González de la Puente, el año de mil seiscientos veinticuatro. La cual comenzó en este convento de Charo, fue a finalizar a la ciudad de Pátzcuaro, en donde le quitó la Parca de las manos la pluma. La segunda crónica escribió nuestro venerable padre maestro Fray Diego de Basalencque en este convento de Charo. En el cual empezó y terminó el año de mil seiscientos cuarenta y uno. En la librería se guarda la original, en un tomo. Y la iglesia de este convento conserva, como libro, su cadáver, en un nicho, como estante, sin que el tiempo lo haya desencuadernado. El tercer cronista fue el anciano padre Fray Jacinto de Avilés. Escribió la crónica de esta provincia, desde el año de mil seiscientos cuarenta y seis, en que la finalizó nuestro venerable Basalencque, y llegó hasta el año de mil setecientos nueve, en que lleno de años finó en Charo; sin ver en los moldes lo que había escrito. El cuarto cronista de esta provincia he sido yo, electo en tal, el *año de mil setecientos veintinueve*, en el capítulo intermedio, que el maestro Fray Juan González. Español canario como actual provincial. *Dile principio a la crónica en este convento, a donde me hallaba de morador, y en donde estoy al presente que escribo estos renglones.* Espero en el Señor me ha de conceder su majestad vida, pues a los tres antecedentes escritos, les dio tiempo para finalizar sus obras. Y siendo yo el cuarto, puedo decir que así como el Señor les concedió a las cuatro ruedas vida, para que llevasen la gloria del Señor, habiéndoles dado tiempo a las otras tres ruedas, que se le ha de conceder a la cuarta, para que todo el

mundo vea el carro de la gloria de Dios, de esta mechoacana Thebaida.

Sin duda alguna que mueven a escribir y a estudiar las paredes de este santo convento. Estantes llenos hay en la librería de manuscritos de religiosos que han morado aquí. Y de otros, que mandaron a los cuadernos sus estudios; pudiera hacer un dilatado catálogo. Raro libro no se hallará margenado del padre lector Fray Diego Rodríguez. Muchos del maestro Fray Nicolás de Posadas. No pocos del maestro Fray Nicolás de Guerrero. Y de otros casi infinitos, en que se conoce que se les infunde en entrando en este convento una propensión notable al estudio. Sin duda que a conocer los poetas gentiles, creyeran que aquí estaban las fuentes de Hipócrene y Aganipe. Cuyas aguas infundían a los que las bebían, notables deseos de las letras. Fábula fue lo dicho: empero hay ejemplar verdadero de este prodigio. Muy parecido es a Ramata este convento de Charo. Porque así como Ramata era de la tribu de Benjamín, que era la que estaba en medio, que como visto queda, es lo mismo que pirindas; y así como Ramata estaba fundada sobre montes, por eso llamaba excelsa; así Charo, tiene por fundamento elevadas montañas.

Y por fin, así como Ramata, era a donde estaba el coro de la música de los profetas, así Charo, como queda visto, es todo él una armoniosa capilla. Lo mismo es entrar en este Ramata indiano de Chato, que sentir los que aquí moran el espíritu profético que experimentaban en Ramata, hasta los que eran como Saúl. No será mucho que el que es, como yo Saúl, profetice en este convento santo, mediante lo santificado que se hallan estas paredes, a las cuales les han comunicado los venerables varones que aquí han morado, esta virtud. He puesto lo dicho en este capítulo de las maravillas y ejemplares de esta villa, en prueba de que es milagro el que mi ignorancia

haya escrito y profetizado en esta crónica de la mechoacana Thebaida.

Y dando principio al título del capítulo, noticia que el primer capítulo intermedio que celebró esta santa provincia de Mechoacán, luego que se apartó de la del Nombre de Jesús, fue en este convento de Charo. Presidiolo el venerable y devoto padre provincial actual Fray Pedro de Vera, el año de mil seiscientos cuatro. En él se asentaron las mayores observantes leyes de nuestro instituto. Aquí se vieron Licurgos, Solones y Papirios cristianos, a establecer los estatutos que siempre habían de guardar los religiosos; sobre los cuales fundamentos ha descansado en la mayor estrechez de nuestro estado la provincia. Admirando su observancia a todo este Nuevo Mundo; y mucho más a la dilatada aureliana familia; pues cuando otras provincias descaecen del primitivo fervor, pensión de todo lo humano, esta de Mechoacán, parece que renace cada día, como Fénix en la observancia.

Sin duda que, conociendo la virtud de este convento, quiso celebrar su capítulo intermedio nuestro venerable padre maestro Fray Cristóbal Plancarte, el año de mil seiscientos noventa y siete. Fue un prelado celosísimo, tanto, que a ser pitagórico, creyeran muchos, era Elías, el que mandaba en la persona y forma del maestro Plancarte. Celo están brotando las leyes o mandatos, que en este intermedio se establecieron, para la mayor observancia. Muchas perseveran hoy, sin que viva este Licurgo mechoacano, porque de tal suerte las estableció en la provincia, que quedaron hasta nuestros días, firmes y perdurables. Él era el primero en la observancia de lo que ordenaba, y creo que hubiera hecho lo que Zeleuco en la observancia de sus leyes, si en sus días se hubieran quebrantado sus estatutos.

Viendo la provincia que era este convento el sagrado monte Sión de este Nuevo Mundo, de donde salían las más acertadas leyes; en ocasión que la discordia había arrojado en la mesa de

la provincia la fatal manzana de oro, para inquietar las conformes voluntades, dispuso hacer capítulo pleno en el año de mil seiscientos noventa y siete. Como se pensó, se puso por obra y salió electo en provincial nuestro padre maestro Fray Nicolás Ruiz. Naufragaban las mechoacanas naves, a los porfiados soplos del Eolo. Porque muerto el piloto Palinuro, en la borrasca, casi esperaban todos la última fatalidad en la tempestad, y discurrieron prudentes elegir puerto a Charo, para en él abrigarse de la tempestad. Acertaron la elección, porque la confirmó nuestro reverendísimo padre maestro general. Y este fue el principio, como adelante se verá, de la bonanza que hoy logra la provincia.

Como con la referida elección conocieron ya alguna serenidad, el siguiente capítulo celebraron en el mismo convento de Charo, el año para la provincia felicísimo, de mil setecientos, en que salió electo el Numa mechoacano, nuestro venerable padre lector Fray Felipe de Figueroa. Con su elección comenzó el siglo de setecientos. Acabose el de seiscientos, con los quebrantos que hasta hoy siente y sentirá la provincia. Comenzó en este provincial Figueroa, el siglo de oro, que tanto celebraron los antiguos. No se vio más señal de guerra, ni asomo de disturbio. Cerrose el templo de Marte, y quedó hasta hoy patente el alegre de la paz. Puede ser llamado el Numa mechoacano, por haber cerrado las puertas en su tiempo al templo de Jano. O puede ser nuestro venerable Figueroa el Vespaciano indiano, que en el monte Palatino de esta provincia, erigió de su propio caudal el más famoso templo pacífico que ha visto esta provincia; pudo a haber acuñado monedas, grabar, como Augusto en el metal, el epígrafe: *Pace Agusti perpetua*. Y si a mí se me permitiera levantarle estatua a este padre de la paz, le grababa el ramo de la oliva; y por letra el verso de Virgilio:

Paciferae que manu ramum praetendit Olivae (Virg. 8. *Eneid.*).

Para perpetuar la paz, este pacífico Salomón estableció santísimos preceptos, que hoy, como si fueran leyes del decálogo, se observan; siendo el común dicho: así lo mandó nuestro padre Figueroa. Al tiempo determinado en este mismo convento, su Capítulo intermedio, en el cual se acabó de asentar del todo, la deseada paz. Gloria grande para este convento. Digno de nominarse, ya que no con el nombre de Charo, sí con el de Jerusalén; que es visión de paz. Y mayor por haber dado a la provincia por prelado superior, a un Figueroa, a cuya virtud y letras admiraron el uno y el otro mundo; y a haber más, a todos fuera espanto el gran talento de este venerable padre. Charo logró la dicha de criarlo prelado, y felicidad de lograrlo morador todo el tiempo de su acertado gobierno. Y a no estar este convento en el camino, hubiera también logrado sus venerables reliquias, como varias veces se lo oí decir.

No sólo las pacíficas olivas han sido las que este convento ha producido para bien de la provincia; que también ha criado frondosísimos laureles, árboles de Apolo; para de sus ramas tejer con las de oliva de Minerva guirnalda con que coronar doctas sienes de los hijos de la provincia. En este convento se coronó la venerable cabeza de nuestro padre maestro Fray Cristóbal Plantarte. En él se adornaron las sienes sapientísimas del maestro Fray Nicolás de Posadas. Y las del maestro Fray Manuel de Cordero; y otras muchas que omito, y sólo por singulares refiero las dichas. Para que se vea que a un tiempo mismo en este suelo feraz de pacíficas olivas y de sabios laureles, árboles muy propios del campo laurentino, de donde tomó nombre nuestra aureliana docta familia.

Vistas ya las maravillas acaecidas en este convento de Charo, es tiempo lea el lector los casos ejemplares en él acaecidos. El tiempo que el pacífico Figueroa estaba dando orden al sosiego y paz deseada de la provincia, tenía a un religioso en este

convento, en custodia, por hallar ser necesario este remedio, para curar los achaques. El religioso recluso juzgaba, era la pasión la que lo detenía retirado del convento; y no la prudencia madura de los superiores. Engañado con este dictamen, intentó quebrantar la clausura; y una noche que le favorecían a su parecer las tinieblas, dispuso su salida. Pero lo mismo fue poner en el umbral de su corredor los pies, que despeñarse al profundo con la caída las basas del cuerpo; forzóle el dolor a prorrumpir en tristes ayes que, oídos de los religiosos, acudieron presurosos, lleváronlo a curar con notable caridad; quien certificó haber sentido un impulso extraño, que lo había precipitado. En pena de su arrojó, sobrevivió algunos años, como otro Pablo desengañado, sólo procurando libertades para su alma; sin solicitar ya las del cuerpo. Suceso ejemplar que puede ser espejo a los presentes y escarmiento a los futuros. Claro está había de sentir impulso extraño; pues quería salir del convento, que sólo producía paz, a quizá alterar con sus quejas la paz que se empezaba a gustar en la provincia.

Puede servir de caso elemental para la vigilancia que debemos tener en la vida, el caso que le aconteció a nuestro venerable padre Fray Simón Salguero, cura que fue de esta villa, presentado y padre de esta provincia.

Pedíale al Señor de continuo en sus oraciones una muerte, en que el demonio no tuviese tiempo para molestarle con sus porfiadas tentaciones. Oyó sin duda humilde y tímida petición: y estando una tarde rezando con otro religioso muy virtuoso, llamado Fray Bernardino de Castilla, despidió el cañón de una nube un rayo, que penetrándole por el oído, quedó como otro Simón Estilita, muerto a la violencia del inopinado tiro. Créese de su virtud que no lo halló desprevenido el acaso fatal, pues ocho días antes había prevenido la cera y ataúd para su entierro. Siempre vivió vigilante, como prudente virgen, y así logró,

como se cree piadosamente, que entró con el esposo, a los soberanos Himeneos, dejándonos ejemplo en su vida y en su inopinada muerte.

A este venerable padre cura y presentado refiere el anciano Avilés, y yo lo he sabido de indios muy viejos de esta villa, que le aconteció un acaso prodigioso. Algunos indios advenedizos que había en esta villa, en días determinados se retiraban a un monte, que se puede llamar de la ofensión, porque en él, al modo de hebreo o gentil, tenía un Luco o Guaca, al cual hacía sombra una copada encina, semejante a las de la selva Dodo-nea, por los oráculos y respuestas que desde el tronco les daba el demonio. A este infernal Delos, como a sagrado Trípode, concurrían algunas pitonisas a consultar a este infernal Apolo. Supieron los indios de esta villa del oráculo y dieron noticias al celoso Osías Salguero, quien con la noticia fue al monte referido de la ofensión, a donde halló el árbol de los oráculos y tres piedras altas, que como del dios Término, estaban en forma de estatuas, decretó decir misa en el puesto y acabado que fue el incruento sacrificio, conjuró el lugar y llegando a exorcizar el árbol, comenzó a crujir y a sacudir, en forma de temblor las ramas; como mostrando el demonio su sentimiento. Prosiguió el ministro, y finalizados los conjuros, con estrépito se retiró el demonio. Consumió el venerable ministro las piedras y echó como otro Osías, las cenizas en los arroyos. El árbol, al momento se secó y el padre bautizó el monte con el nombre del apóstol San Felipe. De todos lo cual quedaron los indios admirados y confirmados en la verdad y santidad del ministro.

No es menos maravilloso otro ejemplo, que acaeció en esta villa, el cual he sabido de verídicos originales. Un mal hombre, aun de este nombre indigno, de tierras extrañas, desde sus tiernos años tuvo especial amistad con su mayor enemigo el demonio. Valíase de él Satanás para perpetrar las mayores maldades,

como instrumento apto para sus malditas obras. Un día le previno que habían de pasar a la Villa de Charo, para robar el copón precioso, en que se guarda el pan de los cielos. Admitió la propuesta, como obra ya por él hecha en otras iglesias de esta América. Llegó la ocasión y llevándolo el demonio hasta a las puertas de la iglesia de esta villa, se les franqueó el agresor sacrílego, diciéndole entrase y abriese con el puñal la puerta del sagrario, que él se quedaba afuera para esperarlo. A lo cual el infame ministro de Satanás le replicó; pues ¿cómo no me acompañas, al modo que en otras iglesias lo has hecho? A que respondió Luzbel; has de saber que en esta iglesia tengo un gran enemigo, con quien jamás he corrido; es notable el fastidio que recibo de su visita: motivo por el que no te acompaño. Admitió el sacrílego la fuerza de Lucifer. Entró a la iglesia dejando al demonio a la puerta del prodiciatorio, sintió mucha mayor fuerza que le impedía la bárbara acción. Recobrose por un buen rato y repitió el hecho. Volvió a sentir que le estorbaba su maldad el brazo de un religioso, cuya mano conoció en el modo de la manga. Temió y retiróse; pero instado del demonio volvió por tercera vez al infame hecho y al ejecutar la acción, sintió en el eco de su pésimo pecho, la voz más formidable que sus oídos habían percibido. De lo cual sumamente espantado, salió del templo en cuya puerta encontró al demonio, quien para consolarle, le dijo: Yo bien alcancé que no habías de poder conseguir el fin. Vamos a otra parte, que aquí no es posible, porque de verdad te digo que en esta iglesia tengo un formidable enemigo, que siempre suspende con su gran poder mis intentos. Fueron el demonio y el referido lego a otro inmediato pueblo, en el cual sin dificultad cometieron el insulto, que quisieron obrar en Charo. Todo lo cual en artículo de muerte, refirió el agresor.

Caso maravilloso, sobre el cual pueden formarse grandes discursos del privilegio de este templo, y puede discurrirse quién

sea el que defiende el sagrario de esta iglesia. Yo para mí tengo que el querubín a quien Dios tiene encomendada la guarda de su propiciatorio, es nuestro venerable padre maestro Basalencque, cuyo incorrupto cadáver parece que muestra o da señas de haber sido el defensor. Cuando lo colocó la piedad cristiana en el lugar de la epístola, se puso mirando al oriente y al cabo de muchos años que se abrió el nicho, se halló que tenía el rostro y el cuerpo mirando al sagrario. Acción que publica y de que infiere puede haber sido nuestro venerable Basalencque el religioso que le quitó el impulso al agresor.

Si no es que fue nuestro venerable padre Fray Pedro de San Jerónimo fundador de esta iglesia. Pues así como contra la iglesia de Pedro, prometió Cristo, jamás prevalecerían las infernales puertas del abismo. Así contra la iglesia que fundó en este Nuevo Mundo, el nuevo apostol Pedro, quiso el Señor no tuviese fuerza el diabólico poder. A que se añade el nombre de Jerónimo, devotísimo de nuestro venerable padre, santo especial abogado contra el demonio. Pues qué sabemos si el Señor en este caso quiso mostrar la virtud de este su siervo, de este fundador venerable, de esta su Iglesia; impidiendo al demonio para que el sacrílego agresor no cometiese semejante maldad, en un templo que fundado había su siervo Fray Pedro de San Jerónimo.

Otro caso en esta iglesia, en que se prueba lo grato que le es al Señor este templo de Charo. Contómelo varias veces un indio muy racional, a quien había criado nuestro venerable padre maestro Basalencque, el cual se llamaba don Cristóbal Salguero: dijo haber conocido a un hombre, que vino a este convento de remotas tierras; el cual preguntado por el indio, qué motivos había tenido para venir de tan lejos, al cabo de repetidas preguntas hubo de referirle el siguiente caso: Yo, díjole, soy de tal lugar; mi vida fue siempre estragada en vicios.

Una noche de las muchas que hacía capa para mis maldades, me acometió el demonio, en forma de un rabioso perro, con tanto ímpetu, que al primer amago me vi deshecho en sus dientes. Invoqué en esta aflicción a la madre de las misericordias María Santísima, la cual como piadosa señora, con la fe que la llamé, vino a socorrerme, me pareció que salía acompañada de ángeles, de un templo a cuya vista huyó el demonio al punto. Reprendiome amorosa lo distraído de mi vida, y mandome buscarse un templo en Mechoacán, semejante a aquel de que salía; y que en él me confesase. Con lo cual se desapareció María Santísima; obedecí el precepto, y habiendo visitado casi todas las iglesias de este obispado, no había podido encontrar el templo parecido al que vi, hasta que he llegado a esta villa.

Llevolo el indio con la relación hecha del venerable padre Fray José de Molina, a quien comunicó lo sucedido. Confesose con dicho padre, y dentro de breves días se retiró a un santuario, en donde finalizó sus días. Sin duda, de los dos casos referidos, se conoce lo agradable que es al Señor y a la Señora, este templo de Charo. Cristo vida nuestra no permite ultrajen las sacrílegas manos su cuerpo sacramentado, que tiene en esta iglesia. María Santísima nuestra Señora, es vista salir de un templo a este semejante, y ordena que en él se confiese aquel pecador. Las dos son pruebas evidentes de lo dicho. Dichosa villa, feliz templo de Charo, a quien elige el Señor y defiende María Santísima.

Ya que el demonio no puede vengarse en los que se acogen a este templo, emplea su saña diabólica en los moradores de esta villa, del modo que le es permitido. Aconteció que una india no le guardaba la marital lealtad a su esposo; vivía con notable distraimiento, dada toda a extraños empleos, en los cuales manchaba el conyugal lecho, sin el menor temor a Dios ni a su marido. Este, cansado de tolerar tan repetida amistad,

quiso prudente retirarse de la villa, para así quitarle a su mujer la ocasión. Como lo intentó, lo puso por obra. Sacola para llevársela a Guanajuato, y ya que estaba, como un cuarto de legua de la villa, le dijo atrevida y osada: Yo no quiero acompañarte, que quiero quedarme con fulano; y así anda vete solo, que yo me quedo. Sufrió el marido la inicua propuesta; prosiguió su viaje, pero ella, tenaz, le dijo: Márame antes que llevarme. A las cuales palabras, oyó una voz que le dijo *dale*; y que no sólo fue una voz, sino que sintió un impulso que casi le movió el brazo para que le diese una cruel estocada. A la cual dijo la india: ¡Ea! Acaba de matarme, finaliza lo comenzado; asustose con lo dicho, pero oyó otra vez la voz y sintió la fuerza con que prosiguió, dándole repetidas puñaladas, por las cuales salió su desgraciada alma, dejándoles pocas esperanzas de salvación.

No es menos lastimoso otro suceso que le aconteció en los montes de Tzitzio a un indio de esta villa. Era sumamente dado a la embriaguez, y como este vicio hace de un Lot santo un adúltero, y de un justo Noé, un vicioso, llegó este indio a ser el escándalo del pueblo. Una tarde que caminaba por el despeñadero en solicitud de una res, sintió un impulso extraño que empujándolo lo precipitó gran trecho. Llamó a María Santísima nuestra Señora, y quedó con su ayuda preso de un árbol. Volvió en breve a sentir segundo envión, que no pudo resistir, por ser superior el impulso, en el cual rodó otro gran trecho, hasta que quedó suspenso de otro árbol, luego que invocó a la Madre de las Misericordias. Faltaba un gran trecho para el profundo del despeñadero, en donde corría un arroyo de agua. El indio, que consideraba la gran distancia, sintió tercer impulso, más formidable que los antecedentes con el cual dio en el arroyo, aumentando sus aguas con lágrimas de sus ojos y sangre de sus venas, porque rotas estas de la gran caída, salían de su cuerpo como avenida, a quien se añadió no quedarle movimiento

alguno en el cuerpo, por haber quedado casi desunida toda la humana fábrica.

Vístose en aquel último conflicto, empezó invocar con más fervor a María Santísima nuestra Señora, viéndose solo en aquel lugar inhabitable. Socorriole sin duda la Señora, por medio de un perrillo que consigo llevaba; este daba repetidos ladridos, como que le avisaba que volvía su oculto enemigo; a las cuales voces, llamaba a María Santísima; subía el leal perro hasta la cumbre de la montaña y desde aquella altura daba terribles ladridos, para llamar quien socorriera a su amo. Así estuvo dos días y visto que no eran atendidas sus voces, hubo de ir hasta el rancho de su señor, en donde estaban ya cuidados por su ausencia. Luego que vieron a el perro conocieron estar su amo en otro lugar, y más cuando vieron del modo que podía, les instaba lo siguieran. Hubieron de hacerlo, y siguiendo al símbolo de la lealtad, los llevó hasta el profundo de la barranca en donde vieron casi deshecho al indio. Sacáronlo de aquel profundo, y al punto vinieron por ministro que lo confesase; fue con notable prontitud, llegó a la casa del enfermo; hallolo todo rodeado de santos y lleno de reliquias. Confesolo y exhortolo, el cual le refirió todo el caso referido. Duró ocho días, los cuales ocupó en pedir a Dios misericordia y encomendándose de corazón a su abogada María Santísima nuestra Señora. Murió dejándonos esperanzas de su salvación, mediante sus buenas disposiciones.

A mi vista aconteció un ejemplar suceso en esta villa. Había un indio arriscado y soberbio, lo cual provenía de tener algunos bieniecillos, y de haber sido gobernador en la villa, con lo cual tenía séquito entre los suyos. Este, una tarde se embriagó, y sin motivo alguno a un pacífico y anciano religioso le perdió el respeto con palabras injuriosas. Algunos quisieron tomar por el religioso venganza del atrevimiento, pero el padre no lo permitió.

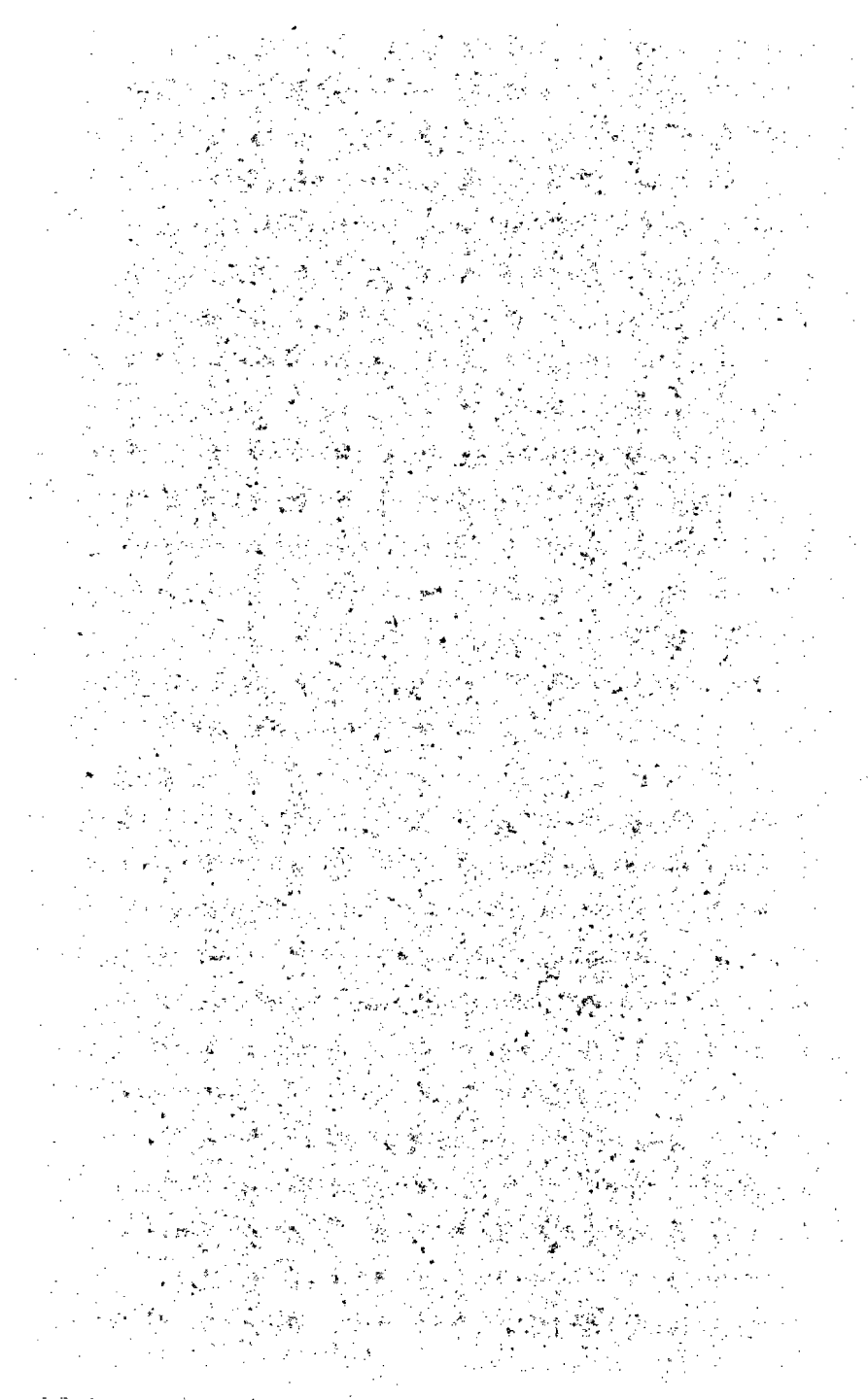
Pero si suspendió el castigo de la tierra, el del cielo experimentó, antes de veinticuatro horas. Acometiole un calambre, que todo lo convelió, apoderándosele principalmente de las manos y la lengua, instrumentos con que había agraviado al religioso; apenas pudo confesarse, así por la imposibilidad de la lengua. Dentro de breves horas expiró, lleno de dolores y con extremos formidables. Quizá el Señor le perdonaría el agravio hecho a su ministro, y le aceptaría aquellos formidables dolores, sirviéndole a él de castigo y a los futuros de ejemplar.

Un ministro celoso de la mayor honra del Señor, prohibió cierta maldad que en la villa se cometía; de lo cual sentidos dos o tres de los corregidos, intentaron ir a México con siniestros informes a capitular a su cura. Caso notable, todos tres acabaron casi sin sacramentos, sin saber consumir su obra comenzada, acortándoles el Señor a todos los pasos, para que no desacreditasen a su ministro, y a ellos castigándolos con muertes repentinas, privándolos de los sacramentos, como que eran contrarios al ministro, mediante el cual se les había de comunicar tan gran beneficio.

Notables casos han acaecido en esta villa; con los repetidos temblores que experimenta esta su situación a las puertas de la tierra caliente y faldas de la sierra de Mechoacán, por lo cual participa de la vecindad los referidos terremotos, que de continuo hay en los dichos lugares. El primero de que hallo noticia, por el grande estrago que hizo, fue el que acaeció en tiempo de nuestro padre presentado Fray Simón Salguero. En el cual cayó la torre y juntamente las dos bóvedas del coro. Entre cuyas ruinas quedó, como vista queda, libre el soberano bulto de María Santísima nuestra señora. Siendo cura el padre Fray José de Molina; día del señor San José, fue tan tremendo el temblor, que duró su continuación tres días, con las repeticiones en que llegaron las campanas por sí solas a tocarse. Pero entre todos el

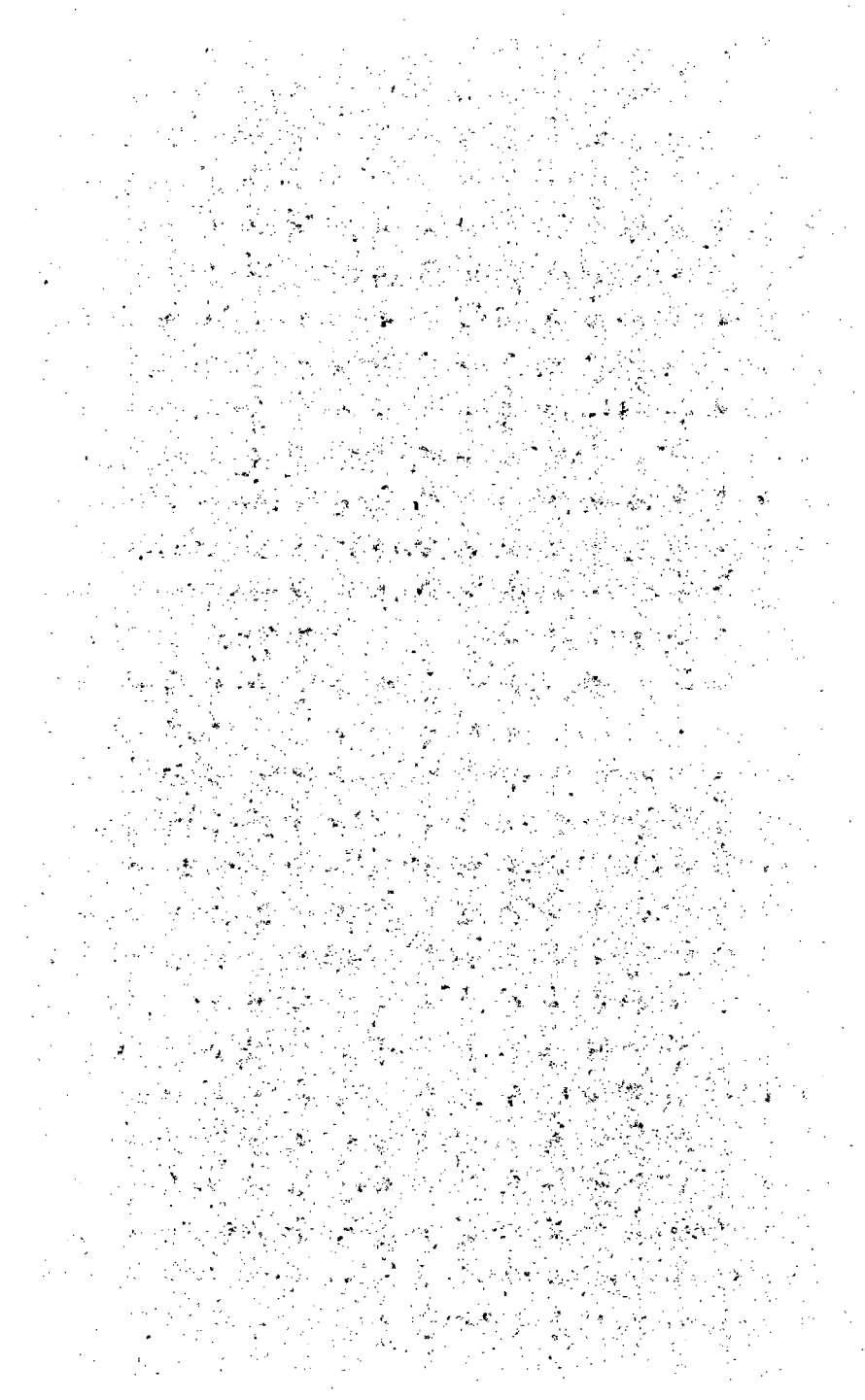
más tremendo ha sido el que se experimentó el año de mil setecientos veintiocho; duró por casi quince días, parecía Charro, según la poca fijeza que se experimentaba en su suelo, otra Delos. Viéronse cosas notables estos días. En particular se advirtió que el Jesús Nazareno que queda referido, mudó color. Cesó luego que se comenzó la novena de Nuestra Señora de los Dolores. Para la defensa de los terremotos, tiene este convento electos en sus sagrados lares y patronos, a los gloriosísimos santos el patriarca señor San José y al sagrado cristiano Polifemo San Cristóbal, columnas firmes en cuyas basas pone confiada esta villa, como en firmes fundamentos, su estabilidad.

Como así mismo esta provincia de Mechoacán, como que de este templo y convento le salió la paz que hoy goza; previno la Providencia que de todas las iglesias que tenemos en Mechoacán, sola esta tenga un altar dedicado a María Santísima nuestra Señora con el título de la pacífica Sulamita. Es un pequeño bulto de la Señora, pero maravilloso. Oíle decir al padre Cura Molina, que por sus manos le enjugó el sudor a esta Señora; a que se añaden muchos milagros, que ha obrado. Algunos están pintados en las tablas del tabernáculo, que sale a demandar y otros conserva la memoria, y no es el menor el que experimenta esta provincia por intercesión de María Santísima, a cuyo bulto debíamos agradecidos, pedir la paz; esto es, la continuación de ella, por los siglos de los siglos, amén.



Capítulo LVI

**De la vida, virtudes y muerte
del apóstol charense, nuestro
venerable padre fundador
Fray Pedro de San Jerónimo**



De nuestros cronistas buscaba yo en sus escritos, los padres y patria de nuestro venerable padre Fray Pedro de San Jerónimo; el cual con su venida plantó en esta villa la fe, dando principio a predicarles en su propio idioma la ley a los indios, la cual hasta que vino este apostólico padre, no habían oído los indios, motivo por el que estaban tan gentiles, casi como antes de la conquista.

Esta es la primera noticia de este apóstol. Esta es su patria. Estos son sus padres, y no refieren más todos nuestros escritores.

Para qué se han de saber más abolengos; queden sepultados estos como superfluos. Dénsese por padres y madre a la obediencia, como al Bautista. Modo que observaron nuestros cronistas: obedeciendo introducen a nuestro venerable San Jerónimo, de modo que lo mismo es nombrarlo, que decir que lo envió el venerable provincial maestro Fray Alonso de la Veracruz a predicar a Mechoacán. No tienen más padre ni más madre que la obediencia, no se le conoce más patria que nuestro convento grande de México, fecunda madre de santos. Qué mayor prueba de su nobleza que la dicha; qué mayor testimonio de su virtud, que haberlo electo para apóstol primero de una nación, como la pirinda, el insigne maestro Veracruz, el cual como padre primitivo de la provincia conocía, como buen pastor, a todas las ovejas de su redil. Todos los sujetos de ella,

eran hijos de la cabeza de este Júpiter; y los que no había parido su entendimiento, mediante su doctrina, lo eran por haber sido el sabio Chiron, debajo de cuya disciplina se habían criado todos los Aquiles de la provincia. De modo que de un modo u otro venían todos a ser conocidos del maestro Veracruz. Pues de tantos como entonces contaba la provincia, elige al venerable San Jerónimo, a tiempo que nombra para Yuririapúndaro un Chávez; para Cuitzeo un Villafuerte, para Guango a un Acosta y para Charo a un San Jerónimo. Manifiesta prueba de la virtud de este padre venerable, pues lo adocena con tamaños gigantes de santidad. Basta estar en la genealogía de Cristo, basta haber sido nuestro venerable San Jerónimo de los primeros, aunque no se haya escrito.

Pero si aún insta la curiosidad por saber los padres y patria de tan grande héroe, digo que su padre fue el nobilísimo patriocio Aurelio Agustín Tagastense. Este gran padre le dio todo el virtuoso ser a su hijo Fray Pedro. Y su madre, fue la nobilísima y santísima casa de México, nuestro convento grande, fue la dorada cuna en que se crió este venerable padre; este es el solar hidalgo de este varón. La mexicana laguna nos produjo este evangélico Tritón. Evidente se ve en nuestro venerable padre. La gran cabeza de nuestro insigne Veracruz, nos dio a este sabio ministro. Discípulo fue de su doctrina, uno de los primeros estudiantes que aprendieron de este gran padre la doctrina y religión. La mexicana laguna nos lo alimentó hasta que, ya crecido, nos lo dio para primer prelado y ministro de la villa de Charo.

Venga el curioso, el tiempo santo de la cuaresma a esta villa de Charo y en cada india verá una llama de la vida de nuestro venerable padre. Conocerá lo rígido del ayuno a ejemplar de nuestro San Jerónimo, con una comida, sumamente corta, sin tomar ni aun agua en todo el día. Desvélese y oirá a la noche en

la iglesia, las crueles disciplinas con que macera su cuerpo; al modelo de los crudos y repetidos azotes con que castigaba el venerable San Jerónimo su inocente cuerpo. Y si en aquellos tiempos en que vivía este apostólico padre, hubiera venido a esta villa; viera cómo a la media noche todo el pueblo entonaba desde sus casas el *Te Deum Laudamus*; a la voz que desde el coro daba este Caladrio nocturno de la capilla del Señor.

Entre el que quisiere saber quién fue nuestro venerable padre y examine los ejercicios que a imitación suya introdujo en el hospital de esta villa, en el cual plantó una recolección muy semejante a las que se celebran en nuestra Nueva España del castaño y del abrojo. Casi todo el día es un continuo rezar, sin que interrumpa la oración vocal otra diversión que las muy precisas obras de la pensión natural. Los viernes se exceden en las mortificaciones, añadiendo crueles disciplinas, las cuales se aumentan los lunes y miércoles, en el tiempo cuaresmal. Abstienen de sus mujeres en el tiempo que sirven en el templo a la Señora de los Ángeles; y las mujeres omiten los dijes de gargantillas, zarcillos y listones en este tiempo. Todo esto, y mucho más que omito, instituyó el venerable San Jerónimo. Pues vean lo dicho, y no echarán menos escritos de su vida.

Tenían de uso y costumbre, como queda dicho, los indios de la villa, dice nuestro venerable Basalenque, levantarse a la media noche a tiempo que entonaba el *Te Deum Laudamus*, y a su imitación de todas las casas de la villa, se hacía un armónico coro. De lo cual se admiraban todos los que hacían noche en el lugar. Y yo me admiro que obrase tanto un hombre solo. Vivía solo en el convento este estático padre, y siendo uno, se hacía muchos para alabar al Señor. Piden nuestras sagradas leyes que en las casas sólo de comunidad, haya maitines a media noche, y que se cante el referido himno. Pero nuestro venerable padre no admitía este privilegio, sino que observaba solo para cuyo

cumplimiento, dispone la constitución haya muchos. Ser uno cualquiera lo es; ser muchos, este es prodigio. De la fama lo creyeron los poetas, que siendo una, dijeron tenía cien ojos, cien oídos y cien lenguas. Que dijeran si hubieran visto y conocido nuestro famoso padre San Jerónimo. Si lo vieran hacerse todo ojos para la vigilancia, como otro pastor; Argos, para guarda de su ganado; si lo atendieran todo oídos, para oír las confesiones y querellas de tantos. Y en fin, si lo oyeran que él sólo se multiplicaba en lenguas para llenar un coro, sin duda que dijeran: este sí es con evidencia, todo ojos, todo oídos y todo lenguas.

Conociendo, pues, nuestro venerable padre que aunque era uno, la gracia del Señor le había comunicado el que fuera muchos; jamás quiso dispensar consigo lo más mínimo de nuestras leyes, porque llegó a entender; era casa de comunidad, en la que él moraba; motivo por el que lo que reparte entre cientos, lo hacía él solo. De lo cual todos vivían admirados. Todos los días cantaba misa, lo cual se cuenta del gran San Vicente Ferrer por prodigio. Todos los días predicaba en su idioma a los indios. Todos los días al amanecer cantaba la prima con la kalenda. Al medio día, en que de necesidad había de leer a la mesa o había de tomar el alimento, discurrió modo para un mismo tiempo leer y comer. Y fue poner en la frente del refectorio varios y devotos versos, de los cuales yo alcancé una redondilla, que decía del siguiente modo, si mal no me acuerdo:

Santidad y Cruz, es una,
y sin cruz eterno llanto,
no hay cruz que no tenga santo,
ni santo sin cruz alguna.

De estas tenía escritas las paredes del refectorio y así a un mismo tiempo tomaba el alimento y leía a la mesa.

Lo que más de todo admira, particularmente a los que tienen conocimiento del tibio natural de los indios, es que todos los más ejercicios que hacía nuestro venerable Padre, los ejecutaban con suma puntualidad los naturales, siguiéndole en los ayunos, disciplinas y cantos, así de día como a la media noche. Y nuestro venerable padre de tal modo los tenía prevenidos, que a la media noche lo mismo era oírle entonar el *Te Deum Laudamus*, que todos levantarse a acompañarlo.

De todo lo referido y de los muchos ejercicios que introdujo el santo celo en los indios de esta villa, hasta hoy se ven los más. Y si han acabado algunos, no es por poco fervor de los presentes; sí porque se han experimentado algunos inconvenientes que han nacido de la malicia que ha crecido en los indios, con el trato con nuestros españoles. Pero como aún hoy duran muchos de los ejercicios del venerable San Jerónimo, vemos a cada paso un retrato de este venerable padre. Cualquiera virtud que en esta villa en sus moradores se halle que hoy florece, es dimanada de la fuente cristiana de nuestro venerable padre San Jerónimo.

¿Qué más pueden decir las crónicas que lo que nuestros ojos están viendo y admirando en prueba de la virtud de nuestro venerable padre? Bien hicieron en omitir las historias de este insigne héroe, pues las más veces peligra la verdad en los labios de la pluma, porque el afecto suele hacer formar más tinta que la que necesita. Cesa con la evidencia el peligro, no queda duda del varón. Escribanse de otros insignes los hechos, porque con su muerte cesaron sus proezas, para que sirvan los escritos de padrón a la posteridad, pero de los que no mueren, no se manden a los futuros en el papel las noticias. Parece que murió nuestro venerable padre, pero no. No importa que no tenga estatua en el capitolio de las crónicas este venerable padre, que el carecer de ella, es hacerlo más singular. Fue sentencia de

Catón, que preguntando por qué carecía de estatua en el concurso de los demás padres de la patria, respondió: Más quiero que pregunten, el porqué no la tengo, que el porqué ocupo aquel lugar. Para qué, prosiguió el gran Catón, quiero yo fríos mármoles, que me publiquen insigne si tengo mayor testimonio de quién soy en los hijos que he criado, para lustre de la patria romana, ellos son mi estatua, ellos me immortalizan en racionales mármoles, para que jamás muera mi memoria. No sé si ha acontecido lo mismo con nuestro Catón San Jerónimo, han omitido los autores de su vida, pero parece que le oigo decir qué importa, no me pongas estatua entre los demás famosos padres, si los hijos que he adoctrinado en la villa de Charo, y en todo la nación pirinda, son vivos mármoles que hasta hoy están diciendo quien fue su padre, Fray Pedro de San Jerónimo.

Fuera que no están tan olvidadas las virtudes de este venerable padre, que no hayan perseverado de padres a hijos, algunas de las muchas de que lo adornó el Altísimo. De su continua oración puede dar prueba el pueblo todo, pues a su imitación se ha introducido en él la laude perenne, como ya queda visto. No siendo de olvido tocante a este punto lo que ya queda referido en la fundación del templo de esta villa. En la cual el Altísimo quiso con celestiales músicas señalarle al venerable padre el lugar que le había de ser consagrado en templo.

En la antigua tradición, que queda contada del milagroso Señor de la Lámpara que se venera en esta iglesia, queda dicho que fue preciosa presea del venerable padre San Jerónimo. Prueba puede ser de su virtud este portentoso bulto, pues como sabe y ha enseñado la experiencia, siempre a virtuosos varones ha regalado el cielo con semejantes preseas; obrando maravillas las sagradas imágenes, en testimonio de lo acepto que le eran aquellos a quienes se dignaron de comunicarse. Hoy se ve y se experimenta lo dicho, en el soberano Crucifijo

de la lámpara, mediante el cual obra el Señor a cada paso milagros. Prueba del amor de nuestro venerable padre, que quiso dejar a la villa esta singular presea, para alivio y consuelo en sus repetidas aflicciones.

Visto del modo mismo queda en el antecedente capítulo, cómo se presume fue nuestro venerable padre, como fundador de esta iglesia el que impidió a aquel sacrilego el robo del pan celestial. Bien veo, que es conjetura esta, pero tiene mucho de probabilidad, por las razones que allí di. Estas y otras muchas son antecedentes de que se sigue, como indefectible, la gran virtud de este varón.

Pues quien merece músicas celestes, quien tiene y alcanza bultos milagrosos, quien es continuo en la oración, excelentísimo en la observancia, pobre, virgen y obediente, de fuerza ha de ser varón insigne en la santidad, pues resplandecen en su persona estas virtudes.

Bien puede servir en prueba de lo dicho, lo que refiere nuestro venerable Basalenque. Dice que todos los que venían a esta villa por corregidores, traían orden de seguir los dictámenes del venerable padre San Jerónimo, sin que saliesen un ápice de sus acertados dictámenes, ni de sus máximas de gobierno. Prueba manifiesta de la gran santidad del varón, pues hasta la corte mexicana llegaban las noticias de este venerable padre, fiando los marqueses del Valle, señores de esta villa, el secular bastón de las manos consagradas del padre San Jerónimo, cosa pocas veces vista, pues de ordinario quieren sujetar las coronas mundanas a las eclesiásticas. Hállanse pocos Constantinos que pongan debajo de la tiara de los Silvestres las imperiales diademas. Pocos Estéfanos que sujeten sus reinos a los eclesiásticos dictámenes de Pedro. Son muchos los Enricos, que sacuden inobedientes el cayado del supremo pastor; teniendo por menos a el bonete que a la corona.

No soportaron así los cristianísimos marqueses del Valle, ilustre tronco de estos Caballeros; sino que de tal suerte sometían sus justicias a nuestro venerable padre, que era lo secular y eclesiástico, regido por su voluntad. Viéndose en Charo el feliz tiempo de los santos Macabeos, en que unas mismas manos ofrecían en el altar los Timiomas y esas mismas regían en el campo los escuadrones. Las mismas manos que se ocupaban con el incensario, estas propias manejaban el bastón. Tiempo en que se vio la corona de Judá bajo la pontificia tiara de Leví. Así se veía en nuestra villa de Charo, el brazo y bastón secular, todo sujeto a este levita Macabeo nuestro venerable padre. Todo el tiempo que vivió observaron los marqueses esta máxima de gobierno, sin alterar los decretos aun en los proveimientos inmediatos a su sangre.

Con las referidas virtudes bastantes a hacer ellas solas muy famoso a cualquier varón en el teatro del universo; llegó casi a rayar nuestro venerable padre los ochenta años. Más de treinta lo logró esta villa de Charo, poco más que los que mereció la cabeza del mundo Roma, al apóstol San Pedro; vivió en Charo este otro apóstol Pedro; reverenciándolo, como a santo padre, a este Pedro los indios. Este era el dictado con que lo denominaban, que a tener superlativos su idioma, no hubieran excusado el de santísimo padre. También prueba de su santidad pues a haberle advertido los indios el menor desliz, hubiera desmerecido para con ellos el título de santo. El cual hasta el día de hoy conserva entre ellos; llamándolo todos nuestro santo padre Fray Pedro de San Jerónimo.

Él fue quien como santo padre de esta villa, repartió en regiones la villa. Cuatro barrios hizo, en que puso cuatro iglesias, y en ellas cuatro indios ancianos, que como titulares diesen noticias al santo padre, de lo que acaecía en sus jurisdicciones. Dividió las tierras y ejidos de la villa entre sus naturales, para lo

cual tenía toda la autoridad de los marqueses. En lo cual excedió este apóstol, Pedro charense, al apóstol San Pedro de Roma, puesto que este Pedro supremo pastor, tuvo suspensa la autoridad de dar y quitar tierras por la tiranía de los reyes y emperadores. Pero nuestro santo padre, el apóstol charense, tiene más amplia potestad, dando a su arbitrio tierras y solares a los naturales de la villa.

Y si con los indios se portó tan liberal en tantas tierras como les endonó, no fue menos con sus hermanos, a quienes les dejó fundado un convento vaciado en el estrecho molde de su conciencia, a la moda de la Thebaida. Unos claustros bajos dejó hechos, sin fundamentos para poder recibir altos; en que manifestó su intención de fabricar un recoleto convento, seis celdas estrechas, un dormitorio oprimido; en el fin del cual hizo un gran oratorio, que hoy sirve de librería. Pequeño refectorio y estrecho antecoro. Sólo en la sacristía explayó algo su ánimo. En el claustro, pintó en un ángulo a nuestros ermitaños de Tagaste, a la semejanza de los de la primitiva Thebaida. Llenó de mártires los restantes ángulos, en que se manifiesta y retrata lo interior de su ánimo; puesto que mandaba pintar solos penitentes monjes y constantes mártires, que hacía sin duda a lo que anhelaba su grande espíritu.

No le concedió el Señor pusiese la última clave en el gran templo que por sus venerables manos había comenzado, pues llegando con la fábrica a las ventanas, le asaltó la muerte, dice nuestro venerable Basalenque, y así suspendió allí la obra. Sola a la sacristía puso la última mano, y es que esta había de ser mausoleo de este insigne varón; esta había de ser elevada pirámide de este cristiano Faraón, o la pira aromática que para sí construía este Fénix para de ella renacer a la inmortalidad de la gloria, como lo cree la piedad, considerando sus agigantadas virtudes.

Faltó de nuestra vista este insigne varón, al parecer según el más racional cómputo, el año para él dichoso y desgraciado para nosotros, de mil quinientos setenta y ocho. No quiso su humildad profunda le erigiese a sus cenizas el afecto superior sepulcro, antes sí solicitó fuese su cuerpo sepultado al entrar de la sacristía, en la primera ventana, hacia la puerta principal. Prueba de la profunda humildad de este venerable padre, pues quiso hasta después de muerto estar a los pies de todos. Aún hoy se conserva entre los indios ancianos, de su sepulcro, la dulce memoria con más de siglo y medio que ha que fue su dichosa ausencia. He advertido que rocían su sepulcro los indios e indias con agua bendita, cristiano amaranto, con que inmortalizan las cenizas de este Aquiles, las Tetis de esta villa de Charo.

En el piso de la ventana está, como refiero, su cadáver; no ha solicitado la curiosidad cristiana el estado que tienen las exubias de este varón, tapando todos sus hijos con las capas del respeto, a el modo que el buen Jalé, el cuerpo de su padre Noé. Cordón de seda se me ofrece, puesto en la ventana el cuerpo de este venerable padre, y que así como aquella purpúrea cinta puesta en la ventana fue la protección de la casa de Rab, este cadáver es el patrocinio y asilo de esta casa de Charo, para que siempre viva. Este cadáver es la paloma puesta en la ventana de la Arca, con la pacífica oliva en sus labios, con que anuncia a esta provincia la perpetua paz que hoy goza, y que visto queda en los dos capítulos antecedentes, salió de este convento.

Parece, según los cálculos que tengo hechos, que falleció nuestro venerable padre San Jerónimo por los años de mil quinientos setenta y ocho. En los cuales tenía el timón de la nave de la Iglesia, el máximo y santísimo padre Gregorio XIII. El supremo del imperio, el invencible Marte católico don Carlos V. Regía la vastísima monarquía española, el prudente don

Felipe II. Era actual virrey de los dilatados reinos de esta Nueva España, don Gastón de Peralta. Dignísimo obispo de Mechoacán, padre venerable maestro don Fray Juan de Medina. General de toda nuestra aureliana familia, el reverendísimo maestro Fray Tadeo Perusino. Provincial actual de esta provincia, el doctísimo maestro Fray Martín de Perea y prior actual de la villa de Charo, nuestro venerable difunto Fray Pedro de San Jerónimo, quien murió en los penitentes brazos de nuestro venerable padre Fray Francisco de Acosta.

Dispensó aquel tiempo el debido epitafio, al sepulcro de este héroe; pero yo no lo he de omitir, antes sí, como que este papel es el mármol y la pluma el cincel, escribo lo siguiente: Aquí yace el venerable padre Fray Pedro de San Jerónimo, apóstol de la villa de Charo, primer ministro que supo y predicó el idioma pirinda, fundador de la villa de Charo. Primer prior de este convento, ministro más de seis lustros de estos naturales, su padre, amparo y consuelo; que *Requiescat in pace*. Amén.

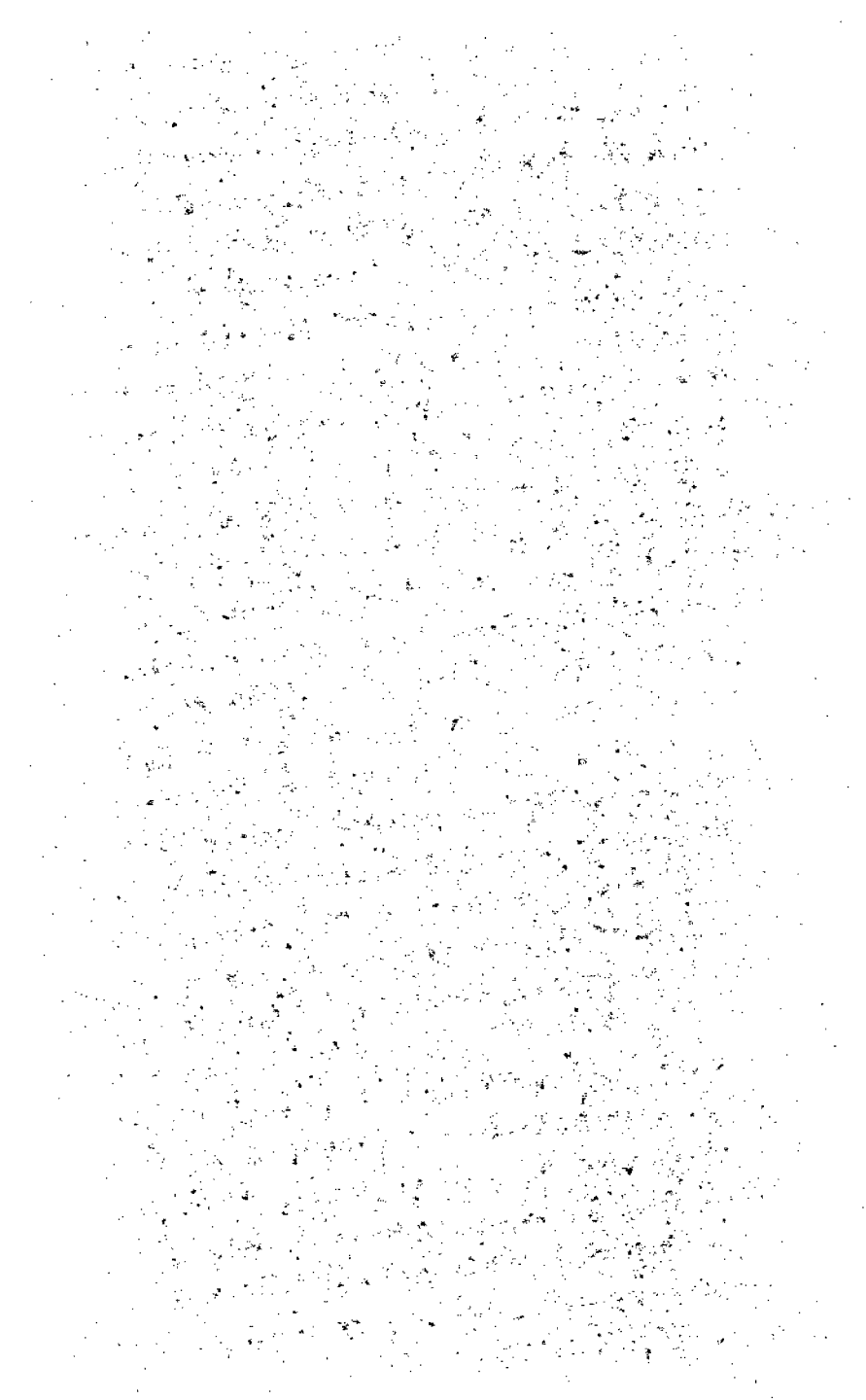
*Clara gente satus Patrus iacet, hic tumultus
Cilicium, corde, jeiunia, lamina ferri,
Cum rectis corde faciunt me ad sidera ferri,
Sacro reddo polo spiritum, et ossa solo.*

No quedó retrato alguno que nos recordase la estatura y fisonomía de nuestro venerable padre, aun habiendo retratado en el refectorio la devoción a todos nuestros primitivos padres, se olvidó el pincel de dibujarnos al padre y fundador de este convento, si no es que fue estudio el omitirnos su estatua por decirnos lo que allá sintieron los romanos, para no poner en los templos pinturas de algunos de sus dioses; porque no querían estrechar, dice Tácito, en los cortos límites de las paredes la divinidad.

Por esto quizá omitieron en este convento el retrato de nuestro venerable padre fundador; o por no estrechar los tamaños de este gigante de la santidad, al pequeño mapa de un lienzo o porque como tenían sus venerables reliquias juzgaban por demás su retrato.

Capítulo LVII

**De la fundación del octavo convento
de esta mechoacana Thebaida,
denominado San Agustín de Ucareo**



No faltaron autores que añadiesen octava maravilla a las siete que celebró el mundo por milagros del arte. Así lo afirmó don Luis de Gonzaga en la descripción del Escorial (Soneto 31), en donde colocó esta fábrica española, sobre las otras siete máquinas del mundo. Preciso me halló en la relación de este octavo convento de Ucareo, a hacer lo mismo. Porque habiéndose visto en los siete conventos referidos, que es cada uno en su grandeza y primor, un milagro, una maravilla del arte; siendo este Ucareo, nada inferior a los siete, antes sí más primoroso que todos, me precisó decir que es de este Nuevo Mundo la octava maravilla, renombre que se granjea lo primoroso de su fábrica. Tal, que para estimarlo y admirarlo, dice nuestro venerable Basalenque, se necesita de mirarlo.

Este octavo convento, fundamental piedra de esta provincia, es la perla preciosa de este edificio mechoacano, colocado como rica margarita en el campo o desierto del monte de Ucareo, digno de apreciarse por haber dádonos esta preseña.

Denomina el tarasco al campo que produjo o crió esta perla, Ucareo. Nombre que tiene varias raíces, de que denominarse. Porque o viene de esta palabra: *Uqua*, que añadiéndole la partícula *m*, que señala el lugar, quiere decir en nuestro castellano *en la obra*. Quizá toma este nombre por las muchas obras y fábricas que se hacían en sus montes. O se nombra así de

unas raíces que se dan en su suelo, al modo de nuestras papas; y que los tarascos llaman *Uquares*. Los más se reducen a que de estas raíces toma el nombre este pueblo.

Este pueblo le da nombre a todo el elevado monte, sobre el cual como corona, descansa la poblazón. Es de los más elevados de esta provincia: tal es su altura, que puede tirar o granjearse por su robusta corpulencia, nombre de Atlante de esta América; si no es que lo creemos Mongibelo, pues tal vez hace lo que este monte hipócrita, ocultar fuegos y exponer nieves. Así el monte de Ucareo, suele cubrirse como el Líbano de nieve, y tener en sus senos sulfúreos incendios que a veces los desahoga en crecidos humos, fatal pronóstico de recias tempestades. Empero, aunque tan cálidas sus entrañas, no muestra a la vista sequedades, antes sí, es todo él muy ameno paraíso, todo poblado de crecidos y vegetales republicanos, que adornan aquella rústica República. De los cuales se valen los naturales para sus ricos comercios.

Así casi entran en este monte de Ucareo, a cortar maderas de todo el reino de Mechoacán. Y también para la provincia de chichimecas y reinos de la Nueva Galicia y Nueva Vizcaya. Pues como refiere nuestro venerable Basalenque desde su tiempo y aun mucho antes salía madera para las ciudades de San Luis, Zacatecas, Querétaro, Celaya y Valladolid. Y siendo tan crecida la saca, no parece hoy en día que ha entrado Segur, según está de poblado y espeso de arboledas. Que a verlo los gentiles, creyeran haberse sepultado en el Atis, según la multitud de elevados pinos que abollan con sus copetes las nubes.

No es menos fértil en la producción de salutíferas yerbas. Tantas son estas, que puede creerse este monte por el Pelio de este Nuevo Mundo, o por la Tesalia de esta América. No produce yerbas que no sea un apio, un ditamo o un elévoro, plantas celebradas de los Hipócrates y Galenos, y por eso conocidas.

Que yo creo que si hubieran conocido las yerbas salutíferas que cría el monte de Ucareo, fueran más crecidas las obras de Dioscórides; y los comentos de laguna fueran inmensos mares. Hanse visto entrar a su espesura a muchos sabios arbolarios, los cuales han salido de la salutífera botica que el soberano médico ha puesto en este suelo.

En una de las quebradas que tiene esta montaña, puso el Supremo Hacedor una laguna de azufre, de que hay cuantiosa saca, para la cual tiene el rey puesto un asentista, que corre con este ramo de su real hacienda. Muchos han creído que tiene minerales de plata este monte, mas no se compadece el común dicho, porque es la tierra muy liviana y la plata se cría en montes guijosos, áridos y secos, como enseña el maestro Barba. Y las montañas de Ucareo, son en todo contrarias a estas señas, o señales de la plata. Empero, puede sospecharse haber minerales de oro, por el azufre que tiene en sus senos, que es el principio de la generación del oro, como enseña el maestro Barba. Y los más minerales de este rico metal, se dan en espesos montes, y en terrenos livianos, sin necesitar de las duras guijas para comunicarse liberal a la humana codicia.

Pueden sí decir los moradores de este pueblo, que tienen en sus montes muy ricas minas, porque todos sus elevados guayamales, robustos cedros y crecidos pinos, son ricas vetas de plata que cortan a cada paso los naturales, con que viven ricos. O pudieran vivir si tuvieran la extranjera codicia; pero su natural cortedad los tiene pobres, pudiendo ser los más ricos de Mechoacán, sólo con regatear sus maderas.

El temple de este pueblo, no es como los benignos de Mechoacán, porque en lo recio y frío de sus aires, es otra sardina de este Nuevo Mundo. Debe de ser por lo muy elevado que se halla, causa porque participa mucho de la fría inmediata región. Pero el Supremo Artífice, para hacer habitables estos Alpes

americanos, puso como fogón el referido volcán de azufre, con cuyos vapores cálidos se atemperan los fríos aires. Empero, como no son tan crecidos los humos del volcán como los fríos, siempre es recio el temperamento. A que se añade lo muy sombrío del monte, que junto todo, resulta un helado Estocolmo, que hace poco apetecible y desabrida la vivienda de Ucareo, causa porque muchos años estuvo sin ministro este pueblo.

Muy escasas son las aguas que tiene en su altura, poco las necesita la natural humedad del suelo; pero si carece de ellas en sus alturas, en sus pies las tiene abundantísimas, pues oprimida la tierra con la pesadumbre de este elevado monte, suda en los valles de Santa Clara y Tzinapécuaro en ríos sus afanes, con tanta abundancia, que algunos son invadeables. No necesita en la altura para ser ameno, de las aguas; pues el pueblo y sus ejidos son fertilísimos, tanto, que por la cuaresma, cuando los fríos ábregos desnudan en toda la provincia a los árboles, Ucareo viste a los suyos de verdes hojas y de vistosas flores, y muchas veces los carga de tempranos frutos, viéndose con admiración de la naturaleza, peras, membrillos y manzanas.

De las frutas hay muchas, como así mismo en su suelo, se dan en abundancia los usares, que le dan nombre al pueblo; fruta fastidiosa al olfato, aunque muy sabrosa al gusto. Todos los más árboles, son de Castilla, pero injertos en los espinosos tejocotes, manzanillos de esta América. Estos, como criados en país frío, no sienten lo nevado del tiempo; y así ingeridos en sus troncos, las puyas de los manzanos, perales y membrillos, a el tiempo que florecen los tejocotes, hacen que retoñen los árboles de Castilla; y así por beneficio del tronco de la tierra natural, resisten los fríos cierzos y se ven fructiferar los árboles de la tierra, sazonadas de Castilla.

Esta natural fertilidad, agregó en lo primitivo mucha gente en este país. A que se añade que estos montes de Ucareo, eran

en el tiempo de la gentilidad, lo que ahora son los Alpes y Pirineos de nuestra Europa; pues así como estas serranías dividen a Francia de España, así los montes de Ucareo, el imperio mexicano y reino tarasco. Por lo cual el Caltzontzi, rey de Mechoacán, tenía siempre crecidas guarniciones de soldados en este elevado castillo, que erigió para faro o atalaya la naturaleza. Por lo dicho creció en gente este pueblo pues cualquiera que en su reino mostraba bríos al punto lo ponía en la frontera de Ucareo, para que allí ejercitase sus esfuerzos. Máxima de prudente monarca, pues así desvalijaba con honra, de inquietos bríos su reino, conservando con este Flandes, en paz sus reinos y sirviéndose de estos arrogantes para lo más recio de los combates.

Con lo dicho creció mucho Ucareo y sus visitas, dilatándose estas hasta Maravatío y Tlapujahua, hoy crecido real de minas, a cuyo bastón vive sujeto Ucareo; mirándose hoy súbdito y miembro quien nació señor y cabeza. Perdió el mando Ucareo, pero no lo elevado de su asiento, que eterna memoria de su preeminencia conserva en su antiguo dosel el asiento primitivo; que no porque la arrogante Roma le quitara a Alva Longa de las manos el cetro, deja por eso de ser conocido aquel suelo por el más antiguo reino que dominó en Italia.

Por todo lo dicho, esto es, por lo agrio del temperamento y lo arriscado de sus moradores, al fin criados como Aquiles, en las cunas de Marte, era nada apetecible Ucareo. De paso entró a sus montes, como ángel veloz el venerable padre Fray Martín de Jesús. Resonaron sus evangélicos ecos en aquellas montañas, voces de fuego con que abrasó aquella selva. Poco les duró esta llama, porque la obediencia lo retiró a otras provincias, a predicar el Evangelio y a dilatar el seráfico instituto, con el mismo celo que lo instituyó en Porciúncula su padre, y mío el gloriosísimo serafín encarnado San Francisco.

Con el vuelo que desde este monte dio el venerable Fray Martín, quedando estos indios sin ministro, que fomentase aquel fuego que había encendido este apostólico padre. Solía la caridad de los religiosos de Acámbaro, o la de los de Tajimaroa, como inmediatos, acudir a mantener con algunos cordiales, aquellos débiles miembros de la Iglesia; pero era raras veces, porque ocupados en otras administraciones no podían dar lleno a la áspera de Ucareo, motivo por el que conservaban su rústico natural; y aun no olvidaban el arco y flechas de la frontera.

A este tiempo regía, con el suave Caduseo nuestra provincia, el venerable padre Fray Diego de Vertavillo, varón en todo primitivo; como que se crió con la leche de nuestros siete primeros fundadores. Anhelaba por tener en qué emplear su celo; y noticiado de la falta que padecía de ministros evangélicos el pueblo y visitas de Ucareo, solicitó al señor obispo para que se le entregase esta frontera, tan poco apetecida por el temple y arriscado de sus naturales. Más se dilató en pedirla que en concedérsele, pues lo agrio del terruño hacía poco o nada apetecible la vivienda. Pero como nuestro venerable padre no solicitaba benignos Tibures ni Elíseos aires, sino almas para Cristo, le hizo poca o ninguna fuerza lo rígido del temperamento.

Así que admitió la doctrina, puso los ojos en el venerable padre Fray Juan de Utrera, de quien hablan poco las historias. Pero nuestro venerable Basalenque nos dejó algo en que se portó como el diestro pintor, que no cabiendo en el pequeño mapa de una tabla la agigantada cantidad de Polifemo, pintó un solo dedo, y ese el meñique, para que el discurso extendiese las líneas a la proporción de aquel dedo. Dice así: *Fuera de ser el venerable Utrera muy siervo del Señor, era grande arquitecto*. Elogio sucinto, ceñido a la pequeña crónica que escribió; pues sobre el fundamento de *muy siervo del Señor*, descansa cualquiera virtud por muy agigantada que sea. En esto poco que dijo, recopiló

las grandes virtudes de este varón. Pero aunque nuestro venerable maestro no hubiera dejado tan auténtico testimonio; el haberlo electo nuestro provincial Vertavillo para fundador, fuera para mí evidente prueba de su grande virtud, pues aquel siglo de oro de los más santos, se elegían santísimos para fundadores de los conventos.

Después de llamarlo *muy siervo del Señor*, dice nuestro venerable Basalencque, *que era grande arquitecto*. Zorobabel lo juzgó de este edificio, cuyas manos se emplearon en edificarle templo y casa al Señor.

Luego que llegó de México nuestro Zorobabel mechoacano, al pueblo de Ucareo, lo primero que hizo, como siervo fue dar asiento a la doctrina de los indios al modo de la provincia; porque como habían carecido de ministro, estaban diminutos en la cristiana policía. Lo mismo instituyó en todas las doctrinas y visitas, pertenecientes a Ucareo, que por aquel tiempo eran muchas y crecidas. En todas las cuales fundó iglesias al tamaño de los feligreses.

Pero a donde más extendió los tamaños del templo, fue en la más retirada, llamada Tziritzícuaru. En donde se cree puso el soberano bulto de un devoto y milagroso Crucifijo. Cuya devoción movió, como veremos el año de mil setecientos seis, a dos venerables religiosos a fundar un convento de recolección. En donde retirados del mundo, estar continuamente a las orillas de aquel río, llorando la muerte del soberano Adonis, o gimiendo al ver el mirto de la Cruz, crucificado al amor.

Así que asentó sobre fundamentos el muy siervo del Señor, el venerable Utrera, la católica doctrina dio principio a la obra material de la iglesia y convento, no conforme a lo áspero del puesto, sí como su arte le trazaba en su grande ánimo la monte. Mientras estuvieron las trazas en el retiro de su corazón ocultas, a ninguno espantó su comunicada idea; pero lo mismo fue salir a luz la planta, que admirarse este Nuevo Mundo,

creyendo todos se daba principio a otro mausoleo de Carla, o que se renovaban los tamaños que vio el Asia, en la gran fábrica de Efeso. No era fácil ocultar tan gran máquina, y más cuando era el fundamento un monte, que a todos hacía patente esta octava maravilla de la América.

En breve llegó la noticia a México, aún más abultada de lo que era, y quiso el virrey con la nueva suspender la fábrica que, le decían, había de llegar con su agigantado cuerpo a los cielos. Mandó suspender la fábrica. Suplicó el virrey al provincial, mandase al padre Utrera que hiciese sola una casa, acomodada para el ministerio, con una competente iglesia a aquel lugar. Cumplió el mandato el provincial, y al punto mandó al venerable Utrera suspendiese la fábrica, hasta tanto que venía a la visita para proveer lo más conveniente.

Obedeció el mandato del prelado, paró en la fábrica; pero como era diestro arquitecto, dispuso lo que el sabio Salomón de Ucareo. Distante del pueblo, fue labrando con orden y concierto las piedras, y al mismo tiempo cortó las maderas más incorruptibles que crían aquellos montes. Las cuales con gran primor labró y pulió: acertada máxima de arquitecto, para lograr con esta prevención sus intentos. Previno así mismo mucha cal y arena con todos los demás menesteres para una obra. Vino a la visita el provincial Vertavillo, vio la fábrica comenzada; y como este venerable padre era de tan gran corazón, no le pareció tanto le habían ponderado. Pero por no desabrir al virrey, mandó al padre Utrera que hiciese una iglesia y convento mediano. A que le dijo el diestro arquitecto: ¿será bueno que se haga una obra que se finalice en un año, poco más? A que respondió el provincial que sí. Con esta respuesta y orden se fue a México nuestro Vertavillo. Dio noticia al virrey de lo ordenado, con lo cual quedó satisfecho; persuadido que sería obra muy moderada, la que se terminase en un año.

Como ya tenía nuestro venerable arquitecto labradas las piedras y pulidas las vigas en el monte, luego que se fue el provincial, puso por parejo oficiales y alarifes, y sin que se oyese golpe de pico ni ruido de sierra como en el templo de Salomón, levantó murallas por paredes, erigió triunfales arcos, rasgó vistosas ventanas, tendió robustas trabes, que, con lo recio de sus cuerpos, pudiesen tolerar constantes la máquina que había de descansar sobre sus espaldas. Prosiguió la obra hasta finalizarla, tan aseada y primorosa, que el Momo más perspicaz no hallara tacha que ponerle. Ya que casi se cumplía el año, vino el provincial, a tiempo que se ponía la última mano en la obra; y viendo tanto hecho en tan poco tiempo, admiró la obediencia de nuestro venerable Utrera, que en un año hubiese perfeccionado una octava maravilla de este Nuevo Mundo.

Pasmados se quedan todos los que ven hoy la obra y saben el corto tiempo en que se hizo. Nuestro venerable Basalenque la admira con las siguientes palabras: *A mí no me admira tanto la presteza (que es de admirar) cuando la traza de la casa, que es para asombrar: Es necesario verlo, para estimarlo, y ver la hermosura, que todo tiene, que esta no cabe debajo de la pluma, sino de vista de ojos.* Esto dice el mechoacano Cicerón Basalenque; por suficiente reconoce su diestra y bien cortada pluma, para describir la fábrica de Ucareo. Términos que usaron los doctísimos padres Prado y Villalpando, pues de dar a luz tres dilatados libros de la descripción del templo de Salomón, acaban con decir: que no pudieron llegar sus plumas a describir las líneas que había echado el soberano espíritu en su templo. Obró aquí sin duda el espíritu de nuestro venerable Utrera; y así no pudo llegar allá la pluma, aunque tan sabia, de nuestro venerable Basalenque.

Alábase pues con la debida proporción, en lo acontecido sólo a nuestro venerable Utrera, que en tan poco tiempo, en un instante (que esto es un año para lo mucho que obró), perfeccionó

y acabó la grande obra de Ucareo. Una fábrica no sólo buena, sino óptima: *Valde bona*; hecha y acabada en el instantáneo tiempo de un año: *Omnia simul*. Quede pues por padrón y admiración a la posteridad esta fábrica; sea ella sola la estatua del venerable Utrera; y diga lo que Numa cuando le preguntaron: ¿por qué no ponía su estatua en Roma?, a que respondió discreto: *Civitas sufficit* (Luci. Lib. 2).

No se contentó el ánimo grande de nuestro venerable arquitecto, con lo que fabricó a la vista de todos sobre la haz de la tierra, sino que también penetró con sus obras grandiosas los abismos. Esto se vio en un grande y curioso aljibe que fabricó debajo de la tierra, es el pozo del convento, para recoger las aguas de los techos por carecer el pueblo de este elemento. Es obra curiosísima, aun más primoroso es este de Ucareo, que el que queda referido de Cuitzeo. Sola esta pieza referida es de bóveda, todo lo demás del convento es de madera; procuró fuesen incorruptibles, como aquellas de que labró Salomón sus casas y palacios. No lo hizo de bóvedas, por lo débil del suelo. Pero aunque de maderas ya cuenta siglo y medio, y está todo tan hermoso, como el día en que se pusieron.

No puso la última mano al gran cañón de la iglesia, porque quiso Dios entrase a parte de esta grande obra el venerable padre Fray Gregorio Rodríguez, varón verdaderamente primitivo en la observancia, como veremos. Este venerable padre sucedió a nuestro arquitecto Utrera, quien dio fin al templo y juntamente erigió un suntuoso retablo en la capilla mayor. De este venerable padre, dice nuestro venerable Basalenque, que todo se le convertía en oro y plata. Cristiano Midas lo considero, según el mucho oro en ornamentos y plata en vasos sagrados, que puso en este convento. Tanta fue la abundancia y manejo de plata, que muchos creyeron tenía alguna oculta mina de donde sacar tanta riqueza; y él por donaire, que sin duda era

del genio de San Bernardino, solía decir tenía una mina, la cual era el monte de Ucareo, porque con las remisiones que hacía de tablas y vigas a las ciudades de San Luis y Zacatecas, de allá le venían tejuelos de plata; y como veían en esta forma la plata, se persuadieron a que alguna mina de donde salían los tejos, lo cual, fue motivo para que muchos hayan solicitado codiciosos la mina.

Toda la plata que adquirió su solicitud, la empleó en primer lugar en la sacristía, en que echó mucha, y la demás empleó en comprar algunas tierras que hoy son el descanso del monasterio. Siempre vivió este venerable padre en este convento, hasta que la provincia lo remitió a varios negocios a la Europa. Murió en el mar, cerca de La Habana, que a haber estado en la provincia, según lo natural, fuera Ucareo urna de sus venerables cenizas. Pero ya que no le recibió en sus senos esta casa, quede este convento por Cenotafio de este varón. Que también se usaba levantar sepulcros sin los cadáveres, sólo para recordar las memorias de los muertos, en particular a los que morían en el mar: *Ūs, qui naufragio periissent, aut quorum corpora haberi non possent, huiusmodi autem sepulchrum, in quod nullae erant reliquiae; Cenotaphium, hoc est inane sepulchrum vacabatur* (Calepi Litte. C.).

Prosiguió en los aumentos de este convento el venerable padre Fray Pedro García, a cuyo celo y eficacia es deudor de sus mayores auges. No siendo menos los del venerable padre maestro Fray Pedro Salguero. Estos han sido los principales prelados de esta casa, a cuyos esmeros debe el haber ido siempre a más, así en lo temporal como en lo espiritual; motivo por el que viendo los prelados lo proporcionado del convento, por algún tiempo tuvo noviciado, y hubo ocasión en que mantuvo estudios mayores. No siendo el menor lustre de esta casa, haberse celebrado en ella, el año de mil seiscientos dos el primer capítulo provincial, en que salió electo nuestro venerable padre primitivo Fray Pedro de Vera.

Duró la fortuna de este convento en los aumentos hasta el año aciago para él, de mil setecientos uno; a los cien años de haber tenido la dicha de ser la primera casa capitular de la provincia, le acaeció la mayor ruina, hija de un descuido. Pendía la vida de este templo, y su conservación, como allá Meleagno de un fatal tizón, que olvidado en la torre, fue tea de Prostrato contra el templo de Ucareo, y a no impedir la solicitud secular con grande riesgo la voracidad del insaciable elemento, hubiera quedado en proverbio sólo, el primoroso convento de Ucareo. Pero quiso el Señor que sola su iglesia padeciese la ruina, reservando la casa de los religiosos. Obrando aquí, como siempre, su misericordia, pues por librarnos a nosotros del fuego, toleró en el templo de su cuerpo los incendios, que expresó por David: *Dolores inferni circumdederunt me* (Salm. 17. N° 6.)

Era a la sazón en que acaeció este incendio, provincial nuestro venerable padre lector Fray Felipe de Figueroa. Sintió en el alma el golpe y procuró remediar con prontitud el fracaso. Para lo cual removió al prior actual, porque reconoció que necesitaba de más eficacia la renovación del templo. Puso por prelado al padre predicador Fray Miguel de Contreras, digno del nombre de orador, pues pudo ser Ortensio de este Nuevo Mundo. Luego se conoció lo acertado del nombramiento, pues al punto comenzó a congregarse muchas maderas, para que renaciese de las muertas cenizas el difunto templo. Sopló sus fervorosas llamas con las alas de su solicitud, y en pocos años se vio nuevo Fénix renacido en el templo de Eliópolis o del sol agustino mi gran padre, del cual es patrón; personalmente se vio trabajar en la obra, a este padre; de Dios habrá tenido el premio. Y yo he cumplido con la obligación de cronista, con esta breve memoria, digno de mayor elocuencia que lo inmortalizara.

De solos dos venerables padres hallo memoria, que yacen sepultados en este templo. El primero es el fundador de él, que

como visto queda, fue el venerable padre Fray Juan de Utrera, muy siervo del Señor; quien se labró, como gusano, el sepulcro en que descansase su cadáver. Aunque tan gran panteón, yo lo considero pequeño mausoleo para tan gran varón. Cupo muerto, en donde por su grande ánimo, no cabía vivo. Perpetua pirámide será el convento de Ucareo, que cada día recuerde el beneficio que recibió de este fundador; de cuya virtud cree la piedad que pide en la gloria por la continuación y permanencia de esta su fundación.

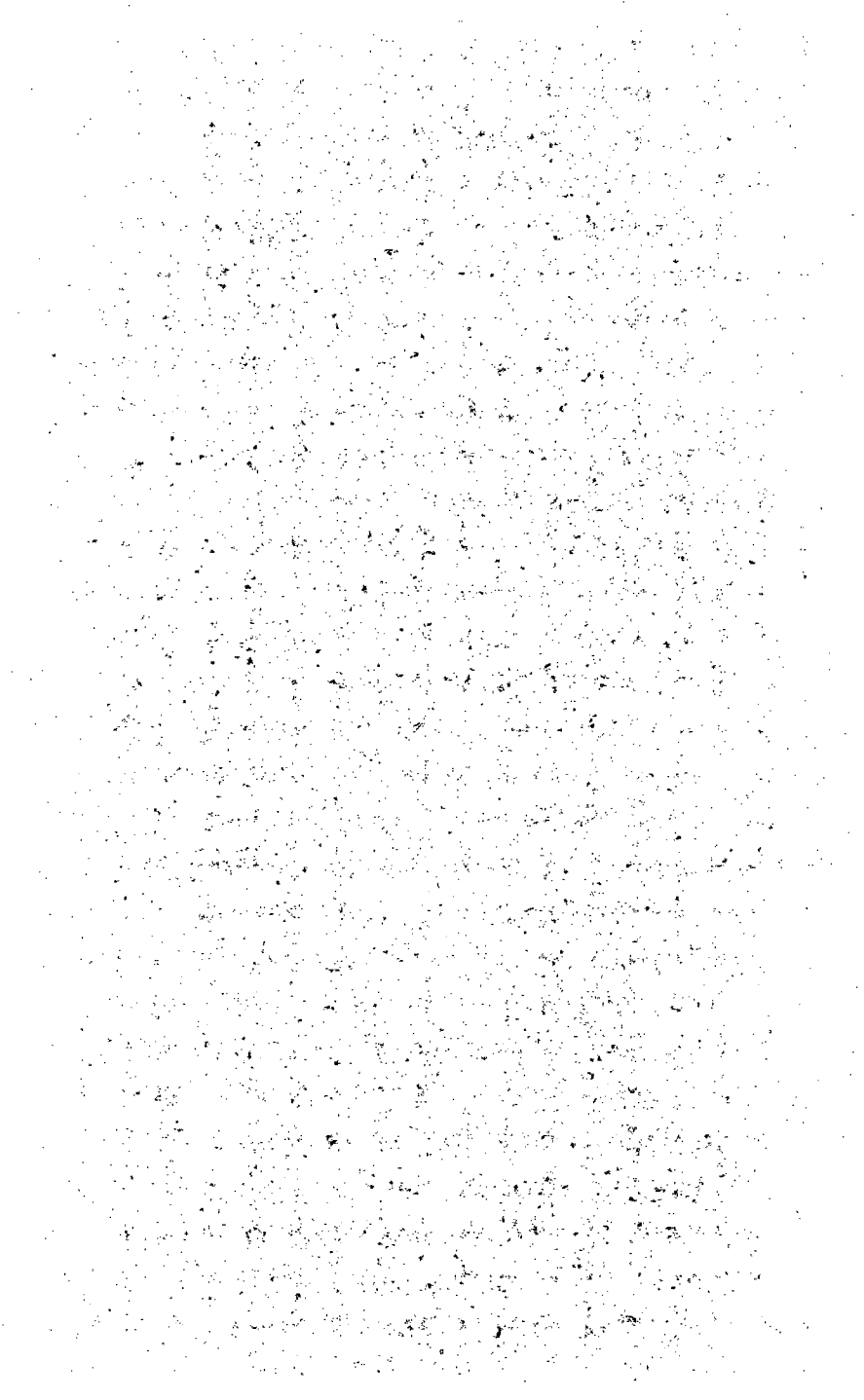
El segundo que logra en su vientre esta iglesia, es el venerable padre Fray Diego de Mendoza, observantísimo de nuestras sagradas leyes, las cuales supo de memoria, como allá el gran Papiniano. Era muy recto y celoso, muy dado a la oración; y una tarde en que atizaba el fuego del espíritu con la leyenda espiritual de un libro intitulado *Espejo del bien vivir*, disparó el trabuco de una negra nube un rayo, que le privó de la vida, sin causar el menor movimiento en su cuerpo, pues al ruido concurrieron los religiosos a la celda prioral, y hallaron a su prelado sentado en la silla y con el referido libro abierto. Aconteció lo dicho el año de mil seiscientos sesenta y nueve, día de nuestro segundo provincial, Santo Tomás de Villanueva, a quien desde aquel año eligió el convento por su patrón y titular contra las centellas; y se ha experimentado el patrocinio de nuestro santo arzobispo hasta hoy.

Fundose esta casa, octava maravilla de este Nuevo Mundo, el año feliz de mil quinientos cincuenta y cinco. En el cual tiempo regía como diestro Palinuro el galeón de la Iglesia universal, el santísimo pontífice Paulo IV. Tenía la corona del mundo, como supremo emperador, el católico monarca Marte español, don Carlos V. El cetro español regía el invencible brazo del prudente rey don Felipe II. El bastón de esta Nueva España lo empuñaba como recto Licurgo, el virrey don Luis de

Velasco el primero. Apacentaba las ovejas mechoacanas, como vigilante pastor, el ilustrísimo señor doctor don Vasco de Quiroga. Era general de la aureliana familia, el reverendísimo maestro Fray Cristóbal Patavino. Y provincial de esta América nuestro venerable padre Fray Diego de Vertavillo. Y su primer prior, el referido venerable padre Fray Juan de Utrera.

Capítulo LVIII

**De la prodigiosa vida de nuestro
venerable padre Fray Diego de
Vertavillo, fundador del convento
de nuestro padre San Agustín
de Ucareo**



Por ir consiguiendo en el modo que he llevado, en escribir esta crónica, aquí había de poner la vida del venerable padre fundador de este convento, Fray Juan de Utrera, pero son tan pocas las noticias, que apenas, como visto queda, se hallan memorias. Motivo por el que ocupa su lugar, con grandes razones y títulos, nuestro venerable padre Fray Diego de Vertavillo, por haber sido el todo, con su solicitud, de esta fundación de Ucareo, cuyas venerables manos bendijeron esta obra que creciese a los auges que quedan referidos. Es justo acreedor a ocupar nicho en esta obra, por haber sido verdadero padre de esta provincia, no sola una, sino dos veces. Y a no haber la Parca cortádole tan temprano el hilo de la vida, creo hubiera sido otro Mario romano, en las repetidas elecciones que hubiera hecho el Senado de la provincia, en su religiosa persona. Fue prior de nuestro convento de Valladolid, cuyas firmas recuerdan esta memoria y hacen venerar a aquel libro. A este venerable padre debe la provincia la erección de Xacona en priorato. Todas las cuales son razones para que tenga lugar en esta mechoacana Thebaida.

Varias veces intentó, como generosa águila, sacudir las plumas del mando en las aguas de la mechoacana laguna; y retirarse a las peñas de esta provincia, en donde poner su nido, para con su sangre alimentar a sus hijos. Pero jamás pudo lograr estos deseos, por más que se lo pedía al Señor. Con estos

deseos eficaces de parte de nuestro venerable padre, moró en México, como Daniel en Babilonia, anhelando como este profeta santo varón de deseos por Jerusalén, nuestro deseoso Vertavillo, por su Mechoacán, a quien tenía por la visión de paz, electa para su retiro. Los beneficios y aumentos que hizo en esta provincia, son claros testimonios de lo mucho que la amó. Los deseos, son auténticas pruebas de sus cariños. Quedósele en deseos la venida a morir a Mechoacán.

México logró su cadáver. Mechoacán se quedó con el deseo de poseerlo. México sepultó su memoria. Mechoacán resucita estos beneficios y deseos en esta crónica.

Vertavillo, pequeño lugar de nuestra España, fue el florido oriente en que amaneció, el año de mil quinientos trece, un resplandeciente astro que a pocos lustros creció a dilatado sol. Este pequeño río, que creció a sol, fue don Diego Rodríguez, descendiente del Cid Campeador don Rodrigo de Vivar: *Eratis Vertavilli in Hispania nobilibus Parentibus ortus* (*Alph. Lib. 1. Litte. D. p. 191*). De tan clara fuente de nobleza como fue el Cid: *fons*, tuvo el natural origen don Diego, para crecer después a sol: *solemque conversus est*. Bien mostró luego la noble sangre que en sus hidalgas venas latía, puesto que luego que comenzó a apuntarle la razón, comenzó a dar evidentes muestras de sus futuras proezas, en las muchas virtudes que desde aquella primera edad comenzó a acumular, prudente y prevenido.

Reconoció los grandes riesgos que corría en el proceloso mar de este mundo, y dispuso recogerse al seguro puerto de la religión. Cortando con este hecho las futuras esperanzas a que podía aspirar su noble sangre. La provincia de Castilla de nuestra religión sagrada, logró esta dicha; de lo cual viven las demás santamente envidiosas. Nuestro recoleto convento de Burgos, dice que él fue la cuna en que nació este varón: *Conventus Burgen-sis Alumnus* (*Alph. Lib. 1. Litter. D. p. 191*). Pero la religiosa

casa de San Gabriel de Valladolid, alega por su parte este derecho; mostrando su profesión, hecha el año de mil quinientos veintinueve. En que a mi parecer da más auténtica prueba de ser madre del venerable Fray Diego. Mucha virtud, era sin duda la de este varón; pues dos conventos tan ilustres contienen por la filiación de este hijo. (Sicardo. Lib. 1. Cap. 2. de la Cristiandad del Japón. p. 10).

Tanta virtud como la que en nuestro venerable padre, no era nacida para sólo un mundo; y así dispuso la Providencia la lograse también este Nuevo Mundo, moviéndole el interior espíritu, para que se transitase a esta América, como ángel veloz, a reducir descarriadas ovejas al aprisco del buen pastor. *Anno millessimo, quingentésimo, trigesimonono Inter. Alios veloces Angelos ad Gentem convulsam, et dilaceratam millon ad Indos transfretavit* (*Alph.* Lib. 1. Litte. D. p. 191). Vino por la aprobación y dictamen de su grande amigo Santo Tomás de Villanueva, actual prior de Burgos, que aunque no era en la ocasión provincial, fomentaba con el calor de su apostólico espíritu las misiones de las Indias. Era la Ocifraga, que aunque no sea madre de los hijos del águila, sólo por relación los cría y alimenta. Así nuestro santo padre Villanueva recogía los hijos del águila Agustín, fomentábalos en el nido de su amoroso corazón, para así que tenían alas para volar, despacharlos a la casa de racionales indios pájaros.

Fue el prelado de la misión en que pasó el referido año de mil quinientos treinta y nueve, nuestro venerable Fray Diego, el santísimo y estático padre Fray Juan de San Estacio, inmediato al cual venía en el lugar nuestro Fray Diego. Luego que asentó plaza en la cristiana leva, en cumplimiento de la costumbre de aquel siglo de Saturno, se borró en la firma el antiguo noble apellido de Rodríguez, el cual podía tal vez recordar pasados blasones de rey Díaz del Vivar, y se puso el humilde de su

patria, Vertavillo. Lugar que, por pequeño, le podía recordar lo humilde de su cuna, y quizá para más desprecio de su persona, pues sabiendo que era oriundo de tan corto lugarcillo, dirían: no puede salir cosa buena de tan corto arrabal.

Logró el océano la dicha, de que hasta hoy vive gustoso de que pisasen sus azules suelos los descalzos pies de nuestro venerable padre. Era admiración a todos la serenidad de ánimo que lograba su recogimiento en medio del náutico bullicio. Ulises parecía de aquella nao, con los oídos tapados para no oír los cantos de las sirenas, siempre atado al árbol mayor de la Cruz de la mortificación. Con el cual concierto arribó el mismo año de mil quinientos treinta y nueve a las Indias, y en breves días llegó a la imperial ciudad de México, centro de sus líneas, desde donde en breve comenzó a dar muestras de su gran virtud y a confirmar con obras lo que publicaban los misioneros sus compañeros. Viendo aún más de lo que se decía de su santidad.

Procuró luego la provincia aprovecharse de este rico tesoro que le había enviado el Señor, y así, aunque mozo en el aspecto, lo eligieron en maestro de la juventud. Y esto en tiempo que tenía la provincia a unos varones como el santo Roa, Fray Juan Bautista y otros muchos; fiando de la virtud de Vertavillo, el futuro progreso de una provincia tan santa y recta: *Ibi omnis institutis, et sanctitatis exemplar factus, magister Novitiorum eligitur* (*Alph. Lib. 1. Litte. D. p. 191*). Luego se sintieron los aciertos de la elección en los logros que le dio el siervo fiel y prudente a la provincia de los talentos que le entregó. Conocióse lo diestro del nuevo colono, en hacer fructíferas las plantas de la mundana selva sólo con transplantarlas y cultivarlas en el huerto laurentino o aurelianense. Maravillosos metamorfoseos veía obrar nuestro convento de México a su Vertavillo.

Empero nuestro venerable padre, como sabio diestro Mercurio, de brutos y de fieras, hacía racionales. Y con la gracia del

Señor, de las toscas piedras labraba con la escoda de la doctrina, estatuas para llenar nichos en el templo de la triunfante Jerusalén.

Nuestro Vertavillo fue el primero que dio principio en el agustiniano pensil, indianas flores, disponiendo en los cuadros y arriates del jardín mexicano las rosas de Castilla y los indianos zúchiles, viéndose poblado el huerto del noviciado de castellanas rosas e indianas flores. Esto es de criollos y gachupines. Anteros y Cupidos, que mirándose como hermanos crecen en la virtud. Los primeros hijos de la tierra, fueron hechuras de nuestro venerable padre en quienes afianzó la provincia sus futuros progresos, llenando de ellos las cátedras de la Universidad, para allí pasar a ocupar los primeros puestos de la religión; y de aquí salir a llenar las ilustrísimas sillas. Muchos de los hijos de nuestro venerable maestro Vertavillo, vio en los referidos puestos este Nuevo Mundo; y si no los vio todos, fue porque faltaron sillas que ocupar.

Este fue el primer empleo de este venerable varón, en que aprovechó mucho más que otros en más honoríficos puestos. Mostró el gran caudal de letras que había acumulado en nuestro insigne convento de Salamanca, en un libro que escribió, al modo de la cartilla del seráfico doctor San Buenaventura. Este fue un tratado que intituló *Régimen de novicios: obra primogénita de su espíritu celoso*. Conocieron entonces que junto con la mucha virtud que manifestaba, tenía muchas letras con qué aprovechar y que si lo denominaban maestro de novicios, era acreedor al título de maestro de Teología. Pero su profunda humildad, jamás le permitió aspirar a este título, mereciéndolo por escritor y autor de libros, y por haber escrito la crónica de la provincia, de la que se valió el maestro Fray Juan de Grijalva para dar a la estampa la suya. Más gustoso vivía de ver cubiertas sus beneméritas sienes de la tosca negra estameña de la

capilla, que de verla laureada con la corona de Minerva, sabias ínfulas o diademas que ha inventado para estimular la sabiduría.

No necesitaba del bonete magistral nuestro venerable padre para que fuesen conocidas sus grandes letras. Pues, estando llena de doctores la corte mexicana, Atenas con verdad de esta América, de todos eligió para su confesor y consultor a nuestro venerable Vertavillo, el capacísimo virrey don Martín Enríquez, quien como a oráculo de Apolo consultaba a nuestro venerable padre. Cuyos dictámenes eran para el virrey, como de un acertado Aquitófel. Todo el reino sintió el beneficio del oráculo, y así todos vivían gustosos de las distribuciones que hacía nuestro venerable padre, sin agraviar beneméritos ni adelantar pretendientes; llegando a conseguir su recto y desinteresado obrar, ser amado de Dios y querido de los hombres. Cuya memoria dulce, hasta hoy persevera, sin que los muchos años la hayan borrado.

No se estrechaba la capacidad del acertado consejero a los límites de un noviciado, poca esfera para tan grande sol. Necesitaba de más mundos en que extenderse; pues pudiera la opresión a no caer en tan humilde varón, causar por ceñido a poco algún estrago. Podíase temer lo dicho, no de la gran capacidad de nuestro Vertavillo; y así prevenido el riesgo, dispuso la provincia que rigiese a todo este dilatado Nuevo Mundo, y que extendiese sus órdenes e influjos hasta el Asia, en las islas del poniente. Así se explayó este grande ánimo; así logró sus aciertos esta América. Todo lo cual perdiera, si se hubiera estado en el estrecho rincón del noviciado. Hay tiempos, que es menester recurrir a los desiertos por hombres. Dígalos Roma, que del retiro de la cabaña y de la mancera o estera, sacó a Quinto Cincinato para su dictador. Cuando el mundo necesita, como en el tiempo de San Dámaso, de un Jerónimo, es razón que salga del noviciado de Belén y del retiro de su celda a gobernar con sus aciertos el mundo. Y por fin, al llamado de Constantino, sale de

la Thebaida el gran Antonio, a dar máximas para gobernar. Así ni más ni menos, saca el virrey don Martín de nuestra Thebaida, para aconsejarse, a nuestro anacoreta Vertavillo.

Rara vez se hallan en sujeto lo temporal y eterno; no se unen en todos los sosiegos del espíritu, con los tumultos del cuerpo; raro es el que vuela con estas dos alas; no se halla a cada paso un Aod. No se ve cada día un Moisés, que a un mismo tiempo esté con Dios orando, y gobernando en lo político todo un pueblo, parece quiebra la naturaleza los moldes en que funde estos hombres para todo, y así son raros los que se ven espirituales y temporales; porque retirados los contemplativos a los arcanos de la oración, entienden poco de las máximas políticas de los regios gabinetes. Por esto Berselai no admitió las ofertas de David, porque retirado a la contemplación, reconoció no había de acertar ni amoldarse a las etiquetas de palacio. Uno de los pocos que supieron unir lo secular y espiritual, fue nuestro venerable. Con el mismo aire mandaba la pluma en el retiro de su celda, que el bastón en el bullicio del siglo. Tan bien formaba un capítulo de contemplación con la pluma, como un despacho del superior gobierno. Esto es ser otro Tomás Cantuariense, que con tantos aciertos hacía las espirituales funciones de arzobispo, como las seculares de gran canciller de Inglaterra.

Viendo la provincia que el reino todo engrandecía con hipérboles el gobierno del virrey por la dirección y dictamen del maestro de novicios Vertavillo; quiso lograr el beneficio que dentro de su casa tenía. Por lo cual lo sacó la obediencia de los retirados cuartos del noviciado, a los manifiestos angulos del monasterio, que para esto fue criada la luz, para que alumbrase, no para que estuviese oculta bajo el celemín. Subió a la esfera de prior de nuestro convento grande de México; título que le da su grande observancia, y que también le granjea la

multitud de sujetos que mantiene en sus dilatados claustros. El cual puede ser, él solo provincia, como lo es el de los plurimanos, allá en la Etiopía, según nos lo cuenta en la crónica de aquel reino el maestro Ángeles.

Colocado sobre el blandón mexicano, crecieron, porque se vieron, más sus resplandores, cuyas luces fomentaba con el óleo suave de su cristiandad, o con la dulce cera de sus palabras, ardía inextinguible antorcha, su amoroso y paternal fuego, fomentábalo este su natural cariño, el cual un vestal o flamíneo sacerdote que siempre lo atizaba con leña de caridad, para que jamás pudiese el frío Aquilón, con sus soplos extinguirlos. A su calor, a los rayos de sus luces, estaban todos mirando, como si fueran idólatras de este sol. Eran águilas todos, y en prueba de su legitimidad, contemplaban en su sol Vertavillo, para beber las luces de su doctrina, la cual les comunicaba por los ojos, con su singular ejemplo y religiosidad.

Cuando acabó el oficio de prior, en que de necesidad se había de ver en el ocaso este sol, fue aquel sepulcro, para su mayor ascenso, escala. Porque toda la provincia, la vez primera, año de mil quinientos cincuenta y cuatro, en la ciudad de México, teatro que eligió la provincia para que en él se viesen los aciertos de nuestros primitivos vocales, con la circunstancia pocas veces vista, de haberlo electo en provincial, sin ser vocal. Lo cual por notable, refiere el maestro Grijalva; y en prueba de la grande aceptación que se tenía de su persona, la cual no necesitaba tener presente con la vista los capitulares, pues con los ojos del alma, todos lo tenían en su mente para elegirlo. No necesitan los Celestinos de estar dentro de los cónclaves para que los busquen las Tiaras, allá a los retiros de los Apeninos, ven en su solicitud las dignidades.

Bien se conoció haber sido de Dios la elección. Pues como refiere Grijalva, no se ha tenido persona mejor ni de mayor

valor y pecho para los negocios de la provincia, en cuyo tiempo y gobierno se ofrecieron los más arduos que han acaecido: que parece lo tenía guardado para esta ocasión, la Providencia. En su gobierno se excitaron las contradicciones de los ordinarios, como veremos al fin de este libro. En que choquéó el galeón de Vertavillo, sin sentir el menor quebranto en la horrorosa tempestad en que peligrara el más diestro Palinuro. No menos que en las altísimas e ilustrísimas mitras, elevadas piedras de la cristiandad, a cuya destreza se debe el feliz arribo que hoy gozan en este reino todas las naves religiosas. Gracias al diestro piloto Vertavillo, pues a él se le debe el felicísimo arribo al puerto de la paz.

Cuando fue electo en provincial, acababa de desocupar el asiento nuestro venerable padre doctor Fray Jerónimo de San Esteban, uno de los siete primeros ángeles fundadores de esta provincia; y para llenar el gran hueco que hizo este varón, discurrieron que ninguno como Vertavillo, había de llenar aquel vacío.

Como con la superior ocupación no podía todo el tiempo que quería su caridad darse a la doctrina y enseñanza de los novicios, imanes y rémoras de sus afectos, procuró que la *Cartilla* que había hecho, siendo maestro de novicios, con otros aditamentos muy proficuos, *se imprimiese*, para que todos tuviesen este norte, con que regirse en la religión, sirviéndoles de carta de marear, para navegar seguros a la India de la gloria. En este tratado enseñaba, como diestro náutico, los escollos y arrecifes en que podían peligrar las navecillas que entraban al mar océano de la religión, como así mismo daba lecciones en que ocupar a los novicios, porque el ocio y descuido, no fuese causa de naufragar. Así enseñaban desde la alta popa de la prelación, hecho farol de la nave agustiniana.

En este mismo tiempo en que podían pensar algunos que vivía divertido nuestro venerable padre con el aura del oficio

superior, *escribió un tratado de la oración mental*, que en aquellos tiempos ayudó a muchos contemplativos para elevarse en la contemplación. Fue muy aplaudida esta obra, por los grandes frutos que de ella se recogieron. Bastante para ser conocido por el doctor místico de este Nuevo Mundo. El fue el primero que en esta América subió a la cátedra de Sión, monte del Señor, a leer *de Vissione*. Merecido tiene por lo dicho la borla de doctor místico; que no es necesario cursar las escuelas de París o Salamanca para conseguir esta magistral laureola; que la gran doctora Teresa de Jesús y el insigne San Juan de la Cruz, merecieron las doctorales ínfulas, sin subir a las cátedras de las universidades del mundo. Como para mí tengo que lograría la borla de místico doctor nuestro maestro místico Vertavillo. Que si el mundo le negó el bonete de sus clases, el cielo le daría el supremo de la gloria.

A tiempo que entendía en escribir libros de mística teología, porque el olvido no sepultara en las márgenes del Leteo los maravillosos hechos de nuestros primitivos padres, quiso como ocular testigo, dejar una memoria de todos a la posteridad. Obra tan útil, que ella fue el todo con que escribió el doctísimo maestro Grijalva la crónica de la provincia del Santo Nombre de Jesús, y mucho en ella de esta provincia de San Nicolás de Mechoacán. ¿Quién viéndolo escribir no pensara que estaba muy desocupado este varón? Pues se engaña; que así como Julio César cuando sus comentarios, estaba guerreando, así nuestro Vertavillo cuando escribía los comentarios y hazañas de nuestros Césares, entonces era cuando más encendida estaba con los ordinarios la guerra, por los puntos y jurisdicción. En lo cual se conoce el sosiego y paz interior de este gran varón. Verdadero Arquímedes que combatiendo la ciudad y aun entrándola, todo el ruido de la milicia, no era suficiente a inquietarle el estudio.

Antes sí, entoncés procuraba los mayores aumentos de la provincia, pues cuando la pasión quería minorarnos las casas, la eficacia de nuestro venerable padre fundaba otras muchas. En esta provincia fundó por este tiempo el convento de Ucareo, octava maravilla de este Nuevo Mundo. Erigió convento en Tlayacapan, en Tezontepec y en Xilitlán. Hizo priorato en esta provincia al convento de Xacona. Poco le pareció todo lo hecho en esta Nueva España y transitó su celo hasta las islas del poniente, que hoy llaman Filipinas, para donde remitió apostólicos obreros, los cuales fundaron una provincia que hoy es de las más crecidas de nuestra sagrada religión. Todo esto y mucho más hizo, cuando casi todos los báculos de la América le herían; pero su constancia lo sacó de todo triunfante.

No omitió, por los continuos disturbios, visita alguna de las de obligación. Vino repetidas veces a esta provincia de Mechoacán, para con su vista y órdenes, ampliar los conventos, como se vio en el de Valladolid, Yuririapúndaro y Cuitzeo recién fundados; cuyas obras fomentó con el caudal de su espíritu. Dio fin a la celebrada obra de Ucareo, y a la de Xacona dio el último complemento; atendiendo a esta provincia, como que no tuviese este grande ánimo otras muchas cosas a que atender su solicitud. La cual se sentía a un mismo tiempo en Mechoacán, México, Roma, Madrid y Filipinas. En todas estas distantisimas regiones, obraba este gran varón, con la misma eficacia que en el lugar que ocupaba; de que no poco vivían admirados los que sabían esta pluralidad de negocios.

No se olvidaba entre tantos tráfigos del aseo y curiosidad de las iglesias y sacristías; solicitaba de Roma, Milán y Nápoles las más ricas telas para sagrados ornamentos. Poca le parecía la plata de las Indias a este Salomón religioso para emplearla en cultos del Señor. Las más sacristías llenó de ricos blandones, custodias y vasos. Sin otras muchas y preciosas alhajas que hoy

recuerdan la liberalidad y magnificencia de este cristiano Ciro. Tantas fueron las dádivas que hizo su solicitud, que dice el maestro Grijalva, fue el que más ha dado a las sacristías e iglesias de cuantos prelados ha tenido la provincia. Notables palabras dichas a la vista de tantos Zorobabeles religiosos que ha habido.

En tiempo de este venerable padre, visitó la provincia como vicario general el maestro Fray Pedro de Herrera, de nación andaluz, de quien dice nuestro Alphabeto las siguientes palabras, que por descreción las dejó en latín: *Religiosum, et inexper-tum, et forte, vel imprudenti zelo regiaum, vel nativa severitate Capitosum* (*Alph.* Lib. 1. Litte 1. p. 455). A esta natural y nacional petulancia, se opuso nuestro manso Vertavillo, para que en su blandura se quebrantasen los golpes. Fue de modo que sólo él pudo ser freno para reprimir la cólera a este visitador, sin permitirle alterar lo menor de los primitivos estatutos, sobre que se fundó la provincia, motivo por el que varias veces se opuso: como allá Pablo a San Pedro, acá este apostólico Vertavillo, a este otro Pedro.

Por lo dicho, se opuso varias veces con el celo de un Elías y con el valor de un Bautista, a los dictámenes de este prelado. Pero como era el celo de la mayor observancia el que le encendía en rayos de luz el rostro, como a Moisés; siempre salió lucido y airoso de los ataques; levantándose del polvo de la tierra en que se humillaba, con más bríos que Anteón, contra arrogantes Hércules. De este modo conservó los estatutos primitivos, rípios que mantienen las grandes piedras del edificio de la provincia, sin permitir se desmoronase de esta lucida torre de David lo más mínimo, que para esto tenía mil escudos que la defendieran de intempestivos tiros.

Acabó su oficio, y entregó los sellos a nuestro venerable padre maestro Fray Alonso de la Veracruz, por tercera vez electo en provincial. El mayor hombre del Nuevo y Viejo

Mundo elige la Provincia para que llene y ocupe el hueco de Vertavillo. Prueba de quién era nuestro venerable padre, pues le sucede en el oficio el sol por antonomasia de este occidente. En la variedad de los tiempos se ha estimado tanto el gobierno de este Samuel religioso, que por sus dictámenes y estatutos se ha gobernado la provincia, sin que el tiempo haya extinguido aquellas máximas religiosas de su acertado gobierno.

Capítulo LIX

**De la segunda elección que hizo
la provincia de nuestro venerable
padre Vertavillo, de sus virtudes
y de su dichosa muerte**

Quod bonum est semel, et iterum repetendum est. Lo bueno se ha de repetir, para lograr ocasiones el gusto. Gustó el bien la provincia, del gobierno de nuestro venerable Vertavillo; y casi impaciente la contempló, porque no veía el caduceo en las manos de su amado padre. Por lo cual luego que pudo por nuestras leyes en el capítulo que se celebró en Epazoyucan, el año feliz de mil quinientos sesenta y tres, en que presidió el maestro Fray Pedro de Herrera, salió electo segunda vez en provincial nuestro venerable Vertavillo. No hay prueba más evidente de un buen gobierno, que la reelección en su sujeto. Sulamite de esta provincia, considero por su pacífico genio a nuestro Vertavillo. Y tan pagados quedaron todos de su sereno y paternal mando, que otra vez le piden vuelva a mirarlos y a regirlos.

Consiguieron los ruegos y súplicas de todos los religiosos, acompañados estos de los formales preceptos de la obediencia, el que repitiese otra vez a coger el timón de la agustiniana nave. Bastaba sólo verlo en las borrascas, para pronosticarse serenidades. En tempestuoso mar estaba toda la provincia, había alborotado la serenidad de ella el Eolo del visitador.

Los claustros religiosos gemían con la borrasca; pero lo mismo fue ver con el gobierno a nuestro venerable en la nave, que creerlo por hijo de Leda, Tindarida estrella de las tempestades, o por mejor decir, por San Telmo de aquella borrasca. Al

momento con su vista, se comenzaron a sentir los días alicio-
neos, contándose no por sietes los pacíficos días, sí por siglos.

Retiró su valor al visitador a los reinos de Castilla, hecho que a todos admiró y que sólo visto, fue creído. Con lo cual gobernó con grandes aciertos la provincia, sin el menor distur-
bio. Viendo todos cerrado el templo de Jano, en este feliz consulado, y abierto el templo de la paz, coronados todos de paci-
ficas olivas, como en el tiempo de Augusto. Así entregó el
pacífico caduceo del gobierno al fin de su breve trienio, a nues-
tro venerable padre Fray Juan de Medina Rincón, después
dignísimo obispo de Mechoacán. Este fue su deseo; este ilustrí-
simo prelado prosiguió el gobierno de nuestro venerable Ver-
tavillo, sin declinar un punto de las rectas huellas que había
dejado impresas.

La vida personal de este insigne varón, fue a todos muy
ejemplar, el hábito tosco, su materia estameña o jerguilla, su-
mamente estrecho, en todo a la moda rigurosa de nuestros
primitivos padres. Los cilicios, fueron de por vida, y aun pasa-
ron los términos de esta, pues los llevó hasta el sepulcro. El
ayuno fue sólo uno, pues jamás se le vio tomar, fuera de la
hora, alimento. Con lo cual llegó casi a tener o a alcanzar una
vida angelical, con una conversación seráfica, según encendía
en amor de Dios a todos los que se allegaban a las llamas de su
gran caridad. Muchos con sólo su trato se renovaban. Cristiano
Chiron, que sólo con su vista componía a los más arrogantes y
desbaratados Aquiles del mundo.

Durole hasta el fin este modo de vida y ejemplo, sin remitir
un punto, por muchas ocupaciones que tuviese del primitivo
fervor. Dos veces que fue provincial, corrió toda la provincia,
extendida por muchos cientos de leguas a pie. Sagrado Hipó-
menes de este Nuevo Mundo. Creo que así como en los juegos
olímpicos y con particularidad en los istimios, se les daban

coronas de pino y acebuches a los que corrían en el estadio, que constaba de solos ciento veinticinco pasos. Pues si vieran correr a nuestro venerable agoneta Vertavillo, no por la corta distancia de ciento veinticinco pasos, sí por más de trescientos leguas, a pie y descalzo, ¿qué Coronas no le dieran?

Aun piden más ponderaciones las veloces carreras de nuestro venerable padre. Para correr en los circos los agonetas, prevenían el plano y este cubrían, para la igualdad, con arena; pero por donde nuestro venerable padre hacía su curso veloz, era por las asperísimas sendas de la tierra caliente, veredas que han abierto las ponzoñosas víboras o las venenosas zerastes. Cada piedra es una caliente cuchilla, apta a dividir la más fuerte herradura. Cada paso es un precipicio y cada movimiento un peligro. Lea el lector lo que queda dicho de esta tierra. Toda esta Libia americana anduvo a pie repetidas veces nuestro venerable padre Vertavillo, sin omitir lugar por fracaso que se lo pintaran; antes sí el lugar y camino que le decían era el más arriesgado, ese estimaba en más porque en él hallaba mayor mortificación su penitente cuerpo. Viéndose, en nuestro venerable padre, el primitivo fervor y espíritu apostólico, con que fundaron las iglesias de este Nuevo Mundo, aquellos primeros ángeles que pasaron por nuestra dicha a esta América.

Si era solícito para sus súbditos, no fue menos para la solicitud de su alma, en lo cual era un vigilante Argos de su conciencia, muy semejante a aquel querubín que en forma de sabio Esfinge, vio allá Ezequiel, lleno todo de ojos. Cristiano Jano en las multiplicadas vistas, anteriores y posteriores, con que veía como lince, lo más retirado y oculto de la conciencia. No sólo tenía ojos para atender y considerar lo pretérito, pero como varón prudentísimo, previno su aquilina perspicacia, lo futuro, previniendo el día, tiempo y hora de su muerte, como veremos. Y como vio este día, para él se previno con notables circunstancias.

Además de las indulgencias que para aquella tremenda hora de la muerte están concedidas a todos los religiosos, y las que la orden tiene impetradas para sus hijos, que son amplísimas, solicitó nuestro venerable Vertavillo, una especial bula de indulgencia plenaria, en la cual su santidad daba toda su autoridad a un sacerdote, el que eligiese para que lo absolviese de todas sus culpas y le concediese indulgencias y jubileos. En el cual prevencional, se conocen los pensamientos de este venerable varón, pues tan de antemano se previno para la hora última, como el patriarca Abraham, comprando y solicitando sepulcro. El cual hecho, por lo que está significado en Hebrón, no fue otra cosa que solicitar para sus últimos días, el prevenido patriarca, una indulgencia. Ejemplo que tomó nuestro Vertavillo, patriarca de esta provincia, Fénix verdadero que para renacer a la inmortalidad, congregó para el día de su muerte las aromáticas especies que produce la romana pancaya de la iglesia.

Admira el hecho en un religioso tan perfecto, que tanto frecuentó los sacramentos. Un varón tan ejemplar, sumamente pobre, después de haber sido dos veces provincial, y toda su vida confesor de un virrey de Nueva España. Empleó para atesorar más que Crespo. No tuvo de qué hacer memoria; no se le hallaron más que disciplinas, cilicios y cruces. Pues siendo, como visto queda, tan pobre, tan puro y tan obediente, fundamentos de una grande santidad, con todo solicita, para aquella hora más remedios. Buen ejemplo nos dejó en este hecho nuestro venerable padre para prevenirnos, para aquel trance; aunque nos hallemos cargados de virtudes, que todo y mucho más, es necesario para aquella última lucha.

Sólo para lo dicho solicitó letras de la Europa, sólo para lograr lo referido ocupó a sus agentes; estos fueron los rescriptos y gracias que trajo su solicitud del Aventino, para bien morir, y no para vivir con honra y ambiciones. Un varón, que había

sido privado de un virrey, el todo para los ascensos e intereses de muchos poderosos con el mayor séquito que se ha visto en esta América, estimado de las togas, venerado de las mitras, aplaudido de la milicia, respetado de las religiones, y por fin superior dos veces de su religión; de todo esto se olvida y sólo solicita una bula para bien morir; porque conoció que todo lo dicho, es nada, si el fin último no lo logra la vigilancia, que para aquel instante se necesita.

Una buena muerte era la ordinaria palabra que sus labios proferían; esta era la mirra que destilaban de continuo. Esta era la continua doctrina que se oía en la boca de este justo con que aprovechaba a los que dichosos lograban sus palabras y juicio de aquel tremendo trance, de que siempre hablaba su sabia lengua. Y como esta era su ordinaria lo que la quiso el Señor, como se infiere del hecho, revelarle el último día de su vida, y la hora de él, exceptuando a nuestro venerable padre de aquella común regla.

Una enfermedad que le envió fue de su muerte el nuncio, y en ella le reveló el día y hora. Trató como siervo prudente, y como virgen sabia, sacudir de los párpados del entendimiento el sueño, y encender prevenidos óleos las lámparas, para recibir al esposo. Los sacramentos, que son los oléos y aceites con que se fortalece y unge el cuerpo, fueron las armas con que este atleta se armó para entrar en la arena a la lucha más fuerte que las de Aquiles, templadas no en la Estigia laguna del engaño, sí en las sagradas aguas de la gracia. Recibió los sacramentos con la mayor devoción y ternura que vieron aquellos siglos. Lo cual acabado, para recibir la gracia e indulgencia, llamó a su padre espiritual, que lo fuese confesando generalmente.

Cada día hacía esta diligencia, en aquellos ratos que el verdugo del dolor remitía algo las cuerdas del tormento. Acabó su general confesor, en breves días, que fue el último de su vida; y aunque la

finalizó no quiso recibir la referida indulgencia, reservándola para el último periodo de su vida, como que sabía el punto fijo de ella. Aconteció que viéndolo muy fatigado aquella noche el confesor, quiso absolverlo, prevenido; pero nuestro venerable padre, le estorbó el hecho, diciéndole no ser hora, que él avisaría, que se retirase a su celda, que cuando fuese tiempo, él le llamaba; que descuidase, que él tendría cuidado, como tan interesado de que le diese la absolución al tiempo oportuno a la partida.

A las dos horas de pasado lo dicho, estando al parecer de los que le asistían, aliviado, envió a llamar al confesor, a quien le dijo: Deme V^aR^a la absolución, que ha la llegado la hora de mi muerte, y juntamente la sagrada unción. Lo cual se vio evidente, que en un cuarto de hora que fue lo que se tardaron en estos ejercicios, con los sentidos vivos, sin la menor perturbación, devota el alma, y articulando devotas jaculatorias a su amado, murió en el Señor el día de nuestro glorioso padre San Nicolás de Tolentino, a diez de septiembre, año de mil quinientos setenta y dos: *Hora mortis divinitus praecognita, die decima septembris, Beato Nicolao Tolentinati sacra anno Domini millesimo quingentesimo, septuagessimo secundo; vivere deiit, et verius vivere incepit* (Alph. Lib. 1. Ltb. 1. Litt. D. p. 191).

Luego que se despidió su alma purísima de su casto cuerpo, dio testimonio su confesor, delante de todos los religiosos, de cómo había guardado el rico tesoro de la virginidad, todo el tiempo de su vida, en el frágil vaso de Adán; sin que hubiese despostillado lo más mínimo la más recia y porfiada tentación. Por lo cual merecía la palma blanca de las azucenas su diestra mano, en prueba de su angelical pureza. No admiró al religioso concurso el confesor con sus palabras, porque todos tenían creída esta candidez de nuestro venerable padre pues jamás se le oyó ni vio el más mínimo desliz en este punto, antes sí su vista infundía, a todos los que lo atendían, pureza.

A la hora que expiró este castísimo varón, vieron dos venerables religiosos lo que refiere el padre maestro Fray Esteban García, en la vida de Santo Tomás de Villanueva; son sus palabras: *El padre Fray Diego de Vertavillo, fue dos veces provincial, varón de raras virtudes, observancia notable, continua penitencia, altísima contemplación, obediente, humildísimo y tan limpio, que murió virgen. Cuya alma vieron, acompañada de los ángeles ir a la gloria, los venerables padres Fray Juan de Alvarado y Fray Lesmes de Santiago, testigos abonados, y mayores de toda excepción* (Fray Esteban García en la *Vida de S. Tomás de Villanueva*. p. 27. Cap. 13).

Veloces estuvieron los ángeles en trasladar a los cielos el alma de nuestro venerable padre Vertavillo; tardos los hombres en dar sepulcro a su venerable cadáver, por no privarse de aquella suave vista, que los alimentaba. Considerábanse eleutropios o tulipanes de este sol, y creían que con la ausencia de este cuerpo solar, habían de sentir con perpetua marchitez su ausencia. Tres días estuvo el venerable cadáver expuesto a la vista del gran concurso de la corte mexicana; y el día para su sepultura dispuesto, concurrieron todos los tribunales de México, autorizando el virrey don Martín Enríquez, quien en presencia de todos profirió las siguientes cláusulas: *Hame faltado con la muerte de este venerable padre, grande ayuda para mi gobierno: y gran consuelo y quietud para mi conciencia*. No pudo la natural seriedad de este príncipe reprimir en lo público el llanto, viendo todo el auditorio, sobre el circunspecto rostro, mucha sangre del alma que a la fuerza del puñal del dolor, sacó por las heridas de los ojos el sentimiento.

Como en los religiosos había la relación de hijos y estos no profesaban las máximas circunspectas, expresaron mucho más lo fuerte del sentimiento en la muerte de su padre Vertavillo, dejando hablar a los ojos, para sentir algún alivio en pérdida de tal y tan buen padre. Tal fue el sentimiento, que, a no haberse

asociado con las demás religiones a quienes no tan de lleno había herido el sentimiento, no hubieran podido ejercer la natural piedad con el cadáver de su padre. En brazos, pues, de los más respetuosos religiosos, fue llevado a la sepultura el cuerpo. La cual por humilde petición del difunto fue hecha al entrar de la sacristía, para tener ocasión de oscular, como humilde las plantas de sus queridos hermanos.

En la puerta dicha, se depositó el cadáver. Su suelo fue la concha en que se guardó la preciosa perla, para que así, fuese a las puertas del cielo semejante. El arco de ella fue el triunfal mausoleo que le erigió la provincia, en manifiesta prueba de sus triunfos, pues a suspenderse de los eclesiásticos arcos, en forma de trofeos, los victoriosos despojos, muchos podían pender del arco del sepulcro de nuestro venerable Vertavillo. Pero como la religiosa modestia todo lo calla, por ser el silencio propia profesión, omitió los recuerdos del sepultado héroe; enterrando con sus cenizas la clava y saetas con que había vencido, como esforzado Alcides, a los que querían contender con su brazo valeroso.

No señaló el sepulcro la humildad religiosa; con túmulo, pirámide o aguja. Pero si la tierra anduvo omisa, el cielo, más acertado, individuó con un prodigio el sepulcro, como corrigiéndole a la tierra la plana, que esto hace el Señor con sus siervos.

A este modo se portó pródigo el Altísimo, con el cadáver de su siervo Vertavillo, señaló el sepulcro con un singular prodigio. Pidió, como visto queda, nuestro venerable padre, lo sepultasen al entrar de la sacristía; y como este era lugar a todos patente, todos admiraban ver todas las sepulturas contiguas húmedas, por estar México fundado sobre una laguna; y sólo el sepulcro de nuestro Vertavillo, se conservaba seco, en medio de tanta humedad. De modo que los ladrillos que cubrían el cadáver de nuestro venerable padre, se atendían tan secos como si estuviesen en la

ladrillera; y como todos los demás se viesen húmedos, se señalaba entre todos el sepulcro de nuestro Vertavillo, como si fuese una losa de diferente materia, y era esto tan singular, que como el ladrillo, no estuviese cortado en orden al tamaño de la sepultura, estaban los ladrillos del cuadro, partidos y señalados, de modo que el medio ladrillo que cubría el cadáver, se veía enjuto y la otra parte húmeda, y de diferente color; lo cual a todos admiraba.

A prodigio milagroso lo atribuyeron todos, y la razón de haberlo señalado el cielo con este prodigio, de que no se humedeciese su sepulcro en medio de las aguas de la mexicana laguna, fue a mi entender, para manifestar la gran caridad de este insigne varón; pues las muchas aguas de aquel suelo, no fueron suficientes a extinguir aquella muerta y sepultada llama de nuestro venerable padre.

Así acá con verdad, el mexicano mar retiró sus aguas para que la provincia, madre de nuestro Vertavillo inmortalizase con repetidos recuerdos los hechos de su hijo Aquiles, nuestro insigne venerable padre.

Eran ya entrados los tiempos del siglo de hierro, en que experimentábamos la varia condición del vulgo, dividida esta en contrarios pareceres, sin más razón que contradecir y dar atentados pareceres; por lo cual en cosa tan clara, como la dicha; sin hallar para no creerlo milagroso, filosofía natural, no querían conceder particular providencia en este prodigio; y remitiéndolo últimamente a la experiencia, hubo un fiscal curioso que todo lo dudaba, que desenladrilló aquella parte, y le volvió a poner ladrillos de una misma hornada, y de la manera que acaeció con los primeros, sucedió con los segundos, quedando seca la sepultura de nuestro venerable padre y húmedas todas las restantes. Por muchos años duró patente este prodigio, como diciéndonos el cielo que señalaba el cadáver que allí yacía. Voces

eran estas que las veían los ojos; pero como no las atendían los hombres, les quitó de la vista este prodigio el año de mil seiscientos cuatro. Con una grande anegación se levantó el suelo más de vara y media con lo cual se sepultó esta maravilla, privándonos el cielo de la noticia de esta reliquia, en castigo de nuestra incredulidad.

Falleció este varón insigne el año dichoso para el cielo, como lo manifestó en el recibimiento que le hizo con sus angélicos coros: y fatal para la tierra de mil quinientos setenta y dos. Tiempo en que regía el universal aprisco de las ovejas de Cristo el supremo pastor y santísimo pontífice San Pío V. Las imperiales vendas, insignias del romano imperio, las tenía en sus reales sienes el español Marte don Carlos V. Sobre la cabeza del prudente rey don Felipe II brillaban los diamantes de la española corona. Manejaba el bastón de esta Nueva España con los primeros aciertos el cristianísimo príncipe don Martín Enríquez. Era mayoral del mechoacano redil, el ilustrísimo señor don Fray Antonio de Molina Ruiz de Morales. Tenía los agustinos sellos de toda la aureliana familia, el Reverendísimo maestro Fray Tadeo Perusino; y, por fin, gobernaba esta provincia el venerable padre, varón santísimo, el maestro Fray Juan Adriano.

Y ya que anduvo omisa o recatada aquella edad en grabar sobre aquel señalado sepulcro epitafio a nuestro venerable padre Vertavillo, sirva de losa esta hoja, que diga: Aquí yace el nobilísimo padre Fray Diego de Vertavillo, descendiente del Cid Campeador don Rodrigo de Vivar, hijo de nuestra provincia de Castilla, íntimo amigo de nuestro santo padre Fray Tomás de Villanueva. Primitivo apóstol de este Nuevo Mundo. maestro de novicios de nuestro insigne convento de México y prior del mismo convento, confesor y consultor del excelentísimo virrey don Martín Enríquez. Cronista de la provincia del

santísimo Nombre de Jesús. Primer doctor místico de esta América. Dos veces provincial de esta Nueva España. Fundador de la provincia de Filipinas, y así mismo de los conventos de Ucareo, Xacona, Tlayacapan, Tezontepec y Xilitlán, que *requiescat in pace. Amén.*

*Qui fuit Americae, et nova gloria gentis,
Cultor Amicitiae fidus, charisque benignus.
Convictu placidus, vultuque, animoque serenus,
Religione plus, factisque, habituque modestus.
Altus et ingenio, facundo splendidus ore,
Rarus apud veteres, nostro rarissimus, aeuo,
Unicus ex mille iacet hic Didacus ille.*

Capítulo LX

**De la fundación del nono convento
de esta provincia, llamado de nuestro
padre San Agustín de Xacona**

Al nono hijo de Jacob, le cupo en suerte dichosa, la más fértil y amena tierra de la feraz Palestina, región tan abundante de frutos, que se juzgaron hipérboles las relaciones juradas de los doce exploradores y fue menester que comprobasen los dichos con un visible racimo de aquella tierra. Pues de tan fértil suelo le cayó a Isaac en suerte, nono hijo de Jacob, de lo bueno lo mejor. Por esto al bendecirlo, desde Egipto Jacob, le profetizó la abundante suerte que había de lograr dichoso. No sé si lo que dijo su nono hijo Jacob, fue evidente profecía, de lo que evidente en este nono convento de esta mechoacana Thebaida, nono hijo de esta provincia, al cual le cupo por suerte, el ser el nono hijo de ella, y le vino en propiedad, el más fértil y abundoso terruño, del pingüe reino de Mechoacán, región la más feraz de esta Nueva España; Chipre de esta América; elíseo campo de este Nuevo Mundo, y vistoso Paraíso de esta occidental India. Título que le da nuestro venerable padre maestro Fray Diego de Basalenque en su crónica.

Todo su suelo es una vistosa alfombra que tendió allí la naturaleza, quizá para poner en él, trono y dosel a la diosa primavera. Aquí sí con verdad se derramó de Amaltea la cornucopia. Aquí sí cayeron los néctares de Juno y las lágrimas de Elena, la sangre de Adonis y púrpuras de Venus. Tal es la abundante variedad de flores vistosísimas que en sus dilatados cuadros

confunden, deleitando a la vista. Mucho cuentan de los amenos pensiles de Semíramis, huertos nombrados de Babilonia, de los jardines de los Elíseos, y fertilidad de las hespérides huertas. Fábula fue todo, verdad evidente sí, lo que hoy y siempre se ve en el pueblo de Xacona, cuya fertilidad amena hace olvidar todas las referidas florestas. Su mismo referido nombre de *Xacona*, dice su natural amenidad, pues es nombre que el idioma tarasco explica la *amenidad, verdura o fertilidad* del campo.

No creo goza de más alegría el celebrado Frascati de Roma, ni el Versailles de París, pues si estos se ven florecer, deleitables a la vista, es a la fuerza del arte; pero en nuestro Xacona, sin industria cultive el suelo, la sabía naturaleza por sí obra como diestra jardinera.

Esta natural hermosura a que acompaña del cielo lo benigno, hace muy estimable y apetecible este país, propiedad y recomendación que por su nativa hermosura, entre las piedras logra el topacio. Pero cuando lo deleitable de su cielo y ameno de su suelo no fuera recomendación bastante para que se estimase como preciosa alhaja, este pueblo, debía atenderse por haber producido este paraíso en medio de sus vistosos árboles de la vida, en un milagroso leño de nuestra redención, lo cual no ha criado selva alguna.

A que se añade haberse hallado en su suelo una maravillosa mandrágora en la raíz de un árbol, la cual era y es un hermosísimo bulto de María Santísima nuestra señora; tesoro que en este campo sepultó el Altísimo para enriquecer a este dichoso pueblo, que junto con las amenidades de la tierra, cría frutos en sus árboles del cielo. Lo cual todo hace apreciable a Xacona. Y toda esta provincia, vive obligada a este pueblo, pues él le dio un hijo, que ha sido de ella dos veces padre. Este es nuestro padre maestro, dos veces provincial, Fray Nicolás de Igartua; motivo por el que merece nombre en las historias este lugar.

Como se lo granjeó Estagira, porque crió a un Aristóteles. Abdeva, a un Demócrito, y Mantua a un Virgilio. Y Xacona en uno nos ha dado un filósofo como Aristóteles; un teólogo como Demócrito, y un poeta como Virgilio.

Más me dilatara, a no impedirme la pluma el humilde genio de nuestro maestro Igartua; que sé que le adulo con omitirlo.

Desde que rayó la luz de la gracia en este pueblo, se condecoró con este lucido nombre. Fue el primero que alumbró las tinieblas de esta gentilidad, el venerable y santísimo padre Fray Jacobo Daciano, hijo legítimo del seráfico padre San Francisco. Circunstancia que comprueba es este pueblo el nono fundamento, llamado Topacio. Jacobo se denominaba el venerable Daciano, y el renombre de menor, le venía por hijo de San Francisco, fundador de los menores.

Este venerable padre, Jacobo en el nombre y en el apostólico empleo, fue el que alumbró desde Tarécuaru, inmediato pueblo al de Xacona a este. Él fue el que plantó nuestra fe, a él se le deben las gracias por este beneficio. Olvidó el regio esplendor de su cuna, renunció el derecho a la real corona de Dacia, a cuya real prosapia era inmediato acreedor. Así como el apóstol Jacobo el menor, por seguir a Cristo renunció el derecho al cetro de Judá, a que por su sangre era llamado. Todo lo abandonó nuestro venerable Jacobo, por predicar a Cristo crucificado. Consiguió su caridad el plantar nuestra fe en Xacona y cuando con sangre de sus venas, como amoroso pelícano alimentaba a sus tiernos hijos, en el pueblo de Tarecuato, murió en el Señor, conservándose hasta hoy incorrupto, según refiere la tradición. Logrando los indios su visita, sin querer revelar el lugar a donde descansa este venerable padre.

Con su muerte quedó Xacona sin padre, y sin ministro; los indios, aun en las fajas de la fe; y como la inopia de los ministros era tanta en aquel tiempo, casi padeció total olvido la fe en

nuestro Xacona. A este tiempo, que fue el año de mil quinientos cincuenta y uno, se congregaron nuestros primitivos padres en el convento de Atotonilco, a elegir provincial, y salió con general aplauso en prelado superior nuestro doctor Fray Jerónimo de San Esteban, uno de los siete primitivos apóstoles de este Nuevo Mundo. Había sido de este Eneas su fiel Acates en la dilatada jornada de Filipinas el venerable padre Fray Sebastián de Trasierra, llamado antes de Reina. Acompañolo el dilatado tiempo de siete años, que duró la navegación, en la cual dieron como soles, vuelta al mundo. Luego que vio el venerable Trasierra electo en provincial a su amigo, quiso lograr la ocasión; y cuando pudiera creerse solicitara descansar de tan penoso viaje, y que para esto se valiera de la amistad del prelado, toda su pretensión fue solicitar con empeño lo enviase a lugar en donde poder aprovechar a las almas, para así finalizar en obsequios del Señor, los últimos tercios de su vida.

Ya tenía noticia el venerable padre provincial Fray Jerónimo, de la doctrina de Xacona, de cómo se hallaba sin ministro; pidióselo al virrey, quien la dio gustosísimo, porque sabía lo exacto que eran nuestros religiosos en la pronta administración. Luego nombró por ministro a nuestro venerable Trasierra, quien recibió el nombramiento con los mejores júbilos que ponderarse pueden. A todos pedía le diesen repetidos plácemes de su hallazgo: *Congratulamini mihi* (Luc. Cap. 15. No. 6); decía este venerable padre, que he logrado ya la dicha de emplear mi último caudal, resto de mi anciana edad, en servicio de mi dueño. Salió de nuestro convento de México a la moda primitiva, a pie y descalzo, con sólo un Crucifijo en las manos, y vestido de un estrecho saco de jerga, suficiente sólo a tapar los muchos y penetrantes cilicios que maceraban su cuerpo.

Así llegó a Xacona el año de mil quinientos cincuenta y uno. Luego se dio a deprender el idioma tarasco, salió en breve

tan excelente en la lengua, que todos se persuadieron, había sido infusa la fácil locución, que todos admiraban. Todo lo cual se hace creíble de la gran virtud de este varón apostólico. Cuatro años estuvo de vicario, en los cuales granjeó, con extremo de cariño, la voluntad de los indios, admirando estos la santidad de su padre. Tanto era el amor y reverencia que habían concedido de este varón, que era menester suspenderles los ímpetus indiscretos que tenían, intentando tributarle adoraciones, como a divino. Al cabo de los cuatro años, por el mes de noviembre de mil quinientos cincuenta y cinco, siendo provincial el venerable padre Fray Diego de Vertavillo, lo hicieron priorato; nombrando por primer prior al venerable Trasierra.

Con el mucho tiempo que tenía ya de morador en aquella tierra, conocía todos los parajes buenos de ella; por lo cual con la ocasión de haber erecto en priorato a Xacona, quisiera pasar el pueblo a lugar más cómodo; como la dificultad era grande, encomendó al Señor en la oración el hecho, que intentaba, para que fuera feliz el éxito en punto tan difícil. Congregó a los indios todos como allá Eneas a los troyanos; y como era tan excelente y elocuente en el idioma, a que se añadía lo muy amado que de todos era y tenerle los indios por más que hombre. Cuyas palabras, eran para ellos oráculo de Apolo. Les propuso el mal sitio en que moraban, lo áspero y seco del suelo, y al mismo tiempo les refirió el paraje que cerca de allí había, pintándose las conveniencias, para que estas fueran incentivos a la translación del pueblo. De que se seguía el mejorarse de sitio, sólo con mudarse a lugar más cómodo dentro de la misma jurisdicción. Facilitábales la mudanza de sus casas, con lo poco costoso de ellas; y decíales las grandes conveniencias que se les seguían para la edificación de la iglesia y convento; para lo cual quedándose a donde estaban, todos los materiales para la obra se dificultaban, y así que se animasen para el tránsito

ameno y fértil país, a donde hoy está el vistoso y regalado pueblo de Xacona.

A los principios les pareció algo dura la propuesta, pero considerada por ellos la planta y conveniencias referidas con las elocuentes eficaces voces de nuestro venerable padre, se hubieron de resolver a seguir a este divino Anfión, cuyas voces movieron los árboles, casas y peñas para edificar esta Thebas, y más que hubiera, arrancara su elocuencia.

Así obró nuestro venerable padre; con sus suaves voces movió y llevó tras sí todo el pueblo, que esto es llevarse las peñas y los árboles, dice Solino. Y quedó fundado Xacona, como Thebas. Prueba evidente de que es este pueblo imagen de la Thebaida, pues como allá fundó aquella Anfión, se funda acá esta en la mechoacana Thebaida.

Para lo dicho solicitó nuestro padre la licencia del virrey, quien la dio el año de mil quinientos cincuenta y cinco. Tan amplia le confirmó a nuestro venerable padre autoridad para que repartiese solares y tierras a los indios, con cuyos nombramientos quedaban legítimos poseedores de todas las suertes y caballerías que les confería liberal el bendito juez de tierras. Todo lo cual lo hizo con notable brevedad, y muy a gusto de los naturales. Ordenó el pueblo más en forma de país vistoso flamenco, que en concertado comercio de calles y plazas; fundándolo todo a orillas y márgenes del caudaloso río que lo divide. A la moda de la soberbia Nínive, por cuyo medio pasa el crecido Éufrates, o como Troya, que la dividía el caudaloso Xanto.

La causa que tuvo para fundar de esta suerte el pueblo, fue por facilitarles las sacas del agua para sus huertos, y también para la limpieza del lugar; pues el río, podía servir de desagüe con su rápido curso a las naturales inmundicias del lugar, beneficio fue este que en breve se conoció lo acertado del asiento del pueblo, pues con la natural facilidad de sangrar aquel grande

cristalino cuerpo, todos a porfía comenzaron a hacer curiosos planteles de árboles frutales y de variedad de flores, que en breve quedó el pueblo hecho un pensil babilónico, cuyos márgenes amenos, hicieron ventajas a los ponderosos del Eridano y a los muy celebrados de nuestro español Betis. A la amenidad y frescura comenzaron a concurrir variedad de pájaros de todas aquellas comarcas, con que se fabricó una capilla de variedad de aves, que puede hacer competencia y aun exceso a la armoniosa que dicen hay a las orillas del Caistro. Tanta es la variedad que se halla en las arboledas de este pueblo, de pájaros los más sonoros y vocingleros de esta América tzentzontles, cuitlacoques, calandrias y gorriones, son los ordinarios músicos, sin otros muchos que por vulgares no se celebran sus voces.

Nada de lo dicho es hipérbole, sólo es una simple narración de lo que es este pueblo, o ramillete florido de Mechoacán. Creo que si hubiera de pintarse esta provincia, como dibujan en forma de damas a otras tierras, no se le pusiera en la mano, por mi voto, otra cosa que al referido en forma de ramillete. Si no es que lo explicábamos, con ponerle en los brazos los fruteros de Pomona o la cornucopia de Amaltea, que todo lo dicho pueden ser imágenes de Xaconá, y jeroglíficos de su abundancia y fertilidad. Para lo cual ayuda del templo lo benigno; y como este lo bendijo nuestro venerable padre Trasierra, le comunicó con su bendición lo feraz; y más siendo un esposo que de continuo moraba en las florestas, en donde unía curioso las flores para consagrarlas en las aras de los santos.

Como era este el único alivio que daba a su penitente cuerpo este insigne varón, persuadía a los indios a que pusiesen arriates en sus casas para criar flores, así de la tierra como de Castilla. Asimismo les enseñaba a cultivar las crecidas plantas y a ingerir las extrañas en las de la tierra; para que resultasen de estos mixtos, sabrosos y sazonados frutos. Todo se lograba,

cuando en este pueblo se ponía, por ser un diptongo su suelo, de frío y de caliente. De modo que no son tan cálidos los sures, que sea el temperamento cálido; y de aquí resulten las penalidades de la tierra caliente; de calor, mosquitos y sabandijas. Ni son tan fríos los nortes, que hiele las plantas. Por lo cual de lo uno y otro resulta un Elíseo temperamento, para las plantas racionales y para las vegetativas.

Vese evidente lo que digo, porque en un mismo terruño se dan frutas de tierra fría y de caliente; lo cual no acontece en todas partes. Vense los aguacates, plátanos, ates y guayabos, árboles de tierra caliente. Con las granaditas de China, junto con los membrillos, granados, duraznos y perales, frutos de tierra fría. En las flores se ve lo mismo; entre las azucenas y rosas de Castilla, los zempatzúchiles y floripondios. La hortaliza es la mejor del reino; dase toda la de la Europa con notable abundancia, y de esta tierra, dice nuestro Basalencque, que se dan las mejores y más sabrosas jícamas de esta América. En sus ejidos y campiñas, que son por extremo amenísimas; en unas mismas tablas se da trigo en abundancia y caña de Castilla juntamente, viéndose unido en Xacona el pan y la miel, que en el desierto amasó la providencia en el maná. Prueba de que aquí llueve el maná en beneficios.

El fruto que más abunda en este florido pomo de Xacona, son las sabrosas y fragantes guayabas. Cuyos árboles y frutos no se dan en otra parte con la abundancia crecida que en este pueblo; cuyo fruto ya sazonado, hace vistosos a los árboles por la variedad de colores que hay de este fruto. Hay amarillas, anteadas, encarnadas, verdionas, blancas y mezcladas. De modo que pueden estos frutos llamarse las clavellinas de la América. Todo lo más del año las hay, y son el total alivio para que los indios no sientan las penalidades del hambre; pues su abundancia les da sustento, y su saca les provee de todo lo necesario.

Es el árbol en su tronco y ramos singular, desnúdase para renovarse, al modo de las águilas, de la corteza, dejando sus fornidos y lisos miembros patentes a todo el vulgo de los árboles; con quitarse la piel vegetable, queda a la vista hermosísimo, y al tacto sumamente suave; tanto que a haberlo conocido Ovidio, así como fingió trastornada a Dafne en laurel; a Ziringa en caña y en álamos a las Eliades, hubiera escrito que Pandora, hermosísima diosa en sus miembros, se había transformado en este árbol. ¿Pero para qué queremos mayor ni más propio ni más verdadera metamorfosis que el año de mil seiscientos veintidós vio y está admirando Mechoacán en un árbol de guayabo de este pueblo?

Por el referido año de mil seiscientos veintidós en que era obispo de Mechoacán nuestro ilustrísimo príncipe el maestro don Fray Baltasar de Covarrubias, provincial nuestro padre maestro Fray Miguel de Sosa; y prior de Xacona, el padre Fray Nicolás de la Cueva, estando un indio cortando un guayabo para sus preciosos menesteres, al dar un golpe en el medio del árbol con la segur, se abrió en dos mitades el palo, y en su corazón se halló una perfectísima Cruz, de lo cual admirado el indio, fue a ver al padre prior referido, quien fue al momento a ver el prodigio; a que concurrió todo el pueblo, y formándose una solemne procesión, fue llevada en triunfo a la iglesia parroquial de nuestro convento, en donde se adora, como milagrosa alhaja de nuestra redención.

Refiriendo nuestro venerable Basalenque el origen de esta Cruz, dice así: *No sabemos cómo haya sido aquella formación, ni qué fin tenga nuestro Señor en su descubrimiento.* Puédese barruntar por lo acaecido en nuestros días el fin del Señor en esta Cruz; pues como veremos en el siguiente capítulo, se ha hallado un divino y milagroso bulto de María Santísima nuestra Señora, formado de una raíz de un árbol, con la mayor perfección que pudiera

labrarla el más diestro Licipo. Dichosa tierra, felices árboles los de Xacona, que sus raíces son bultos de María Santísima, y sus ramas son milagrosas cruces. Este sí es verdadero paraíso, pues en él se halla el milagroso árbol de la vida, causa de nuestra redención.

Luego que el venerable Trasierra mudó, como diestro Anfión el pueblo, y puso en corriente la doctrina de él; al modo de nuestros primitivos fundadores, instituyendo capilla de cantores, dio principio al edificio material de la iglesia y convento. Ordenó colocarlo en medio de aquel terrestre paraíso, que había plantado su industria; para que como de centro, saliesen a la circunferencia los rayos de los beneficios.

Empero enseñole la experiencia, no era aquel suelo a propósito por lo grueso del migajón y muchas aguas que ocurrían; y que con el tiempo podía ser el convento infestado, como Roma, de las avenidas del Tíber, río cercano a su sitio.

Por lo cual se retiró a sitio más elevado, perdiendo todo lo obrado, para lograr con esta pérdida, el no sentir en lo futuro las incomodidades que prevenional discurría. Dio pues en lo alto del pueblo, principio a una muy dilatada y capaz iglesia, con fundamentos y paredes aptas a recibir la pesadumbre de las bóvedas. Hizo el claustro, aunque bajo, pero con intención de elevarlo al peso de la iglesia, portería y sacristía, y un buen dormitorio entresolado, con bastante vivienda. Tiró los cordeltes a una crecida huerta que en aquel tiempo pudo ser fértil Arcadia, según lo ameno que se vio. Entendiendo estaba en todo lo dicho, a tiempo que fue nombrado por fundador del pueblo y gran doctrina de Santa *Anna Tzirosto*, la cual fundó. Y volviendo a proseguir lo comenzado en Xacona, como ya tenía más de ochenta años y padecía recios dolores de gota, no pudo proseguir hasta coronar lo comenzado.

La mayor ruina de esta obra, fue la muerte de este venerable padre; pues por muchos años no se prosiguió lo comenzado,

hasta que el año de mil seiscientos veintiséis, siendo provincial el venerable padre maestro Fray Agustín Hurtado, el venerable padre Fray Jerónimo de la Magdalena techó la iglesia, aunque no de bóveda, y aumentó mucho el convento en tierras y haciendas. Después se hizo un retablo mayor, y el padre cura y prior Fray Manuel de Monasterio, hizo una hermosa portería de cal y canto, con intención de proseguir a aquel peso todo el convento. La iglesia, aunque con cortedad se ha adornado. Y nuestro padre maestro Fray Nicolás de Iguarta ha puesto en ella un muy curioso retablo de la gloriosísima azucena panormitana la ínclita virgen y anacoreta Santa Rosalía. Que claro está, no había de faltar esta fragante rosa del paraíso de Xacona.

En los temporales bienes, no es este convento de los inferiores de la provincia; antes con el tiempo, puede ser de los mejores, por las tierras que tiene; las cuales son muy fértiles y abundantes; porque en sus vegas se siembra mucho trigo, caña de Castilla y maíz y todas son muy abundantes de aguas, por ser muchos los ríos que bajan de las sierras a fertilizar y pagar feudo a las amenas campiñas de Xacona; los cuales, todos vienen llenos de peces de varios nombres, con que logra la comarca, no sólo el bien de las aguas, sí también el provecho de tener con abundancia pescado.

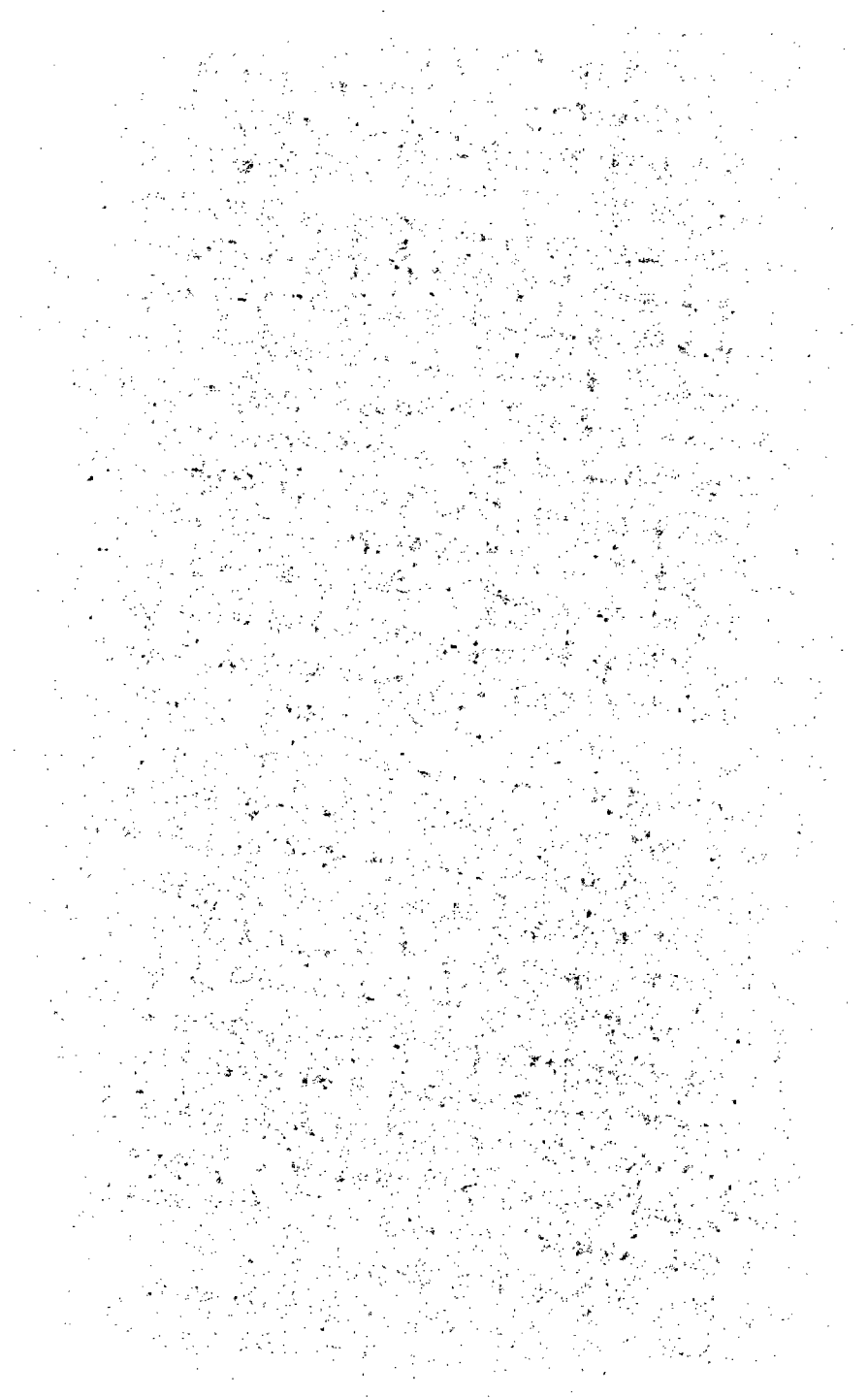
Dividió en el principio, para la buena administración en barrios todo el pueblo, el venerable Trasierra; y en uno de los referidos barrios, se venera con notable devoción un bulto de Cristo vida nuestra crucificado; en el barrio que llaman de la Resurrección; es imagen milagrosísima, en la cual afianza el alivio en sus enfermedades: ignórase su origen. Así mismo en otro barrio, está la capilla de María Santísima nuestra Señora de la Raíz, de la cual trataré en el siguiente capítulo. Tiene un hospital con iglesia y vivienda, en que se reciben con caridad los enfermos y se hospedan con piedad los pobres y miserables viandantes.

Este pueblo y convento se hace digno de los primeros por tener en su suelo la referida Cruz, que se halló milagrosa. El soberano bulto de María Santísima nuestra Señora de la Raíz; y el milagroso Señor de la Resurrección. Así mismo es venerado porque en el presbiterio de la iglesia se guarda el cadáver fragantísimo de nuestro venerable padre y fundador Fray Sebastián de Trasierra. Todo aquel suelo debe respetarse por haberlo pisado muchos años, que vivió en este convento, el venerable y penitente padre Fray Nicolás de Mendoza. Y por fin en la iglesia yace sepultado el doctísimo maestro Fray Bernardo de Alarcón, discípulo de nuestro venerable Basalenque. No hay escritos suyos, sólo he hallado dos aprobaciones de este maestro: una en la crónica de esta provincia, y otra en la vida de nuestro venerable Basalenque; pero por ellas, como por pequeño dedo, se conoce lo agigantado del talento de este gran doctor.

Fundose primero el convento de Xacona, a donde llaman hoy Xacona la vieja, el año de mil quinientos cincuenta y uno. Siendo provincial nuestro venerable padre doctor Fray Jerónimo de San Esteban. Trasládose a donde hoy está, el año de mil quinientos cincuenta y cinco. Gobernando el supremo galeón de la iglesia el santísimo Pontífice Paulo IV. Era emperador de la Europa el insigne héroe Marte español, don Carlos V. Era actual monarca de todos los dilatados dominios españoles, el prudente rey don Felipe II. Manejaba con notables aciertos el bastón de esta Nueva España de virrey, el excelentísimo don Luis de Velasco el primero. Apacentaba los mechoacanos corderos, como legítimo pastor, el ilustrísimo señor doctor don Vasco de Quiroga. Era actual general de la agustiniana familia el reverendísimo maestro Fray Cristóbal Patavino. Actual provincial el venerable padre Fray Diego de Vertavillo. Y prior y ministro primero, el venerable padre Fray Sebastián de Trasierra.

Capítulo LXI

**De la invención maravillosa de
María Santísima Nuestra Señora de
la raíz, que se venera en el pueblo de
nuestro padre San Agustín de Xacona**



Justísimo acreedor era a ocupar el lugar de este capítulo, según la traza que he seguido en esta crónica, el venerable padre Fray Sebastián de Trasierra, por haber sido el fundador de la referida casa de Xacona; y haberla querido honrar con su virginité y fragante cadáver; razones fuertes para que fuese colocada aquí su vida maravillosa. Pero creo de su gran santidad y profunda humildad, que no sólo desocupara el hueco, para que en el nicho se coloque el bulto de María Santísima, al modo que en el romano panteón, hicieron lugar a Minerva las estatuas. Pos-trarase voluntario por los suelos nuestro venerable Trasierra, para dar lugar a la emperatriz gloriosa de los cielos, y quedara sumamente ufano de ser escabel dichoso de los sagrados pies de María Santísima nuestra señora. Esta fuera su gloria del venerable fundador de Xacona; pues aumentémosela con omitir sus hechos; hasta que tratemos de la fundación de Tzirosto; y ocupe el lugar de este capítulo la taumaturga imagen de María Santísima, llamada de la Raíz, celestial mandrágora que se venera en el pueblo de Xacona.

Es este lugar, como en el antecedente capítulo queda referido, el más ameno y frondoso país de Mechoacán, poblado de tantos vistosos árboles y vestido de tantas fragantes rosas, que pudiera competir según su natural amenidad, con el otro huerto, que allá en Edén hacia el oriente, plantó el soberano jardinero.

Congregó en aquel huerto los más nobles árboles del vulgo del universo, y en medio de él plantó como por rey, al árbol de la sabiduría. Lo mismo parece obró en el huerto de Xacona, paraíso de este occidente; pues como visto queda el año de mil seiscientos veintidós, se vio en medio de sus árboles el frondoso madero de una Cruz, árbol con verdad, de la vida, llamado raíz de David.

Y como junto a la Cruz o a su raíz estuvo en el Monte del Gólgota María Santísima, quiso que se viese en Xacona lo que se admiró en Jerusalén, hallándose a la raíz o de la raíz de un árbol, un bulto primorosamente fabricado por el autor soberano de la naturaleza.

Así ni más ni menos vieron, porque así apareció en esta América en los términos de Xacona, la indiana mandrágora, María Santísima de la Raíz, por los felices años de mil seiscientos ochenta y cinco; de dos raíces unidas, se veía en la una la perfecta femínea imagen de María Santísima, y en la otra, que unida a esta atendía, con toda perfección, se conocía el varonil cuerpo de un perfectísimo Niño preso de los pechos de su madre; tan unido este a aquella fuente del celestial néctar, que para apartarlo de los pechos de su madre, fue necesario introducirse las violencias de la sierra el arte.

Mucho han celebrado los escritores una raíz de azucena que se halló en Palestina, la cual era un devoto Crucifijo. Prodigio dichoso, por haber nacido en el otro mundo; en donde las plumas se cortan para ponderar y dar a la perpetuidad las memorias de sus maravillas, como nacidas en sus patrias. Pero acá habiendo muchas de estas, casi viven sepultadas en el olvido, o por comunes o por natural omisión; pues sólo de las que se hallan en el obispado de Mechoacán, singular en estos beneficios, se pudiera escribir un muy dilatado volumen. Referiré en este capítulo una breve memoria de las milagrosas imágenes que hay en este

obispado; esto es, de las que se han hallado fabricadas por celestiales manos en las raíces y en los árboles. Que de las demás milagrosas, querer contarlas fuera numerarle al cielo las estrellas.

I. Cerca del referido pueblo de Xacona, a donde se adora la celestial mandrágora de María Santísima de la Raíz, está el curato de Tlazazalca; y en uno de sus pueblos, llamado de La Piedad, venera la devoción un divino bulto de Cristo Crucificado, de poco más o menos de una vara, formado por las celestiales manos de la tierra, del tronco y raíz de un árbol, llamado de los naturales *Tetpame*. Fue maravillosa su invención. Un semihispano llamado Aparicio, un día que salió al campo, víspera de la Natividad del Señor a traer leña para su casa, halló en el campo un seco madero, que por tal lo discurrió apto para el fuego; para lo cual lo traía destinado. Formó en el patio de su choza crecida luminaria para celebrar con una encendida pira la Noche Buena; puso varios maderos, y entre ellos el referido de *Tetpame*; todos los consumió el voraz elemento, menos al referido, antes sí, como la zarza de Oreb, ardiendo todos, sólo este se conservaba, en medio de las llamas, indemne.

Nada le hizo fuerza al semihispano; antes sí determinó deshacerlo con una segur, para así abrasarlo en las llamas. Cogió el instrumento, imprimiéndole el impulso y al primer golpe del hacha, descubrió un soberano Crucifijo, tan parecido al original, que pudo esperar le dijese la imagen al fiero golpe que recibió: Ouid me caedis? (Joan. Cap. 18. N° 23). Pero calló el agravio, porque conoció ignoraba lo que hacía el rústico. El cual fuera de sí del suceso, dio cuenta a su cura, que lo era el bachiller don Juan de Araujo. El cual devoto y reverente colocó la sagrada imagen en una pequeña capilla, a orillas del Río Grande. Y en testimonio perpetuo, hasta hoy se conocen las raíces y se advierte un dedo del pie ampollado; efecto que causó el fuego en el divino Crucifijo.

Esta divina imagen, este laurel o tetpame, como venido de los cielos, sacudió el fuego de sí, o lo dividió poderoso. Así lo hizo en el desierto el original, lo obró acá la imagen de la Piedad, vivo retrato del verbo, de quien firmó David lo que se vio en Tlazazalca.

II. En la congregación, hoy pueblo de San Pedro Piedra Gorda, no muy distante del referido pueblo de Tlazazalca, produjo el soberano artífice, del tronco de una encina, un bien formado bulto de Cristo vida nuestra, en el madero de una Cruz. No refiere su perfección, pues con decir el autor, se conoce lo primoroso de la obra. Noto sólo, el que dicen, ser de inmortal encina, árbol que con su continuo verdor, hace sombra, nos da sustento y es nuestra defensa.

III. En una doctrina de esta provincia, en los términos del obispado de Mechoacán, lo cual se denomina Santiago Ocotlán, a orillas del Río Grande, que transita beneficiando aquellos pueblos, crió el Altísimo un frondoso sabino y una de sus ramas se perfeccionó en Cruz, y con poca industria y casi ningún arte, por estar casi formado, se halló un Señor Crucificado; al cual denominan por el puesto en que lo adora la devoción, el *Señor de Tierras Blancas*.

IV. Muy inmediato al referido Señor de Tierras Blancas, en el pueblo de San Miguel de Atotonilco, doctrina nuestra y jurisdicción de Ocotlán, adora la cristiana devoción el milagroso Crucifijo, llamado comúnmente de los *Trapiches*. Diole este nombre el prodigio de su milagrosa invención. Tenía un indio un trapichillo, en que molía alguna caña de Castilla, para hacer dulce. Un día se halló necesitado de leña, y habiendo salido al monte, encontró un palo, el cual al parecer formaba una Cruz. Poco notó lo dicho, y sólo reparó en lo apto que estaba por seco, para el horno de la caldera de su trapiche; llevolo, y al punto lo introdujo con otros leños en la hornada,

como Nabuco en el horno de Babilonia a Daniel, y Nembro al gran patriarca Abraham.

Por toda una noche estuvo en el fuego, pero respetuoso el voraz elemento, no tocó al madero; antes sí reverente, empleó sus llamas sólo en luminarias, para que alumbrasen la imagen de su criador: sagrado laris, árbol singular.

V. En la villa de León, jurisdicción de este feliz obispado de Mechoacán, reverencian devotos una milagrosa imagen del mismo Señor Crucificado, el cual se halló formado de un árbol. Es llamado el *Santo Cristo de Escamilla*, por ser este el apellido de su inventor; dichoso hombre, feliz renombre, pues quiso el Señor que lo tuviese su divino bulto. De un Crucifijo que se veneraba allá en la Siria, cuentan las historias que se denominaba de Nicodemus, por haber sido obra de este piadoso escultor. Refiérese de esta crucificada imagen, que en cierto oprobio exprimió de sus sagradas llagas, en raudales, los corales de nuestra redención; sintiendo la imagen lo que padeció en Jerusalén el original, acá en León. Quiere que se venere su imagen con el nombre de Escamilla su inventor; obrando en esta providencia este escultor divino; como nos refieren de Fidias, que imprimió su nombre en el simulacro de Diana.

VI. En la jurisdicción del curato de Pátzcuaro, antigua silla de la episcopal cátedra, en un pequeño pueblo anexo llamado Tupátaro, se halló en un pino un crecido bulto de Cristo Crucificado, formado de sus ramas.

VII. Cerca de esta jurisdicción, en el curato de Guiramangaro, en uno de sus pueblos, denominado Ziragüén, al dividir un indio un palo que mostraba forma de Cruz; al primer golpe se abrió en dos mitades el leño y se halló ser el corazón un devoto Crucifijo de la Expiración; luego lo colocó la cristiana devoción en las aras y se advirtió, por tener abiertos los labios, que tiene un hueco el interior de la imagen. Algunos

han registrado, introduciéndole por la boca crecidas plumas, y han hallado el interior de la imagen del modo referido, causando más admiración lo interno que la exterior fábrica, de tal modo que al que lo ve, sólo por de fuera y que pondera su perfección, se le puede con propiedad decir: *Sicut fragmen mali punici, ita genae tuae; absque eo, quod intrinsecus latet.* (Canti. Cap. 4. N° 3). Como pedazos de encarnada granada, crucificada fruta, es este Señor a la vista, pero su interior, es lo más admirable. Y es que es lo de adentro lo más excelente de su gloria y hermosura.

VIII. En el pueblo de Xocotepec, adora la católica devoción a un Señor crucificado, cuyo origen milagroso fue la tosca raíz de un árbol denominado de los naturales *Guaje*, palabra de su idioma que corresponde a lo que llamamos jícara o calabazo los españoles.

IX. No se aparta muchas leguas del referido pueblo, otro llamado Tamazula; cuyo suelo tuvo la felicidad de que criase el Altísimo Señor en la raíz de un huizache, árbol muy amargo, una milagrosa imagen de cristo vida nuestra, en la Cruz.

X. Y por fin, motivo por el que lo reservé para lo último, en la ciudad de Valladolid, cabeza ilustre de Mechoacán, en el santuario de María Santísima nuestra Señora de Guadalupe, en una capilla de su vistoso templo, respeta la devoción cristiana un Crucifijo de raíces, que según dicen, son de un árbol espinoso: hallose en un llano que llaman de las rosas, y de las rosas, y de estas toma el nombre. No es impropiedad, antes sí misterio; porque si el original en el árbol de la Cruz se coronó de obsidional corona, fabricada de los abrojos del campo, acá el retrato se forma de un espinoso árbol, para más asemejarse a su original Crucificado.

Estos son algunos de los milagrosos Crucifijos que se hallan en este dichoso obispado de Mechoacán; lo cual creo, no cuenta otro alguno, así del mundo viejo como de este nuevo.

En el dichoso siglo de seiscientos, a los fines de él por los años de mil seiscientos ochenta y cinco, poco más o menos, según el cómputo más verdadero, solicitado de tradiciones por carecer de originales auténticos, pensión que también corrió la admirable invención de María Santísima de Guadalupe en la mexicana corte. Gobernando como diestro Palinuro el galeón de San Pedro, el santísimo piloto Inocencio XI. Y la crecida monarquía española el David austriaco el invicto Carlos II. En tiempo que apacentaba las mechoacanas ovejas, como propio Pastor el ilustrísimo y excelentísimo señor don Juan de Ortega y Montañez, y que obtenía el bastón de esta Nueva España el excelentísimo don Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque. Gobernando toda nuestra aureliana familia el reverendísimo maestro general Fray Fulgencio Trabaloní. Y esta provincia nuestro padre Fray Gregorio de Izaguirre y el convento de Xacona el padre Jerónimo Sáenz. A las orillas o márgenes de la gran laguna de Chapala, se apareció una maravillosa raíz.

No dejaron de verse, cuando se halló esta raíz, prodigiosas señales en los cielos; pues como a cosa grande la previno el cielo, con notables señales. Refiere el padre Munsancio, que por el referido año de mil seiscientos ochenta y cinco, se notaron en los cielos dos prodigiosas estrellas.

Cuando aparecieron las dos estrellas referidas, todos ignoraron la causa de este prodigio; quizá porque no supieron la invención maravillosa de María Santísima de la Raíz; que a saberlo, todos hubieran confesado el motivo del cielo en el referido prodigio. A este tiempo, en que el cielo, con lenguas de luces publicaba este prodigio, moraba un indio pobre en nuestro pueblo de Xacona, llamado Juan; quien tenía espiritual parentesco con otro indio del pueblo de *Paxacoran* del curato de Ixtlán, inmediato al de Xacona. El indio de Xacona a tiempos

ayudaba al compadre de Paxacoran, en el ejercicio de la pesca, que de continuo la hacían en la gran laguna de Chapala, comúnmente por su grandeza, pues cuenta casi ochenta leguas de *box*, llamada mar chapálico.

En una de las repetidas ocasiones en que entró a pescar a la referida laguna, el indio de Paxacoran, fue para el uno felicísimo, pues logró un lance mayor que el que rompía las redes y hundía la barca de los apóstoles, en el Mar de Tiberíades. Vio a lo lejos desde su barco o canoa, andar las aguas un madero, agitado este de las olas, y reconoció ser una crecida raíz el palo; el cual era llevado de las aguas.

Luego que lo reconoció, sintió un interior impulso para que dejase la pesca, y en lugar de ella introdujese en la canoa la raíz; y a pocas remadas alcanzó el madero, el cual introdujo, gustoso en su barco; viéndolo que fluctuaba, como allá el canastillo de Moisés fabricado de raíces de papiro, en las aguas del Nilo, con próspero viento, como que llevaba la estrella de la mar, norte fijo de nuestra navegación, arribó a las orillas de la tierra con su diestra palinura, alegre con el lance que había logrado.

Luego que lo logró, como veremos, se lo dio a su compadre; el cual lo trajo al pueblo de Xacona, lugar dedicado a nuestro gran padre Agustín, sagrado apolo, sol esclarecido de la Iglesia, para que en él fuese venerada esta sagrada mesa de María Santísima; la cual, fuese el oráculo y propiciatorio trípode sagrado, a donde recurriesen todos los devotos a recibir divinos oráculos de esta soberana reina y consuelos benignos a las súplicas de sus fieles, y necesitados devotos.

Fuerza es retroceder para la prosecución de la narración e invención de la raíz. En un pequeño albergue que a las márgenes del chapálico mar, en el pueblo referido de *Paxacoran*, tenía el mencionado pescador, puso la raíz que había extraído de las aguas, con ánimo de que así que el tiempo le enjugase la

humedad que había contraído de las olas, valerse de su materia para el fuego de su pobre choza, así como el otro formó luminaria para calentarse con la estatua de Alcides. Pero el Altísimo, que había decretado que las llamas no tocasen al original de su madre; preservó la imagen, borrando la especie al pescador, para que no le aplicase a aquella raíz el fuego.

Cuando el indio de Paxacoran, determinaba aplicar al fuego la raíz, llegó a su morada el indio Juan de Xacona, a lograr con el compadre alguna pesca. Luego que aportó a la choza, le llevó la atención toda el madero, que tenía inmediato al fuego; porque reconoció en él ciertas señales de imagen. Pidioselo al compadre, quien ignorando el rico tesoro que en aquel madero se ocultaba, liberal se lo concedió.

Rico el indio de Xacona con la hallada perla, no solicitó del compadre otros intereses; antes sí con singular presteza, acomodó la raíz para llevarla sobre sus hombros a su pueblo.

Con felicidad arribó a su pobre casa el indio Juan, llevando bajo sus hombros a la piadosa Isis; y luego vio, no se había engañado la vista en lo que había atendido en la raíz, luego que le llevó el afecto en Paxacoran: porque reconoció que era raíz de un árbol llamado *camichin*; y que este estaba formado con toda perfección, un maravilloso bulto de María Santísima tan primoroso y perfecto, como el que formó el soberano artífice de la raíz del árbol del humano género, Adán; cuando de aquel dormido tronco sacó a luz a la hermosísima Eva, raíz de todo nuestro mal. Y quiso sin duda acá el soberano artífice, que naciese otra raíz, toda bienes.

Ya había el soberano artífice, a orillas de la gran laguna mexicana, formado de rosas una imagen pintada de María Santísima de Guadalupe, en la tilma de Juan Diego; y quiso hacer de bulto otra, a orillas de la gran laguna de Chapala en Mechoacán. Para que se viese que del modo mismo, y con el mismo primor,

pintaba con los dedos cogiendo el pincel, que con toda la mano, maneando el cincel. La imagen de rosas, que formaron sus dedos, quiso fuese un Juan el dichoso bastidor sobre el cual tiró las líneas la pintura. Y la imagen de bulto que sacó la mano de su poder a luz en Mechoacán, quiso también que fuese otro Juan, el que sirviese de banco; sobre el cual labró el soberano Licipo Dios, la estatua de María Santísima. Era actual arzobispo de México en la aparición de Guadalupe, don Fray Juan de Zumárraga. Y cuando manifestó el Altísimo de la raíz de María Santísima, era obispo de Mechoacán el ilustrísimo señor don Juan de Ortega y Montañez.

No puedo menos que reconocer misterios en haber dispuesto el Señor que fuesen los Juanes a los que se les aparecieron las imágenes de esta Señora. Pues la primera que se vio en Patmos, fue San Juan, a quien se le reveló. La que venera México en los Remedios, mereció hallarla un cacique llamado don Juan Bernardino. Y en esta, por fin de la raíz, quisiera la Señora sea denominado con el nombre de Juan, su inventor dichoso.

Vese y venérase el soberano bulto en pie constante a la manera que la atendió Jerusalén en el monte de la amargura, cuando como raíz estuvo al pie de Nuestra Redención. El rostro tiene elevado; fijos en el cielo los ojos, al modo con que se retrata los bultos de la Asunción de la Señora, como quien impetra y solicita beneficios del Señor.

El niño, que es hermosísimo Adonis, tenía cuando fue hallada la Señora unido a sus divinos pechos, como místico racimo de Engadí, pendiente de la divina parra o vid de María Santísima su madre: Está en ademán de un tierno infante, que procura alimentarse de los pechos de su madre. Así lo vieron los primetos que atendieron recién hallado, el divino bulto. Pero después, la indiscreta devoción, por acomodarle el vestuario a la Señora, apartó con fuerza al hijo de los pechos de la madre.

No se contentó con lo hecho la devoción indiscreta, pues pudiendo dejar el rostro en el prístino y natural color de la raíz, que a lo que discurre fuera tritíceo, propio por lo trigüeño, como el del original, dispusieron asentarle barniz, con el cual hecho destruyó la devoción aquella maravilla. Sólo puede disculparlos en todo lo hecho el devoto fin, puesto que creyeron que con lo obrado añadirían hermosura a la Señora, y que así adornada atraería más los afectos de los fieles a sus cultos. Como que la hermosísima Elena de los cielos María Santísima, necesitara sus arreos y preseas para ser la más hermosa de las criaturas. Pero por mucho que le quitaron al soberano bulto de la natural hermosura, reservó la Providencia algunas señales en el cuerpo de la imagen, para que en lo futuro fuesen testimonios evidentes de haber sido fabricada de una raíz sin artificio del arte. Por esto, aún hoy, se reconocen algunas raíces en el cabello y otras en lo restante del cuerpo.

Esta es la planta y estado en que hoy se venera el divino bulto de María Santísima, aún se atiende vestida con algunas raíces, aunque adornada de costosas telas, que le ha dado la devoción.

Doy fin a la historia de la invención, con la dedicación de su capilla. Luego que llegó el dichoso indio Juan con el sagrado Paladio a su pobre choza de Xacona, manifestó a los suyos el hallazgo; y estos dieron noticia al padre Fray Jerónimo Sáenz, actual prelado del convento, quien fue a la casa del dichoso indio Juan, y viendo admirado la gran perfección del divino bulto de la Señora, con sus reverentes y religiosas demostraciones, dio principio a los cultos, que luego comenzaron todos reverentes a tributarle. En el pobre oratorio del indio Juan su inventor, se le hizo luego, pequeño a tan gran deidad.

Algunos años estuvo en la referida casa del indio Juan, erecta en templo pequeño de María Santísima, la Señora; para lo

cual dio su licencia el excelentísimo señor don Juan de Ortega y Montañez; hasta que creciendo la devoción por los años, al parecer de mil setecientos once, siendo provincial de esta provincia de Mechoacán nuestro padre lector Fray Diego de la Cruz, su segunda vez, y prior el padre Fray Marcelo de Lizarrarás, se le dedicó mayor templo, inmediato a la antigua capilla y casa del indio Juan. En este nuevo templo persevera hoy, adorada y reverenciada con una crecida cofradía en que están asentados los principales vecinos de aquellas comarcas. Aquí concurren todos los afligidos con sus votos y novenas a impetrar seguros favores de esta divina raíz, a la cual decirsele puede con gran propiedad: *Radix sesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes depraecabuntur* (Isaí. Cap. 11. N° 10).

Muchos son los que obligados se confiesan beneficiados de esta soberana Señora. Omito varios casos, y sólo refiero uno, que todos vieron evidente. Un devoto mayordomo, que lo era uno de los años en que celebra la devoción fiesta a María Santísima; había este plantado una suerte de caña de Castilla; esta la tapaba ya la yerba, y con esto la sofocaba y consumía; pedía ya el remedio de la escarda, pero al mismo tiempo le precisaba al mayordomo el celebrar la fiesta de la Raíz, todos le instaban beneficiarse su caña si no quería perderla; pero él anduvo más devoto que codicioso. Dejó la caña, por servir a María Santísima de la Raíz, y agradecida esta divina Minerva, previno una langosta que talase toda la yerba con tal primor, y parecer racional discurso, que consumiendo la yerba o cizaña que sofocaba las cañas, dejaba libres a estas, cebándose en lo inútil y dispensando lo dulce de las cañas.

Estas son las noticias que ha podido restrear mi solicitud; muchas más ocultar el descuido: al fin como de raíz, que trae consigo el taparla la tierra del olvido. Quizá servirá de azada lo que tengo dicho, para que la devoción cave más, a fin de descubrir más

portentos de esta divina mandrágora, en cuya pintura o relación me ha acaecido lo que a Apeles, quien copiando el retrato de la hermosísima Campaspe, cuantas líneas corría con el pincel por el lienzo, tantas heridas recibía en su corazón de las saetas del amor, quedando a un tiempo mismo, perfeccionado el retrato y herido mortalmente del original. Tal me ha acaecido en esta breve pintura que tengo hecha en el lienzo del papel. Ojalá y el mismo efecto que he experimentado, suceda a los que devotos, leyeren esta historia, que sea su relación imán, cadena que aprisione los humanos corazones. Ojalá mis voces fuerán como las del Hércules francés, que ligara los efectos a este soberano bulto.

Por fin le he puesto, no sin acuerdo, de este primer tomo de la mechoacana Thebaida, por corona de este primer libro. Y no haga fuerza que siendo raíz, ocupe el fin, que es raíz de palma victoriosa; y este es un árbol que tiene en el fin y copa la raíz. Son sus raíces del cielo. Así esta raíz, celestial toda y por eso en el fin de esta obra. Con que acabo, dando fin con el padre sapientísimo Mascenio.

*Quae tantum infom epectantur cortice Radix,
Illa dabit pulchras mox paritura rosas
Quamque radix circum Nympham circundat amictus
Nascentem pariet Virgo stupenda Deum.*

Finis huius Operis.

Últimos títulos

- Los criminales de Cuba
José Trujillo Monagas
- La colonización de la frontera dominicana (1680-1795)
Manuel Hernández González
- Un europeo en el Caribe
Elfidio Alonso Rodríguez
- Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795)
Manuel Hernández González
- Un canario en Cuba
Francisco González Díaz
- Francisco de Miranda y su ruptura con España
Manuel Hernández González
- Canarias-Uruguay-Canarias
Fernando Carnero Lorenzo
- Los canarios del lago Budi (dirs.)
Juan Sebastián Nuez Yáñez
- Entre el rubor de las auroras
Maribel Lacave
- El canario Miguel Gordillo en la ciencia cubana del siglo XIX
Jesús Giráldez Macía
- Francisco de Miranda y Canarias
Manuel Hernández González
- El canario Miguel Gordillo en la ciencia cubana del siglo XIX
Armando García González
- El Sur dominicano (1680-1795) Tomo I
Manuel Hernández González
- El Sur dominicano (1680-1795) Tomo II
Manuel Hernández González
- Noticia histórica de Arequipa
Antonio Pereira Pacheco
- Americana Thebaida Tomo I
Fray Mathías de Escobar
- Americana Thebaida Tomo II
Fray Mathías de Escobar
- Crónica de las fiestas de la Candelaria en Matanzas de 1872
Manuel Hernández González [ed.]

Americana Thebaida Tomo II

Fray Mathías de Escobar

En este segundo tomo de *Americana Thebaida* continúa el relato de la fundación de los conventos agustinos en la provincia de Michoacán y la narración de la vida de los frailes fundadores y pioneros de esta orden en esa región mexicana. Pero más allá de los detalles sobre sus continuas penitencias y oraciones, y la consolidación de la congregación agustina en la sociedad colonial, se ofrecen datos de inestimable valor acerca de la evangelización de los indígenas, de sus creencias religiosas anteriores a la conquista y de la composición de la sociedad michoacana de esa época. La información inédita que proporciona Fray Mathías Escobar y Llamas (1680-1748), fraile agustino canario emigrado a México, convierte a esta obra en uno de los textos más importantes de la historiografía colonial mexicana, fuente fundamental para quien quiera investigar acerca de esta etapa y para quien desee averiguar las importantes conexiones que esta región desarrolló con Canarias, que van desde la presencia de numerosos religiosos isleños, hasta el más fecundo intercambio cultural.

